TUS LIBROS



LA SABIDURIA DEL PADRE BROWN

GILBERT KEITH CHESTERTON



Casi todos los detectives han desconfiado de las pruebas demasiado evidentes. El Padre Brown también. Los doce relatos de este volumen constituyen un buen ejemplo del engaño de las apariencias. Como siempre, el desmedrado clérigo combina psicología y observación para llegar a conclusiones como ésta: «Lo que más me convence son todas esas cosas que “no constituyen pruebas". Creo que la imposibilidad moral es la mayor de todas las imposibilidades.» Pero esta sabiduría, que descubre los trucos y libra de la horca al inocente, sabe también que en todo corazón, por inocente que parezca, puede anidar la sombra de esa ambigüedad que hemos dado en llamar pecado venial.

G. K. Chesterton

La sabiduría del Padre Brown

ePub r1.0
orhi 10.11.2019

Título original: *The Wisdom of Father Brown*
G. K. Chesterton, 1914
Traducción y notas: Magali Martínez Solimán
Ilustraciones: Alicia Cañas
Grabado del autor: Justo Barboza

Editor digital: orhi
ePub base r2.1



Gilber Keith Chestertn (1874-1936)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición publicada en New York, 1914

. Las ilustraciones, originales de Alicia Cañas, han sido realizadas expresamente para esta edición.

La sabiduría del Padre Brown

GILBERT KEITH CHESTERTON

I

La ausencia del señor Copa



El consultorio del doctor Orion Hood, eminente criminólogo y especialista en determinados trastornos morales, se hallaba en el paseo marítimo de Scarboroug[1], y tenía una serie de amplísimas puertaventanas llenas de luz, desde las cuales se divisaba el Mar del Norte como una interminable muralla de mármol verde azulado. Desde aquel lugar, el mar poseía algo de la monotonía de un friso; en las habitaciones reinaba una terrible pulcritud, no muy distinta de la terrible pulcritud del mar. No hay que suponer por ello que los aposentos del doctor Hood carecieran de lujo o incluso de poesía. Ambas cosas estaban presentes, en su sitio; pero daba la impresión de que nunca se les permitía salirse de su sitio. Había lujo: en una mesa especial se hallaban ocho o diez cajas de los mejores puros; pero estaban dispuestas de forma que los más fuertes siempre se encontraban más próximos a la pared y los más suaves más cerca de la ventana. En esta espléndida mesa siempre había una bandeja con tres clases de licores, de calidad excepcional; pero algún bromista ha asegurado que daba la impresión de que el whisky, el brandy y el ron estaban siempre al mismo nivel. Había poesía: el rincón izquierdo de la habitación estaba ocupado por una colección de clásicos ingleses, tan completa como la de los psicólogos

ingleses y extranjeros que se encontraban en el ángulo de la derecha. Pero al sacar un tomo de Chaucer o de Shelley[2] de la primera colección, el hueco que dejaba resultaba tan irritante como una mella entre los incisivos de la dentadura humana. No podía afirmarse que estos libros nunca se leyeran; probablemente se leían, pero daba la sensación de que estaban encadenados a su sitio, como antaño las Biblias en las iglesias. El doctor Hood trataba su librería particular como si fuera una biblioteca pública. Y si este carácter intangible, estrictamente científico, impregnaba hasta los estantes cargados de poemas y baladas y las mesas rebosantes de bebidas y tabaco, ni que decir tiene que era aún mayor la santidad pagana que protegía los demás estantes en los que se hallaban los libros de su especialidad, y las demás mesas que sostenían los frágiles y casi mágicos instrumentos de química o de mecánica.

El doctor Orion Hood iba y venía por sus salones, limitados, como dicen los manuales de geografía para niños, al Este por el Mar del Norte y al Oeste por las apretadas filas de sus libros de sociología y criminología. Iba ataviado de terciopelo, como los artistas, pero sin un atisbo de la negligencia propia de un artista; sus cabellos presentaban numerosas canas, pero crecían abundantes y sanos; su rostro era enjuto pero rubicundo, y expresaba curiosidad. Todo lo referente a su persona y a sus aposentos indicaba algo a la vez rígido e inquieto, como aquel gran Mar del Norte frente al cual, por puros principios de higiene, había edificado su hogar.

El destino, que estaba de un humor extraño, abrió la puerta e introdujo en aquellos amplios y severos salones frente al mar a una persona que tal vez fuera la más sorprendente antítesis de éstos y de su dueño. Respondiendo a una breve pero cortés llamada, la puerta se abrió hacia dentro, y una pequeña figura de forma indefinida, con un sombrero y un paraguas que al parecer le resultaban tan aparatosos como un montón de maletas, entró arrastrando los pies. El paraguas era un bulto negro y prosaico, que hacía tiempo que ya no tenía ni arreglo; el sombrero era un sombrero negro, de teja, pero poco común en Inglaterra. El hombre era la auténtica encarnación de un ser ingenuo y campechano.

El doctor contempló al recién llegado con reprimido asombro, semejante al que hubiese mostrado si algún animal marino, enorme pero claramente inofensivo, hubiese ido a parar a sus aposentos. El recién llegado contempló al doctor con la radiante pero jadeante cordialidad de una corpulenta asistenta cuando consigue meterse a presión en un ómnibus, es decir con una mezcla de autoestima social y desaliño físico. Su sombrero fue a parar a la alfombra y el pesado paraguas que sostenía entre las rodillas se le escurrió y cayó al suelo,

haciendo un ruido sordo; se estiró para alcanzar el primero y se agachó para recoger el segundo, pero al mismo tiempo empezó a hablar, sin que se alterase la sonrisa de su cara redonda:

—Me llamo Brown. Le ruego me disculpe. Vine por el tema de los MacNab. He oído decir que a menudo ayuda usted a personas con este tipo de problemas. Le ruego me disculpe si me equivoco.

Para entonces ya había conseguido recuperar su sombrero, tumbándose cuan largo era, e hizo una extraña reverencia con balanceo, como para dejar las cosas en orden.

—No sé si le he entendido correctamente —contestó el científico con un gesto intencionadamente frío—. Me temo que se ha equivocado usted de consulta. Soy el doctor Hood, y mi trabajo es casi exclusivamente literario y educativo. Es cierto que a veces, en casos de particular dificultad e importancia, ha venido a consultarme la policía, pero…

—¡Oh! Este tema es de máxima importancia —le interrumpió el hombrecillo llamado Brown—. Porque su madre no les permitirá que se hagan novios.

Y se recostó en la butaca con gesto de deslumbrante racionalidad.

El doctor Hood frunció asombrado el entrecejo, pero en sus ojos había una chispa que tanto podía significar que estaba enfadado como divertido. Y dijo:

—Sin embargo, sigo sin entender.

—Pues verá, ellos quieren casarse —prosiguió el hombre del sombrero de teja—. Maggie MacNab y el joven Todhunter quieren *casarse*. ¿Acaso hay algo más importante que eso?

Los grandes triunfos científicos de Orion Hood le habían privado de muchas cosas, algunos dicen que de su salud, otros que de su Dios; pero no le habían arrebatado por completo su sentido del absurdo. Ante la última súplica del ingenuo cura, se le escapó una risita, y se dejó caer en un sillón con la actitud irónica del médico en consulta.

—Señor Brown —dijo gravemente—, la última vez que me pidieron que estudiara un problema personal fue hace casi catorce años y medio: el caso del envenenamiento frustrado del presidente francés en un banquete ofrecido por el señor alcalde. Si no he entendido mal, se trata de saber ahora si una amiga suya llamada Maggie es una prometida adecuada para un amigo de ella apellidado Todhunter. Pues bien, señor Brown, soy un deportista nato, acepto el reto. Le daré a la familia MacNab mi mejor consejo, tan bueno como el que le di a la República Francesa y al rey de Inglaterra… no, mejor aún, catorce años mejor. No tengo otra cosa que hacer esta tarde. Cuénteme su historia.

El pequeño clérigo, llamado Brown, le dio las gracias con innegable entusiasmo, pero aun así con una extraña especie de sencillez. Parecía más bien que le estuviera dando las gracias en un salón de fumar a un desconocido por haberse molestado en pasarle las cerillas, y no que le estuviera dando las gracias (como de hecho lo estaba haciendo), como si dijéramos, al director de los Kew Gardens[3] por acompañarle a un prado a buscar un trébol de cuatro hojas. Separándolo apenas con un punto y coma de su cordial agradecimiento, el hombrecillo inició su discurso:

—Ya le dije que me llamo Brown; pues bien, así es, y soy el cura de la pequeña iglesia católica que, no me cabe la menor duda, habrá visto usted detrás de aquellas recónditas calles, en el extremo norte de la ciudad. En la última y más recóndita de esas callejuelas, una que corre paralela al mar, como si fuera un paseo marítimo, se halla uno de los miembros de mi rebaño, una viuda honradísima, pero de genio muy vivo, apellidada MacNab. Tiene una hija y alquila habitaciones y, bueno, entre ella y su hija, y entre ella y los huéspedes, pues bien, yo me atrevería a decir que todos tienen razón y ninguno la tiene. En este momento no hay más que un huésped, el joven apellidado Todhunter; pero éste le ha causado más problemas que todos los demás juntos, pues quiere casarse con la señorita de la casa.

—¿Y qué es lo que quiere la señorita de la casa? —preguntó el doctor Hodd—, al que todo esto le hacía mucha gracia, aunque no lo manifestaba.

—Pues quiere casarse con él, claro —exclamó el Padre Brown, incorporándose en su asiento con impaciencia—. Y eso es lo malo de todo este asunto.

—Efectivamente, estamos ante un espantoso enigma —dijo el doctor Hood.

—Este joven, James Todhunter —prosiguió el cura—, es en mi opinión un buen chico; claro que ni yo ni nadie tenemos muchos elementos de juicio sobre él. Es un hombrecillo alegre, tirando a moreno, ágil como un mono, que va afeitado como un actor y es tan atento como un auténtico cortesano. Aparentemente tiene bastante dinero, pero nadie sabe a qué se dedica. Por lo tanto, la señora MacNab (que es de talante pesimista), está convencida de que se trata de algo espantoso, probablemente relacionado con la dinamita. Pero debe ser una dinamita de lo más tímida y silenciosa, pues el pobre hombre se limita a encerrarse en su habitación durante varias horas al día y a estudiar alguna materia con la puerta cerrada bajo llave. Suele decir que esta reclusión es temporal y que está justificada, y promete que explicará el motivo de la misma antes de la boda. Esto es lo único que todo el mundo sabe a ciencia

cierta, pero la señora MacNab le contará muchas más cosas que las que ella misma conoce con seguridad. Ya sabe usted que cuando la gente es tan ignorante, los chismes crecen como la espuma. Hay quien dice que se han oído dos voces hablando en la habitación, aunque, cada vez que se abre la puerta, aparece Todhunter completamente solo. Se rumorea de la existencia de un hombre alto con sombrero de seda, que salió una vez de la bruma del mar y al parecer de las mismas aguas del mar, atravesando con suaves pisadas los campos de arena y el pequeño jardín, en el crepúsculo, y al que oyeron conversar con el huésped al pie de la ventana abierta de éste. Por lo que se dice, la conversación acabó en riña. Todhunter bajó con violencia la ventana, y el hombre del sombrero de copa volvió a desvanecerse en la bruma del mar. La familia cuenta esta historia con total perplejidad; pero en realidad me parece que la señora MacNab prefiere su propia versión original, y es que el Otro Hombre (o lo que sea), sale arrastrándose todas las noches del cajón que hay en el rincón de la habitación y que está cerrado con llave durante el día. Se dará usted cuenta, por lo tanto, de que para ellos, la puerta sellada de Todhunter es como la cancela de todas las fantasías y monstruosidades de *Las mil y una noches*[4]. Y, sin embargo, lo único que hay detrás de ella es un hombrecillo con su respetable americana negra, tan puntual e inocente como un reloj de pared. Paga religiosamente el alquiler; es prácticamente abstemio, siempre es amabilísimo con los niños pequeños, y es capaz de entretenerlos durante todo el día; y, lo último y lo más importante de todo, es que se ha ganado también a la hija mayor, que está dispuesta a presentarse ante el altar de su brazo mañana mismo.

Cualquier persona que se preocupa profundamente por las grandes teorías siempre siente cierto placer al aplicarlas a cosillas triviales. Una vez que el gran especialista hubo condescendido ante la sencillez del cura, condescendió por completo. Se acomodó en su sillón y empezó a hablar, con tono de sabio algo distraído:

—Incluso en los casos más insignificantes, es mejor empezar por analizar las tendencias básicas de la Naturaleza. Puede que una flor determinada no se haya muerto a principios del invierno, pero las flores mueren; puede que la marea nunca llegue a mojar un determinado guijarro, pero la marea sube. Para la mente científica, toda la historia de la humanidad es una serie de movimientos, de destrucciones o migraciones colectivas, como la exterminación de las moscas en invierno o el regreso de las aves en primavera. Y el hecho fundamental de toda la historia es la raza. La raza produce la religión; la raza produce guerras legales y éticas. No hay caso más

revelador que el de ese rebaño salvaje, incivilizado y perecedero que solemos llamar los celtas, al que pertenecen sus amigos los MacNab. Pequeños, morenos, de espíritu soñador y divagador, aceptan fácilmente cualquier explicación supersticiosa de los incidentes, del mismo modo que siguen aceptando (y le ruego que me disculpe por decirlo) esta explicación supersticiosa de todos los incidentes que usted y su Iglesia representan. No es de sorprender que dicha gente, con los gemidos del mar a sus espaldas y el zumbido de la Iglesia (y discúlpeme de nuevo) ante ellos, le den tintes fantásticos a aquello que probablemente no sea más que un conjunto de acontecimientos normales. Usted, con sus pequeñas responsabilidades parroquiales, ve exclusivamente a la tal señora MacNab, aterrorizada con esta historia concreta de las dos voces y un hombre alto surgiendo del mar. Pero un hombre con imaginación científica puede ver, como si lo tuviera ante sus ojos, a todo el clan de los MacNab, esparcido por todo el mundo, en último término tan uniforme como una bandada de pájaros. Ve miles de MacNabs, en mil casas, vertiendo su gotita de morbo en las tazas de té de sus amigos; ve…

Antes de que el científico pudiera terminar su frase, otra llamada más impaciente aún les llegó del exterior; se oyeron por el pasillo pasos apresurados y el crujido de una falda de seda y, cuando se abrió la puerta, fue introducida en la sala una joven decentemente vestida, pero con las ropas en desorden y el rostro sonrojado por las prisas. La brisa del mar había despeinado su rubia cabellera, y hubiera resultado hermosísima de no ser por sus mejillas que, al igual que le sucede a muchos escoceses, son algo pronunciadas de forma y de color. Se excusó con una frase que resultó casi tan cortante como una orden:

—Siento interrumpirle, caballero —dijo—, pero no tuve más remedio que venir inmediatamente detrás del Padre Brown; se trata de un asunto de vida o muerte.

El Padre Brown se dispuso a levantarse con cierta torpeza, mientras le decía:

—Pero ¿qué ha pasado, Maggie?

—Han asesinado a James, o eso me parece —contestó la joven respirando entrecortadamente por las prisas—. El tal Copa estuvo otra vez con él; los oí hablar a través de la puerta con toda claridad. Eran dos voces distintas, porque James habla con tono bajo, como un zumbido, mientras que la otra voz era aguda y trémula.

—¿El tal Copa? —repitió el sacerdote algo perplejo.

—Sé que se llama Copa —contestó la muchacha muy impaciente—. Oí el nombre a través de la puerta. Estaban discutiendo… por dinero, me parece… porque oí a James decir varias veces: «Está bien, señor Copa», «No, señor Copa», y luego «Dos o tres, señor Copa». Pero estamos hablando demasiado; venga inmediatamente, que puede que aún lleguemos a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —preguntó el doctor Hood, que había estado observando a la joven con manifiesto interés—. ¿Por qué el señor Copa y sus problemas financieros habrían de provocar semejante urgencia?

—Intenté abrir la puerta por la fuerza y no lo conseguí —contestó escuetamente la joven—. Entonces corrí hasta el patio de atrás y logré trepar hasta el alféizar de la ventana de su habitación. Estaba toda a oscuras, y parecía vacía, pero le juro que vi a James acurrucado en un rincón en el suelo, como si estuviera drogado o estrangulado.

—Esto es muy serio —dijo el Padre Brown, logrando recuperar su itinerante sombrero y paraguas, y poniéndose en pie—; de hecho estaba explicándole su caso a este caballero y su opinión…

—Ha variado radicalmente —afirmó el científico gravemente—. No me parece que esta damita sea tan celta como suponía. Y como no tengo otra cosa que hacer, me pondré el sobrero y daré una vuelta por la ciudad con ustedes.

Al cabo de unos minutos, se acercaban los tres al monótono final de la calle de los MacNab: la chica, con la zancada firme e incontenible, propia de un montañista, el criminólogo, con una gracia comedida (no exenta de cierta agilidad de leopardo), y el cura, con un trote enérgico y totalmente falto de distinción. Las alusiones del doctor acerca del ambiente y entorno desoladores en este extremo de la ciudad no estaban del todo injustificadas. Las casas se desparramaban a lo largo de la costa en una línea quebrada, cada vez más distintas; la tarde llegaba a su fin con una penumbra prematura y hasta cierto punto misteriosa; el mar tenía un tinte violáceo y levantaba un murmullo amenazador. En el descuidado jardín de atrás de los MacNab, que descendía hasta la playa, había dos árboles negros de aspecto desolador plantados como dos demonios con las manos en alto en un gesto de estupor; y cuando la señora MacNab bajó corriendo por la calle a su encuentro, con sus flacas manos extendidas del mismo modo y su rostro sombríamente agresivo, también ella parecía un demonio. El doctor y el sacerdote apenas hicieron caso de los gritos de la viuda que, ora reiteraba estridentemente la narración de su propia hija, añadiéndole algunos perturbadores detalles de su cosecha, ora juraba que se vengaría del señor Copa por haber asesinado al señor Todhunter, o de éste por haberse dejado asesinar, o por haberse atrevido a

pretender casarse con su hija, y por haberse muerto antes de llegar a hacerlo. Recorrieron un estrecho pasillo que salía del recibidor, hasta que llegaron a la puerta de la habitación del huésped, en la parte de atrás; entonces el doctor Hood, con ademán de experto detective, cargó con el hombro sobre la madera y abrió la puerta de par en par.

Al hacerlo, quedó ante sus ojos un espectáculo de muda catástrofe. Nadie que lo hubiera visto, aunque sólo fuera por un segundo, habría podido poner en duda que en aquella habitación se había desarrollado un enigmático enfrentamiento entre dos o tal vez más personas. Había una baraja desparramada por la mesa y por el suelo, como si se hubiera interrumpido una partida de naipes. En una mesita auxiliar se veían dos copas de vino vacías, pero otra había ido a estrellarse sobre la alfombra. A unos pasos de ésta podía verse un objeto que parecía un cuchillo largo o una espada corta, recto pero con dibujos y adornos en el pomo. Sobre su hoja mate apenas se reflejaba el tenue y gris resplandor de la ventana que había detrás, a través de la cual se distinguían los árboles negros recortados sobre el plomizo horizonte marino. Hacia el rincón opuesto de la habitación, había rodado por el suelo, como si se lo acabaran de quitar de un puñetazo, el sombrero de copa de seda de un caballero; tan vivida era la imagen, que daba la impresión de que dicho sombrero seguía rodando. Y en el propio rincón, detrás del sombrero, tirado en el suelo como un saco de patatas, pero bien atado como un baúl de ferrocarril, yacía el señor James Todhunter, amordazado con una bufanda y amarrado con seis o siete cuerdas alrededor de los codos y tobillos. Sus ojos castaños estaban abiertos y se movían ansiosamente de un lado para otro.

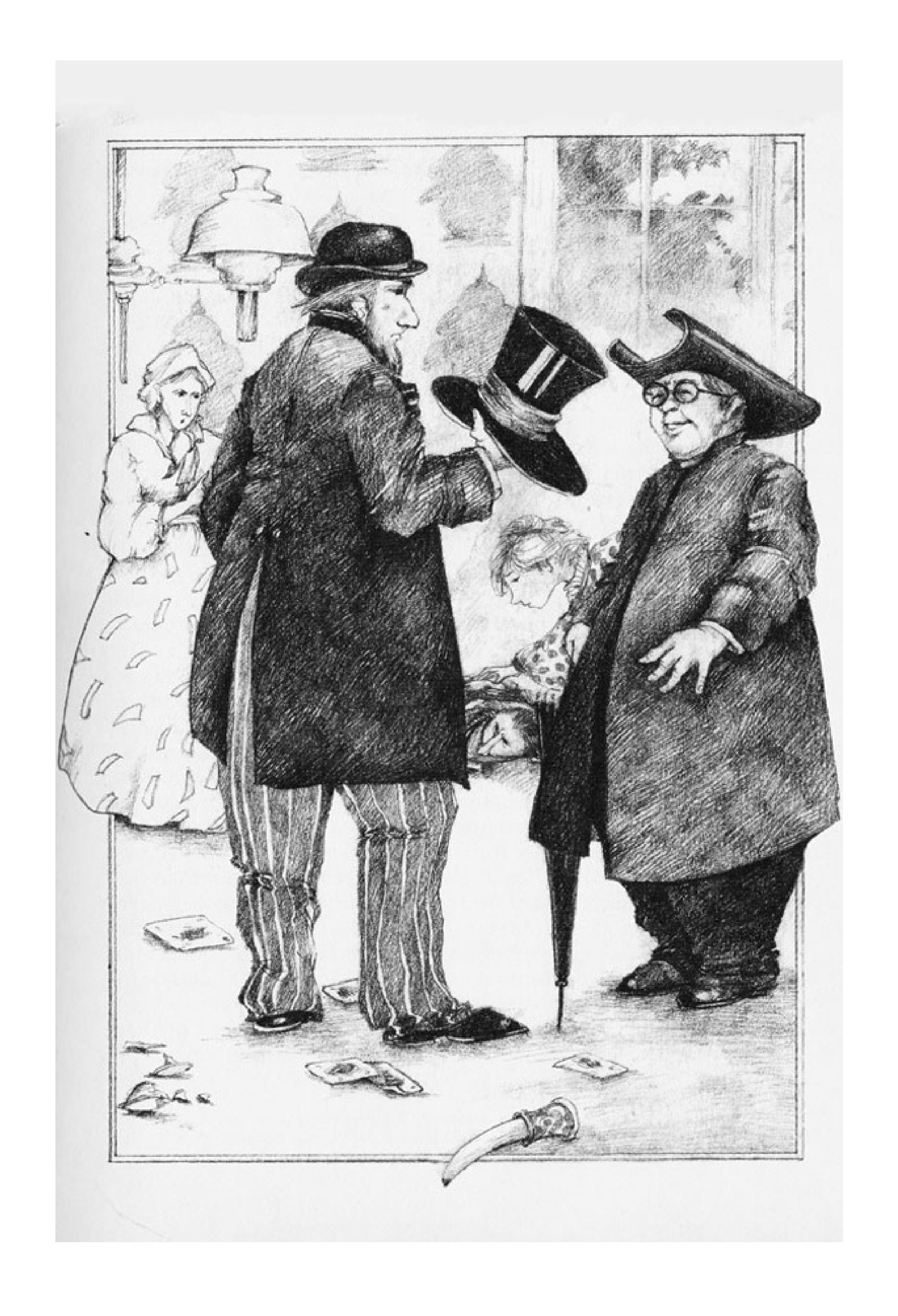
El doctor Orion Hood se detuvo un instante sobre el felpudo, absorbiendo toda aquella escena de muda violencia. Luego cruzó a paso ligero la alfombra, recogió el sombrero de copa de seda y, con toda seriedad, se lo colocó en la cabeza a Todhunter, que yacía maniatado. Le estaba tan grande que casi le cubrió hasta los hombros.

—El sombrero del señor Copa —dijo el doctor, regresando con él en la mano mientras observaba su interior con un monóculo—, ¿Cómo explicar la ausencia del señor Copa, y la presencia del sombrero del señor Copa? Porque el señor Copa no es un hombre que descuide su indumentaria. Este sombrero es muy elegante y ha sido cepillado y pulido con regularidad, aunque no es muy nuevo. Es un viejo *dandy*[5], diría yo.

—¡Bendito sea! —gritó la señorita MacNab—. ¿Es que no piensan desatar a ese hombre?

—Digo «viejo» intencionadamente, pero no con absoluta seguridad —prosiguió el comentador—; y mi explicación tal vez les resulte algo rebuscada. A la gente se le cae el pelo en muy diversos grados, aunque casi todos perdemos siempre algo de pelo; con la ayuda de una lupa, no me costaría trabajo descubrir algún pelillo en el interior de un sombrero que alguien acabase de llevar. En éste no hay ninguno, lo cual me induce a pensar que el señor Copa es calvo. Si le añadimos a esto lo de la voz aguda y trémula que la señorita MacNab describió tan vívidamente (paciencia, mi querida señorita, tenga usted paciencia), si a una cabeza calva le añadimos un tono de voz que suele ser común en una persona mayor cuando está irritada, creo que podríamos deducir que se trata de una persona de edad algo avanzada. Sin embargo, se trata de un hombre probablemente fuerte y casi con toda seguridad alto. Hasta cierto punto, habré de aceptar el relato de su aparición previa en la ventana, en la que me lo describieron como un hombre alto, con sombrero de seda, pero creo que cuento con un dato más exacto. Los restos de cristal de esta copa están esparcidos por todo el suelo, pero uno de los trocitos se encuentra encima del soporte superior de la repisa de la chimenea. Sería imposible hallar un fragmento en semejante lugar, si una persona relativamente baja, como lo es el señor Todhunter, hubiera estrujado la copa con la mano hasta romperla.

—A propósito —dijo el Padre Brown—, ¿no le parece que sería buena idea desatar al señor Todhunter?



—Todavía no hemos terminado la lección sobre las copas —prosiguió el especialista—. Les diré inmediatamente que es posible que el tal Copa fuera calvo o estuviera nervioso, más a causa de la mala vida que de la edad. El señor Todhunter, como ya se ha comentado, es un caballero austero y tranquilo, esencialmente abstemio. Los naipes y las copas no forman parte de sus costumbres habituales; han salido a relucir para un compañero particular. Pero el caso es que podemos ir más lejos. Puede que el señor Todhunter sea el dueño de este juego de copas, o puede que no. Pero no hay señal de que tenga vino alguno. Y en ese caso, ¿qué iban a poner en los recipientes? Se me ocurre de momento que tal vez fuera brandy o whisky, incluso de gran calidad, que estuviera en una petaca en el bolsillo del señor Copa. Y así es cómo llegamos a una especie de retrato tipo: alto, de edad avanzada, a la moda aunque un poco pasado, y desde luego aficionado al juego y a las bebidas fuertes, tal vez incluso excesivamente aficionado a ambas cosas. El señor Copa es ese tipo de caballero que a veces se encuentra justo a punto de traspasar el margen de la ley.

—¡Oigan! —gritó la joven—. Si no me dejan pasar para desatarlo, me voy corriendo a la calle y me pongo a chillar hasta que venga la policía.

—Yo no le aconsejaría a *usted,* señorita MacNab —dijo el doctor Hood muy serio—, que tuviera prisa alguna en buscar a la policía. Padre Brown, le ruego encarecidamente que sosiegue a su rebaño, en beneficio del mismo, que no en el mío. Bueno, ya tenemos alguna idea del aspecto y características del señor Copa. ¿Cuáles son los hechos fundamentales que conocemos acerca del señor Todhunter? Sustancialmente son tres: que es ahorrador, que es más o menos rico, y que tiene un secreto. Y éstas son evidentemente tres señales fundamentales del tipo de hombre que está sometido a algún chantaje. Y también evidentemente, la elegancia algo trasnochada, las costumbres disipadas y la estridente irritación del señor Copa son las inconfundibles señales del tipo de hombre que está llevando a cabo algún chantaje. Tenemos los dos tipos clásicos de una tragedia de dinero encubierto: por un lado, el hombre respetable que oculta un misterio; por otro, el buitre del West-end[6], con un olfato especial para los misterios. Estos dos hombres se han encontrado hoy aquí, y han discutido utilizando los puños y un arma blanca.

—¿Va usted a soltarle esas cuerdas? —preguntó obstinadamente la joven.

El doctor Hood colocó con todo cuidado el sombrero de seda encima de la mesita supletoria y cruzó la habitación en dirección al cautivo. Lo observó atentamente, e incluso lo tocó y giró a medias su cuerpo, cogiéndolo por los hombros. Pero se limitó a contestar:

—No, me parece que esas cuerdas están muy bien donde están, hasta que sus amigos de la policía traigan unas esposas.

El padre Brown, que llevaba un rato con la mirada perdida en la alfombra, alzó su redondo rostro y dijo:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

El científico había recogido aquella extraña daga-espada de la alfombra, y la estaba examinando atentamente cuando contestó:

—Porque encuentran al señor Todhunter atado, todos ustedes se precipitan a deducir que el señor Copa lo ha atado; y luego, supongo, que piensan que ha escapado. Tengo cuatro objeciones a este razonamiento: en primer lugar, ¿por qué un caballero tan elegante como nuestro amigo Copa iba a dejarse el sombrero, caso de que se lo dejara por voluntad propia? Segundo —prosiguió dirigiéndose hacia la ventana—, sólo hay esta salida y está cerrada por dentro. Tercero, la hoja de esta arma tiene una pequeñísima mancha de sangre en la punta, pero el señor Todhunter no tiene ninguna herida. El señor Copa se llevó la herida consigo, esté vivo o muerto. Añádanle a todo ello esta probabilidad fundamental. Es mucho más lógico que la persona chantajeada intentase matar a su íncubo[7] y no que el chantajeador intentase matar a la gallina de los huevos de oro. Y me parece que con eso tenemos una bonita historia de principio a fin.

—Pero ¿y las cuerdas? —preguntó el sacerdote, que había permanecido con los ojos muy abiertos con expresión de ausente admiración.

—¡Ah! ¿Las cuerdas? —dijo el experto con singular entonación—. La señorita MacNab estaba empeñada en saber por qué no le quitaba las cuerdas al señor Todhunter. Pues bien, se lo voy a decir. No lo hice porque el propio señor Todhunter se las puede soltar él mismo en cuanto quiera.

—¿Qué? —gritaron todos los presentes en diferentes tonos de asombro.

—He examinado todos los nudos que tiene encima el señor Todhunter —reiteró Hood sin alterarse—. Resulta que sé algo de nudos; son una rama bastante importante de la criminología. El mismo ha hecho cada uno de estos nudos y él mismo puede deshacerlos. Ninguno de ellos puede haber sido hecho por un enemigo que verdaderamente intentase amordazarlo. Todo este asunto de las cuerdas es una simulación muy inteligente para hacernos creer que él es la víctima de la pelea y no el malvado Copa, cuyo cadáver tal vez esté escondido en el jardín o dentro del tiro de la chimenea.

Se produjo un silencio bastante opresivo; la habitación estaba cada vez más oscura, las ramas de los árboles del jardín, tan raquíticas por estar frente al mar, se veían más delgadas y negras que nunca, aunque daba la impresión

de que estaban más cerca de la ventana. Casi se podía pensar que eran monstruos marinos, como *kraken*[8] o calamares, retorcidos pólipos que hubieran salido a rastras del mar para contemplar el desenlace de esta tragedia, aunque *él*, al mismo tiempo malvado y víctima, el terrible hombre del sombrero de copa, también hubiera salido una vez a rastras del mar. Porque todo el aire estaba impregnado del tufillo malsano del chantaje, que es el peor de los males humanos, porque es un crimen que esconde otro crimen; un emplasto negro sobre una herida todavía más negra.

Sobre el rostro del pequeño sacerdote católico, que normalmente tenía un aspecto complaciente e incluso cómico, se dibujó de repente un gesto de curiosidad. No era la ingenua curiosidad de alguien que es absolutamente inocente, sino más bien la curiosidad creativa de quien acaba de descubrir el nacimiento de una idea.

—Por favor, repita eso de nuevo —dijo sencillamente, con tono de preocupación—. ¿Quiere usted decir que Todhunter se puede atar solo y se puede desatar solo?

—Eso es lo que quiero decir —respondió el doctor.

¡Ave María! —exclamó Brown—. ¡Mira que si es lo que yo me imagino!

Cruzó corriendo la habitación, como si fuera un conejo, y se agachó con renovado ímpetu a observar la cara parcialmente cubierta del cautivo. Luego volvió su propio rostro un tanto fatuo hacia la concurrencia, y gritó con cierta excitación:

—¡Sí que lo es! ¿No ven ustedes la cara de este hombre? ¡Vamos, miren sus ojos!

Tanto el profesor como la muchacha volvieron la mirada hacia donde él les indicaba. Y aunque la gran bufanda negra cubría la parte inferior del rostro de Todhunter, se percataron de que en la parte superior del mismo había algo que expresaba una intensa lucha.

—Sus ojos tienen un aspecto extraño —gritó la joven, profundamente alterada—. Son ustedes unos brutos; ¡me parece que hay algo que lo lastima!

—No lo creo —dijo el doctor Hood—; desde luego los ojos tienen una expresión un tanto extraña. Pero yo interpretaría esas arrugas transversales como reveladoras de algún tipo de ligera anormalidad psicológica…

—¡Paparruchas! —exclamó el Padre Brown—. ¿No se da usted cuenta de que se está riendo?

¡Riendo! —repitió el doctor dando un respingo—. Pero ¿de qué diablos se iba a reír?

—Bueno —replicó el reverendo padre como queriendo disculparse—, se lo diré sin rodeos: creo que se está riendo de usted. Y la verdad es que también yo tengo ganas de reírme de mí mismo, ahora que lo sé.

—¿Ahora que sabe qué? —le preguntó Hood, a punto de perder la paciencia.

—Ahora que sé —replicó el sacerdote— cuál es la profesión del señor Todhunter.

Dio unas cuantas vueltas por la habitación, arrastrando los pies y deteniéndose a mirar un objeto aquí y otro allá con expresión simplona, para acabar invariablemente soltando una carcajada igualmente simplona: procedimiento enormemente irritante para aquellos que tenían que contemplarlo. Se rió muchísimo con el sombrero, y todavía más estrepitosamente cuando llegó a la copa rota, pero al llegar a la sangre en la punta de la espada, es que se desternillaba de risa. Luego se volvió hacia el especialista, que estaba que echaba lumbre, y le gritó entusiasmado:

—¡Doctor Hood, es usted un gran poeta! Ha sacado usted de la nada un ser que antes no existía. ¡Y eso tiene mucho más de divino que el lograr descubrir los hechos, pura y simplemente! La verdad es que los hechos, puros y simples, son en comparación bastante vulgares y cómicos.

—No tengo ni idea de lo que está usted diciendo —replicó el doctor Hood, en tono algo altanero—. Los hechos que yo he planteado son todos ellos inevitables, aunque necesariamente incompletos. Es posible que en ellos desempeñe cierto papel la intuición (o la poesía, si usted prefiere este término), pero ello sólo es debido a que, de momento, todavía no puedo dar con certeza los correspondientes detalles. En ausencia del señor Copa…

—Eso es, eso es —intervino el curita, asintiendo enérgicamente con la cabeza—; eso es lo primero que tiene que quedar bien claro: la ausencia del señor Copa. Está de lo más ausente.

Y luego añadió como para sus adentros:

—Supongo que jamás ha existido nadie tan ausente como el señor Copa.

—¿Quiere usted decir que se ha ausentado de la ciudad? —le preguntó el doctor.

—Quiero decir que se ha ausentado de todas partes —le contestó el Padre Brown—; digamos que se ha ausentado de la Naturaleza de las Cosas.

—No hablará usted en serio —le dijo el especialista con una sonrisa— cuando afirma que no existe semejante persona.

El sacerdote asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, por desgracia.

Orion Hood soltó una sarcástica carcajada y replicó:

—Bueno, sin entrar en otras mil y una pruebas, analicemos la primera que encontramos; éste es el dato número uno con que nos topamos al entrar en esta habitación. Si no existe el tal señor Copa, ¿de quién es este sombrero?

—Del señor Todhunter —replicó el Padre Brown.

—Pero si no es de su talla —gritó Hood impaciente—. ¡Cómo quiere que se lo ponga!

El Padre Brown meneó la cabeza con inefable dulzura y le contestó:

—Yo nunca dije que se lo pusiera. Dije que éste es su sombrero. O, si se empeña usted en puntualizar, que es un sombrero de su propiedad.

—Ya me explicará usted la diferencia —inquirió el criminologista con aire de superioridad.

—Muy señor mío —gritó el afable curita, dando por primera vez muestras de algo semejante a la impaciencia—, si baja usted hasta la sombrerería más próxima, podrá comprobar que, en lenguaje vulgar, existe cierta diferencia entre el sombrero de un caballero y los sombreros del sombrerero.

—Pero es que un sombrerero —replicó Hood— puede sacar dinero de los sombreros nuevos que tiene en almacén. ¿Qué iba a sacar Todhunter de este sombrero viejo?

—Conejos —respondió al instante el Padre Brown sin dudarlo.

—¿Cómo dice? —gritó el doctor Hood.

—Conejos, golosinas, peces de colores, serpentinas de colores —recitó el reverendo a toda velocidad—. ¿No se dio usted cuenta de todo cuando vio los nudos falsos? Lo de la espada es igual. Como bien dijo usted, el señor Todhunter no tiene el menor rasguño en su piel; pero tiene un rasguño por dentro. ¿Me explico?

—¿Quiere usted decir dentro de la ropa del señor Todhunter? —preguntó la señora MacNab muy seria.

—No quiero decir dentro de la ropa del señor Todhunter —dijo el Padre Brown—. Quiero decir dentro del señor Todhunter.

—Por cien mil pares de diablos, ¿qué quiere usted decir?

—El señor Todhunter —explicó el Padre Brown con toda placidez— está practicando para poder convertirse en prestidigitador profesional, además de malabarista, ventrílocuo y especialista en nudos. La prestidigitación explica lo del sombrero. No tiene ni rastro de pelos, no porque lo llevara el tal señor Copa, calvo prematuro, sino porque nunca se lo puso nadie. El malabarismo explica lo de las tres copas, que Todhunter estaba aprendiendo a tirar al aire y a cogerlas una tras otra. Pero como todavía está practicando, se le fue a

estrellar una contra el techo. Y el malabarismo también explica lo de la espada, que el señor Todhunter tiene el deber y el honor profesional de tragarse. Pero aquí también se encuentra en un nivel de aprendizaje, y se ha hecho una heridita que, a juzgar por la expresión de su cara, no creo que tenga la menor importancia. También está practicando el truco de atarse y desatarse, como los hermanos Davenport[9], y estaba a punto de soltarse las cuerdas cuando irrumpimos en su habitación. Los naipes, naturalmente, son para hacer juegos de cartas, y si están esparcidos por el suelo es porque ha estado practicando uno de esos trucos en los que se lanza la baraja por los aires. Si guardaba secreto acerca de su profesión era porque, como cualquier prestidigitador, no quería que se descubrieran sus trucos. Y el simple hecho de que, en determinado momento, pasara por delante de su ventana y se detuviera a curiosear un hombre con sombrero de copa, y el señor Todhunter lo echara con cajas destempladas, ha sido suficiente para que todos nosotros nos lanzáramos por la falsa pista de una aventura inexistente, imaginando que toda su vida estaba ensombrecida por el espectro del señor Copa y su sombrero de seda.

—Pero ¿y las dos voces? —preguntó Maggie sorprendidísima.

—¿No ha oído hablar usted de los ventrílocuos? —le preguntó el Padre Brown—. ¿No sabe usted que primero hablan con su tono natural de voz y luego se contestan con esa voz aguda y estridente tan poco natural que oyó usted?

Se produjo un largo silencio, y el doctor Hood miró al hombrecillo que acababa de hablar con una sonrisa oscura y penetrante. Luego le dijo:

—No cabe duda de que es usted una persona de gran ingenio; su explicación es de antología. Pero hay una parte del señor Copa que no ha logrado usted explicar, y es su nombre. La señorita MacNab oyó cómo el señor Todhunter se dirigía a él con ese nombre.

El reverendo Padre Brown soltó una risita casi infantil, y dijo:

—Bueno, ésa es la parte más absurda de una historia completamente absurda. Cuando nuestro amigo el malabarista lanzó al aire las tres copas sucesivamente, iba contándolas en voz alta según las cogía al vuelo, y también las contaba cuando no conseguía coger una. Lo que decía en realidad era: «Una, dos, tres… ¡soo, copa! Una, dos… ¡soo, copa!»[10], y así sucesivamente.

Durante un segundo, no se oyó ni una mosca revolotear por la habitación; luego, todos a una se echaron a reír, y entonces, la figura que había en el rincón tuvo a bien desanudarse todas las cuerdas y las dejó caer con gesto

grandilocuente. Luego, avanzando hasta el centro de la habitación con una reverencia, se sacó del bolsillo un tarjetón impreso en azul y rojo, que anunciaba que SALADINO, el prestidigitador, contorsionista, ventrílocuo y canguro humano más grande del mundo, presentaría toda una serie de trucos nuevos en la sala del Empire Pavilion, en Scarborough, el lunes siguiente, a las ocho en punto de la tarde.

II

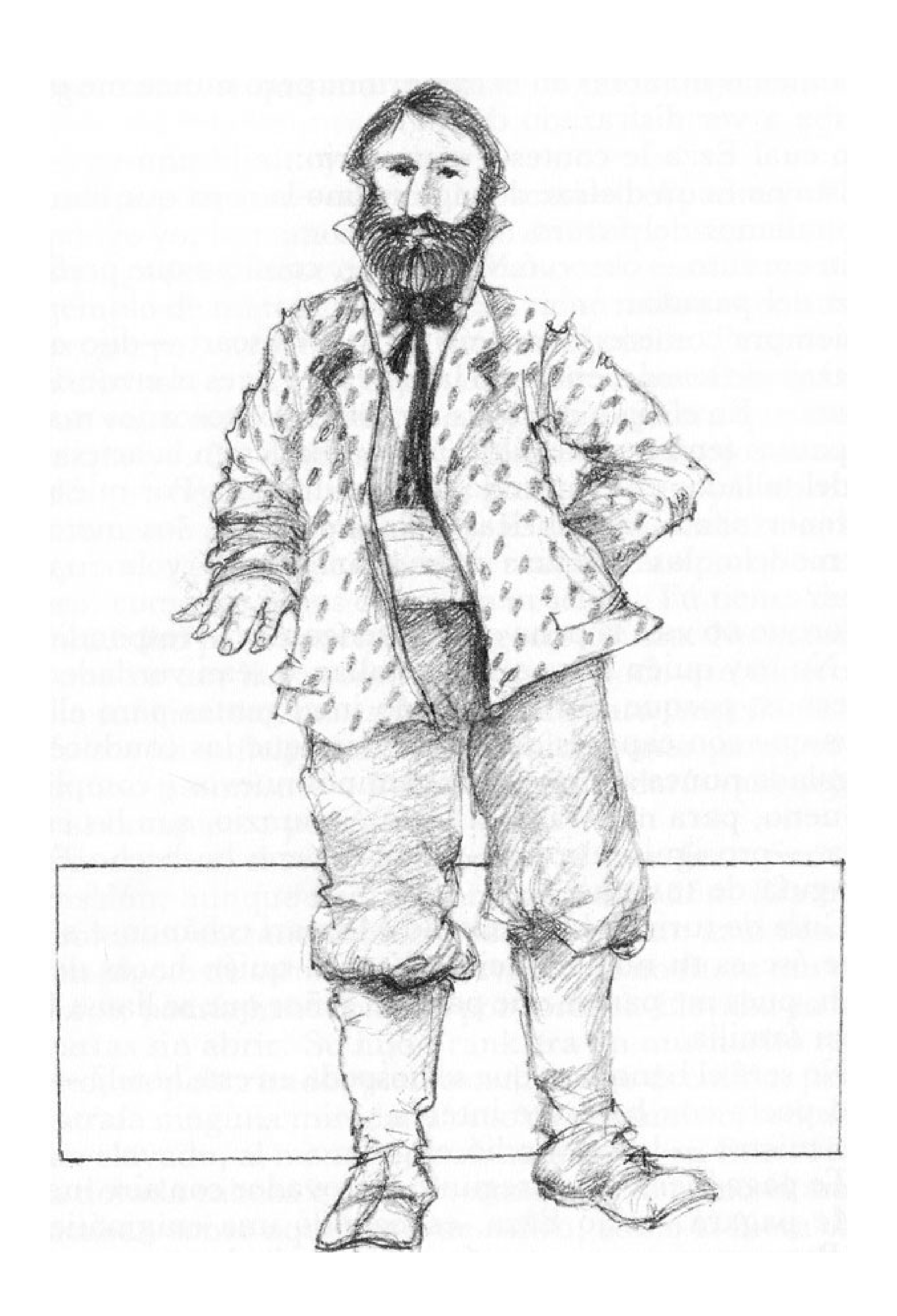
El paraíso de los bandidos

El gran Muscari, el más original de los jóvenes poetas tosca- nos, entró a paso ligero en su restaurante favorito, que daba sobre el Mediterráneo, y estaba cubierto por una marquesina y encuadrado por una fila de limoneros y naranjos enanos. Los camareros de delantal blanco estaban colocando sobre las mesas de blancos manteles las cartas en las que se podía leer el menú para el elegante almuerzo que daría comienzo a hora temprana; y esto al parecer aumentaba su satisfacción, que ya había llegado al colmo de la vanagloria. La nariz de Muscari era aguileña como la de Dante[11], tenía el cabello oscuro y lo llevaba en melena suelta, y al cuello un pañuelo negro que ondeaba al viento; se cubría con una capa negra, pues todo su aspecto recordaba enormemente el de un personaje de melodrama veneciano. Actuaba como si fuese un trovador que todavía tuviera una función social definida, como un obispo. Caminaba por el mundo literalmente como Don Juan, tanto como su siglo se lo permitía, con estoque y guitarra.

Pues nunca viajaba sin una maleta llena de espadas, con las cuales se había batido en vistosos duelos, o sin el correspondiente estuche con la mandolina, con la cual había dado serenatas a la propia señorita Ethel Harrogate, una joven muy convencional, hija de un banquero de Yorkshire[12], que estaba allí de vacaciones. Y sin embargo no era ni un charlatán ni un niño, sino un apasionado y lógico latino, que cuando quería algo lo conseguía. Su poesía era tan directa como la prosa de cualquier otra persona. Deseaba la fama, el vino *o* la belleza de las mujeres con un ímpetu tan fogoso que resultaba inconcebible para los brumosos ideales o vagos compromisos de la gente del Norte; su intensidad tenía para otras razas más tibias un tufillo a peligro e incluso a delito. Como el fuego o el mar, era demasiado elemental para que se pudiera confiar en él.

El banquero y su hermosa hija inglesa se hospedaban en el hotel anexo al restaurante del que era cliente Muscari; por eso era el restaurante favorito de éste. Sin embargo, le bastó un rápido vistazo por el comedor para darse cuenta inmediatamente de que los ingleses todavía no habían bajado. El restaurante estaba iluminado, pero se veía relativamente vacío. En una mesa de un rincón conversaban dos sacerdotes, pero Muscari, ferviente católico, no les prestó mayor atención que si fueran un par de cuervos. Pero de otra mesa más alejada, en parte oculta tras un naranjo enano cuajado de frutas doradas, se levantó y avanzó hacia el poeta una persona ataviada con una ropa que contrastaba agresivamente con la de Muscari.

El personaje llevaba un traje de *tweed*[13] con dibujo de pata de gallo, corbata rosa, cuello de puntas largas y unas voluminosas botas amarillas. Conseguía parecer al mismo tiempo deslumbrante y vulgar, en la mejor tradición de *Arry en Margate.* Pero cuando se le acercó aquella aparición *cockney*[14], Muscari se quedó de una pieza al observar que la cabeza era absolutamente diferente del cuerpo. Era una cabeza italiana, de cabello crespo, morena y de vivísima expresión, la que se erguía abruptamente por encima de aquel cuello tieso como el cartón y de la cómica corbata rosa. De hecho, era una cabeza que el poeta conocía. Lo reconoció, por encima de aquel lamentable atuendo propio de un inglés en vacaciones, como el rostro de un amigo muy antiguo pero olvidado, que se llamaba Ezza. Había sido un alumno sobresaliente en el colegio, y apenas contaba quince años cuando le prometieron que alcanzaría fama en Europa; pero cuando apareció en sociedad, fracasó, primero públicamente como dramaturgo y demagogo, y luego en privado durante años y años como actor, viajante, representante a comisión y periodista.



La última vez que Muscari supo de él, estaba entre candilejas; le sentaban perfectamente bien las emociones de esta profesión, y la gente llegó a creer que alguna calamidad moral se lo había tragado.

—¡Ezza! —gritó el poeta levantándose y estrechando las manos de su amigo con agradable sorpresa—. Bueno, te he visto vestido de muchas maneras en el camerino; pero nunca me imaginé que te iba a ver disfrazado de inglés.

A lo cual Ezza le contestó muy serio:

—Esto no es un disfraz de inglés, sino la ropa que han de llevar los italianos del futuro.

—En ese caso —observó Muscari—, confieso que prefiero los italianos del pasado.

—Siempre cometes el mismo error, Muscari —dijo el hombre del traje de *tweed* meneando la cabeza—, y es el error de todos los italianos. En el siglo dieciséis, nosotros los toscanos marcábamos la pauta: teníamos las últimas novedades en la artesanía del acero, del tallado, en el mundo de la química. ¿Por qué no íbamos a tener ahora las fábricas más modernas, los motores de último modelo, las finanzas más avanzadas… y la ropa más moderna?

—Porque no vale la pena que las tengamos —respondió Mus- cari—. No hay quién haga que los italianos sean verdaderamente modernos, porque son demasiado inteligentes para ello. Los hombres que son capaces de ver el atajo que los conduce a una vida regalada nunca se meten por caminos nuevos y complicados.

—Bueno, para mí Marconi, o D'Annunzio, son las estrellas de Italia —prosiguió el otro—. Por eso me he hecho Futurista**[15]**… y guía de turismo.

—¡Guía de turismo! —exclamó Muscari echándose a reír—. ¡Conque ése es tu nuevo oficio! ¿Y para quién haces de guía?

—Ah, pues me parece que para un señor que se llama Harrogate y su familia.

—¿No será el banquero que se hospeda en este hotel? —le preguntó el poeta con bastante interés.

—El mismo —le respondió el guía.

—¿Te paga bien? —le preguntó el trovador con aire inocente.

—Me pagará —dijo Ezza, esbozando una enigmática sonrisa—. Pero es que soy un guía muy particular.

Luego, como si quisiera cambiar de tema, dijo en tono cortante:

—Tiene una hija… y un hijo.

—La hija es divina —afirmó Muscari—, el padre y el hijo serán, supongo yo, humanos. Pero aun dando por supuesto que sea inofensivo, ¿no te parece que el tal banquero constituye un magnífico ejemplo de mi tesis? Harrogate tiene millones en sus arcas, mientras que yo… tengo un agujero en el bolsillo. Pero no te atreverías a afirmar… no eres capaz de decir… que él es más inteligente que yo, o más atrevido que yo, o ni siquiera que tiene más energías que yo. No es más inteligente: tiene los ojos como botones azules; no tiene más energías, porque va apoyándose de una silla a otra como si fuera paralítico. Es un viejo cabezota, amable y concienzudo; pero tiene dinero sencillamente porque colecciona dinero, como los niños coleccionan sellos. Tú tienes demasiada personalidad para meterte en negocios, Ezza. No lo conseguirás. Si uno es tan listo como para hacer todo ese dinero, tiene que ser lo suficientemente estúpido como para empeñarse en ello.

—Yo soy lo suficientemente estúpido como para eso —dijo Ezza en tono pesimista—. Pero te recomendaría que dejaras de criticar al banquero, porque ahí viene.

Efectivamente, el señor Harrogate, el gran financiero, entraba en el salón, aunque nadie le prestaba atención. Era un hombre corpulento, entrado en años, con ojos de un azul descolorido y un gran bigote de color pardo desvaído; si no fuera tan cargado de hombros, podría haber pasado por coronel. Llevaba en la mano varias cartas sin abrir. Su hijo Frank era un muchacho realmente apuesto, de pelo rizado, piel tostada y aire decidido; pero tampoco él atraía ninguna mirada. Como de costumbre, todos los ojos se habían clavado, al menos por un momento, en Ethel Harrogate, cuya dorada cabeza griega y tez sonrosada como el amanecer se destacaban sobre aquel mar de zafiro, como si fuera una diosa. El poeta Muscari respiró profundamente, como si estuviera bebiendo algo, que sí que lo estaba. Estaba impregnándose de clasicismo, como lo habían hecho sus antepasados. Ezza la estudió con una mirada igualmente intensa y mucho más desconcertante.

La señorita Harrogate se mostraba especialmente radiante y dispuesta a conversar en aquella ocasión; y su familia había adoptado la costumbre continental, menos rígida, de permitir que un desconocido como Muscari, o incluso un guía de turismo como Ezza, compartieran con ellos mesa y conversación. En Ethel Harrogate, el convencionalismo llegaba a su cúspide con perfección y esplendor propios. Orgullosa de la prosperidad de su padre, aficionada a los placeres de moda, hija devota pero coqueta redomada, unía a todas estas condiciones una especie de dorada afabilidad que hacía que hasta

su orgullo resultara agradable y convertía su mundana respetabilidad en algo fresco y cordial.

Estaban sumidos en un torbellino de emociones a causa del supuesto peligro que iban a correr trepando por un sendero montañoso aquella misma semana. El riesgo se debía, no tanto a la posibilidad de un desprendimiento de rocas o de avalanchas, sino a algo mucho más romántico. A Ethel le habían asegurado con toda seriedad que algunos bandoleros, auténticos matarifes de las leyendas modernas, aún frecuentaban aquellos parajes y tenían tomado aquel puerto de los Apeninos.

—Me han dicho —exclamó entusiasmada como una colegiala— que en toda esta región no reina el rey de Italia, sino el rey de los Bandidos. ¿Quién es el rey de los Bandidos?

—Un gran hombre —le respondió Muscari—, digno de la misma consideración que Robin Hood**[16]** en su patria de usted, *signorina.* De Montano, el rey de los Bandidos, se oyó hablar por primera vez en las montañas hace cosa de diez años, cuando la gente decía que ya no había bandoleros. Pero su brava autoridad se extendió con toda la celeridad de una revolución clandestina. Los hombres hallaron sus feroces bandos clavados en todos los pueblos de la montaña y sus centinelas, empuñando el arma, en todos los barrancos. El gobierno italiano intentó por seis veces echarlo de estos parajes, y fue derrotado en seis batallas campales, como si se hubiera enfrentado a Napoleón**[17]**.

—En Inglaterra nunca se tolerarían estas cosas —observó el banquero en tono pausado—; después de todo, tal vez resulte más prudente elegir otro itinerario. Aunque el guía dijo que era perfectamente seguro.

Robín de los Bosques, legendario héroe inglés, de origen noble, cuyas hazañas se sitúan entre el siglo XII y xv; robaba a los ricos, protegía a los débiles y socorría a los pobres. Simboliza la resistencia de los sajones a la conquista normanda. Véase *Las alegres aventuras de Robin Hood,* de Howard Pyle, publicado en esta misma Colección.

—Es perfectamente seguro —dijo el guía con desdén—, lo he recorrido más de veinte veces. Puede que haya existido un viejo presidiario al que llamaban Rey, pero eso fue en tiempo de nuestras abuelas; pertenece a la historia, cuando no a la fábula. El bandolerismo ha sido extirpado de raíz.

—Nunca se puede extirpar de raíz —intervino Muscari— porque la rebelión armada es algo consubstancial a la gente del Sur. Nuestros paisanos son como las montañas de esta tierra, rebosantes de gracia y fresca alegría, pero encubren un polvorín. Cuando se llega a un determinado punto de

desesperación, los pobres en los países nórdicos agarran una botella… y aquí en nuestra tierra agarran un puñal.

—Los poetas son seres privilegiados —replicó Ezza en son de mofa—. Si el *signor* Muscari fuera inglés, estaría todavía buscando a salteadores de caminos en Wandsworth. Créame usted, no hay más peligro de que le capturen en Wandsworth que de que le arranquen la cabellera en Boston.

—¿Entonces diría usted que podemos intentarlo? —preguntó el señor Harrogate alzando las cejas.

—¡Ay! ¡Suena horroroso! —gritó la joven volviendo hacia Muscari sus hermosísimos ojos—. ¿Cree usted realmente que el puerto es peligroso?

Muscari sacudió la cabeza echando hacia atrás su negra melena y dijo:

—Sé que es peligroso. Yo lo voy a pasar mañana.

El joven Harrogate se quedó sentado a la mesa un instante, para vaciar un vaso de vino blanco y encender un cigarrillo, mientras la bella se retiraba con el banquero, el guía y el poeta, repartiendo a diestro y siniestro satíricas sonrisas de plata. Casi al mismo tiempo, se levantaron los dos curas que estaban sentados en el rincón; el más alto de los dos, un italiano de pelo blanco, se despidió. El más bajo dio media vuelta y se dirigió hacia el hijo del banquero, el cual se sorprendió al comprobar que, a pesar de ser un sacerdote católico, el hombre era inglés. Le parecía recordar vagamente que lo había visto en las reuniones sociales de algunos de sus amigos católicos. Pero el hombre empezó a hablar antes de que Frank consiguiera ordenar sus pensamientos.

—El señor Frank Harrogate, supongo. Me han dado una carta de presentación para usted, pero no quiero abusar de semejante circunstancia. Sería mucho mejor que fuera un desconocido quien le comentara la extraña cuestión que he de comunicarle. Señor Harrogate, dos palabras y me voy: cuide usted de su hermana cuando le ocurra la desgracia.

Hasta el propio Frank, a pesar de su total indiferencia fraterna, podía percibir la radiante estela de luz y el cascabeleo de burlona alegría que habían quedado en el ambiente tras el paso de su hermana; todavía oía su risa procedente del jardín del hotel, y miró perplejo a su siniestro consejero.

—¿Se refiere usted a los bandidos? —le preguntó.

Luego, recordando cierto temor que también él había sentido, añadió:

—¿No estará pensando usted en Muscari?

—Nunca se piensa en la verdadera desgracia —dijo el extraño sacerdote —. Y cuando se produce, sólo cabe ser bondadoso.

Y abandonó rápidamente el salón, dejando al otro prácticamente con la boca abierta.

Un par de días más tarde, todo este grupo de gente se desplazaba en un coche que se tambaleaba y avanzaba a paso de tortuga cuesta arriba por la amenazadora cadena montañosa. Tras sopesar los comentarios de Ezza, que los había animado, negando la posibilidad de riesgo alguno, y los de Muscari, dispuesto a desafiar el peligro con ardor, la familia del financiero se mantuvo firme en su propósito original; además, Muscari decidió unirse a ellos para llevar a cabo su proyectado viaje por la montaña. Un detalle que resultó más sorprendente fue la aparición del curita del restaurante en la estación de la pequeña ciudad costera; explicó escuetamente que ciertos asuntos lo obligaban a cruzar las montañas del interior. Pero el joven Harrogate no pudo evitar relacionar su presencia con las advertencias y los temores místicos de la víspera.

El vehículo era una especie de amplia tartana inventada por el talento modernista del guía, el cual llevaba la voz cantante de la expedición, con su actividad científica y su despreocupado ingenio. La teoría del peligro de los ladrones quedó fuera de todo pensamiento y conversación; sin embargo, se hizo la concesión formal de tomar alguna precaución. El guía y el joven banquero llevaban revólveres cargados, y Muscari, con la satisfacción propia de un muchacho, se ciñó al cinto, debajo de su capa negra, una especie de alfanje.

Aprovechando el movimiento de una curva, se había acomodado al lado de la adorable dama inglesa; del otro lado iba sentado el cura, cuyo apellido era Brown y que afortunadamente era una persona de pocas palabras; el guía, el padre y el hijo viajaban en el *banc*[18] de atrás. Muscari se mostraba profundamente exaltado, convencido como estaba del peligro, y es posible que su conversación con Ethel le hiciera a ésta pensar que se hallaba ante un maníaco. Pero algo había en aquella descabellada y magnífica ascensión, por entre riscos cual crestas cargadas de bosques como huertos, que arrastraba su espíritu junto con el de él por ridículos cielos morados en los que rodaban soles. El camino blanco trepaba como un gato blanco; atravesaba sombríos precipicios, tendido como una cuerda floja; se enrollaba alrededor de los lejanos montes como si los hubieran cazado a lazo.

Y sin embargo, por mucho que subieran, el desierto seguía abriéndose ante ellos como una rosa. Los campos estaban bruñidos por el sol y el viento, y tenían el color del martin pescador y del loro y del colibrí, la tonalidad de un campo de plantas florecidas. No hay prados y bosques más deliciosos que

los ingleses; no hay cumbres y cordilleras más nobles que las de Snowdon y de Glencoe. Pero Ethel Harrogate nunca había visto los parques del Sur colgados de los quebrados picos del Norte; el desfiladero de Glancoe rebosante de frutas de Kent[19]. Y aquí no había nada del frío y la desolación que en Gran Bretaña se asocian con los paisajes silvestres y de montaña. Parecía más bien un palacio de mosaico, desgarrado por los terremotos; o un jardín holandés de tulipanes que se hubiese hecho estallar hasta las estrellas volándolo con dinamita.

—Es como si hubieran puesto los Kew Gardens en Beachy Head[20] —dijo Ethel.

—Es nuestro secreto —contestó él—, el secreto del volcán; también es el secreto de la revolución… una cosa puede ser violenta y al mismo tiempo fértil.

—Usted es más bien violento —dijo ella mirándolo con una sonrisa.

Snowdon es un macizo montañoso de Gran Bretaña, en la parte septentrional del País de Gales. *Glencoe* es un valle del noroeste de Escocia, al sur de Fort William. *Kent* es un condado del suroeste de Inglaterra, famoso por sus huertas y frutales, denominado el «jardín de Inglaterra».

—Y sin embargo poco fértil —reconoció él—; si muero esta noche, moriré soltero y como un bobo.

—Yo no tengo la culpa de que haya venido —prosiguió ella después de un penoso silencio.

—Nunca es culpa suya —contestó Muscari—; la caída de Troya[21] no fue culpa suya.

Mientras pronunciaba estas palabras, llegaron hasta unos imponentes despeñaderos que se extendían casi como alas por encima de una curva particularmente peligrosa. Asustados por la amplia sombra que se dibujaba sobre la estrecha cornisa, los caballos se agitaron, sin atreverse a seguir. El cochero saltó al suelo para sujetarles la cabeza, y se desbocaron. Uno de los caballos se encabritó, todo lo largo que era, con la titánica y aterradora altura del caballo cuando se convierte en bípedo. Fue justo lo suficiente para perder el equilibrio; todo el coche se levantó como un barco y se aplastó contra la barrera de arbustos sobre el despeñadero. Muscari rodeó a Ethel con su brazo y ésta se agarró a él y gritó. Él vivía para instantes como aquél.

En el momento en que las imponentes paredes de la montaña giraban alrededor de la cabeza del poeta como un molino de viento de color púrpura, ocurrió algo que al principio pareció mucho más alarmante. El anciano y letárgico banquero pegó un brinco dentro del coche y salió disparado hacia el

precipicio antes de que el vehículo volcado lo arrastrara en su caída. En un primer momento, pareció una locura tan grande como un suicidio; pero luego resultó ser tan sensato como una buena inversión. El hombre de Yorkshire poseía evidentemente más reflejos y más sentido común que lo que Muscari había supuesto; en efecto, aterrizó en una plataforma que parecía haber sido especialmente acolchada con césped y trébol para amortiguar su caída. Y de hecho, los demás también tuvieron suerte, si bien su forma de salir despedidos resultó menos digna. Justo debajo de aquella abrupta curva del camino se hallaba un terraplén lleno de plantas, una especie de prado hundido que parecía un bolsillo de terciopelo verde en la larga falda verde y empinada de la montaña. Todos fueron a caer a este hoyo, sin sufrir mayores daños; pero todo su equipaje e incluso el contenido de sus bolsillos quedó esparcido a su alrededor por la hierba. Los restos del coche aún colgaban por encima de ellos, enmarañados en el resistente seto, y los caballos habían rodado aparatosamente por la ladera de la montaña. El primero en incorporarse fue el curita, que se rascó la cabeza con expresión de bobalicón asombro. Frank Harrogate oyó que decía en voz baja:

—¿Por qué diantres habremos ido a caer precisamente aquí?

Echó un vistazo a los restos que había a su alrededor y recuperó su aparatoso paraguas. Un poco más lejos se hallaba el sombrero de ala ancha que se había caído de la cabeza de Muscari, y a su lado una carta de negocios lacrada que le devolvió a Harrogate padre después de echarle un vistazo a la dirección. Al otro lado, la hierba ocultaba a medias la sombrilla de la señorita Ethel, y justo detrás de la sombrilla se hallaba un extraño frasquito de cristal de unos cinco centímetros de alto. El cura lo recogió; le sacó el corcho y lo olfateó, con gesto rápido y discreto, y su abotargado rostro se puso de color arcilla.

—¡Dios nos salve! —murmuró—. ¡Es imposible que sea de ella! ¿Le habrá ocurrido ya la desgracia?

Se metió el frasquito en el bolsillo del chaleco y dijo:

—Creo que puedo obrar así hasta que sepa algo más.

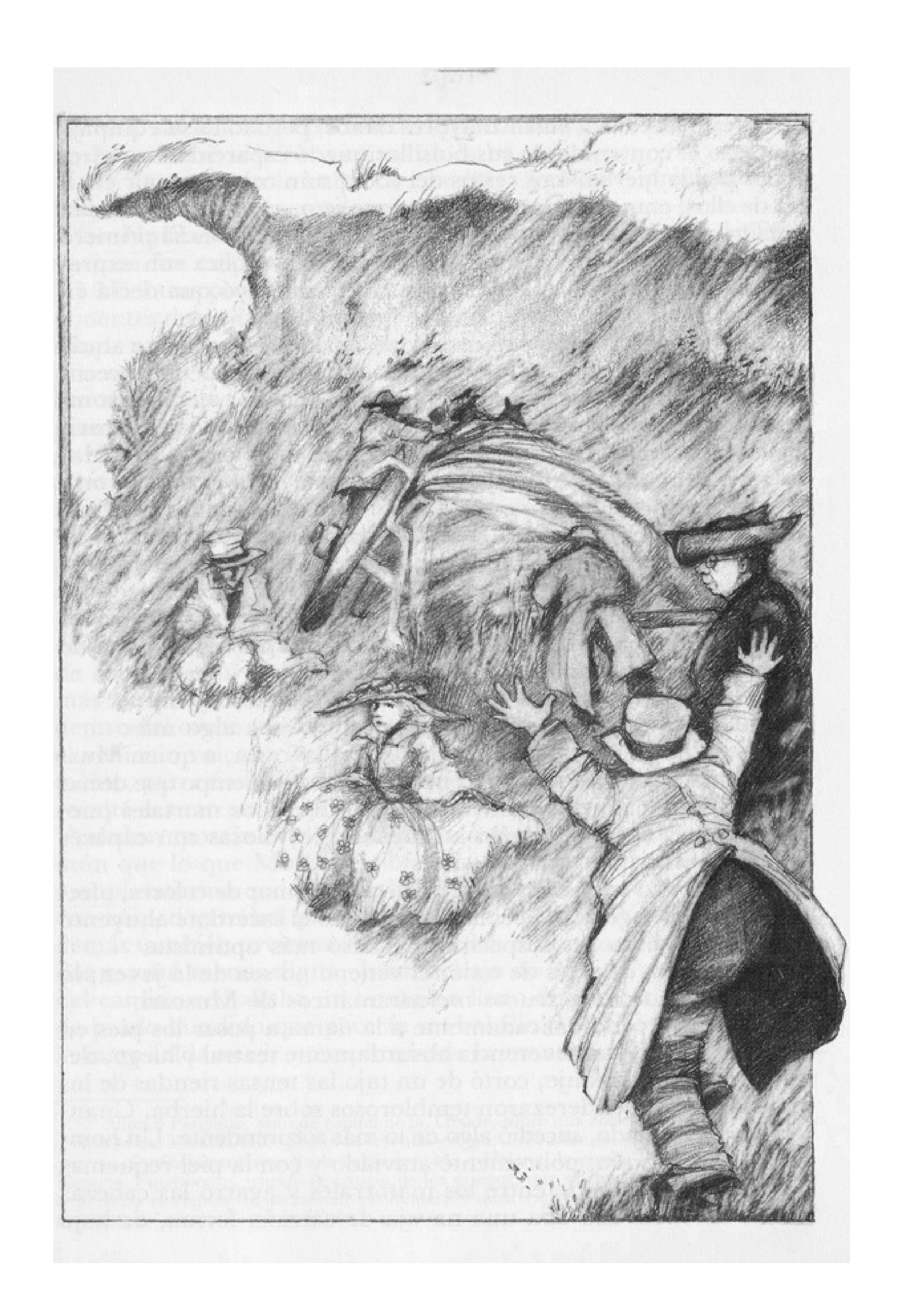
Se quedó contemplando tristemente a la joven, a quien Mus- cari alzaba en ese momento de entre las flores, al tiempo que decía:

—Hemos caído en el cielo; es una señal. Los mortales pueden trepar y caer, pero sólo los dioses y las diosas son capaces de caer hacia arriba.

Y la verdad es que ella surgió de entre un mar de colores, ofreciendo una imagen tan hermosa y feliz que el sacerdote ahuyentó por un momento sus sospechas, y pensó más optimista:

—Tal vez, después de todo, el veneno no sea de la joven; lo mismo es uno de los trucos melodramáticos de Muscari.

Muscari ayudó delicadamente a la dama a posar los pies en el suelo, le hizo una reverencia absurdamente teatral y luego, desenvainando su alfanje, cortó de un tajo las tensas riendas de los caballos, que se enderezaron temblorosos sobre la hierba. Cuando hubo terminado, sucedió algo de lo más sorprendente. Un hombre muy tranquilo, pobremente ataviado y con la piel requemada por el sol, salió de entre los matorrales y agarró las cabezas de los caballos. Llevaba una navaja de extraña forma, de hoja ancha y en forma de media luna, colgada del cinto.



Por lo demás, su aspecto era bastante normal y no hubiera resultado sorprendente a no ser por su repentina y silenciosa aparición. El poeta le preguntó quién era y el otro no contestó.

Muscari miró uno por uno a los miembros de la expedición, que se hallaban en aquel agujero, aturdidos y sobrecogidos, y luego se dio cuenta de que otro hombre moreno y andrajoso, con una escopeta de cañones recortados bajo el brazo, los contemplaba desde la cornisa que había por encima de ellos, con los codos apoyados en el borde de la hierba. Luego alzó la mirada hasta el camino desde el que se habían despeñado y pudo distinguir las bocas de otras cuatro carabinas y otras tantas caras morenas que los observaban con los ojos abiertos pero sin pestañear.

—¡Los bandoleros! —gritó Muscari con una especie de alegría monstruosa—. Esto es una trampa. Ezza, si me haces el favor de disparar primero sobre el cochero, puede que todavía podamos salir de ésta. No son más que seis.

>

—Lo malo es que el cochero —le dijo Ezza que estaba de pie con aire siniestro y las manos en los bolsillos— es uno de los criados del señor Harrogate.

—Razón de más para que lo liquides de un tiro —le gritó impaciente el poeta—, pues lo han sobornado en contra de su amo. Luego sitúa a la dama en el centro, y nos abriremos paso por allí… a toda velocidad.

Y abriéndose camino por entre las altas hierbas y las flores, avanzó sin temor hacia las cuatro carabinas; pero al darse cuenta de que nadie lo seguía excepto el joven Harrogate, se volvió haciéndoles señas con el puñal para que avanzaran. Entonces se dio cuenta de que el guía seguía plantado con las piernas ligeramente abiertas y las manos en los bolsillos en el centro del círculo de hierba; y su alargado e irónico rostro italiano parecía cada vez más largo bajo la luz vespertina.

—Muscari, me tenías por un fracasado entre nuestros compañeros de colegio —le dijo Ezza—, y pensabas que sólo tú podías alcanzar el éxito. Pero yo he alcanzado mayores éxitos que tú y he llenado un lugar más destacado en la historia. Ya ves, yo representaba las obras, mientras que tú sólo las escribías.

—¡Te digo que vengas! —atronó Muscari desde más arriba—. ¿O es que piensas quedarte ahí contando tonterías mientras aquí hay una señorita que salvar y tres hombres fuertes para ayudarte a ello? ¡No sé cómo tendría que llamarte!

—¡Me llamo Montano! —gritó el extraño guía con voz igualmente fuerte y estentórea—. Soy el rey de los Bandidos y les doy a todos la bienvenida a mi palacio de verano.

Y mientras pronunciaba estas palabras salieron de entre los matorrales otros cinco hombres armados que se le quedaron mirando, aguardando sus órdenes. Uno de ellos llevaba en la mano una hoja grande de papel.

—A este nidito tan lindo en el que vamos a merendar —prosiguió el guía-bandolero, con la misma sonrisa siniestra y distendida—, y a unas cuantas cuevas que hay aquí debajo, se los conoce con el nombre de Paraíso de los Bandidos. Es mi principal baluarte en estas cumbres; porque, como todos ustedes han podido advertir, este nido de águilas resulta invisible, tanto desde el camino que pasa por arriba como desde el valle allá abajo. Tiene una cualidad mejor que la de ser inexpugnable, y es que pasa desapercibido. Aquí es donde transcurren la mayor parte de mis días y aquí es donde sin duda moriré, caso de que los gendarmes den conmigo. No soy un criminal de los que se «reservan la defensa», sino de los que se reservan el último cartucho.

Todos lo observaron anonadados e inmóviles, excepto el Padre Brown, que lanzó un enorme suspiro de alivio mientras acariciaba el frasquito que tenía guardado en el bolsillo.

¡Gracias a Dios! —musitó—. Eso es mucho más probable. Naturalmente, el veneno es del jefe de la banda. Lo lleva siempre encima para que no le puedan atrapar vivo, como hacía Catón[22].

Sin embargo, el rey de los Bandidos proseguía su discurso con la misma cortesía amenazadora.

—Sólo me resta explicarles a mis huéspedes las condiciones sociales que les impongo al ofrecerles gustosamente mi hospitalidad. No creo que sea necesario explicarles la antigua y pintoresca tradición del rescate, que necesariamente he de mantener; aunque ésta sólo se aplicará a una parte de la expedición. Al reverendo Padre Brown y al famoso *signor* Muscari los dejaré en libertad mañana por la mañana, en cuanto amanezca, mandando que los escolten hasta los confines de mis dominios. Los poetas y los curas, y ustedes me perdonarán el que hable sin rodeos, nunca tienen blanca. De modo que, como es imposible sacarles nada, aprovecharemos la ocasión para poner de manifiesto nuestra admiración por la literatura clásica y nuestro respeto a la Santa Madre Iglesia.

Hizo una pausa y esbozó una desagradable sonrisa; el Padre Brown lo miró guiñándole el ojo repetidas veces; daba la impresión de que, de repente, lo escuchaba con suma atención. El que capitaneaba la banda cogió la gran

hoja de papel que llevaba en la mano su ayudante, le echó un vistazo y prosiguió de esta guisa:

—El resto de mis intenciones quedan expuestas en este documento público, que voy a pasarles dentro de un momento; después de lo cual se clavará una copia del mismo en un árbol, en todas y cada una de las aldeas de este valle y todas y cada una de las encrucijadas de estas cumbres. No pienso aburrirles con palabrerías, pues todos ustedes tendrán ocasión de leerlo luego; pero lo que vengo a decir esencialmente es lo siguiente: en primer lugar, anuncio que he capturado al señor Samuel Harrogate, famoso millonario inglés, coloso de las finanzas. Luego anuncio que he descubierto que llevaba encima billetes de banco y pagarés por valor de dos mil libras esterlinas, y que me los ha regalado. Como sería una inmoralidad anunciar semejante cosa a las gentes de buena fe sin que fuera cierto, sugiero que lo sea inmediatamente. Y sugiero que el señor Harrogate padre me entregue las dos mil libras que lleva en el bolsillo.

El banquero se lo quedó mirando, frunciendo el cejo, con el rostro colorado y expresión de rabia, pero aparentemente intimidado. El salto que había dado del coche cuando éste se precipitaba al abismo parecía haber agotado lo que le quedaba de virilidad. Cuando su hijo y Muscari intentaron una audaz maniobra para huir de la trampa de los bandidos, él permaneció inmóvil, como avergonzado. Y ahora, su mano roja y temblorosa se dirigía de mala gana hacia el bolsillo interior de su chaqueta, y le entregaba al bandido un fajo de papeles y de sobres.

—¡Excelente! —gritó alegremente el forajido—. Hasta ahora nos vamos entendiendo. Sigamos pues con los puntos de mi bando, que pronto se publicará en toda Italia. El tercero trata la cuestión del rescate. Pido a los amigos de la familia Harrogate un rescate de tres mil libras, suma que, estoy seguro, casi resultará insultante para la familia, por el precio tan moderado que pongo a sus importantes personas. ¿Quién no pagaría el triple por poder relacionarse en alguna ocasión con semejante círculo familiar? No les ocultaré que el documento en cuestión acaba con ciertas frases legales sobre las cosas desagradables que podrían suceder- les si el pago no se hiciera efectivo; pero entre tanto, damas y caballeros, permítanme asegurarles que aquí arriba encontrarán confortable acomodo, en el que no ha de faltar vino y habanos, y en este instante les doy mi más caballerosa bienvenida a los lujos del Paraíso de los Bandidos.

Mientras pronunciaba estas palabras, habían ido llegando una serie de hombres de aspecto sospechoso, con carabinas y sucios sombreros de fieltro,

y eran tantos que incluso el propio Muscari no tuvo más remedio que reconocer que no tenía ninguna posibilidad de abrirse camino con el sable. Echó una mirada a su alrededor; pero la muchacha ya se había acercado a su padre para tranquilizarlo y consolarlo, pues su afecto natural por él era tan grande como el orgullo algo *snob* que le inspiraba su éxito, o mayor que éste. Muscari, con la falta de lógica propia de un enamorado, admiró esta devoción filial, aunque se sintió irritado por la misma. Envainó el sable y fue a arrojarse algo malhumorado sobre un terraplén cubierto de hierba. El sacerdote se sentó a poca distancia, y Muscari volvió hacia él su nariz y sus ojos aguileños con súbita irritación, y le dijo en tono caústico:

—Conque yo era un romántico, ¿verdad? ¡Ya me dirán ustedes si quedan bandidos en las montañas o no!

—Es posible —contestó el Padre Brown en tono agnóstico.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el otro de forma cortante.

—Quiero decir que estoy asombrado —replicó el cura—. Me dejó perplejo el tal Ezza o Montano, o como sea que se llame. Me parece mucho más inverosímil como bandido de lo que era como guía.

—Pero ¿en qué sentido? —insistió su compañero—. ¡Santa María! Se me debió haber ocurrido que el muy truhán hablaba en serio.

—A mi modo de ver, hay tres cosas muy raras —dijo el sacerdote con voz tranquila—. Me gustaría que me diera su opinión al respecto. Primero, debo decirle que yo estaba almorzando en el restaurante al borde del mar, cuando ustedes cuatro salieron del salón, usted y la señorita Harrogate iban delante charlando y riendo; el banquero y el guía los seguían, conversando con reserva y en tono más bien bajo. Pero no pude evitar oír cómo Ezza le decía lo siguiente: «Bueno, dejemos que la chica se divierta un poco; ya sabe usted que en cualquier momento puede saltar la bomba.» El señor Harrogate no contestó; por lo tanto, semejantes palabras debían tener algún significado. En ese momento, impulsivamente, avisé a su hermano del peligro que probablemente corría ella; pero no comenté nada de la naturaleza del mismo, pues nada sabía. Pero si se referían a este secuestro en la montaña, el asunto carece totalmente de sentido. ¿Por qué iba a avisarle el bandido-guía a su cliente, incluso dándole una pista, cuando su intención era atraerlo hacia una ratonera en la montaña? No podía referirse a eso en ningún caso. Pero entonces, ¿cuál es el otro desastre, que conocen tanto el guía como el banquero, y que pende sobre la cabeza de la señorita Harrogate?

—¿Desastre para la señorita Harrogate? —lanzó el poeta, irguiéndose con aire agresivo—. Vamos, explíquese.

—Sin embargo, los tres enigmas que se me plantean giran en torno a este jefe de truhanes que tenemos delante —prosiguió el sacerdote pensativamente —. Y ahí va el segundo de ellos: ¿por qué recalcó tan insistentemente en su petición de rescate el hecho de haberle cogido en el acto a su víctima las dos mil libras? No parece muy lógico, si piensa pedir un rescate, sino todo lo contrario. Es mucho más probable que los amigos de Harrogate temieran por su suerte si supieran que los ladrones son pobres y están desesperados. Y, sin embargo, hizo hincapié en dicha expoliación en el mismo lugar del rapto, e incluso la incluyó en el primer punto de su bando. ¿Por qué habría de tener Ezza Montano tanto empeño en que toda Europa se entere de que había vaciado el bolsillo antes de cobrarse el rescate?

—No tengo ni la menor idea —dijo Muscari, mesándose la negra cabellera con un gesto por primera vez nada afectado—. Pensará usted que me está aclarando la situación, pero lo cierto es que cada vez me hunde más profundamente en las tinieblas. ¿Y cuál es la tercera objeción que ha de hacerle al rey de los Bandidos?

—La tercera objeción —dijo el Padre Brown, siguiendo con su tono meditabundo— es este terraplén en el que estamos sentados. ¿Por qué dice nuestro bandido-guía que este lugar es su principal fortaleza y el Paraíso de los Bandidos? No cabe duda de que aquí cae uno sobre mullido y de que el lugar es muy bonito. También es bastante cierto, como bien dice él, que queda oculto, tanto desde el valle como desde la cumbre y que, por lo tanto, constituye un buen escondite. Pero no es una fortaleza. Nunca podría ser una fortaleza. Opino que sería la peor fortaleza del mundo porque, de hecho, la carretera que cruza la montaña la domina desde arriba; y es muy probablemente el lugar por el cual pasaría la policía. Pues bien, cinco viejas escopetas de cañón recortado llevan media hora reteniéndonos aquí sin remisión. Hubiera bastado la cuarta parte de una compañía de guerrilleros de cualquier tipo para arrojarnos por esos precipicios. No sé qué significado tiene este escondrijillo de hierba y flores, pero desde luego no es una trinchera. Es otra cosa; tiene algún otro tipo de importancia extraña y distinta, algún valor que no acabo de entender. Parece más bien un teatro accidental o un invernadero natural; parece el escenario de alguna comedia romántica; parece…

Mientras las palabras del curita se alargaban y se perdían con monótona y distraída sinceridad, Muscari, cuyos instintos animales estaban impacientemente al acecho, oyó un nuevo ruido en las montañas. Incluso para él, el sonido era todavía muy pequeño y tenue; pero podría haber jurado que

la brisa de la tarde llevaba en sus alas algo parecido al repiqueteo de las pezuñas de los caballos y una llamada lejana.

En aquel mismo instante, y mucho antes de que la vibración hubiera llegado a oídos ingleses, menos experimentados, Montano el bandido trepó a toda prisa por el terraplén que había por encima de ellos y se abrió paso entre los matorrales del seto, apostándose contra un árbol, dispuesto a escudriñar el camino que corría allá abajo. Así plantado, ofrecía una extraña silueta, pues iba tocado con un fantástico sombrero de ala caída y llevaba el alfanje colgado de un holgado tahalí, como correspondía a un rey de truhanes, pero el llamativo y prosaico *tweed* del guía se le veía a retazos por todo el cuerpo.

Al punto volvió su rostro cetrino y despectivo e hizo un movimiento con la mano. Al ver la señal, los bandidos se dispersaron, no de forma confusa, sino según lo que evidentemente constituía una táctica de guerrilla. En lugar de ocupar el camino a lo largo de la cresta, fueron situándose a cierta distancia, por el lado que quedaba detrás de los árboles y del seto, como si, ocultos, acecharan al enemigo. El ruido de fondo fue creciendo, empezó a estremecer el agreste camino, y pudo oírse con toda claridad una voz que daba órdenes. Los bandidos empezaron a moverse y a agruparse, al tiempo que juraban y murmuraban, y el aire de la noche se llenó de ruiditos metálicos al amartillar sus escopetas y desenvainar sus puñales, o al arrastrar las vainas por las piedras. De repente, arriba en el camino, se oyeron entremezclados los ruidos de ambos bandos; resonó el crujir de las ramas rotas, el relinchar de los caballos, los gritos de los hombres.

—¡Nos rescatan! —gritó Muscari, poniéndose en pie de un salto y agitando el sombrero—. ¡Ya están ahí los gendarmes! ¡A por la libertad, y duro con ellos! ¡Hay que rebelarse contra los bandidos! ¡Vamos, no dejemos todo en manos de la policía, eso es una costumbre moderna espantosa! Ataquemos por la espalda a estos rufianes. Los gendarmes han venido a rescatarnos. ¡Adelante, amigos, vamos a rescatar nosotros a los gendarmes!

Y lanzando el sombrero por encima de los árboles, desenvainó de nuevo el puñal y empezó a trepar monte arriba hasta el camino. Frank Harrogate dio un salto y corrió a ayudarlo, revólver en mano, pero se quedó perplejo al oír la ronca voz de su padre, el cual parecía presa de un terrible estado de agitación, ordenándole que se estuviera quieto.

—No te lo consiento —dijo el banquero con voz sofocada—. Te ordeno que no te metas en esto.

—Pero, padre —replicó Frank con gran vehemencia—, un caballero italiano ha tomado la iniciativa; no querrás que se diga que el inglés fue un

cobarde.

—Es inútil —dijo el anciano, que temblaba violentamente—, es inútil. Debemos resignarnos ante nuestro destino.

El Padre Brown miró al banquero; luego se llevó la mano instintivamente a lo que se hubiera dicho que era el corazón, aunque en realidad se trataba del frasquito de veneno; y su rostro se iluminó, como con la luz de una mortal revelación.

Mientras tanto, Muscari, sin esperar refuerzos, trepó monte arriba hasta alcanzar el camino, y golpeó violentamente al rey de los Bandidos en el hombro, lo cual hizo que éste se tambaleara y girara sobre sus talones. Montano sacó su puñal, y Muscari, sin más contemplaciones, trató de clavarle el suyo en la cabeza, lo cual obligó a Montano a interceptar y parar el golpe. Pero en cuanto las dos cortas hojas de las armas se encontraron y chocaron, el rey de los Bandidos tiró voluntariamente su sable y se echó a reír.

—¡Pierdes el tiempo, viejo! —le dijo enérgicamente en dialecto italiano—. Esta maldita comedia se va a acabar en seguida.

—¿A qué te refieres, canalla? —exclamó jadeando el ardiente poeta—. ¿Acaso tu valentía es tan falsa como tu honradez?

—Todo lo que se refiere a mí es falso —contestó el ex guía muy divertido—. Soy un actor; y si antaño tuve carácter propio, ya lo he olvidado. No soy ni un bandido auténtico ni un auténtico guía. Sólo soy un montón de máscaras, y es imposible batirse en duelo con algo así.

Se echó a reír con la satisfacción propia de un muchacho, y recobró su postura anterior, plantado con las piernas abiertas y de espaldas a la escaramuza que se libraba en el camino.

Oscurecía rápidamente por aquellos agrestes parajes y no resultaba fácil seguir el desarrollo de la contienda; sólo se llegaba a distinguir a unos hombres altos que, tirando de las riendas de sus caballos, se abrían paso a través de una apretada fila de bandidos, al parecer más interesados en hostigar y acosar a los invasores que en matarlos. La escena era más parecida al espectáculo que ofrece una multitud ciudadana tratando de impedir el paso a la policía que a lo que el poeta pudiera haber imaginado jamás como la defensa a ultranza de unos sanguinarios y desesperados forajidos. Muscari contemplaba todo aquello con desorbitados ojos cuando notó que alguien le tocaba el codo, y vio al excéntrico curita a su lado, como un pequeño Noé con un gran sombrero; le rogaba que tuviera la amabilidad de permitirle que le dijera un par de cosas.

—Señor Muscari —dijo el sacerdote—, en este extraño momento crucial, tenemos que olvidarnos de nuestro amor propio. Le indicaré, sin ánimo de ofenderle, lo que debe hacer en lugar de pretender ayudar a la policía, que en cualquier caso sabrá salir del aprieto. Le ruego me disculpe si esta pregunta le resulta impertinente, pero, ¿le interesa lo suficiente esa joven? Quiero decir, lo suficiente como para casarse con ella y ser un buen esposo.

—Sí —contestó sin rodeos el poeta.

—¿Y a ella le interesa usted?

—Creo que sí —respondió con la misma seriedad.

—Entonces vaya a su encuentro y declárele su amor —dijo el cura—. Ofrézcale todo lo que pueda, ofrézcale el cielo y la tierra, si es que es dueño de ellos. No le queda mucho tiempo.

—¿Por qué? —preguntó atónito el hombre de letras.

—Porque su Destino sube por el camino.

—Por el camino no sube nada más que nuestra salvación —comentó Muscari.

—Pues vaya a su encuentro y dispóngase a salvarla de la salvación —añadió su consejero.

Casi al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, los bandidos se dieron a la fuga, atravesando el seto de matorrales que corría a lo largo del terraplén, y desapareciendo por entre la maleza y las altas hierbas como hombres derrotados y perseguidos; y por encima y a lo largo de los matorrales se veían pasar los grandes sombreros de fieltro de la guardia montada. Se dio otra orden; se oyó el ruido de los guardias que desmontaban, y un oficial de gran estatura, con sombrero de fieltro, perilla gris y un papel en la mano, apareció por el agujero que constituía la puerta del Paraíso de los Bandidos. Hubo un instante de silencio, roto de forma insospechada por el banquero, que empezó a gritar con voz ronca y sofocada:

—¡Al ladrón! ¡Me han robado!

—¡Pero bueno, hace horas que te robaron las dos mil libras! —exclamó asombrado su hijo.

—No me refiero a las dos mil libras —dijo el financiero, con una profunda y terrible calma—, sino a un frasquito.

El policía de la perilla gris avanzaba por el hoyo verde. Al encontrarse en su camino con el rey de los Bandidos, le dio una palmadita en el hombro, con un gesto que tenía algo de caricia y algo de golpe, y lo empujó de tal modo que el otro echó a andar a trompicones.

—Te vas a meter en líos si haces estas jugadas —le amonestó el policía.

Una vez más, a Muscari, con su mirada artística, no le pareció que aquello fuera lo propio a la hora de capturar a un gran forajido acorralado. El policía siguió adelante, se detuvo ante el grupo de los Harrogate y declaró:

—Samuel Harrogate, queda usted detenido en nombre de la ley, por malversación de los fondos del Banco Hull y Huddersfield.

El gran banquero movió la cabeza con un extraño aire de asentimiento, propio de un hombre de negocios, pareció detenerse un instante a reflexionar, y antes de que pudieran evitarlo, dio media vuelta y un paso adelante, situándose justo al borde del precipicio. Entonces, alzando los brazos, saltó exactamente de la misma forma en que había saltado del coche. Pero esta vez no cayó en un pequeño prado cercano, sino trescientos metros más abajo, convirtiéndose en un montón de huesos al fondo del valle.

En la ira del policía italiano, que se dirigía directamente al Padre Brown, había numerosas notas de admiración.

—Es muy suyo eso de escapársenos en el último momento —dijo—. Ya ven ustedes, *él sí* que era un gran bandido. Esta última treta es, en mi opinión, absolutamente única. Se fugó a Italia con el dinero de la empresa y de hecho se hizo raptar por falsos bandidos que actuaban a sueldo, para poder explicar la desaparición del dinero y la desaparición de su propia persona. La mayoría de la policía se tomó muy en serio el rescate solicitado. Pero lleva años haciendo cosas tan brillantes como ésta, casi tan brillantes. Será una gran pérdida para los suyos.

Muscari se alejaba en compañía de la infeliz hija, que se apoyaba en él como lo haría posteriormente durante muchos años. Pero incluso ante tan trágico desastre, no pudo evitar sonreír y estrecharle la mano en gesto de amistad medio burlona al inofensivo Ezza Montano.

—¿Y adonde irás ahora? —le preguntó mirándola por encima del hombro.

—A Birmingham —contestó el actor, exhalando el humo de su cigarrillo —. ¿Acaso no te dije que me he hecho futurista? Creo firmemente en esas cosas, si es que hay algo en lo que creo. Cambios, actividad y cosas nuevas cada mañana. Me voy a Manchester, Liverpool, Leeds, Hull, Huddersfield, Glasgow, Chicago, en pocas palabras, ¡a la brillante y enérgica sociedad civilizada!

—En pocas palabras —añadió Muscari—, al verdadero Paraíso de los Bandidos.

III

El duelo del doctor Hirsch

El señor Maurice Brun y el señor Armand Armagnac cruzaban, con una especie de alegre respetabilidad, los Campos Elíseos[23] iluminados por el sol. Ambos eran bajos, fuertes y calvos. Ambos llevaban una barba negra que no parecía encajar en ninguno de los dos rostros, según esa curiosa moda francesa que hace que el pelo auténtico parezca artificial. El señor Brun tenía una barba oscura en forma de cuña que parecía pegada bajo su labio inferior. El señor Armagnac, en cambio, tenía dos barbas, cada una de ellas en un extremo de su prominente barbilla. Ambos eran jóvenes. Ambos eran ateos, con ideas deprimentemente fijas aunque susceptibles de ser expuestas con gran movilidad. Ambos eran discípulos del famoso doctor Hirsch, científico, publicista y moralista.



El señor Brun se había hecho famoso por su propuesta de borrar la expresión común *adieu*[24] de todos los escritores clásicos franceses, y de castigar con una pequeña multa a quienes la usaran en su vida privada, alegando:

—Con ello, sonará por última vez en los oídos humanos el mismísimo nombre de vuestro Dios imaginario.

En cuanto al señor Armagnac, era más bien especialista en la resistencia contra el militarismo, y deseaba modificar la letra de la Marsellesa, cambiando *Aux armes, citoyens* por *Aux grèves, citoyens*[25]. Pero era el suyo un antimilitarismo de un estilo peculiar y típicamente galo. Un eminente y acaudalado cuáquero[26] inglés, que había ido a verlo para organizar el desarme de todo el planeta, quedó bastante decepcionado ante la propuesta de Armagnac, que consistía en que, para empezar, los soldados debían pegar un tiro a sus superiores.

Y de hecho, era en este sentido en el que ambos hombres diferían más marcadamente de su maestro y mentor en doctrinas filosóficas. El doctor Hirsch, aunque francés de nacimiento y galardonado con los más excelsos laureles que otorga la educación francesa, era por temperamento muy distinto: afable, soñador, humano; y a pesar del escepticismo que profesaba, no carecía de trascendentalismo. En suma, parecía más alemán que francés; y a pesar de lo mucho que los galos lo admiraban, las pacíficas reivindicaciones del filósofo en pro de la paz irritaban de algún modo el subconsciente de éstos. Sin embargo, para sus seguidores en toda Europa, Paul Hirsch era un santo de la ciencia. Sus amplias y atrevidas teorías cósmicas anunciaban su vida austera y su moral inocente, si bien algo frígida; su filosofía tenía algo de los postulados de Darwin, reforzados por los planteamientos de Tolstoi[27]. Pero no era ni anarquista ni antipatriota. Sus opiniones sobre el desarme eran moderadas y progresistas. El gobierno de la República había depositado gran confianza en él al encomendarle varias mejoras químicas. Últimamente, incluso había descubierto un explosivo silencioso, cuyo secreto guardaba celosamente el gobierno.

Su casa se hallaba en una elegante calle próxima al Palacio del Elíseo. Una calle que en aquel caluroso verano parecía casi tan frondosa como el propio parque; quedaba resguardada de los rayos del sol por una hilera de castaños, que se interrumpía únicamente en un trozo de la acera en el que había un café con terraza. Casi enfrente del café se veían las persianas blancas y verdes de la casa del eminente científico, que tenía un balcón de hierro, igualmente pintado de verde, que recorría la fachada de una ventana a otra del primer piso. Debajo del balcón se hallaba la entrada a una especie de patio, con vistosos arbustos y tilos, en el que los dos franceses entraron conversando animadamente.

Les abrió la puerta Simón, el viejo mayordomo del doctor, que muy bien podría haber pasado por el propio doctor, por su severo traje negro, sus gafas, su cabello cano y su aire de persona de confianza. De hecho, resultaba un

hombre de ciencia mucho más presentable que su amo, el doctor Hirsch, que era un tipo retorcido como un rábano, con una cabeza redonda como un bulbo comparado con el cual su cuerpo parecía insignificante. Con el mismo aire trascendente que adopta un eminente médico al extender una receta, Simón le tendió una carta al señor Armagnac. El caballero rasgó el sobre con la impaciencia propia de su raza, y leyó de corrido lo siguiente:

> «No puedo bajar a hablar con ustedes. Hay un hombre en esta casa al cual me niego a recibir. Es un oficial chovinista[28] llamado Dubosc. Está sentado en la escalera. Ha estado dando patadas a los muebles en todas las demás habitaciones; me he encerrado en el gabinete, que da al café. Si en algo me aprecian, vayan al café y esperen en una de las mesas de la terraza. Trataré de enviárselo a ustedes. Les agradecería que le contestaran y se ocuparan de él. Yo no puedo verlo. No puedo, y no lo haré.
>
> Se va a producir otro caso Dreyfus[29].
>
> P. HIRSCH.»

El señor Armagnac miró al señor Brun. El señor Brun cogió la carta, la leyó, y miró al señor Armagnac. Entonces ambos se dirigieron rápidamente a uno de los veladores del café de enfrente, debajo de los castaños, donde les sirvieron dos largos vasos de horrible absenta verde que al parecer podían beber en cualquier época y a cualquier hora. Por lo demás, el café estaba vacío, aparte de un soldado que bebía café sentado a una mesa, de un hombre grueso que bebía una copita de licor y de un sacerdote que no bebía nada.

Maurice Brun carraspeó y dijo:

—Por supuesto, debemos ayudar al maestro en todo lo que podamos, pero…

Se hizo un profundo silencio, y Armagnac dijo:

—Puede que tenga excelentes razones para no recibir personalmente a ese hombre, pero…

Antes de que cualquiera de los dos consiguiera acabar una frase, se puso de manifiesto que el invasor había sido expulsado de la casa de enfrente. Los arbustos de debajo del arco se agitaron abriéndose y el indeseado huésped salió disparado de ellos como una bala de cañón.

Era un hombre robusto tocado con un pequeño sombrero tirolés que llevaba ladeado, y todo su aspecto recordaba en cierta medida el estilo tirolés. Sus hombros eran anchos y fuertes, pero sus piernas, enfundadas en pantalones bombachos y medias de punto, eran delgadas y ágiles. Tenía la

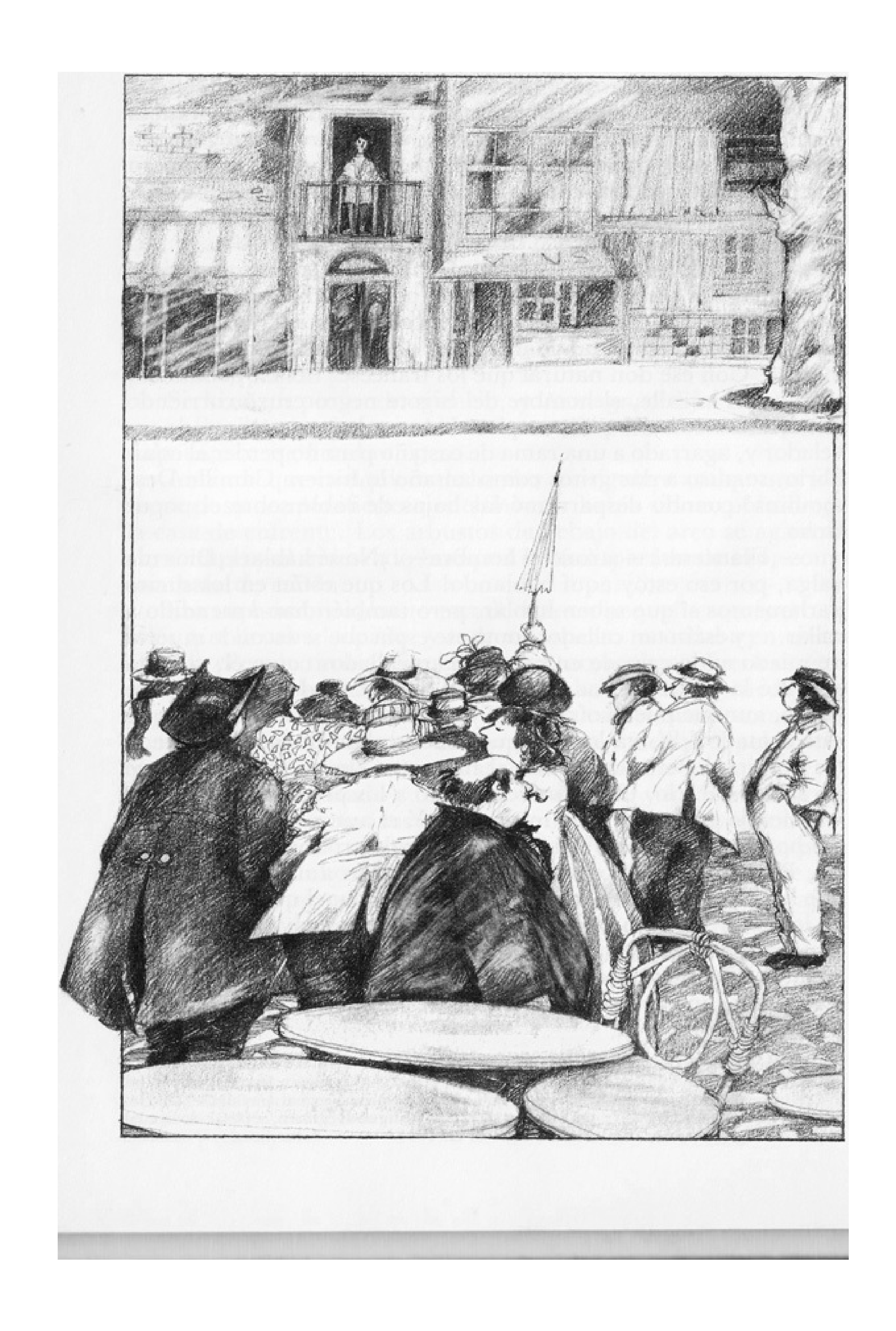
cara tostada como una nuez y unos ojos marrones de mirada viva y alerta; el pelo oscuro lo llevaba cepillado hacia atrás y muy corto en el cogote, revelando la línea cuadrada y fuerte de su cráneo; y lucía un enorme mostacho negro, como los cuernos de un bisonte. Cabeza tan poderosa suele asentarse por lo general sobre un cuello de toro; pero éste quedaba oculto bajo un gran pañuelo de colores que le cubría hasta las orejas y venía a anudarse por debajo de las solapas de la chaqueta, como si fuera un curioso chaleco. Era un pañuelo de tonos fuertes y apagados, rojo oscuro, oro viejo y púrpura, probablemente de origen oriental. En conjunto, había algo de bárbaro en el aspecto de aquel hombre; más que un vulgar oficial francés, parecía un caballero húngaro. Sin embargo, su francés era indiscutiblemente el de un nativo; y su patriotismo galo tan vehemente como para resultar ligeramente absurdo. Lo primero que hizo en cuanto salió por la arcada de la casa fue gritar estentóreamente calle abajo, como quien pregunta si hay cristianos en la Meca:

—¿Hay algún francés por aquí?

Armagnac y Brun se pusieron de pie inmediatamente, pero ya era demasiado tarde. De todas las esquinas acudieron hombres y se fue arremolinando un grupo de gente cada vez más numeroso. Con ese don natural que los franceses tienen para hacer política en la calle, el hombre del bigote negro cruzó corriendo hasta un rincón del café, se plantó de un brinco encima de un velador y, agarrado a una rama de castaño para no perder el equilibrio, se puso a dar gritos como antaño lo hiciera Camille Desmoulins**[30]** cuando desparramó las hojas de roble sobre el populacho.

—¡Franceses! —atronó el hombre—. ¡No sé hablar! ¡Dios me valga, por eso estoy aquí hablando! Los que están en los sucios parlamentos sí que saben hablar, pero también han aprendido a callar… ¡y están tan callados como ese espía que se esconde muerto de miedo en la casa de enfrente! ¡Tan callados como él, cuando aporreé la puerta de su dormitorio! ¡Tan callados como lo está ahora, aunque pueda oír mi voz y se estremezca la silla en la que está sentado! ¡Sí, ya lo creo que saben callar elocuentemente… los políticos! Pero ha llegado el momento de que *hablen* los que no saben hacerlo. Os están vendiendo a los prusianos. Os están vendiendo en este mismo momento. Y el autor de la traición es ese hombre. El que os habla es Jules Dubose, coronel de artillería, Belfort. Ayer capturamos en los Vosgos a un espía alemán que llevaba encima un papel… este mismo papel que tengo aquí, en la mano. Intentaron echar tierra al asunto, vaya que si lo intentaron; pero yo se lo traje

directamente al hombre que lo escribió… ¡es el que vive en esa casa! Está escrito de su puño y letra y firmado con sus iniciales.



Son instrucciones para poder localizar el secreto de su nueva «pólvora silenciosa». Un invento de Hirsch; Hirsch es el autor de esta nota, escrita en alemán y hallada en el bolsillo de un alemán. «Dígale al hombre que la fórmula de la pólvora se encuentra en un sobre gris, en el primer cajón de la izquierda, en el escritorio del ministro de la Guerra, escrita en tinta roja. Que tenga cuidado, P. H.»

Soltaba frases cortas a toda velocidad, como una ametralladora, pero no cabía duda de que era el tipo de hombre que está loco de remate o muy cuerdo. La muchedumbre allí reunida era nacionalista, y estaba a punto de alborotarse; y una minoría de intelectuales también muy soliviantados, encabezados por Armagnac y Brun, no hacía más que echar leña al fuego de la multitud.

—Si eso es un secreto militar —gritó Brun—, ¿por qué anda pregonándolo a gritos en la calle?

—¡Le voy a decir por qué lo hago! —gritó Dubosc por encima de la encrespada muchedumbre—. Me presenté en casa de ese hombre actuando con toda cortesía y franqueza. Si tenía alguna explicación, podía habérmela dado con toda confianza. Pero se niega a explicarse. Me dice que venga a este café a hablar con dos desconocidos como si fueran dos lacayos. Me ha echado de su casa, ¡pero pienso volver a entrar, y seguido por todo el pueblo de París!

Se oyó un grito y pareció que se iba a estremecer hasta la fachada misma de las casas; salieron disparadas dos piedras, una de las cuales rompió el cristal de una ventana encima del balcón. El indignado coronel se metió de nuevo bajo la arcada y sus gritos atronadores llegaron hasta la calle. La marea humana iba creciendo por momentos y se amotinó al pie de la barandilla y de las escaleras de la casa del traidor; parecía inevitable que el lugar acabara por caer a manos de la muchedumbre como la Bastilla[31], cuando de repente se abrió la ventana corredera cuyo cristal se había roto, y el doctor Hirsch salió al balcón. Por un instante, la ira se transformó en risa, pues resultaba un personaje absurdo en medio de tal escena. Su largo cuello desnudo y sus hombros caídos tenían la forma de una botella de champán, pero era lo único en él que resultaba gracioso. Llevaba el abrigo como si estuviera colgado de una percha; tenía una pelambrera pelirroja, larga y enmarañada, y las mejillas y barbilla encuadradas por una de esas barbas tan antipáticas que crecen lejos de la boca. Estaba muy pálido y llevaba gafas azules.

Aunque se le veía lívido, hablaba con una especie de forzada decisión que hizo que la muchedumbre enmudeciera a la mitad de la tercera frase de su discurso.

—…ahora sólo me resta decirles un par de cosas. La primera va dirigida a mis enemigos, la segunda a mis amigos. A mis enemigos les diré que es cierto que no quiero recibir al señor Dubosc, por más que se empeñe en aporrear la puerta de esta habitación. Es decir, que he pedido a dos hombres que le atendieran de mi parte. ¡Y voy a decirles por qué! Porque no quiero verlo ni debo hacerlo, pues ello contravendría todas las normas de la dignidad y del honor. Antes de que mi inocencia triunfe ante los tribunales, este caballero tiene la obligación de restituirme el honor que se me debe como caballero, y al enviarlo yo a mis representantes, lo único que pretendo…

Armagnac y Brun agitaban entusiasmados los sombreros e incluso los enemigos del doctor prorrumpieron en aplausos ante tan inesperado desafío. Unas cuantas frases más resultaron inaudibles, pero luego todos le oyeron decir:

—A mis amigos… personalmente siempre prefiero las armas puramente intelectuales, que serán las únicas que utilizará la humanidad cuando realmente esté civilizada. Pero nuestra más valiosa verdad es la fuerza fundamental de la materia de la herencia. Mis libros tienen éxito; ninguna de mis teorías ha sido refutada; pero en cuestiones de política he de sufrir las consecuencias de un prejuicio que es casi físico en los franceses. No sé hablar ni como Clémenceau ni como Déroulède[32], pues sus palabras son como el eco de sus pistolas. A los franceses les gustan los duelos tanto como a los ingleses el deporte. Pues bien, aquí tienen la prueba de mi buena fe: accedo a tan barato soborno y luego dejaré que la razón vuelva a dictar todas las normas de mi existencia.

De la muchedumbre surgieron en seguida dos hombres dispuestos a ofrecer sus servicios al coronel Dubosc, que inmediatamente salió de la casa, muy satisfecho. Uno era el soldado que estaba sentado tomándose un café, el cual dijo sencillamente:

—Le serviré de testigo, señor. Soy el duque de Valognes.

El otro era el hombre grueso, al que su amigo el sacerdote intentó en un primer momento disuadir, y que luego se marchó solo.

A última hora de la tarde, se sirvió una cena ligera en la parte de atrás del café Charlemagne. Aunque no estuvieran resguardados ni por vidrieras ni por paredes, casi todos los invitados se hallaban bajo una delicada e irregular cubierta de hojas; pues las copas de los árboles ornamentales que rodeaban las mesas eran tan frondosas que el lugar estaba bañado en un juego de luces y sombras como si fuera un pequeño huerto. En una de las mesas del centro estaba sentado un curita rechoncho, completamente solo, dedicado a dar

buena cuenta de un gran plato de pescado frito con profunda fruición. Como solía llevar una vida de lo más anodina, tenía una afición muy peculiar a los lujos imprevistos y aislados; se trataba de un epicúreo abstemio. No levantó los ojos del plato, alrededor del cual se alineaban en estricto orden el pimiento rojo, los limones, el pan moreno con mantequilla, etcétera, hasta que una sombra alargada se proyectó por encima de su mesa y su amigo Flambeau se sentó frente a él. Flambeau parecía preocupado.

—Lo siento pero no tengo más remedio que ponerle punto final a este asunto —dijo en tono apesadumbrado—. Soy completamente partidario de los soldados franceses como Dubosc, y estoy totalmente en contra de los ateos franceses como Hirsch. Pero me parece que en este caso nos hemos equivocado. El duque y yo pensamos que valía la pena investigar la acusación y he de reconocer que me alegro de que lo hiciéramos.

—¿Es que acaso el papel es falso? —le preguntó el sacerdote.

—Pues eso es lo raro —replicó Flambeau—. La letra es exactamente igual que la de Hirsch, y nadie es capaz de detectar un error en el papel. Pero no está escrito por la mano de Hirsch. No puede haberlo escrito si es un patriota francés, porque facilita información a Alemania. Y si es espía alemán, tampoco ha podido escribirlo porque… porque no da ninguna información a Alemania.

—¿Quiere usted decir que la información es falsa? —le preguntó el Padre Brown.

—Falsa —replicó el otro—, y falsa exactamente en el punto en el que el doctor Hirsch podía haber dicho la verdad, es decir el lugar donde tenía escondida la fórmula secreta en su despacho oficial. Con el permiso de Hirsch y de las autoridades, se nos ha permitido al señor duque y a mí que inspeccionáramos el cajón secreto del Ministerio de la Guerra en el que se guarda la fórmula de Hirsch. Somos las únicas personas que sabemos de su existencia, excepto el propio inventor y el ministro de la Guerra; pero el ministro nos permitió el acceso para evitar que Hirsch tuviera que batirse. Después de esto no vamos a poder seguir apoyando a Dubosc si su revelación es un montaje.

—¿Y lo es? —preguntó el Padre Brown.

—Lo es —dijo su amigo de mala gana—. Es una burda falsificación por parte de una persona que no tenía ni idea de dónde estaba el verdadero escondite. Dice que el documento se encuentra en el armario que hay a la derecha del escritorio del ministro. De hecho, el armario con el cajón secreto se encuentra más bien a la izquierda del escritorio. Dice que dentro del sobre

gris hay un largo documento escrito en tinta roja. No está escrito en tinta roja, sino en tinta negra normal. Es evidentemente absurdo decir que Hirsch puede haberse equivocado en cuanto al papel de cuya existencia nadie más que él estaba al corriente; o que puede haber intentado ayudar a un ladrón extranjero diciéndole que rebuscase en el cajón que no era. Me parece que no nos queda más remedio que darle carpetazo a todo este asunto y pedirle disculpas al, viejo Zanahoria.

El Padre Brown se quedó un momento meditabundo. Luego pinchó un boquerón con el tenedor y le preguntó:

—¿Está usted seguro de que el sobre gris se encontraba en el armario de la izquierda?

—Absolutamente —replicó Flambeau—. El sobre gris… era en realidad un sobre blanco… estaba…

El Padre Brown soltó el tenedor y el pececillo plateado y se quedó mirando a su compañero con los ojos como platos.

—¿Cómo? —le preguntó con voz alterada.

—¿Cómo que cómo? —respondió Flambeau metiéndose un bocado en la boca.

—Ha dicho usted que *no* era gris —exclamó el sacerdote—. Flambeau, me asusta usted.

—¿Qué diantres es lo que le da miedo?

—Me da miedo el sobre blanco —respondió el otro muy serio—. ¡Si por lo menos hubiera sido gris! ¡Mecachis, ya podía haber sido gris! Pero si resulta que era blanco, todo este asunto está muy negro. No me va a quedar más remedio que creer que el doctor ha andado revolviendo en la caldera de Pedro Botero.

—¡Pero si le digo que no ha podido escribir esa nota! —gritó Flambeau —. La nota contiene datos absolutamente erróneos. Y sea inocente o culpable, el doctor Hirsch conocía los hechos.

—El hombre que escribió esa nota conocía perfectamente los hechos —dijo su compañero el clérigo en tono sobrio—. Nunca podía haber dado unos datos tan equivocados si no los conociera con toda exactitud. Hay que saber las cosas con todo detalle para poderlas decir mal de cabo a rabo… como el demonio.

—¿Quiere usted decir…?

—Quiero decir que cualquiera que contara mentiras al azar habría dicho algo de verdad —dijo su amigo en tono firme—. Supongamos que le envían a usted en busca de una casa con una puerta verde y una persiana azul, con

jardín en la parte de delante, pero no en la parte de atrás, con perro pero sin gato y en donde sus habitantes bebieran café, pero no té. En el caso de que no encontrara semejante casa, diría usted que era un invento. Pero yo le digo que no. Yo le digo que si usted encontrase una casa con puerta azul y persiana verde, con jardín en la parte de atrás, pero no en la de delante, en la que hubiera un montón de gatos y a los perros los hubieran liquidado, en la que se bebiera el té a calderos y el café estuviera prohibido… en ese caso sabría usted que había encontrado la casa. Pues la persona que se la describió tenía que haber conocido esa casa en concreto para poder ser tan exactamente inexacto.

—¿Y adónde nos llevaría eso? —le preguntó el otro comensal.

—No tengo ni idea —dijo el Padre Brown—; no entiendo nada de todo este asunto de Hirsch. Mientras sólo era cuestión del cajón izquierdo en lugar del derecho y de la tinta roja en lugar de la negra, pensaba que se trataba sólo de la metedura de pata de un falsificador, como dice usted. Pero tres es un número mágico; remata las cosas. Y va a rematar ésta. Que diera la casualidad de que *ninguno* de los datos sobre el cajón, el color de la tinta y el color del sobre fueran correctos, *no puede ser* una coincidencia. Y no lo fue.

—¿Entonces qué era? ¿Traición? —le preguntó Flambeau reanudando la cena.

—Eso tampoco lo sé —le respondió Brown con cara de gran asombro—. Lo único que se me ocurre… bueno nunca comprendí el caso Dreyfus. Siempre me resulta más fácil comprender las pruebas morales que las demás. Suelo fiarme de los ojos y de la voz de un hombre, sabe usted, y de si su familia parece feliz y de las cosas que le gustan… y de las que no le gustan. Bueno, me quedé muy intrigado con el caso Dreyfus. No por las cosas tan horribles que se dijeron en ambas partes; sé, aunque no esté de moda reconocerlo, que la naturaleza humana en las más altas instancias es todavía capaz de actuar como Cenci o Borgia[33]. No, lo que me intrigó fue la *sinceridad* de ambos bandos. No me refiero a los partidos políticos; el pueblo llano suele ser, por lo general, honrado y a menudo víctima de los engaños. Me refiero a los personajes de la tragedia. Me refiero a los conspiradores, caso de que fueran conspiradores. Me refiero al traidor, caso de que fuera un traidor. Me refiero a los hombres que *tenían la obligación* de conocer la verdad. Y resulta que Dreyfus se comportó como un hombre que *sabía* que con él se estaba cometiendo una injusticia. Y, sin embargo, los políticos y soldados franceses se comportaron como si *supieran* que no era un hombre con el que se estaba cometiendo una injusticia, sino un hombre que había

cometido un error. No quiero decir que se comportasen bien; quiero decir que se comportaron como si estuviesen seguros. No soy capaz de describir estas cosas, pero sé lo que quiero decir.

—Ojalá yo también lo supiera —dijo su amigo—. ¿Y qué tiene que ver todo esto con el viejo Hirsch?

—Supongamos que una persona que desempeña un cargo de confianza —prosiguió el sacerdote— comienza a facilitar información al enemigo porque se trata de información falsa. Supongamos incluso que piensa que está salvando a su país al engañar al enemigo. Supongamos que con ello cae dentro del círculo del espionaje y se lo van recompensando a medida que lo van comprometiendo. Supongamos que mantiene esta conflictiva situación de manera confusa, al no decirle nunca la verdad a los espías extranjeros, pero permitiendo que puedan llegar a adivinarla. La parte más honrada de su persona, o lo que queda de ella, seguiría diciéndose: «No he ayudado al enemigo; les dije que estaba en el cajón de la izquierda.» La parte más mezquina de su persona ya estaría diciéndose: «Pero seguramente serán capaces de darse cuenta de que he querido decir el de la derecha.» Creo que esto es psicológicamente posible… en estos tiempos tan modernos que vivimos, ya sabe usted.

—Puede que sea psicológicamente posible —le contestó Flambeau—, y ello sin duda explicaría el hecho de que Dreyfus estuviera convencido de que con él se cometía una injusticia y el hecho de que los jueces estuvieran seguros de que era culpable. Pero ello no le absuelve desde el punto de vista histórico, porque el documento de Dreyfus (caso de que fuera su documento) era literalmente correcto.

—No estaba pensando en Dreyfus —dijo el Padre Brown.

Las mesas se habían ido quedando vacías, y alrededor de nuestros dos comensales reinaba el silencio; se había hecho tarde, aunque todavía se veían algunos rayos de sol, como si se hubieran quedado accidentalmente enredados por entre los árboles. En medio de aquel silencio, Flambeau echó violentamente hacia atrás la silla sobre la que estaba sentado, haciendo un ruido que resonó en el vacío, y pasó el codo por detrás del respaldo. Añadió en tono algo estridente:

—Pues bien, si Hirsch no es más que un mero aprendiz de espía…

—No debe ser demasiado duro con ellos —dijo el Padre Brown sin alterarse—. No es totalmente culpa suya; pero carecen de instinto. Me refiero a esa cualidad que hace que una mujer se niegue a bailar con determinado

hombre o que un hombre sea capaz de hacer una buena inversión. A ambos les han enseñado que es una cuestión de saber calibrar.

—En cualquier caso —exclamó Flambeau impaciente—, él no tiene ni punto de comparación con mi jefe; y tengo que llegar al fondo de todo este asunto. Puede que el viejo Dubosc esté un poco loco, pero al fin y al cabo es en cierto modo un patriota.

El Padre Brown siguió comiéndose los boquerones.

La impasibilidad con que se entregó a esta tarea hizo que los ardientes ojos negros de Flambeau se detuvieran a contemplar a su compañero con una mirada nueva.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Flambeau—. Dubose es perfectamente fiable en ese sentido. No dudará de él, ¿verdad?

—Amigo mío —le dijo el curita poniendo sobre el plato el cuchillo y el tenedor con una especie de contenida desesperación—, dudo de todo. Y por todo entiendo todo lo que ha sucedido hoy. Pongo en duda toda esta historia, aunque haya tenido lugar delante de mis narices. Pongo en duda todo lo que han visto mis ojos desde esta mañana. Hay algo en todo este asunto que lo hace bastante diferente de las intrigas policíacas habituales, en las que por lo general un hombre suele mentir y el otro dice más o menos la verdad. Aquí ambos hombres… ¡bueno, ya le he contado la única teoría que se me ocurre para satisfacer a todo el mundo! Aunque a mí no me satisfaga.

—Tampoco a mí —replicó Flambeau frunciendo el entrecejo mientras el otro seguía comiendo pescado con aspecto de absoluta resignación—. Si todo lo que se le ocurre es esa teoría de un mensaje enviado por los enemigos, diría que es una idea extraordinariamente inteligente, pero… bueno, ¿cómo la calificaría usted?

—La calificaría de frágil —replicó el sacerdote al instante—. Diría que es extraordinariamente frágil. Pero eso es lo más curioso de todo este asunto. Es una mentira como de niño de colegio. Existen sólo tres versiones, la de Dubosc, la de Hirsch y ésta tan extravagante que es la mía. O bien la nota la escribió un oficial francés para llevar a la ruina a un funcionario francés; o bien la escribió el funcionario francés para ayudar a los oficiales alemanes; o bien la escribió el funcionario francés para inducir a error a los oficiales alemanes. Muy bien. Cabría esperar que un documento secreto que circulase entre semejante gente, oficiales o funcionarios, tuviera un aspecto muy diferente al que tiene. Cabría esperar que estuviera escrito en clave, con toda seguridad con abreviaturas; y casi con toda certeza en términos científicos y estrictamente profesionales. Pero el papelito es elaboradamente sencillo,

como un folletín de tres al cuarto: «En la gruta carmesí encontrarás el cofrecillo de oro.» Da la impresión de que… de que estaba planeado para que lo descubrieran a primera vista.

Casi sin que tuvieran tiempo de darse cuenta, un personaje de baja estatura vestido con uniforme francés se acercó a toda velocidad a su mesa y se sentó dejándose caer de golpe.

—Traigo noticias sensacionales —dijo el duque de Valognes—. Vengo de casa del tal coronel. Está haciendo el equipaje para marcharse del país y me pide que les presente sus excusas *sur le terrain*[34].

—¿Cómo? —gritó Flambeau con espantosa incredulidad—. ¿Que pide excusas?

—Sí —dijo el duque entre dientes—, cuando llegue el momento y delante de todo el mundo, cuando se desenvainen las espadas. Y usted y yo tendremos que hacerlo mientras él se marcha del país.

—Pero ¿qué puede significar esto? —exclamó Flambeau—. ¡No tendrá miedo del insignificante Hirsch! ¡Maldita sea! —gritó con una especie de rabia racional—. ¡Nadie puede tener miedo de Hirsch!

— ¡Estoy convencido de que se trata de un complot! —profirió Valognes, un complot judeomasónico. Ideado para que Hirsch se cubra de gloria…

La cara del Padre Brown era de lo más vulgar y corriente, pero expresaba absoluta satisfacción; podía resplandecer de ignorancia y también de perfecta sabiduría. Pero siempre se producía un destello cuando se le caía la máscara de la tontería y se le colocaba en su lugar la máscara de la sagacidad; y Flambeau, que conocía a su amigo, se dio cuenta de que éste, de repente, lo había comprendido todo. Brown no dijo ni una palabra, pero se terminó el plato de pescado.

—¿Dónde vio usted por última vez a nuestro estimado coronel? —preguntó irritado Flambeau.

—Se encuentra en el hotel Saint Louis, cerca del Elíseo; lo llevamos allí en coche. Ya le digo que está haciendo el equipaje.

—¿Cree usted que todavía estará allí? —le preguntó Flambeau frunciendo el entrecejo con la mirada clavada en la mesa.

—Supongo que todavía no se habrá marchado —replicó el duque—; tiene que hacer el equipaje para un largo viaje…

—No —dijo el Padre Brown sin alterarse pero poniéndose inmediatamente en pie—, para un viaje muy corto. De hecho, para uno de los más cortos. Pero tal vez lleguemos a tiempo de alcanzarlo si vamos hasta allá en un coche.

No hubo quien le sacara ni una palabra más, hasta que el coche dobló la esquina más próxima al hotel Saint Louis, en la que se apearon; desde allí los condujo por un callejón lateral que ya se encontraba a oscuras, pues estaba anocheciendo. En un momento determinado en el que el duque le preguntó impacientemente si se podía acusar a Hirsch de traición o no, le contestó con aire ausente:

—No, sólo de ambición… como a César.

Y luego en tono vagamente inconsecuente, añadió:

—Lleva una vida muy solitaria; ha tenido que hacerlo todo por sus propios medios.

—Bueno, pues si es ambicioso, ahora estará satisfecho —dijo Flambeau con amargura—. Todo París lo aclamará, ahora que nuestro maldito coronel ha puesto pies en polvorosa.

—No grite tanto —le dijo el Padre Brown bajando el tono de voz—, su maldito coronel va delante de nosotros.

Los otros dos pegaron un respingo y se ocultaron en la sombra del muro, pues en efecto, podían ver la robusta figura de su fugitivo superior deslizándose en la penumbra por delante de ellos, con una bolsa en cada mano. Tenía un aspecto muy semejante al de la primera vez que lo vieron, pero se había cambiado sus pintorescos bombachos de montañero por un par de pantalones corrientes. No cabía duda de que huía del hotel.

El callejón por el que lo siguieron era uno de esos que da la impresión de que llevan al fin del mundo, como si uno estuviera en el escenario, pero en el lado donde no debe estar. Por un lado había un muro continuo de color indefinido, interrumpido de trecho en trecho por algunas puertas de color neutro y cubiertas de suciedad, todas ellas cerradas a cal y canto *y* que se distinguían únicamente por las pintadas que hubiera garabateado a tiza algún *gamin*[35] de la calle. Las copas de los árboles, en su mayoría de alguna deprimente especie de hoja perenne, aparecían a intervalos por encima del muro y tras ellas, a la luz del crepúsculo gris y púrpura, se podían divisar las fachadas posteriores de algunos bloques de casas parisinas, en realidad relativamente cercanos, pero con un aspecto tan inaccesible como si fuera una cadena de montañas de mármol. El callejón estaba flanqueado por el otro lado por la alta reja de hierro de un parque de aspecto melancólico.

Flambeau miraba a su alrededor con aire desconcertado.

—Saben ustedes —dijo—, hay algo en este lugar que…

—¡Hola! —gritó el duque de repente—. El tipo ha desaparecido. ¡Desaparecido como un duende!

—Tiene una llave —le explicó su amigo el clérigo—. Se ha metido en una de estas puertas de jardín.

Y mientras pronunciaba estas palabras, oyeron cómo una de las puertas de madera se volvía a cerrar delante de ellos con un click.

Flambeau se adelantó hasta la puerta que se acababa de cerrar casi delante de sus narices y que quedó un momento ante ella, mordisqueando su negro mostacho con terrible curiosidad. Luego extendió sus largos brazos, se alzó como un mono y se puso en pie sobre el muro; su enorme figura oscura se recortaba contra el cielo púrpura como las oscuras copas de los árboles.

El duque miró al sacerdote y le dijo:

—La huida de Dubosc es más complicada de lo que pensábamos, pero supongo que huye de Francia.

—Huye de todo —le contestó el Padre Brown.

Los ojos de Valognes resplandecieron, pero su voz bajó de tono cuando le preguntó:

—¿Se refiere usted a un suicidio?

—No encontrarán su cuerpo —replicó el otro.

Flambeau, que estaba en lo alto del muro, exhaló una especie de exclamación, y gritó en francés:

—¡Dios mío, ya veo dónde estamos! Pero si es la parte de atrás de la casa de Hirsch. Y yo que creía que era capaz de reconocer la parte de atrás de una casa como si fuera la espalda de un hombre.

—¡Y Dubosc se ha metido ahí! —gritó el duque dándose una palmada en la cadera—. ¡Vaya, al final van a encontrarse después de todo!

Y con repentina vivacidad gala, trepó hasta lo alto del muro junto a Flambeau y permaneció allí sentado, meneando las piernas todo emocionado. El sacerdote se quedó solo en el callejón, apoyado contra el muro, dando la espalda al escenario en el que se desarrollaban los acontecimientos, contemplando pensativamente la verja del parque y los árboles que resplandecían a la luz del crepúsculo.

El duque, por muy emocionado que estuviera, tenía los reflejos propios de un aristócrata, y prefería contemplar la casa más que estar al acecho de lo que sucedía dentro. Pero Flambeau, que tenía instintos propios de un ladrón, y de un detective, ya había saltado desde el muro hasta las retorcidas ramas de un árbol, desde las cuales podía deslizarse hasta la única ventana iluminada de la parte posterior de aquella oscura casa. Habían echado una persiana roja, pero se había quedado torcida y dejaba una rendija lateral; de modo que, aun a riesgo de partirse el cuello, Flambeau, arrastrándose por una rama que no

ofrecía mayores garantías que una ramita fina, alcanzó a ver al coronel Dubosc entrando en un lujoso dormitorio esplendorosamente iluminado. Pero aunque Flambeau estaba muy cerca de la casa, oyó las voces de sus colegas que se habían quedado junto al muro y les repitió en voz baja:

—¡Sí, van a encontrarse después de todo!

—Nunca se encontrarán —dijo el Padre Brown—. Hirsch tenía razón cuando decía que en este tipo de asuntos, los jefes nunca debían encontrarse. ¿No ha leído usted un extraño relato psicológico de Henry James[36], en el que dos personas que casualmente jamás se encontraban, empezaron a tenerse miedo mutuamente y a pensar que era por culpa del destino? Esto es algo por el estilo, pero mucho más curioso.

—En París no falta gente capaz de curar semejantes manías enfermizas —dijo Valognes en tono vindicativo—. Qué remedio les va a quedar que encontrarse, si al final damos con ellos y les obligamos a batirse en duelo.

—No se encontrarán ni el día del juicio final —dijo el sacerdote—. Aunque el propio Dios Todopoderoso empuñara la cachiporra, aunque San Miguel arcángel diera con su trompeta la señal para que se cruzaran las espadas… incluso en ese caso, si uno estuviera dispuesto, el otro no se presentaría.

—Pero ¿qué significan todos esos enigmas? —exclamó impaciente el duque de Valognes—. ¿Por qué no han de encontrarse como lo haría cualquiera?

—Porque son dos caras de una misma moneda —dijo el Padre Brown con una extraña sonrisa—. Se contradicen uno a otro. Podríamos decir que uno anula al otro.

Siguió con la mirada fija en los árboles que tenía delante, cada vez más oscuros, pero Valognes volvió de repente la cabeza al oír una exclamación reprimida de Flambeau. El detective, que acechaba lo que sucedía en la habitación iluminada, acababa de ver cómo el coronel, tras dar un par de pasos, se quitaba la casaca. Al principio, Flambeau pensó que aquello significaba que se disponía a combatir; pero este pensamiento no tardó en dejar paso a otro. El pecho y los hombros fuertes y cuadrados de Dubosc no eran más que un hábil relleno en su ropa, y desaparecieron al quitarse la casaca. En cuanto se quedó en mangas de camisa y pantalones, resultó ser un caballero relativamente delgado, que atravesó el dormitorio en dirección al cuarto de baño sin otro propósito batallador que el de lavarse. Se inclinó sobre el lavabo, se secó las manos y la cara con una toalla, y giró sobre sus talones, de modo que la luz le dio de lleno en el rostro. Había desaparecido su color

moreno, así como su negro mostacho; tenía el rostro perfectamente afeitado y muy pálido; nada en él recordaba al coronel, excepto sus ojos castaños, vivos como los de un halcón. Bajo el muro, el Padre Brown permanecía sumido en profunda meditación, como si hablara consigo mismo.

—Todo ha sucedido como le anunciaba a Flambeau. Estos antagonismos no pueden existir. No funcionarían. No pueden enfrentarse. Si tenemos blanco en lugar de negro, y sólido en lugar de líquido, y así sucesivamente, es que algo funciona mal, *monsieur*[37], es que algo funciona mal. Uno de estos hombres es rubio y el otro es moreno. Uno es robusto y el otro delgado. Uno es fuerte y el otro débil. Uno lleva bigote, pero no barba, de modo que no puede vérsele la boca; el otro lleva barba, pero no bigote, de modo que no puede vérsele la barbilla. Uno lleva el pelo echado hacia atrás, pero esconde el cuello con una bufanda; el otro lleva camisa con cuello bajo, pero el pelo largo para ocultar el cráneo. Es todo demasiado definido y correcto, *monsieur*, o sea que algo falla. Las cosas que son tan opuestas son cosas que no pueden enfrentarse. Cuando una se levanta, la otra se hunde. Como el rostro y la máscara, como el cerrojo y la llave…

Flambeau seguía escudriñando la casa con el rostro blanco como la cera. El ocupante de la habitación se hallaba de pie, de espaldas a él, pero ante un espejo, y se había colocado alrededor de la cara una especie de barba pelirroja y rala que caía desaliñadamente desde la cabeza alrededor de las mandíbulas y la barbilla, dejando al descubierto la boca de gesto burlón. Así vista, reflejada con el espejo, aquella cara pálida recordaba la cara de Judas riendo de manera estremecedora y rodeada por las vivas llamas del infierno. Durante un instante, Flambeau divisó los ojos de un marrón rojizo, vivos y amenazadores, que luego quedaron ocultos tras un par de gafas azules. Enfundándose un abrigo negro y holgado, el personaje se desvaneció en dirección a la parte delantera de la casa. Al cabo de unos momentos, una selva de aplausos populares procedentes de la calle les anunció que una vez más, el doctor Hirsch había aparecido en el balcón.

IV

El hombre del pasaje

Dos hombres aparecieron simultáneamente en los dos extremos de una especie de pasaje que corre a lo largo de la fachada lateral del teatro Apolo, en el Adelphi[38]. En la calle la luz del crepúsculo era amplia y luminosa, opalescente y vacía. En comparación con ella, el pasaje resultaba estrecho y oscuro, de modo que cada uno de los hombres podía ver al otro simplemente como una silueta negra en la otra punta. Sin embargo, los hombres se reconocieron, aun en aquellos trazos de tinta china, pues ambos tenían un aspecto sorprendentemente parecido, y se odiaban.

El pasaje cubierto daba por un extremo a las empinadas calles del Adelphi, y por tanto, a un bancal sobre el río, cuyas aguas estaban teñidas por los colores del crepúsculo. Uno de los lados del pasaje era un muro sin vanos, pues el edificio del que formaba parte había sido antaño un restaurante del teatro que había cerrado por falta de negocio. En la pared opuesta se veían dos puertas, una a cada extremo. Ninguna era lo que vulgarmente se suele denominar entrada de artistas; eran una especie de entrada de artistas privada y especial, que utilizaban los artistas también muy especiales, y en el caso que nos ocupa, el primer actor y la primera actriz de la obra de Shakespeare[39] que se estaba representando. A las personas de su categoría suele gustarles tener la posibilidad de entrar o salir con toda discreción, para poder ver a sus amigos, o para evitar encontrarse con ellos.

Nuestros dos hombres pertenecían sin duda alguna a esta categoría de personas: conocían las puertas y sabían que se les abrirían, y ambos se acercaron a la puerta que había callejón arriba con igual frialdad y aplomo. Sin embargo, no caminaban ambos a la misma velocidad; pero el hombre que avanzaba más deprisa estaba en el extremo opuesto del túnel, de modo que ambos llegaron a la puerta secreta prácticamente en el mismo instante. Se saludaron cortésmente y aguardaron un momento hasta que uno de ellos, el

que había caminado a más velocidad y que era, al parecer, el más impaciente, llamó a la puerta.

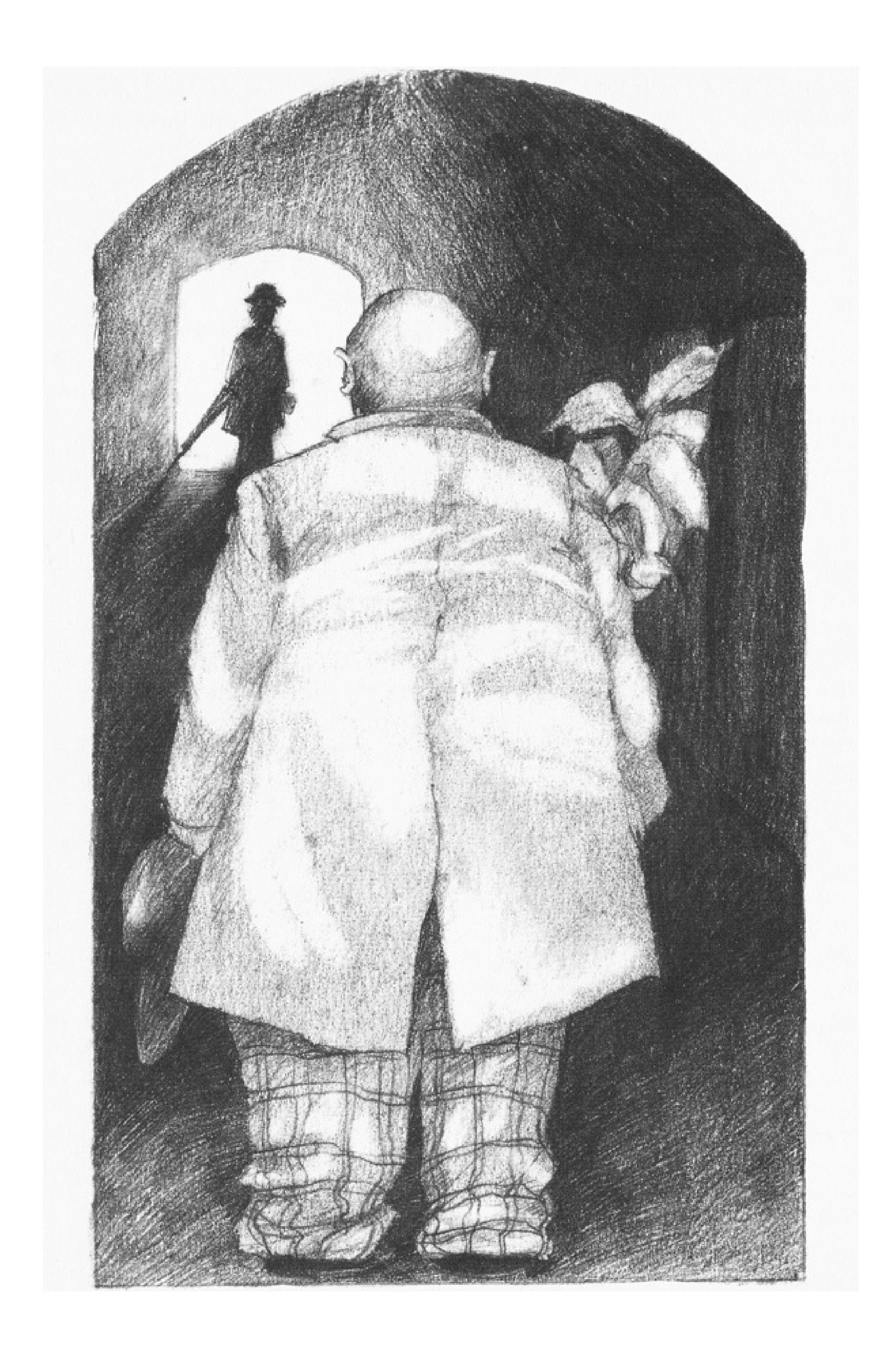
En esto, como en todo lo demás, ambos hombres eran antagonistas y a ninguno se le podía considerar inferior. En su aspecto privado, ambos eran apuestos, competentes y gozaban de popularidad. En su vida pública, ambos desempeñaban papeles muy principales. Pero todas sus peculiaridades, desde su fama hasta su agraciado físico, eran de signo muy diverso y no tenían comparación posible. Sir Wilson Seymour era el tipo de hombre cuya importancia es bien conocida por todos los «entendidos». Cuanto más introducido estuviera uno en las altas esferas políticas o profesionales, más posibilidades tenía de toparse con sir Wilson Seymour. Era el único miembro inteligente de veinte comités tontos, sobre cualquier cuestión, desde la reforma de la Real Academia hasta el proyecto de bimetalismo en Gran Bretaña. En temas de Arte era especialmente omnipotente. Tan incomparable era, que nadie se atrevía a afirmar a ciencia cierta si se trataba de un gran aristócrata dedicado a las Bellas Artes, o de un gran artista protegido por la aristocracia. Pero en cuanto uno charlaba con él durante cinco minutos, se daba cuenta de que, en realidad, uno no había hecho más que acatar las órdenes de sir Wilson Seymour toda la vida.

Su aspecto era «distinguido» exactamente en este mismo sentido; era a la vez convencional y singular. Su sombrero de copa de seda seguía al pie de la letra los dictados de la moda; y sin embargo, era diferente de todos los demás…, tal vez la copa fuera algo más alta, aumentando un poquito su ya elevada estatura. Era alto y delgado pero, aunque ligeramente cargado de espaldas, no daba impresión de debilidad, sino todo lo contrario. Tenía el pelo gris plateado y, sin embargo, no parecía viejo; lo llevaba algo más largo que la mayoría de la gente, pero no resultaba afeminado; lo tenía rizado y no parecía rizado. Su barba, cuidadosamente recortada, le daba un aire más bien masculino y militar, como el de aquellos almirantes de otros siglos que pintara Velázquez y cuyos oscuros retratos adornaban las paredes de su casa. Sus guantes grises eran un pelín más azules, su bastón de puño de plata un pelín más largo que todos los demás guantes y bastones que revoloteaban y se agitaban por teatros y restaurantes.

El otro hombre no era tan alto, aunque a nadie se le hubiera ocurrido decir que era bajo, sino sencillamente fuerte y apuesto. También tenía el pelo rizado, pero era rubio y lo llevaba muy corto, poniendo de relieve la línea de su cabeza, fuerte y maciza…, el tipo de cabeza con la que uno fuerza una puerta, como la del molinero del cuento de Chaucer[40]. Por su mostacho

militar y por el porte de sus hombros, se adivinaba en él al soldado, pero tenía unos ojos azules de mirada típicamente abierta y penetrante, que suelen ser más propios de los marinos. Su rostro era relativamente cuadrado, tenía la mandíbula cuadrada, los hombros cuadrados, incluso la chaqueta cuadrada. La verdad es que, siguiendo la pauta de la atrevida escuela de caricaturistas que por entonces prevalecía, el señor Max Beerbohm[41] lo había representado como un postulado del cuarto libro de Euclides[42].

También él era un hombre público, aunque con otro tipo de renombre. No había que pertenecer a las más altas esferas para haber oído hablar del capitán Cutler, del asedio de Hong-Kong, y de la gran marcha por China. Dondequiera que uno estuviera, era imposible que no se hablara de él; se veía su retrato en casi todas las tarjetas postales; sus mapas y batallas, en casi todas las revistas ilustradas; se oían canciones en su honor en casi todos los números de cabaretes, y en casi todos los organillos. Su fama, aunque probablemente más temporal, era diez veces mayor, más popular y espontánea que la del otro hombre.



En miles de hogares ingleses su imagen figuraba a gran tamaño sobre el mapa de Inglaterra, como la de Nelson. Y sin embargo, tenía infinitamente menos poder en Inglaterra que sir Wilson Seymour.

Les abrió la puerta un criado o «camarero» de edad avanzada, de aspecto decrépito y ajado traje negro que contrastaba curiosamente con el resplandeciente interior del camerino de la gran actriz. El cuarto estaba cubierto de espejos colocados en todos los ángulos de refracción posibles, como si fueran las cien facetas de un inmenso diamante…, suponiendo que uno pudiera meterse dentro de un diamante. Las demás señales de lujo, unas flores, unos cojines de colores, los restos de un atuendo de teatro, se veían multiplicados por todos los espejos con la locura de *Las mil y una noches*[43], y bailaban y cambiaban incesantemente de lugar cada vez que el solícito camarero acercaba un espejo y alejaba otro hasta la pared.

Ambos se dirigieron al deslucido camarero llamándolo por su apellido, Parkinson, y preguntaron por la dama, a la que hicieron referencia en términos de señorita Aurora Rome. Parkinson contestó que se hallaba en la otra habitación, pero que iría a avisarla. Los dos visitantes fruncieron el entrecejo, pues la otra habitación era el salón privado del gran actor con el que compartía cartel la señorita Aurora, y ella era una de esas personas que no inspiran admiración sin despertar los celos. Sin embargo, en cosa de medio minuto, la puerta interior se abrió y ella entró como siempre lo hacía, incluso en la vida privada, de forma que hasta el propio silencio parecía una salva de aplausos, y una salva bien merecida. Llevaba un vestido algo chocante de raso verde y azul pavo real, que relumbraba como si fuera de metal verde y azul, en una combinación que suele encantar a los niños y a los estetas, y su espesa cabellera de color castaño rojizo enmarcaba uno de estos rostros mágicos que resultan ser un peligro para cualquier hombre, pero sobre todo para los muchachos y para los caballeros de sienes plateadas. Junto con su compañero de reparto, el gran actor norteamericano Isidoro Bruno, había puesto en escena una interpretación particularmente poética y fantástica del *Sueño de una noche de verano*[44], en la que se ponía especial énfasis, desde el punto de vista artístico, en los personajes de Oberón y Titania, o en otras palabras en Bruno y Aurora. En medio de un escenario exquisito y de ensueño, movido al son de danzas místicas, el traje verde, semejante a las alas bruñidas de un escarabajo, expresaba toda la personalidad esquiva de la reina de los elfos. Pero cuando un hombre se encontraba con ella a la luz todavía intensa del día, lo único que miraba era su rostro.

Saludó a ambos caballeros con una resplandeciente y turbadora sonrisa que hacía que muchos hombres se mantuvieran a la misma y peligrosa distancia de ella. Aceptó unas flores de Cutler, que eran tan exóticas y valiosas como las victorias de éste; también tomó un regalo de otro tipo que le ofreció posteriormente y como sin darle ninguna importancia sir Wilson Seymour. Y es que este caballero consideraba de muy mal gusto cualquier manifestación de impaciencia, como consideraba que iba en contra de su convencional inconvencionalismo regalar algo tan obvio como un ramo de flores. Había elegido una bagatela, comentó, que era más una curiosidad que otra cosa; se trataba de una antigua daga griega, de la época micénica, y que muy bien podía haber sido utilizada en la época de Teseo e Hipólita[45]. Era de cobre, como todas las armas de la edad heroica, pero curiosamente, todavía estaba lo suficientemente afilada como para poder dejar a uno tieso. Le había llamado la atención su diseño, en forma de hoja, y era tan perfecta como una vasija griega. Si a la señorita Rome le gustaba o si le parecía que podía utilizarla para alguna escena de la obra, esperaba que…

La puerta interior se abrió de par en par y en el umbral apareció una imponente silueta, que contrastaba aún más con el explícito Seymour que el propio capitán Cutler. Isidoro Bruno, con sus casi dos metros de estatura, con sus músculos y su fuerza física, que resultaban más que teatrales, y con la exuberante piel de leopardo y los adornos dorados que constituían la indumentaria de Oberón, parecía un dios bárbaro. Se apoyaba en una especie de lanza de cazador que a la distancia del escenario parecía una varita plateada, pero que en aquella habitación, relativamente pequeña y llena de gente, daba la impresión de ser un asta de pica vulgar y corriente, y tan amenazadora como ésta. Sus vivos ojos negros giraban con la fuerza de un volcán, su rostro de tez bronceada, aunque atractivo, mostraba en aquel momento una combinación de pómulos pronunciados y apretados y blancos dientes, que sugerían los rumores que corrían en Norteamérica acerca de su procedencia de las plantaciones sureñas.

—Aurora —empezó a decir con aquella profunda y apasionada voz de tambor que tantas veces había conmovido al público—, querrías…

Se detuvo sin concluir su frase, pues de repente apareció en el umbral de la puerta un sexto personaje, tan incongruente en aquel entorno que casi resultaba cómico. Era un hombre muy bajito, vestido con el traje negro seglar de los sacerdotes de la Iglesia Católica Romana, y que, sobre todo en presencia de seres como Bruno y Aurora, más bien parecía un Noé pequeñito

y de madera recién salido del arca. Sin embargo, él parecía completamente ajeno a semejante contraste, y dijo con inexpresiva cortesía:

—Tengo entendido que la señorita Rome me mandó llamar.

Cualquier observador perspicaz se habría dado cuenta de que esta interrupción tan impersonal no hizo más que aumentar la temperatura emocional de aquella situación. La indiferencia de un soltero profesional servía para que los demás se dieran cuenta de que estaban alrededor de aquella mujer como un cerco de pretendientes rivales, del mismo modo que alguien que llega de la calle con escarcha en el abrigo hace que los que están dentro de una habitación caldeada se sientan como en un horno. La presencia de un hombre que no suspiraba por ella hizo que la señorita Rome tuviera mayor conciencia de que todos los demás estaban enamorados de ella, y cada uno de una manera relativamente peligrosa: el actor, con el apetito propio de un salvaje y de un niño mimado; el soldado, con el egoísmo liso y llano de un hombre que tiene más voluntad que inteligencia; sir Wilson, con la obsesión cada día más intensa con la que los viejos hedonistas se toman sus aficiones; y por qué negarlo, incluso el despreciable Parkinson, que la conocía desde antes de que fuera famosa y que la perseguía por la habitación con los ojos o con los pies, con la estúpida fascinación de un perro.

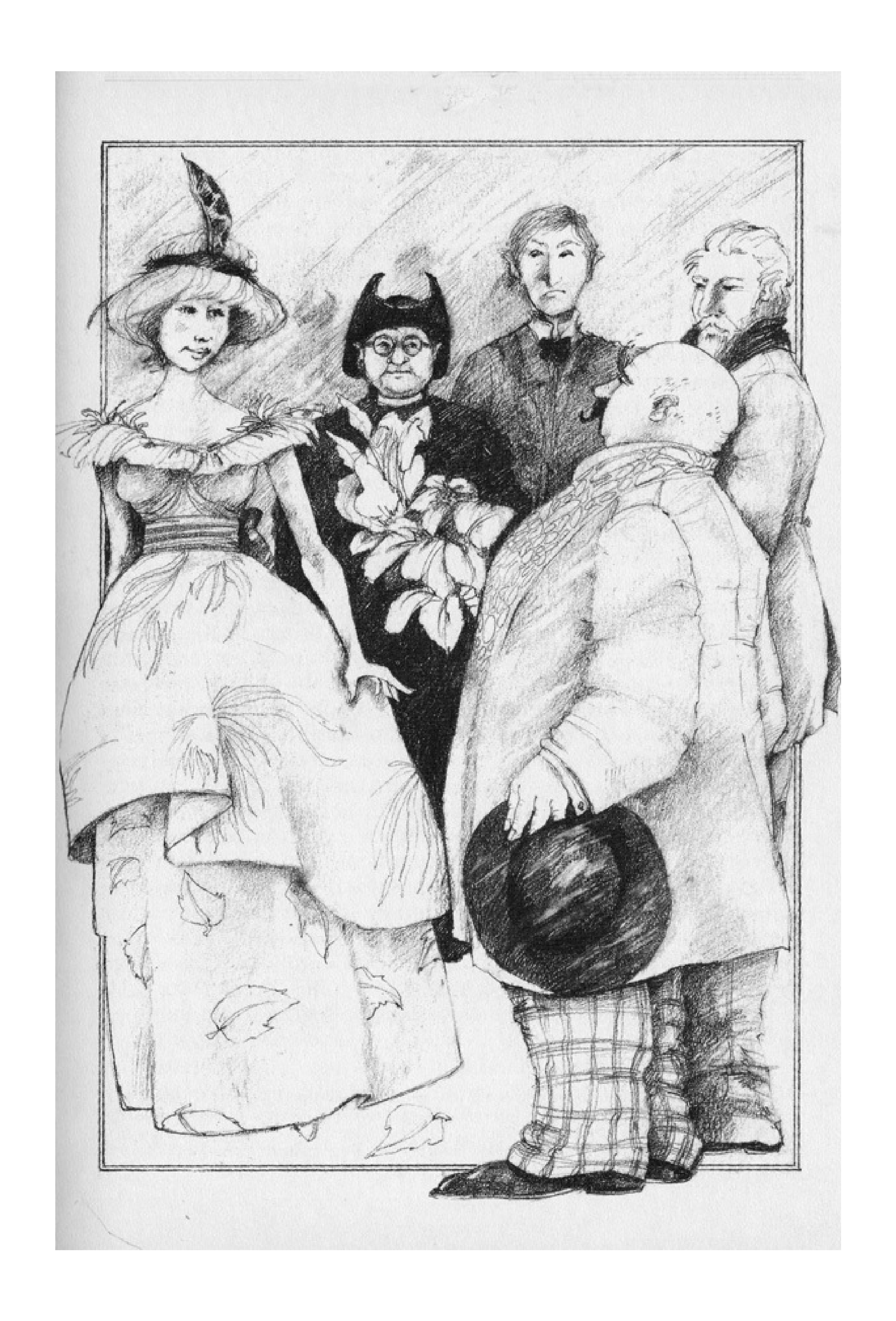
Una persona perspicaz también se habría fijado en otra cosa aún más extraña. El hombre que parecía un Noé de madera negro, y cuya expresión no carecía completamente de perspicacia, observó la escena con aire de considerable, pero reprimida diversión. Era evidente que la gran Aurora, si bien no era en ningún caso indiferente a la admiración que despertaba en el otro sexo, deseaba en aquel momento deshacerse de todos sus admiradores y quedarse a solas con el hombre que no la admiraba, al menos no en el mismo sentido; pues el curita admiraba e incluso disfrutaba de la firme diplomacia femenina con la que despachaba sus asuntos. Había probablemente una cosa en el mundo que Aurora Rome comprendía perfectamente, y ello era la mitad de la humanidad…, es decir, la otra mitad. Él curita observó la exacta habilidad de su política, propia de una campaña napoleónica, capaz de despedirlos a todos sin echar a ninguno. Bruno, el gran actor, era tan infantil que resultaba fácil hacer que se marchara, aunque pusiera mala cara y saliera dando un portazo. Cutler, el oficial británico, tenía la piel de elefante a la hora de asimilar una idea, pero era puntilloso con respecto a los modales. No había manera de que captara una indirecta, pero prefería morir antes que ignorar una orden concreta de una dama. En cuanto al viejo Seymour, había que tratarlo de manera especial, por lo que tenía que ser el último en salir. La única forma

de conmoverlo era apelando a su confianza de viejo amigo, haciéndole partícipe de la necesidad de actuar con toda discreción. El cura sintió realmente una gran admiración por la señorita Rome cuando ésta hubo despachado a aquellos tres elementos con un solo movimiento.

Se dirigió hacia el capitán Cutler y le dijo con tanta dulzura como fue capaz:

—Aprecio estas flores, pues deben ser sus flores preferidas. Pero, sabe usted, no estarán completas mientras les falte *mi* flor preferida. Vaya en seguida a la tienda que hay a la vuelta de la esquina y consígame unos lirios del valle, y entonces sí que el ramo quedará precioso.

Con ello consiguió el primer objetivo de su diplomacia, la salida del furioso Bruno. Este ya le había entregado la lanza al lastimoso Parkinson, con gesto caballeresco, como si fuera un cetro, y estaba a punto de acomodarse en una de las butacas forradas de cojines como si fuera un trono.



Pero al ver que Aurora recurría a su rival, sus opalinos ojos resplandecieron con la susceptible insolencia propia del esclavo. Durante un instante cerró con fuerza sus enormes puños morenos y luego, abriendo la puerta de golpe, desapareció en sus habitaciones. Pero en cambio, el experimento puesto en práctica por la señorita Rome para movilizar al ejército británico, no había dado resultados tan fácilmente como se podía haber pensado. Efectivamente, Cutler se había puesto en pie al punto, y se había dirigido hacia la puerta, sin sombrero, como obedeciendo una orden. Pero había tal vez algo en el aspecto ostensiblemente elegante de la lánguida figura de Seymour, recostada contra uno de los espejos, que hizo que se detuviera en seco ante la puerta, meneando la cabeza de un lado para otro como un *bulldog*[46] rabioso.

—He de indicarle el camino a ese memo —le susurró Aurora a Seymour.

Y corrió hasta el umbral de la puerta para despedir al huésped que se disponía a salir.

A pesar de su actitud de elegante indiferencia, Seymour estaba al parecer pendiente de lo que hablaban y se le vio muy aliviado cuando oyó que la dama le gritaba las últimas instrucciones al capitán y luego daba media vuelta y echaba a correr riendo hacia el otro extremo del pasaje, el que acababa en la terraza que daba sobre el Támesis. Pero al cabo de un par de segundos, Seymour volvió a fruncir el entrecejo. Un hombre en su situación tenía muchísimos rivales, y recordó que al otro extremo del pasaje se hallaba la entrada al camerino privado de Bruno. Sin perder su dignidad, dijo algunas palabras de cortesía al Padre Brown sobre el renacimiento de la arquitectura bizantina en la catedral de Westminster[47] y luego, con pretendida naturalidad, salió y se dirigió hacia la parte de arriba del pasaje. El Padre Brown y Parkinson se quedaron a solas; ninguno de los dos era aficionado a las conversaciones superfluas. El camarero anduvo dando vueltas por la habitación, sacando los espejos y volviéndolos a arrimar a la pared, y su chaqueta y sus pantalones, oscuros y ajados resultaban todavía más deslucidos porque seguía sosteniendo en la mano la alegre lanza mágica del rey Oberón. Cada vez que volvía a tirar del marco de un espejo, aparecía otra efigie negra del Padre Brown; aquella absurda cámara de los espejos estaba llena de Padres Brown, boca abajo, por el aire como los ángeles, haciendo piruetas como los acróbatas, dándole la espalda a todo el mundo como personas muy maleducadas.

El Padre Brown, ajeno a esta nube de testigos, seguía con mirada vagamente atenta a Parkinson hasta que éste se dirigió con la ridícula lanza hasta la habitación más alejada, que era la de Bruno. Entonces se sumió en

una serie de cavilaciones abstractas con las que solía distraerse, dedicándose a calcular los ángulos de los espejos, los ángulos de cada refracción, el ángulo en el que cada espejo tenía que acoplarse a la pared… cuando oyó un grito potente pero sofocado.

Se puso en pie de un salto y tendió la oreja, inmóvil. En aquel mismo instante apareció en la habitación sir Wilson Seymour, pálido como el marfil.

—¿Quién es ese hombre que hay en el pasaje? —gritó—. ¿Dónde está la daga que yo traje?

Antes de que el Padre Brown pudiera dar media vuelta sobre sus pesadas botas, Seymour ya estaba registrando toda la habitación en busca del arma. Y antes de que consiguiera encontrar ni la daga ni arma alguna, se oyeron unas rápidas pisadas por la acera, y apareció en la mismísima puerta la cara cuadrada de Cutler. Llevaba en la mano, absurdamente apretado, un ramo de lirios del valle, y gritó:

—¿Qué es esto? ¿Quién es esa persona que está al final del pasaje? ¿Es otra de sus tretas?

—¡Otra de mis tretas! —siseó su pálido rival dando un paso hacia él.

En el preciso momento en que ocurría todo esto, el Padre Brown salió a la calle, miró hacia la parte de abajo del pasaje e inmediatamente echó a andar apresuradamente hacia lo que acababa de ver.

Entonces los otros dos hombres dejaron de discutir y salieron a toda velocidad pisándole los talones al cura. Cutler le preguntó:

—¿Qué está haciendo? ¿Quién es usted?

—Me llamo Brown —dijo el cura con tristeza al tiempo que se inclinaba sobre algo y luego volvía a enderezarse—. La señorita Rome me mandó llamar, y vine lo antes que pude, pero he llegado demasiado tarde.

Los tres hombres miraron hacia abajo, y al menos en uno de ellos, la vida se extinguió bajo la luz de la tarde, que recorría el pasaje como una senda de oro, en medio de la cual yacía Aurora Rome, resplandeciente con su traje de raso verde y oro, con su rostro inerte tendido boca arriba. Tenía el vestido desgarrado, como si hubiera peleado, y el hombro descubierto; pero la herida de la que brotaba la sangre estaba del otro lado. La daga de bronce relucía en el suelo, aproximadamente a un metro de distancia.

Durante un lapso de tiempo bastante considerable, los tres permanecieron inmóviles, guardando silencio; se oía a lo lejos la risa de una florista a la salida de Charing Cross y los potentes silbidos de alguien que llamaba a un coche de punto en una de las bocacalles del Strand[48]. Luego el capitán, con

un movimiento tan violento que tanto pudiera achacarse a la pasión como asemejarse a la interpretación de un actor, agarró a sir Wilson por el cuello.

Seymour se lo quedó mirando fijamente sin reflejar temor ni hacer ademán de defenderse.

—No hace falta que me mate —le dijo con voz imperturbable—; lo haré yo mismo.

Las manos del capitán vacilaron y soltaron su presa; y el otro añadió con el mismo candor glacial:

—Si resulta que no tengo agallas para hacerlo con aquella daga, lo haré de aquí a un mes a fuerza de alcohol.

—Conmigo no hay alcohol que valga —replicó Cutler—, pero antes de que muera ha de correr sangre por esto. No la suya, pero creo que sé de quién.

Y antes de que los demás pudieran percatarse de su intención, recogió la daga, corrió hacia la otra puerta en el extremo inferior del pasaje, la abrió de un golpe, con cerrojo y todo, y se abalanzó sobre Bruno que se hallaba en su vestidor. Al verlo, el viejo Parkinson salió tambaleándose a la calle y vio el cadáver que yacía en el pasaje. Se dirigió hacia el mismo con paso tembloroso, lo miró vagamente con gesto estremecido, y retrocedió, también tambaleándose, hasta el vestidor, donde se dejó caer de golpe en una de las butacas cubiertas de cojines. El Padre Brown echó a correr inmediatamente tras él, haciendo caso omiso de Cutler y del colosal actor, aunque sus golpes ya retumbaban en la habitación pues los dos hombres luchaban para apoderarse de la daga. Seymour, que había conservado parte de su sentido práctico, llamaba a silbidos a la policía en el otro extremo del pasaje.

Cuando llegó la policía, tuvieron que separar a los hombres, que peleaban como dos orangutanes. Y después de algunas preguntas de rigor, detuvieron a Isidoro Bruno acusado de asesinato por su iracundo contrincante. La idea de que el gran héroe nacional del momento había arrestado personalmente a un forajido sin duda influyó en la actitud de la policía, pues todos sus miembros tienen algo de periodistas. Trataron a Cutler con una especie de solemne deferencia, y le indicaron que tenía un corte superficial en la mano. Aunque Cutler tenía acorralado a Bruno detrás de una silla y una mesa medio caídas, éste consiguió arrebatarle la daga que empuñaba y le alcanzó justo debajo de la muñeca. La verdad es que la herida carecía de importancia, pero aún así, hasta que se lo llevaron, el prisionero, medio enloquecido, mantuvo la mirada clavada en la sangre que brotaba de la muñeca de Cutler, sin dejar de sonreír.

—Este tipo parece un caníbal, ¿verdad? —le dijo el alguacil en un aparte a Cutler.

Cutler no contestó, pero pasado un momento, dijo escuetamente:

—Debemos ocuparnos de la… de la muerta… —y siguió moviendo los labios sin que de ellos saliera sonido alguno.

—De los dos muertos —se oyó que decía el cura desde la otra punta de la habitación—. Este pobre hombre había fallecido cuando me acerqué a él.

Y se quedó observando al viejo Parkinson, que estaba sentado hecho un rebujo negro en la hermosa butaca. Él también había rendido homenaje, de forma ciertamente elocuente, a la mujer que acababa de morir.

El primero en romper el silencio fue Cutler, que parecía conmovido, presa de una tosca ternura.

—Ojalá fuera yo él —dijo con voz ronca—. Recuerdo que solía seguirla con la mirada dondequiera que se dirigiera, con más atención que… nadie. Ella era para él el aire, y al quedarse sin aire, se murió.

—Todos estamos muertos —dijo Seymour con una extraña voz, al tiempo que miraba calle abajo.

Se despidieron del Padre Brown en la esquina de la calle, con unas palabras de disculpa por si habían sido algo descorteses con él. Ambos tenían una expresión no solamente trágica, sino, además, críptica.

La mente del curita era continuamente una madriguera de extraños pensamientos que saltaban a toda velocidad y no había quien pudiera detenerlos. Tuvo la impresión, fugaz como el rabito blanco de un conejo que echa a correr, de que sin duda alguna creía en el dolor de aquellos hombres, pero de que no estaba tan convencido de su inocencia.

—Más vale que nos retiremos todos —dijo Seymour en tono apesadumbrado—; hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

—¿Entenderán ustedes mis razones —preguntó el Padre Brown tranquilamente—, si les digo que han hecho ustedes todo lo que estaba en sus manos para hacer daño?

Ambos se sobresaltaron como si se sintieran culpables, y Cutler intervino en tono seco:

—¿Para hacer daño a quién?

—A ustedes mismos —contestó el sacerdote—. No quisiera inquietarles pero me siento obligado, por razones de estricta justicia, a hacerles algunas advertencias. Han hecho ustedes prácticamente todo lo que estaba en sus manos para ahorcarse, caso de que el actor sea absuelto. Seguramente me citarán a declarar y no tendré más remedio que decir que, después de oírse el grito, ustedes dos entraron corriendo en la habitación tremendamente alterados y se pusieron a discutir sobre una daga. Según esta declaración que

tendré que hacer bajo juramento, cualquiera de los dos podría haber sido el autor del crimen. Así es como ustedes dos se han hecho daño a sí mismos; y, además, el capitán Cutler se habrá herido a sí mismo con la daga.

—¡Herirme a mí mismo! —exclamó el capitán con desprecio—. Un rasguño de nada.

—Del que salió sangre —contestó el cura, negando con la cabeza—. Ahora sabemos que hay sangre en la daga, pero ya no tenemos la posibilidad de saber si la había antes.

Hubo un silencio; luego Seymour, con insistencia poco habitual en su tono de voz, dijo:

—Pero yo vi a un hombre en el pasaje.

—Ya sé que lo vio —contestó el Padre Brown con cara de poker—; también lo vio Cutler. Eso es precisamente lo que resulta tan poco probable.

Antes de que ninguno de los dos pudiera descifrar este comentario ni pensar en una respuesta, el Padre Brown les dirigió unas palabras de cortesía y se marchó renqueando calle arriba, golpeando el suelo con su viejo y renqueante paraguas.

En los periódicos modernos, la noticia más verídica y más importante es la que procede de la policía. Es un hecho irrefutable que en el siglo XX los asesinatos ocupan más columnas que la política, y ello por la sencilla razón de que un asesinato es una cuestión mucho más seria. Pero ni siquiera este motivo bastaría para explicar la enorme difusión y el detalle con que se trató, tanto en la prensa londinense como en la de provincias, la noticia de «El caso Bruno», también llamado «El misterio del pasaje». Causó tal revuelo que, durante algunas semanas, la prensa contó realmente la verdad; y el caso es que los informes sobre los interrogatorios, sobre las preguntas y las repreguntas, aunque resultan interminables, e incluso insoportables, son por lo menos fiables. Por supuesto, el verdadero motivo de todo ello eran los protagonistas. La víctima era una famosa actriz; el acusado, un famoso actor; y al acusado lo habían cogido, como quien dice con las manos en la masa, el soldado más famoso de aquella época de tan notable patriotismo. Ante tan excepcionales circunstancias, la prensa se vio atrapada entre la honradez y la veracidad; y el resto de este singular asunto puede leerse en los informes de la vista del caso Bruno.

Presidió el juicio el señor magistrado Monkhouse, uno de esos jueces con los que el público suele reírse por considerarlos graciosos, pero que por norma general son mucho más serios que los jueces serios, pues su aparente frivolidad se debe a que están algo hartos de la solemnidad de su profesión;

en cambio, el juez serio es en el fondo mucho más frívolo, pues obra movido por la vanidad. Al ser todos los protagonistas personas de la alta sociedad, también se buscaron hombres de leyes de reconocido prestigio; el fiscal de la Corona era sir Walter Cowdray, un abogado de peso, tanto por sus kilos como por su influencia, de esos que saben cómo parecer ingleses e inspirar confianza, y cómo ser retóricos aunque sin excederse. El defensor del prisionero era el señor Patrick Butler, K. C.[49], considerado erróneamente como un simple *flâneur*[50] por aquellas personas que no comprendían el carácter irlandés, o por quienes no se habían sometido a sus interrogatorios. Las pruebas médicas fueron contundentes, y el médico al que Seymour había llamado en el momento de los hechos coincidía con el eminente cirujano que más tarde examinó el cadáver. Aurora Rome había sido apuñalada con algún arma cortante como una navaja o una daga, o cualquier otro instrumento de hoja corta. La herida se produjo justo a la altura del corazón, y la víctima murió en el acto. Cuando el médico la examinó por primera vez, no debía llevar más de veinte minutos muerta. Por lo tanto, cuando el Padre Brown la encontró seguramente no habrían pasado más de tres minutos desde su fallecimiento.

A continuación prestó declaración un detective oficial, el cual insistió sobre todo en la presencia o la ausencia de indicios de que se hubiera producido un forcejeo; el único elemento que hacía pensar en algo así era el vestido desgarrado a la altura del hombro, cosa que no parecía guardar demasiada relación con el lugar y el objetivo de la puñalada. Una vez facilitados estos detalles, para los que sin embargo no se halló explicación, se llamó a declarar al primero de los principales testigos.

Sir Wilson Seymour prestó declaración, y lo hizo no sólo bien, sino perfectamente, como todo lo que hacía. Aunque tenía mucha más madera de hombre público que el propio juez, supo encarnar magistralmente ante la Justicia real la imagen borrosa de la mismísima discreción; y aunque todos los miembros del público lo contemplaban como si fuera el primer ministro o el arzobispo de Canterbury[51], a juzgar por su actuación en el juicio, sólo se podía decir que se trataba de un caballero reservado, poniendo especial énfasis en la palabra caballero. Además hacía gala de una lucidez que resultaba de lo más estimulante, como sucedía en todas aquellas comisiones a las que pertenecía. Había ido a visitar a la señorita Rome al teatro, donde se encontró con el capitán Cutler; también el acusado estuvo unos instantes con ellos, retirándose en seguida a su vestidor privado; entonces apareció un sacerdote de la Iglesia Católica Romana, que preguntó por la finada y que dijo

llamarse Brown. Luego, la señorita Rome salió un momento del teatro y se dirigió hacia la entrada del pasaje, para indicarle al capitán Cutler una floristería, ya que le había pedido a éste que fuera a comprarle unas flores. El testigo se había quedado en la habitación, cruzando unas palabras con el sacerdote. Luego oyó claramente cómo la víctima, después de enviar al capitán a ese recado, daba media vuelta riendo y bajaba corriendo por la calle en dirección a la otra punta del pasaje, por donde se entraba al vestidor del prisionero. Por simple curiosidad al ver el ir y venir de sus amigos, también él salió a dar una vuelta a la calle y, desde la parte de arriba, donde se encontraba, echó un vistazo a la parte de abajo, hacia la puerta del detenido. ¿Vio algo en el pasaje? Sí, vio algo en el pasaje.

Sir Walter Cowdray permitió un impresionante silencio durante el cual el testigo bajó la mirada; y a pesar de su habitual compostura, parecía que estaba más pálido que de costumbre. Entonces el letrado, bajando el timbre de voz, le preguntó con tono a la vez amable e insinuante:

—¿Pudo verlo claramente?

Por emocionado que estuviera, la brillante cabeza de sir Wilson Seymour funcionaba a la perfección.

—Divisé muy claramente la silueta, pero no los detalles del interior de esta silueta, que de hecho no distinguí en absoluto. El pasaje es tan largo que a una persona que se encuentre en el centro del mismo se la ve casi en negro a contraluz.

El testigo bajó su intensa mirada una vez más y añadió:

—Me di cuenta de ello un rato antes, cuando entró por el pasaje el capitán Cutler.

Hubo otro silencio y el juez se inclinó hacia delante y anotó algo.

—Muy bien —dijo sir Walter en tono paciente—, ¿cómo era aquella silueta? ¿Se parecía, por ejemplo, a la mujer asesinada?

—No, en absoluto —contestó Seymour con toda serenidad.

—¿Qué le pareció a usted que podía ser?

—Me pareció la silueta de un hombre alto —contestó el testigo.

Cada uno de los presentes tenía los ojos clavados en su estilográfica, en el mango de su paraguas, en su libro, en sus botas, o en lo que fuera que estuviera mirando. Parecía que todos se sentían forzados a apartar la mirada del prisionero, aunque todos eran conscientes de su silueta en el banquillo, que se les antojaba gigantesca. Bruno resultaba alto cuando se lo miraba de frente, pero si uno se empeñaba en no verlo, daba la sensación de que su figura crecía desmesuradamente.

Cowdray reanudó la sesión con expresión solemne, alisando su toga de seda negra y sus sedosas patillas blancas. Sir Wilson se disponía a bajar del estrado de los testigos después de añadir algunos detalles finales que ratificaron muchos otros testigos, cuando el abogado defensor se levantó de golpe, interceptándole el paso.

—Sólo lo retendré un instante —dijo el señor Butler, persona de aspecto tosco, con cejas rojas y expresión algo amodorrada—. ¿Querría explicarle a su señoría cómo supo usted que se trataba de un hombre?

Una delicada y refinada sonrisa se posó levemente sobre el rostro de Seymour, el cual dijo:

—Me temo que no fue otra cosa que el vulgar detalle de los pantalones. Cuando vi luz entre dos largas piernas, me convencí de que al fin y al cabo se trataba de un hombre.

Los ojos soñolientos de Butler se abrieron de golpe como si estallaran en silencio y el abogado repitió lentamente:

—¿Al fin y al cabo? ¿Quiere usted decir que al principio pensó usted que se trataba de una mujer?

Por primera vez, Seymour se mostró algo turbado; luego dijo:

—Desde luego, esto no es un hecho tangible, pero si su señoría desea que le explique cuál fue mi impresión, por supuesto lo haré. Había algo en aquella silueta que no era exactamente de mujer sin llegar tampoco a ser de hombre; las curvas eran en cierto modo diferentes. Y llevaba algo que me pareció una melena larga.

—Gracias —contestó el señor Butler, K. C., que se sentó bruscamente, como si hubiese conseguido lo que quería.

El capitán Cutler resultó ser un testigo mucho menos convincente y sosegado que sir Wilson, pero su relato de los acontecimientos iniciales resultó ser tan sólido como el de éste. Contó que Bruno había regresado a su vestidor, que a él lo habían mandado a comprar un ramo de lirios del valle y que regresó por la parte de arriba del pasaje; luego explicó lo que había visto en dicho pasaje, que sospechó de Seymour y se enfrentó a Bruno. Pero no pudo añadir ningún detalle artístico con respecto a la silueta negra que tanto Seymour como él habían visto. Cuando le preguntaron qué aspecto tenía la silueta, comentó que él no era ningún crítico de arte, lanzando a Seymour una sonrisa de desprecio excesivamente notoria. Cuando le pidieron que opinara si se trataba de una mujer o de un hombre, contestó que más bien le había parecido un animal, lanzando al detenido una sonrisa de desprecio excesivamente notoria. Pero el pobre estaba francamente disgustado e

irritado, y Cowdray lo excusó y le ahorró tener que confirmar detalles que ya estaban suficientemente claros.

También en este caso la defensa fue muy breve en el turno de repreguntas; pero el letrado, aun siendo breve, como era su costumbre, formuló cada pregunta con estudiada lentitud.

—Ha utilizado usted una expresión bastante notable —le dijo a Cutler, mirándolo con soñolientos ojos—. ¿A qué se refiere cuando afirma que, más que un hombre o una mujer, parecía un animal?

Cutler estaba muy turbado.

—Tal vez no debiera haber dicho eso —contestó—, pero cuando una bestia tiene los hombros tan anchos y caídos como los de un chimpancé y una pelambrera tiesa y erizada como las cuerdas de un jabalí…

El señor Butler interrumpió a media frase su impaciente perorata y le dijo:

—Que su pelo fuera o no como el de un jabalí no viene al caso. Dígame si parecía la melena de una mujer.

—¿De una mujer? —exclamó el soldado—. ¡Válgame Dios, claro que no!

—El último testigo dijo lo contrario —comentó el abogado con despiadada agilidad—. Y dígame, ¿la silueta tenía las ondulantes y casi femeninas curvas a las que se ha hecho elocuentemente alusión? ¿No? ¿No tenía curvas femeninas? ¿Si no le he entendido mal, la silueta era más bien fornida y angulosa que otra cosa?

—Puede que estuviera inclinándose hacia delante —dijo Cutler con voz ronca y bajando el tono de voz.

—Puede que sí, y puede que no —replicó el señor Butler que volvió a sentarse de golpe en su silla, por segunda vez.

El tercer testigo al que mandó llamar sir Walter Cowdray era el curita católico, tan pequeño en comparación con los demás que su cabeza apenas asomaba por encima de la barandilla del estrado de los testigos, y daba la sensación de que estaban tomando declaración a un niño. Pero por desgracia, a sir Walter se le había metido en la cabeza, debido fundamentalmente a las tendencias religiosas de alguna rama de su familia, que el Padre Brown estaba de parte del detenido, porque el detenido era malvado y extranjero e incluso medio negro. De modo que, cada vez que el orgulloso pontífice trataba de explicar alguna cosa, lo interrumpía bruscamente ordenándole que se limitara a contestar sí o no, ateniéndose a los hechos y dejándose de sofisterías[52]. Cuando el Padre Brown quiso explicar, con la sencillez que le era propia, quién era el hombre del pasaje, el fiscal no quiso saber nada de sus teorías.

—Al parecer, había una silueta negra en el pasaje. Y usted dice que vio esta silueta negra. Pues bien, díganos cómo era dicha silueta.

El Padre Brown pestañeó como si estuviera recibiendo una reprimenda; pero hacía mucho tiempo que sabía lo que era obedecer al pie de la letra, así que se limitó a contestar:

—La silueta era pequeña y gruesa, pero tenía dos prominencias puntiagudas y negras curvadas hacia arriba a cada lado de la cabeza o de la parte superior, algo así como cuernos, y…

—¡Sí, claro, el demonio con cuernos! -—exclamó Cowdray, sentándose con gesto de triunfante jocosidad—. Era el demonio, que había venido a comerse a los protestantes.

—No —replicó el Padre Brown impasible—, yo sé quién era.

Las personas que asistían a la vista estaban irracional pero auténticamente convencidas de la existencia de una especie de monstruo. Obsesionadas por la silueta del pasaje, llegaron a olvidarse del personaje que se sentaba en el banquillo. Y esta silueta del pasaje, descrita por tres hombres inteligentes y respetables, acabó por convertirse en una auténtica pesadilla: uno decía que era una mujer, el otro que una bestia, y el tercero que el demonio…

El juez clavó en el Padre Brown sus penetrantes ojos y le dijo:

—Es usted un testigo de lo más extraordinario, pero hay algo que me hace pensar que está tratando de decir la verdad. Pues bien, díganos, ¿quién era el hombre que vio usted en el pasaje?

—Era yo —contestó el Padre Brown.

Butler, K. C., se levantó de un salto y, sin perder su serenidad, le pidió al juez:

—¿Su señoría me permitirá que interrogue al testigo?

Y luego, sin más dilación, le lanzó a Brown una pregunta que aparentemente no guardaba ninguna relación con lo anterior.

—Habrá oído usted hablar de esta daga; ¿sabe usted que los expertos dicen que el crimen se cometió con un arma de hoja corta?

—Un arma de hoja corta, sí —contestó Brown al tiempo que asentía con la cabeza con gesto solemne, como una lechuza—, pero con una empuñadura muy larga.

Antes de que el público pudiera descartar del todo la idea de que el cura había visto su propia imagen cometiendo el asesinato con una daga corta de empuñadura larga (lo que en cierto modo hacía el crimen aún más horrible), éste ya se había apresurado a explicar:

—Quiero decir que las dagas no son las únicas armas blancas que tienen una hoja corta. También las lanzas tienen hojas cortas. Y la acerada punta de una lanza puede ser tan punzante como el filo de una daga, sobre todo si se trata de una de esas lanzas de mentira que se utilizan en los teatros; como la lanza con la que el pobre Parkinson mató a su esposa, justamente cuando ella me había hecho llamar para que la ayudara a resolver sus problemas conyugales; pero llegué demasiado tarde, ¡que Dios me perdone! Sin embargo, murió arrepentido, murió precisamente porque se arrepintió. No pudo soportar lo que había hecho.

La impresión que reinaba en la sala era que el curita, que seguía parloteando sin parar, se había vuelto literalmente loco en la tribuna de los testigos. Pero el juez seguía con sus vivos ojos clavados en él, muy atento e interesado; y el abogado defensor siguió interrogándolo impasible.

—Si Parkinson cometió el crimen con esa lanza de mentira —dijo Butler—, tuvo que lanzarla desde una distancia de casi cuatro metros. ¿Cómo se explica usted las señales de lucha, como por ejemplo el vestido desgarrado a la altura del hombro?

Se había puesto a plantearle cuestiones al testigo como si fuera un experto, pero en aquel momento, nadie se dio cuenta de ello. El testigo respondió:

—A la pobre señora se le rompió el vestido porque se le enganchó en una tabla que alguien deslizó detrás de ella. Intentó soltarse y justo cuando lo había conseguido, Parkinson salió del camerino del detenido y le arrojó la lanza.

—Una tabla —repitió con curiosidad el abogado.

—Sí, del otro lado de la cual había un espejo —explicó el Padre Brown—. Mientras estaba en el camerino, me di cuenta de que alguno de los espejos podía empujarse hasta el pasaje.

Hubo otro largo y forzado silencio, y esta vez fue el juez quien tomó la palabra para decir:

—¿O sea que quiere usted decir que cuando miró calle abajo por el pasaje, el hombre que vio era usted mismo, reflejado en un espejo?

—Sí, señoría; eso es lo que estaba intentando decirles —contestó Brown—, pero me preguntaron qué forma tenía la figura; nuestros sombreros tienen el ala doblada, formando ángulos que parecen cuernos, y por eso yo…

El juez se inclinó hacia delante, con renovado brillo en sus ancianos ojos, y dijo recalcando intencionadamente las palabras:

—¿Quiere usted verdaderamente decir que cuando sir Wilson Seymour vio aquel extraño ser como-se-llame, con curvas y melena de mujer y pantalones de hombre, a quien estaba viendo era al propio sir Wilson Seymour?

—Sí, señoría —contestó el Padre Brown.

—Y ¿quiere usted decir que cuando el capitán Cutler vio a aquel chimpancé de hombros caídos y cerdas de jabalí, no estaba viéndose más que a sí mismo?

—Sí, señoría.

El juez se recostó en su sillón con un gesto de regodeo en el que resultaba difícil distinguir el cinismo de la admiración, y luego preguntó:

—¿Y podría usted explicarnos por qué es usted capaz de reconocer su silueta en un espejo, mientras que estos dos distinguidos caballeros no lo son?

El Padre Brown pestañeó aún más terriblemente que antes y luego balbuceó:

—Pues la verdad, señoría, es que no lo sé… a menos que sea porque yo no me miro tanto como ellos al espejo.

V

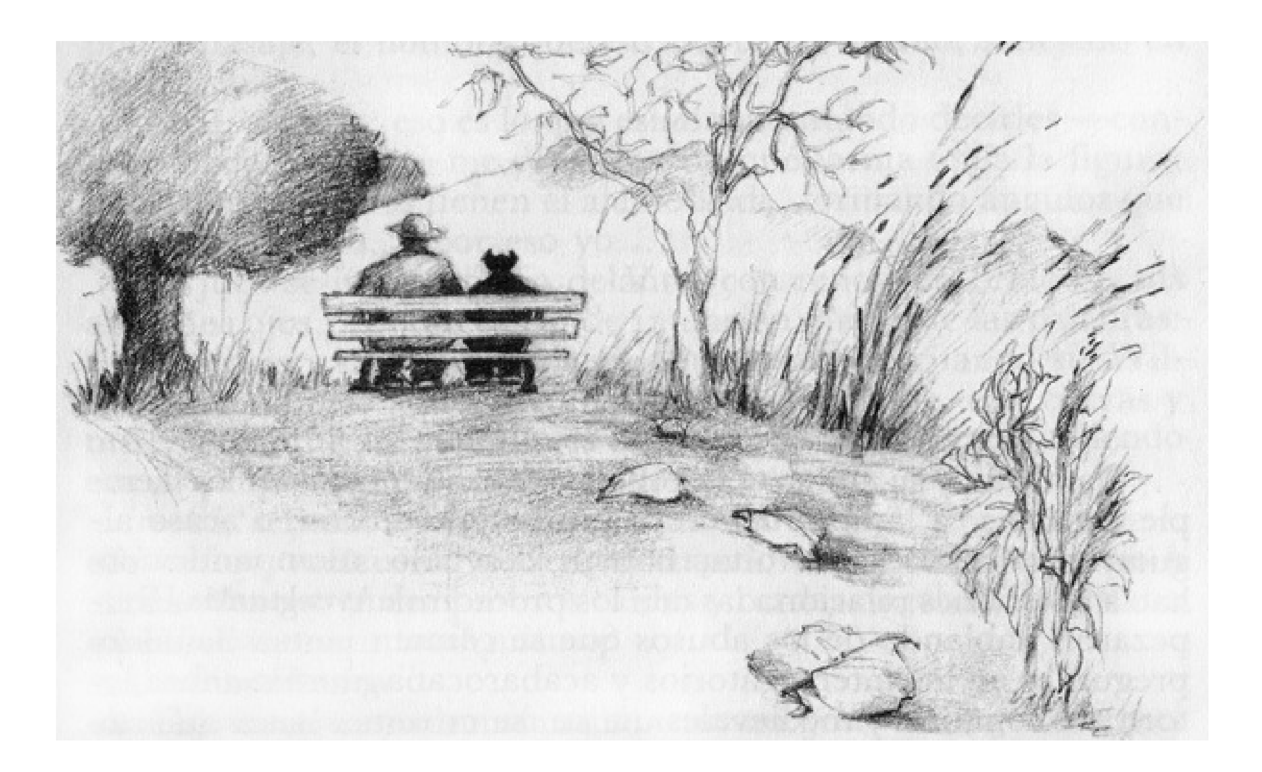
El error de la máquina

Flambeau y su amigo el sacerdote estaban sentados en los Temple Gardens[53] a la hora del crepúsculo; y el entorno, o acaso alguna circunstancia fortuita, habían desviado su conversación hacia cuestiones relacionadas con los procedimientos legales. Empezaron hablando de los abusos que se cometen en el turno de preguntas en los interrogatorios y acabaron divagando sobre las torturas romanas y medievales, pasando antes por la cuestión de los jueces de instrucción en Francia y por el interrogatorio con coacción en Norteamérica.

—He leído un artículo sobre ese nuevo método psicométrico del que tanto se habla, sobre todo en Norteamérica —comentó Flambeau—. Ya sabe usted a lo que me refiero: le colocan al reo un pulsómetro en la muñeca y luego lo juzgan teniendo en cuenta su pulso al oír determinadas palabras. ¿A usted qué le parece esto?

—Me parece muy interesante —contestó el Padre Brown—, me recuerda aquella interesante creencia de la época más oscurantista de la Edad Media, según la cual la sangre de un cadáver fluía si lo tocaba su asesino.

—¿De verdad piensa usted que ambos métodos son igual de útiles? —inquirió su amigo.



—Me parecen igual de inútiles —contestó Brown—. La sangre fluye a mayor o menor velocidad, tanto en los muertos como en los vivos, por miles de razones que nos son desconocidas. Ten-dría que fluir de una forma muy extraña; tendría que alcanzar la cumbre del Monte Cervino[54] para que yo pudiera considerarlo como señal de que debo derramarla.

—Pero el método está respaldado por algunos de los más eminentes científicos norteamericanos —recalcó el otro.

—¡Los científicos son tan sentimentales! —exclamó el Padre Brown—. ¡Y seguro que los científicos norteamericanos lo son todavía más! ¿Quién, si no un yanqui, iba a pretender demostrar nada basándose en los latidos del corazón? Desde luego, tienen que ser tan sentimentales como un hombre que se crea que su mujer está enamorada de él sólo porque se ruboriza. Se trata de una prueba basada en la circulación de la sangre, descubierta por el inmortal Harvey[55]; y menuda tontería es la tal prueba.

—Pero lo que es indudable es que indica claramente una cosa u otra —insistió Flambeau.

—Mire, lo malo de un palo es que señala claramente una cosa —contestó el otro—. Pero, claro, el otro extremo de ese mismo palo siempre apunta precisamente en dirección opuesta. La cuestión es tener el palo agarrado por el extremo correcto. En cierta ocasión fui testigo de un caso de éstos, y desde entonces nunca he vuelto a confiar en este sistema.

Y el cura procedió a contarle la historia de su desencanto.

Había ocurrido veinte años atrás, siendo capellán de sus correligionarios en una cárcel de Chicago, ciudad en la que la población irlandesa había desarrollado una doble capacidad para el crimen y para el arrepentimiento tanto que lo mantenía bastante ocupado. El segundo de a bordo a las órdenes del alcaide era un antiguo detective llamado Greywood Usher, un filósofo yanqui de aspecto cadavérico y lenguaje retórico, cuyo rostro reflejaba alternativamente una expresión de extrema rigidez y una extraña mueca de disculpa. El Padre Brown le caía bien, aunque lo trataba con cierta condescendencia. También él le caía bien al Padre Brown, si bien éste rechazaba completamente sus teorías. Y sus teorías eran tremendamente complicadas, aunque las defendía con suma sencillez.

Una noche mandó llamar al cura, que, como de costumbre, tomó asiento en silencio ante una mesa cubierta de montones de papeles y se quedó a la espera. El funcionario seleccionó de entre los papeles un pequeño recorte de prensa, se lo tendió al sacerdote, y éste lo leyó atentamente. Se trataba del resumen de un artículo sobre ecos de sociedad de *la American Society*, y decía lo siguiente:

«El más deslumbrante viudo de la alta sociedad se lleva de nuevo la palma en el Banquete de la Extravagancia. Todos nuestros distinguidos conciudadanos recordarán el Banquete de los Cochecitos de Bebé, en el que nuestro superingenioso Todd, en su mansión de el Estanque del Peregrino, consiguió que un buen número de nuestras más destacadas *debutantes*[56] parecieran mucho más jóvenes de lo que corresponde a su edad. Él show del año pasado de nuestro superingenioso hombre, el Almuerzo Todos Caníbales, resultó también muy elegante, y más variado y generoso desde el punto de vista social; en dicho almuerzo, se sirvieron dulces sarcásticamente confeccionados en forma de brazos y piernas humanas, y se oyó a más de uno de nuestros más elegantes gimnastas mentales dispuesto a comerse a su pareja. La broma ingeniosa que inspirará la velada de esta noche está todavía oculta en la reticente mente del señor Todd, o encerrada en los enjoyados senos de las más alegres damas de nuestra ciudad; se rumorea que será una divertida parodia de los burdos modales y costumbres del otro extremo de la escala social. Esto sería de lo más significativo ya que el hospitalario señor Todd tiene como invitado a lord Falconroy, famoso viajero y aristócrata de auténtica sangre azul que acaba de llegar de los robledos de Inglaterra. Lord Falconroy empezó a viajar antes de que su antiguo título feudal fuera resucitado. Estuvo en la República durante su juventud y se rumorea que su regreso se debe a un motivo muy particular. La señorita Etta Todd es una de

nuestras neoyorquinas de mayor raigambre, y goza de unas rentas de casi mil doscientos millones de dólares.»

—¿Qué —le preguntó Usher—, le interesa?

—Bueno, me he quedado sin palabras —contestó el Padre Brown—. En este preciso instante, no se me ocurre ninguna cosa en el mundo que pudiera interesarme menos que ésta. Y a menos que la República, con justificada ira, por fin haya tomado la decisión de condenar a la silla eléctrica a los periodistas que escriban semejantes estupideces, tampoco acierto a comprender por qué habría de interesarle a usted.

—¡Ah! —dijo el señor Usher en tono seco, tendiéndole al cura otro recorte de periódico—. Puede que *esto* sí le interese.

El titular del otro párrafo decía: «Salvaje asesinato de un carcelero. El recluso huye.» Y a continuación se explicaba: «Esta mañana, momentos antes de despuntar el alba, se oyó un grito de socorro en la cárcel de Sequah, en nuestro estado. Los funcionarios que acudieron al lugar de donde procedía el grito encontraron el cadáver del guarda que vigilaba la parte superior del muro norte de la cárcel, zona muy elevada y por la que es difícil huir, por lo cual su vigilancia siempre está a cargo de un solo hombre por considerarse que ello es suficiente. El desgraciado carcelero fue arrojado desde lo alto del muro; tenía el cráneo reventado como si lo hubiesen golpeado con un palo, y su pistola ha desaparecido. Posteriores investigaciones pusieron de manifiesto que una de las celdas estaba vacía: la que ocupaba un rufián de mala calaña que decía llamarse Oscar Rian. Estaba en prisión preventiva por un delito de menor cuantía; pero daba la impresión de ser un personaje con un pasado turbulento y un futuro de lo más peligroso. Por último, cuando al amanecer se pudo ver a plena luz el lugar del crimen, se descubrió que el asesino había escrito sobre el muro, por encima del cadáver y al parecer mojando el dedo en sangre, las siguientes palabras: “Lo he hecho en defensa propia, él estaba armado. No quería hacerle daño ni a él ni a nadie más que a un hombre. Me guardo la bala para el Estanque del Peregrino. P. R.” Hay que ser capaz de imaginar la más perversa felonía o de actuar de la manera más sorprendente y salvaje para atreverse a huir por ese muro enfrentándose a un hombre armado.»

—Bueno, el estilo literario es un poco mejor —reconoció el sacerdote—, pero sigo sin comprender en qué puedo ayudarle. Menudo papel haría yo, paticorto como soy, si tuviera que correr por todo el Estado detrás de un asesino tan atlético como éste. Y dudo de que nadie pueda dar con él. La prisión de Sequah está a casi cincuenta kilómetros de aquí; entre medias se

extiende una región agreste y llena de vegetación, y más allá de la prisión, hacia donde seguramente habrá tenido el sentido común de dirigirse, lo que hay es una tierra de nadie que va a acabar en las praderas. Puede que esté escondido en cualquier agujero o subido a cualquier árbol.

—No se esconde en ningún agujero, ni se ha subido a árbol alguno —dijo el alcaide.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el Padre Brown parpadeando.

—¿Le gustaría hablar con él? —preguntó Usher.

El Padre Brown puso unos ojos como platos y preguntó:

—¿Está aquí? ¿Cómo consiguieron atraparlo sus hombres?

—Lo atrapé yo mismo —contestó el norteamericano arrastrando las palabras, al tiempo que se levantaba y estiraba perezosamente sus largas piernas delante de la chimenea—. Conseguí atraparlo con el mango de un bastón. No ponga esa cara de sorpresa. Lo que le digo es cierto. Como usted bien sabe, tengo costumbre de dar un paseo por los caminos rurales próximos a este triste lugar; pues bien, hoy al anochecer subía yo por un empinado sendero que corre entre un sombrío seto y unos grises campos arados cuando, gracias a la plateada luz de la luna nueva que iluminaba el camino, divisé a un hombre que cruzaba a toda velocidad los sembrados en dirección a la carretera; corría con el cuerpo inclinado y llevaba un ritmo más que considerable. Parecía muy cansado, pero cuando llegó al espeso seto negro, lo atravesó como si fuera una telaraña, o mejor dicho, pues oí un crujido como de bayonetas cuando las duras ramas se quebraron, como si él fuera de piedra. En el momento en que lo vi recortado contra la luna y a punto de cruzar la carretera, le eché a las piernas el puño del bastón para ponerle la zancadilla y lo tiré al suelo. Entonces soplé el silbato con todas mis fuerzas, y en seguida acudieron mis hombres que se hicieron con él.

—Menudo planchazo si llega a ser un famoso atleta entrenándose para los mil quinientos metros lisos —comentó el Padre Brown.

—Pero no lo era —contestó Usher en tono siniestro—. No tardamos en identificarlo, pero yo me imaginé que era él desde el momento en que lo vi a la luz de la luna.

—Pensó usted que era el convicto fugitivo —observó el Padre Brown sencillamente—, porque había leído usted aquella mañana en el recorte de prensa que un preso se había dado a la fuga.

—La verdad es que tenía razones más fundamentales para ello —contestó el alcaide en tono glacial—. Y pasaré por alto su primera observación pues es tan ingenua que no vale la pena insistir en ella: ni que decir tiene que un atleta

que se precie no va a andar corriendo por un sembrado, ni dejándose los ojos en un seto de zarzas. Y tampoco corren doblados en dos como un perro agazapado. Había otros detalles muy significativos para un ojo avezado. El hombre iba vestido con burdos harapos, pero es que, además, aquellos burdos harapos le quedaban tan mal que casi daba risa; cuando la luz de la luna recortó su silueta negra, vi que el cuello del abrigo era tan grande que se le hundía la cabeza como si fuera jorobado, y las mangas le quedaban tan largas que no se le veían las manos. En seguida supuse que habría cambiado su uniforme de presidiario por la ropa de algún compinche que le venía grande. En segundo lugar, corría en contra del viento que soplaba con bastante fuerza, por lo que yo tenía que haber visto sus mechones movidos por el viento, a no ser que llevara el pelo muy corto. Luego recordé que aquellos sembrados lindaban con el Estanque del Peregrino, lugar para el cual, como usted recordará, el recluso tenía una bala guardada; por todos esos motivos le lancé el bastón.

—Brillante ejemplo de deducción rápida —reconoció el Padre Brown—; pero ¿llevaba pistola?

Usher se detuvo en seco y entonces el sacerdote añadió como pidiendo disculpas:

—Tengo entendido que una bala sin pistola no sirve prácticamente para nada.

—No llevaba pistola —contestó el otro muy serio—, pero es posible que ello se debiera a algún acontecimiento fortuito o a un cambio de planes. Probablemente el mismo motivo que le hizo cambiar de ropa lo incitó a tirar la pistola. Empezó a echar de menos el abrigo que había dejado atrás, bañado en la sangre de su víctima.

—Sí, eso es bastante probable —contestó el sacerdote.

—Y no merece la pena darle más vueltas —dijo Usher, mientras se ponía a examinar otros papeles—, pues ahora ya sabemos que se trata del hombre en cuestión.

Su amigo el cura le preguntó con un hilito de voz:

—¿Ah, sí?

Greywood Usher soltó los periódicos y volvió a coger los dos recortes de prensa.

—Está bien; como es usted tan obstinado, empezaremos por el principio. Se dará usted cuenta de que estos dos recortes no tienen más que una cosa en común, y es que en ambos se cita el Estanque del Peregrino: como usted bien sabe, es una finca propiedad del millonario Ireton Todd. También le constará

a usted que éste es un personaje extraordinario, una de esas personas cuya fortuna crece como la espuma…

—Sí, caiga quien caiga —asintió su compañero—. He oído hablar de él. Petróleo, ¿no?

—Sea como sea, el superingenioso Todd tiene mucho que ver en esta extraña historia —prosiguió Usher.

Volvió a desperezarse delante de la chimenea y luego siguió hablando con su habitual ampulosidad descriptiva.

—En primer lugar, y a simple vista, no estamos ante ningún misterio. No resulta sorprendente, ni tampoco poco corriente, que un pajarito que escapa de la jaula se quiera llevar la pistola al Estanque del Peregrino. Nuestros compatriotas no son como los ingleses, que perdonan a un hombre su riqueza con tal de que se gaste los cuartos en hospitales o en caballos. El superingenioso Todd habrá conseguido lo que tiene por sus propios méritos, que seguramente son muy notables; pero no cabe duda de que habrá mucha gente también dispuesta a demostrarle a él sus propios méritos a punta de pistola. No sería nada extraño que a Todd lo liquidara cualquiera cuyo nombre jamás haya oído pronunciar: algún trabajador del campo que habrá despedido en alguna ocasión, algún empleado de un negocio que hundió. El «superingenioso» es un hombre con grandes dotes intelectuales y persona de gran relieve público; pero en este país, las relaciones entre empresarios y trabajadores están bastante tensas.

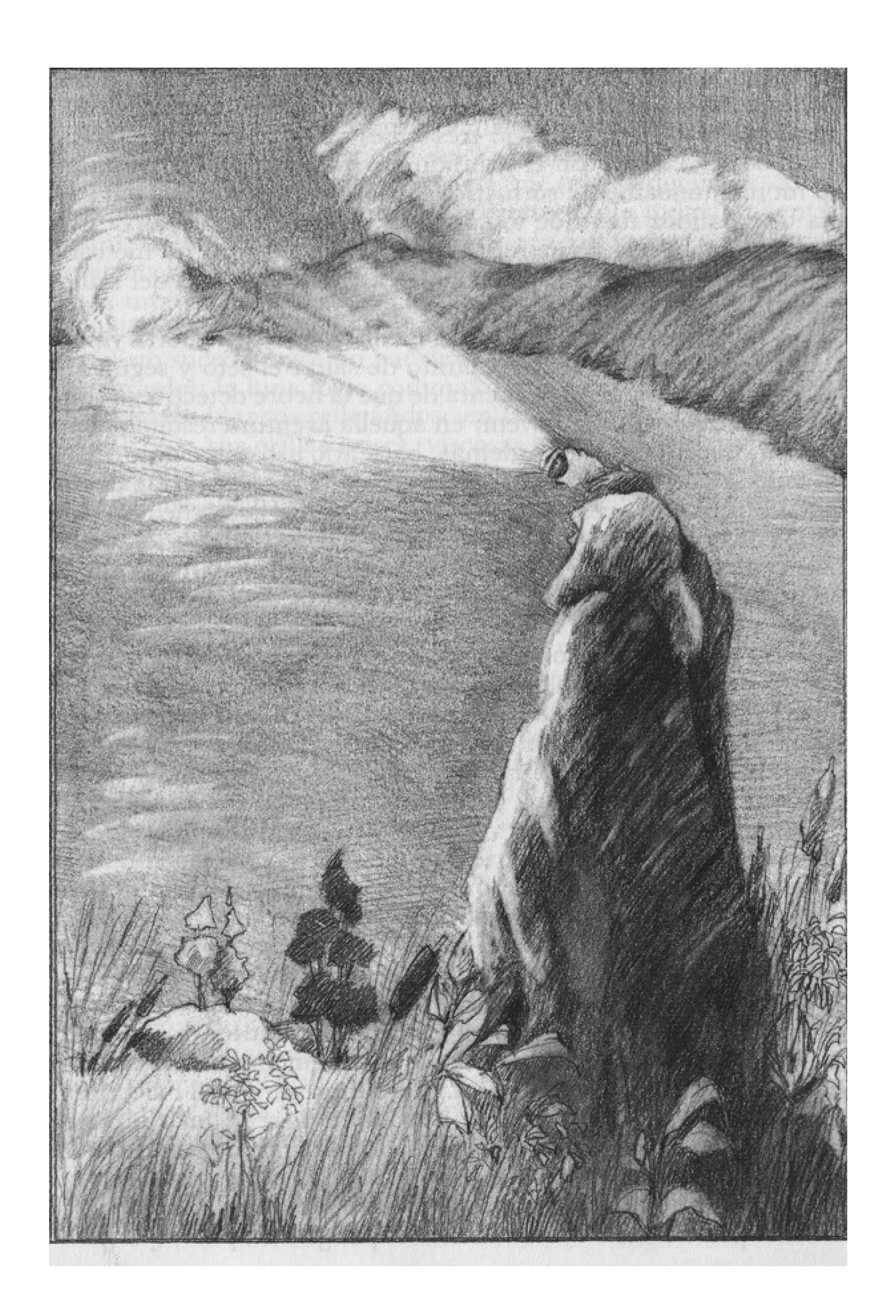
»Esta es, a grandes rasgos, la historia, suponiendo que el tal Rian se dirigiera al Estanque del Peregrino a matar a Todd. O al menos eso me pareció a mí, hasta que otro pequeño descubrimiento despertó los instintos del detective que todavía alientan en mí. Cuando tuve al detenido a buen recaudo y entre rejas, volví a coger el bastón y recorrí el sendero que baja serpenteante hasta una de las entradas laterales de la finca de Todd, la que se halla más próxima al estanque o lago que da su nombre al lugar. Esto sucedía hace un par de horas, es decir a eso de las siete por mi reloj; la luna lucía con mayor intensidad, y pude ver sus largos rayos blancos reflejándose en las misteriosas aguas del estanque, con sus orillas grises, viscosas y espesas, por las que dicen que nuestros antepasados hacían caminar a las brujas hasta que se hundían en ellas. No recuerdo exactamente la leyenda, pero ya sabe usted a qué lugar me refiero; se encuentra al norte de la casa de Todd, en dirección al desierto, y hay dos extraños árboles arrugados, tan lúgubres que más que plantas como Dios manda, parecen hongos gigantes. Mientras observaba fijamente aquella charca brumosa, me pareció ver una borrosa silueta humana

que se dirigía desde la casa hacia el agua, pero la niebla era demasiado espesa y yo me hallaba demasiado lejos para poder estar seguro del hecho en sí, y menos aún de los detalles. Además, de repente me llamó poderosamente la atención algo que estaba ocurriendo mucho más cerca del lugar donde me hallaba. Me agazapé detrás del seto, que se alza a menos de doscientos metros de una de las alas de la gran mansión, y que por fortuna está cortado por algunos puntos, como si lo hubieran hecho a propósito para que desde ellos se apostara un prudente observador. En la oscura fachada del ala izquierda se abrió una puerta y de ella surgió a contraluz una silueta negra, de contornos imprecisos, que se inclinaba hacia delante, como escudriñando el exterior. Salió y cerró la puerta tras de sí, y pude ver que llevaba un farol; éste arrojaba un haz difuso de luz sobre el vestido y la silueta de quien lo llevaba. Parecía la silueta de una mujer, envuelta en una capa raída y evidentemente disfrazada para que no la reconocieran; había algo muy extraño tanto en el atuendo como en los gestos furtivos de aquella persona que salía de unas habitaciones tan suntuosas. Siguió con grandes precauciones el sinuoso camino que atravesaba el jardín hasta quedar a unos cien metros de distancia de mí. Permaneció un instante en el bancal de césped que daba sobre el cenagoso estanque, alzó el farol por encima de su cabeza y lo movió tres veces de atrás adelante, como si hiciera una señal. En el segundo movimiento, quedó iluminado momentáneamente su rostro, un rostro que yo reconocí. Tenía una palidez fuera de lo corriente y llevaba a la cabeza una tosca pañoleta que alguien le habría prestado; pero no me cabe la menor duda de que se trataba de Etta Todd, la hija del millonario.

»Volvió sobre sus pasos con el mismo sigilo y la puerta volvió a cerrarse tras ella. Estaba a punto de saltar el seto y seguir investigando, cuando me di cuenta de que la fiebre detectivesca que me había inducido a intervenir en aquella aventura resultaba bastante indecorosa; porque además, haciendo uso de mi autoridad, ya tenía los ases en la manga. Me disponía a marcharme de allí cuando un nuevo ruido quebró el silencio de la noche. En uno de los pisos superiores, pero en una de las fachadas que quedaban ocultas a mi vista, se abrió de golpe una ventana. Aunque no pude ver nada, alcancé a oír con toda claridad una voz que gritaba en dirección al oscuro jardín llamando a voces a lord Falconroy, al cual no encontraban en ninguna de las habitaciones. La voz era inconfundible. La había oído en muchas tribunas políticas y consejos de dirección: era la voz del propio Ireton Todd. Al parecer algunos de los invitados se asomaron a las ventanas de los pisos inferiores o a la escalinata y le gritaron que Falconroy había salido hacía una hora a dar un paseo por el

Estanque del Peregrino, y que nadie lo había visto desde entonces. De repente Todd gritó: “¡Un terrible crimen!”, y cerró violentamente la ventana; pude oír cómo bajaba corriendo las escaleras de la casa. Reafirmándome en mi propósito anterior y más razonable, renuncié a iniciar las pesquisas oficiales que habrán de llevarse a cabo en un futuro próximo y regresé aquí hacia las ocho.

»Ahora le ruego que recuerde aquella pequeña nota de sociedad que le pareció tan estúpida y poco interesante. Si el recluso no guardaba la bala para Todd, y evidentemente no lo hacía, lo más probable es que la estuviera guardando para lord Falconroy; y todo parece indicar que ha entregado la mercancía. No puede uno imaginarse un lugar más adecuado para pegarle un tiro a un hombre que el pintoresco entorno geológico del estanque, en el que un cadáver se hundiría en los espesos lodazales hasta profundidades prácticamente insondables.



Supongamos, pues, que nuestro pelón amigo hubiera ido a matar a Falconroy y no a Todd. Como ya le he comentado, existen múltiples razones para que cualquiera en Norteamérica quisiera matar a Todd. Sin embargo, no hay razón alguna para que nadie en Norteamérica pudiera querer matar a un lord inglés que acaba de aterrizar en este país, salvo aquella que menciona la revista del corazón: que el lord ande cortejando a la hija del millonario. Nuestro pelón amigo podría ser uno de sus pretendientes, a pesar de su atuendo tan poco adecuado.

»Como usted es inglés, me figuro que la idea le parecerá extravagante e incluso cómica. Es como si le dijera que la hija del arzobispo de Canterbury[57] se va a casar en la iglesia de San Jorge, en Hannover Square[58], con un barrendero en libertad condicional. Tiene usted que tener en cuenta la capacidad de abrirse camino y la ambición de nuestros más notables ciudadanos. Ve usted a un hombre elegante, de sienes plateadas, vestido de esmoquin, rodeado de una especie de aura de autoridad, le dicen que es uno de los pilares del Estado, y piensa usted que desciende de una prestigiosa familia. Pues está usted equivocado. Cómo se va a figurar usted que hace relativamente pocos años pudo haber estado viviendo en una humilde casa de vecinos o, lo que es más probable, detrás de una reja. Y es porque no tiene usted en cuenta nuestra tendencia nacional al optimismo y al progreso social. Muchos de nuestros más influyentes ciudadanos no sólo han alcanzado su posición hace poco tiempo, sino que lo han hecho a una edad relativamente tardía. La hija de Todd tenía ya dieciocho años cumplidos cuando su padre amasó su gran fortuna. Por lo tanto, no sería imposible que tuviera un pretendiente que perteneciera a una esfera social mucho más baja, como tampoco lo sería que ella siguiera teniendo interés por él, como pienso que debe tener, a juzgar por el episodio del farol. En tal caso, es muy posible que la mano que sujetaba el farol guardara alguna relación con la mano que empuñaba la pistola. Amigo mío, este caso va a dar mucho que hablar.

—Ya —dijo el cura en tono paciente—, ¿y qué hizo usted después?

—Estoy seguro de que se va a quedar usted de piedra —contestó Greywood Usher—, pues tengo entendido que no es usted demasiado aficionado a los avances de la ciencia en este campo. Aquí me permiten hacer prácticamente lo que me parece, y reconozco que tal vez haga un poco más de lo que me permiten; me pareció que era una excelente oportunidad para probar esa «máquina psicométrica» de la que le he hablado. En mi opinión, esta máquina sí que no miente.

—Ninguna máquina puede mentir —dijo el Padre Brown—, ni decir la verdad.

—Pues en este caso lo hizo, como le demostraré más adelante —prosiguió Usher la mar de convencido—. Ordené a nuestro harapiento amigo que se sentara en una silla y me limité a escribir una serie de palabras en la pizarra. La máquina se limitó a registrar las variaciones de su pulso, y yo a mi vez me limité a observar su actitud. La clave está en incluir una palabra relacionada con el supuesto crimen entre una lista de palabras pertenecientes a un campo totalmente desconectado con él, sin que esta palabra desentone con las demás. Por lo tanto, escribí «garza», «águila», «lechuza», y cuando escribí «halcón»[59] se puso nerviosísimo, y cuando esbocé los primeros trazos de la letra «n» al final de esta última palabra, la aguja de la máquina indicó el valor máximo. ¿Quién sino el hombre que lo ha matado de un tiro iba a tener motivo en toda esta República para ponerse nervioso ante el nombre de un inglés recién llegado como Falconroy? ¿Acaso esto, un hecho puesto de manifiesto por una máquina fiable, no constituye una prueba más concluyente que toda una sarta de balbuceantes declaraciones de los testigos?

—Siempre olvida usted que esa máquina fiable es accionada por una máquina que no es tan fiable —comentó su compañero.

—¿A qué se refiere? —preguntó el detective.

—Me refiero al hombre —contestó el Padre Brown—, la máquina menos fiable que conozco. No quiero parecerle grosero, y no quisiera que pensara que este hombre al que me refiero es una descripción ofensiva o inexacta de su propia persona. Dice usted que observó su actitud, pero ¿está usted seguro de que sus observaciones fueron correctas? Dice usted que hay que escribir palabras con toda naturalidad, pero ¿está usted seguro de que las escribió con esa naturalidad? Y si me apura, ¿está usted seguro de que no fue él quien se dedicó a observarle a usted? ¿Cualquiera sabe si no era usted el que estaba nerviosísimo? No había ninguna máquina conectada a su propio pulso.

—Le estoy diciendo —gritó el norteamericano a punto de perder la paciencia—, que permanecí tan frío e impasible como un pepino.

—Los criminales también pueden mostrarse tan fríos e impasibles como pepinos —replicó Brown esbozando una sonrisa—, y casi tan fríos como usted.

—Pues éste no lo hizo —dijo Usher, esparciendo todos los papeles—. ¡La verdad es que me agota usted!

—Lo siento —contestó el otro—. Sólo pretendía comentarle lo que podría ser una posibilidad razonable. Si sólo con juzgar su actitud pudo usted saber

cuándo le había llegado el turno a la palabra que lo habría de llevar a la horca, ¿por qué no iba a poder saber él, sólo con juzgar la actitud de usted, cuándo le había llegado el turno a la palabra que lo habría de llevar a la horca? Personalmente, yo necesitaría muchas más palabras para ordenar que ahorcaran a alguien.

Usher golpeó violentamente la mesa, se puso en pie y gritó con una especie de ira triunfal:

—Pues mire, se las voy a proporcionar. Quise probar la máquina primero, pero luego comprobé los hechos por otros métodos, y la máquina dice la verdad, amigo mío.

Hizo una pausa y prosiguió un poco más tranquilo:

—Quiero que sepa, ya que se empeña en llegar a los últimos detalles, que, efectivamente, hasta aquel momento disponía de muy pocos elementos de juicio aparte del experimento científico. La verdad es que no teníamos ninguna prueba contra aquel hombre. Como le dije, llevaba una ropa que le quedaba grande, pero en cualquier caso eran prendas bastante mejores que las que suelen llevar las personas de ínfima clase social a la que evidentemente pertenecía. Además, y teniendo en cuenta que había estado corriendo por sembrados y atravesando polvorientos setos, el hombre iba relativamente limpio. Por supuesto, ello podía significar que acababa de evadirse de la cárcel, aunque más bien me recordó la desesperada decencia de los pobres de solemnidad. He de confesar que su porte era propio de este tipo de personas. Tenía una actitud callada y digna como suelen tenerla ellos; parecía enormemente afligido, pero resignado, como suelen mostrarse ellos. Declaró que no sabía nada del crimen ni de nada que pudiera estar relacionado con el tema, y no mostró más que una hosca impaciencia a la espera de algún acontecimiento razonable que acabara por sacarle del absurdo atolladero en el que se veía metido. Más de una vez me pidió permiso para llamar a un abogado que le había ayudado hacía mucho tiempo en un problema laboral, y se comportó en todos los aspectos como cabe esperar que se comporte un hombre inocente. No había nada en el mundo que lo acusara, excepto aquella pequeña aguja en el cuadrante de la máquina, que indicaba las variaciones de su pulso.

»Hasta aquel momento, mi querido amigo, la máquina estaba todavía a prueba; pero la máquina tenía razón. En cuanto salimos de la salita privada al vestíbulo, en el que había un buen número de individuos a los que se les iba a pedir declaración, creo que ya estaba prácticamente dispuesto a aclarar el asunto y a hacer una especie de confesión. Se volvió hacia mí y empezó a

decirme en voz baja: “Ay, ya no aguanto más. Si se empeña usted en saber todo lo referente a mi persona…”

»En aquel preciso instante, una de las pobres mujeres que estaban sentadas en el largo banco se puso en pie, dio un terrible grito y lo señaló con el dedo. En mi vida había oído nada más diabólico que aquello. El huesudo dedo de la mujer lo señalaba como si fuera una cerbatana. Y aunque sus palabras eran un puro alarido, pronunció cada sílaba como si fueran las campanadas de un reloj.

—¡Drugger Davis! —gritó—. ¡Han cogido a Drugger Davis!

—Veinte rostros de entre aquellas miserables mujeres, en su mayoría ladronas y prostitutas, se volvieron hacia el hombre y se lo quedaron mirando con la boca abierta y una mueca de regocijo y odio. Aunque no hubiera oído aquellas palabras, no me habría sido difícil deducir, por el cambio de expresión del supuesto Oscar Rian, que éste acababa de oír su verdadero nombre. Pero le sorprenderá saber que no soy tan ignorante. Drugger Davis es uno de los delincuentes más terribles y depravados con los que jamás se ha enfrentado nuestra policía. No cabe duda de que debió cometer más de un crimen, mucho antes de su última hazaña con el carcelero. Pero curiosamente, nunca pudieron achacarle nada pues siempre actuaba con sumo cuidado, en esto y en otros delitos de menor cuantía de los que varias veces lo acusaron. Era un bruto atractivo y de buena casta, y la verdad es que todavía lo es; solía alternar casi siempre con camareras o dependientas para sacarles los cuartos. Sin embargo, a veces se propasaba y las dejaba drogadas con cigarrillos o bombones, pero sin una sola de sus pertenencias. En cierta ocasión, una de las chicas apareció muerta; pero no hubo forma de demostrar que se tratara de un suicidio y, lo que resultó todavía más conveniente, tampoco se pudo dar con el asesino. Luego oí rumores de que había vuelto a aparecer, esta vez encarnando al personaje opuesto, pues prestaba dinero en vez de tomarlo prestado; pero se lo prestaba a viudas pobres a las que luego cautivaba, y que acababan tan mal como las otras muchachas. Pues bien, ése es su hombre inocente, y ésos sus inocentes antecedentes. Desde entonces incluso lo han identificado ya cuatro criminales y tres policías, que han confirmado la historia. ¿Qué le parece ahora mi pobre maquinita después de lo que le he contado? ¿Todavía sostendrá usted que no acabó con él la máquina? ¿O prefiere usted decir que acabamos con él aquella mujer y yo?

—Más que acabar con él —contestó el Padre Brown, sacudiéndose torpemente—, lo que han conseguido con esto es salvarlo de la silla eléctrica. No creo que vayan a condenar a Drugger Davis por esa vieja y vaga historia

del veneno; y en cuanto al prisionero que mató al carcelero, supongo que no le cabe duda de que no lo ha atrapado. El señor Davis no cometió ese crimen en ningún caso.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió el otro—. ¿Cómo se atreve a afirmar que no ha cometido ese crimen?

—¡Válgame Dios! —exclamó el hombrecillo en uno de sus escasos instantes de animación—. ¡Pues porque ha cometido otros delitos! Yo no sé de qué están hechas las personas como usted. No parece sino que creyeran que todos los pecados se echan a la misma cesta. Habla usted como si el que es avaro el lunes pudiera ser un manirroto el martes. Me dice usted que este hombre que tiene usted aquí detenido se pasó semanas y meses engatusando a mujeres necesitadas para sacarles sus ahorrillos; que en el mejor de los casos utilizaba drogas y en el peor veneno; que después de ello se convirtió en el más vil de los usureros, y que se dedicó a engañar a los más desposeídos con el mismo estilo paciente y pacífico. Supongamos… admitamos, aunque sólo para llevar el argumento a sus últimas consecuencias, que realmente cometió todos esos delitos. En ese caso, le diré lo que no hizo. No se encaramó a un escarpado muro ni se enfrentó a un hombre armado. No escribió de su puño y letra ninguna inscripción en la pared para proclamar lo que acababa de hacer. No se detuvo para afirmar que había obrado en defensa propia justificando con ello su actuación. No explicó que no quería hacerle ningún daño al carcelero. No mencionó la mansión del hombre rico hacia la cual se dirigía con la pistola. No escribió sus propias iniciales con sangre humana. ¡Por todos los santos! ¿No se da usted cuenta que ambos personajes son totalmente distintos, tanto en lo bueno como en lo malo? Desde luego, no se parece usted a mí en lo más mínimo. Cualquiera diría que no tiene usted sus propios defectos.

El norteamericano, absolutamente estupefacto, había abierto la boca con la intención de protestar cuando alguien aporreó la puerta de su despacho privado y oficial sin el más mínimo respeto, cosa a la cual no estaba en absoluto acostumbrado.

La puerta se abrió de par en par. Un momento antes, Greywood Usher había llegado prácticamente a la conclusión de que probablemente el Padre Brown debía estar loco. Un momento después, empezó a pensar que el loco era él. Un hombre vestido con los harapos más inmundos, con un sombrero de fieltro grasiento y calado al sesgo, entró bruscamente en su despacho particular; sus ojos resplandecían como los de un tigre y una despreciable sombra verdosa partió de uno de sus ojos. El resto de su cara resultaba

prácticamente insondable, pues quedaba oculto bajo una barba y unas patillas muy pobladas entre las cuales apenas conseguía despuntar la nariz; además, llevaba alrededor de la cabeza un raído pañuelo o bufanda roja. El señor Usher se vanagloriaba de haber visto los especímenes más terribles del Estado, pero pensó que en su vida había contemplado a un mandril como el que tenía delante, vestido como un espantapájaros. Pero, y esto era mucho más grave, en toda su plácida existencia como científico, jamás un hombre como aquél se había atrevido a hablarle sin que él le hubiera preguntado algo antes.

—Mira, Usher, viejo —vociferó aquel ser del pañuelo rojo—, estoy empezando a hartarme. No intentes ninguna de tus mañas conmigo; a mí no me toma el pelo nadie. Suelta a mis invitados, y yo no dispararé mi bonito aparato de relojería. Pero lo tienes aquí un minuto más y tendrás que arrepentirte de ello. Te aseguro que no soy hombre que se ande con chiquitas.

El eminente Usher consideraba al rugiente monstruo con un asombro que había eclipsado cualquier otro sentimiento. La imagen que percibían sus ojos era tan apabullante que sus oídos esta- ban prácticamente sordos. Al cabo hizo sonar violentamente un timbre. Mientras éste todavía resonaba insistentemente, se oyó la voz suave pero clara del Padre Brown que decía:

—Quisiera hacer una sugerencia, aunque pueda parecer algo desconcertante. No conozco a este caballero, pero… pero creo que lo reconozco. En cuanto a usted, lo conoce… y lo conoce bastante bien… pero no lo reconoce, claro. Ya sé que resulta algo paradójico.

—Me parece que acaba de estallar el cosmos —dijo Usher dejándose caer en su redonda butaca de despacho.

—Ahora, escúcheme bien —vociferó el desconocido, golpeando la mesa, pero hablando en un tono de voz que resultaba muy misterioso porque era relativamente suave y racional aunque amenazador—. No se saldrá con la suya. Quiero…

—¿Quién demonios es usted? —bramó Usher, poniéndose en pie de un salto.

—Creo que este caballero se llama Todd —dijo el sacerdote.

Y cogió el recorte de la revista del corazón.

—Tengo la impresión de que no lee usted como es debido las crónicas de sociedad —dijo.

Y empezó a leer con voz monótona:

—«…o encerrada en los enjoyados senos de las más alegres damas de nuestra ciudad; se rumorea que será una divertida parodia de los burdos

modales y costumbres del otro extremo de la escala social.» Se celebró una cena barriobajera en el Estanque del Peregrino esta noche, y un hombre, uno de los invitados, desapareció. El señor Ireton Todd es un buen anfitrión, y lo ha estado buscando hasta dar con él aquí, sin siquiera cambiarse de ropa.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a aquel hombre que iba vestido tan raro y que usted vio corriendo por el sembrado. ¿No sería mejor que fuera a investigar quién es? Debe estar impaciente por volver junto a su copa de champán, de la que huyó tan apresuradamente cuando el presidiario apareció pistola en mano.

—En serio quiere usted decir que… —empezó a decir el funcionario.

—Pues mire, señor Usher —intervino el Padre Brown imperturbable—, dijo usted que la máquina no podía equivocarse; y en cierto sentido no se equivocó. Pero la otra máquina sí que cometió un error, la máquina que accionaba a aquélla. Usted dio por hecho que el hombre de los harapos se sobresaltó al oír el nombre de lord Falconroy, porque era el asesino de lord Falconroy. Pero reaccionó al oír el nombre de lord Falconroy porque *es* lord Falconroy.

—Entonces ¿por qué rayos no me lo dijo? —inquirió Usher atónito.

—Porque le pareció que el apuro en el que se encontraba y el pánico que acababa de sentir no eran muy dignos de su condición —contestó el sacerdote— y por eso, en un principio, trató de ocultarle su nombre. Y estaba a punto de decírselo cuando —y el Padre Brown se miró las botas— cuando una mujer le puso otro nombre.

—Pero no puede usted estar tan chiflado como para creer que lord Falconroy sea Drugger Davis —exclamó Greywood Usher muy pálido.

El sacerdote lo miró intensamente, aunque con una expresión algo desconcertante e impenetrable y luego dijo:

—Yo no digo nada. Dejo el resto en sus manos. Su revista del corazón dice que su título fue resucitado recientemente. Dice que durante su juventud estuvo en Estados Unidos; pero en conjunto, la historia parece bastante extraña. Tanto Davis como Falconroy son dos cobardes de calibre considerable, pero también lo son muchos otros hombres. No pondría mi mano en el fuego por ello. Pero creo —prosiguió en tono pausado y meditabundo—, creo que ustedes los norteamericanos son demasiado modestos. Creo que idealizan ustedes a la aristocracia inglesa, incluso dando por supuesto que es muy aristocrática. Ven ustedes a un apuesto inglés vestido de esmoquin; saben que es miembro de la Cámara de los Lores; y se imaginan que desciende de una prestigiosa familia. Y es porque no tienen

ustedes en cuenta nuestra tendencia nacional al optimismo y al progreso social. Muchos de nuestros más influyentes aristócratas no sólo han alcanzado su posición hace poco tiempo, sino que…

—¡Basta! —gritó Greywood Usher, intentando nerviosamente espantar con su delgada mano la sombra de ironía que se leía en el rostro de su amigo.

—¡Deje de hablar con este chiflado! —gritó Todd bruscamente—. Lléveme adonde está mi amigo.

A la mañana siguiente, el Padre Brown apareció con la misma expresión compungida; llevaba en la mano otro recorte de revista del corazón.

—Ya sé que no hace usted mucho caso de la prensa del corazón, pero probablemente este artículo le interesará.

Usher leyó los titulares: «Superingenioso organiza la gran juerga. Jocoso suceso cerca del Estanque del Peregrino.» Y el artículo proseguía: «En la noche de ayer tuvo lugar un divertido incidente junto al Garaje Wilkinson. Unos golfillos indicaron a un policía de servicio que un hombre vestido de presidiario se había sentado tan tranquilo al volante de un Panhard último modelo; iba acompañado por una chica que se cubría con una vieja pañoleta. Cuando el policía se acercó a averiguar su identidad, la joven se quitó la pañoleta y todos reconocieron a la hija del millonario Todd, que acababa de salir de la cena barriobajera en el Estanque, a la que todos los distinguidos huéspedes acudieron en similar *déshabillé*[60]. Ella y el caballero disfrazado de presidiario se disponían a dar el tradicional y divertido paseo en coche.»

Debajo de aquel trozo de papel, el señor Usher encontró otro recorte de un periódico más reciente, con el siguiente titular: «Asombrosa huida de la hija de un millonario con un presidiario. Era la organizadora del Banquete de la Extravagancia. Ambos están a salvo en…»

El señor Usher alzó la mirada, pero el Padre Brown ya se había esfumado.

VI

La cabeza del César

En algún lugar de Brompton o de Kensington[61], existe una interminable avenida de casas altas, lujosas pero en su mayoría vacías, que se asemeja a una hilera de tumbas adosadas. Hasta los escalones que conducen a las puertas principales, pintadas de oscuro, parecen tan empinados como el vértice de una pirámide; da cierto reparo llamar a alguna de aquellas puertas, por miedo a que sea una momia la que abra. Pero una característica todavía más deprimente de aquella gris fachada es su telescópica longitud y su inalterable monotonía. El peregrino que se aventure por este lugar tiene la impresión de que nunca se va a quebrar la línea ni aparecer una bocacalle; y, sin embargo, hay una excepción, muy pequeña, pero ante la cual es casi inevitable que el peregrino dé un grito de alegría. Hay una especie de callejón con caballerizas entre dos altos edificios, un simple corte como la rendija de una puerta, en comparación con la calle, aunque lo suficientemente amplia como para que en la esquina se levante una taberna o fonda, concesión de los ricos a sus mozos de cuadra. Hay en ella cierta alegría, a pesar de su suciedad, cierta libertad y magia, a pesar de su insignificancia. Plantada a los pies de aquellos grises gigantes de piedra, la taberna parece la casa de los enanitos, con todas las luces encendidas.

Cualquiera que hubiera pasado por aquel lugar una tarde de otoño, ya en sí bastante mágica, habría tenido la ocasión de ver cómo una mano corría una media persiana roja que, junto con un rótulo de grandes letras blancas, oculta también a medias el interior a los ojos de los viandantes y cómo aparecía tras el cristal una cara bastante parecida a la de un inocente duendecillo. De hecho, era la cara de un individuo que respondía al inofensivo y humano nombre de Brown, que había estado de párroco en Cobhole, Essex[62], y que por aquel entonces estaba destinado en Londres. Frente a él se sentaba su amigo Flambeau, detective semioficial, el cual tomaba las últimas notas de un

caso que acababa de resolver en aquel vecindario. Ambos estaban sentados ante un velador, cerca de la ventana, cuando el sacerdote corrió la cortina y miró hacia la calle. Esperó a que un forastero hubiera pasado por delante de la ventana y luego volvió a dejar caer la cortinilla. Entonces sus ojillos redondos recorrieron el rótulo de grandes letras blancas que estaba colgado en la ventana por encima de su cabeza y después se posaron en la mesa más cercana ante la cual estaba sentado un peón, con un vaso de cerveza y un plato de queso, y una joven pelirroja que bebía un vaso de leche. Luego, cuando vio que su amigo se guardaba el cuadernillo de notas, dijo en tono pausado:

—Si dispone usted de diez minutos, me gustaría que siguiera a ese hombre de la nariz postiza.

Flambeau alzó la vista sorprendido; la joven pelirroja también lo miró con aspecto de estar algo más que asombrada. Llevaba un vestido sencillo y suelto de lienzo color crudo, pero no cabía duda de que era una dama y, si uno la observaba detenidamente, parecía injustificadamente orgullosa.

—¡El hombre que lleva una nariz postiza! —repitió Flambeau—. ¿Quién es?

—No tengo ni idea —le respondió el Padre Brown—. Quiero que lo averigüe. Se lo pido por favor. Bajó por allí —añadió señalando con el pulgar por encima del hombro, con gesto poco elegante y bastante habitual en él—, y seguro que todavía no está más allá del tercer farol. Sólo quiero saber hacia dónde se dirige.

Flambeau se quedó un momento contemplando a su amigo con expresión entre perpleja y divertida; luego se levantó de la mesa, deslizó su corpachón por entre la puertecilla de la taberna de los enanitos y se desvaneció en la penumbra.

El padre Brown sacó un librito del bolsillo y comenzó a leer muy atento; al parecer no se daba cuenta de que la dama pelirroja se había levantado de su mesa y había venido a sentarse frente a él. Al cabo, ella se inclinó y dijo con voz ronca y potente:

—¿Por qué ha dicho usted eso? ¿Cómo sabe que es falsa?

Él levantó sus espesas pestañas con azorado temblor. Luego volvió a mirar con ojos dubitativos el rótulo de letras blancas que estaba colgado delante de la taberna. Los ojos de la joven siguieron los suyos y se quedaron allí clavados, absolutamente desconcertados.

—No —dijo el Padre Brown como si estuviera leyendo sus pensamientos—, no dice «Sela»[63] como en los Salmos; eso es lo que yo me creí hace un

momento cuando estaba como en Babia. Lo que pone es «Ales»[64].

—¿Y qué? —preguntó la joven dama sin apartar la vista. ¿Qué más da lo que ponga?

La mirada meditabunda del sacerdote recorrió la manga del vestido de lienzo de la joven, que tenía en el puño un pequeño bordado, suficiente como para diferenciarlo de la ropa de trabajo de una mujer del pueblo y hacer que recordara más bien la bata de una distinguida estudiante de Bellas Artes. Al parecer, esta cuestión dio mucho que pensar al sacerdote; sin embargo, le respondió lenta y entrecortadamente:

—Verá usted, señora, desde la calle este sitio parece… bueno, no digo que no sea un lugar de lo más decente… pero las señoras como usted… no suelen opinar así. Nunca van a sitios como éste por gusto, excepto…

—¿Qué? —le interrumpió ella.

—Excepto unas cuantas desgraciadas que no van precisamente a beber un vaso de leche.

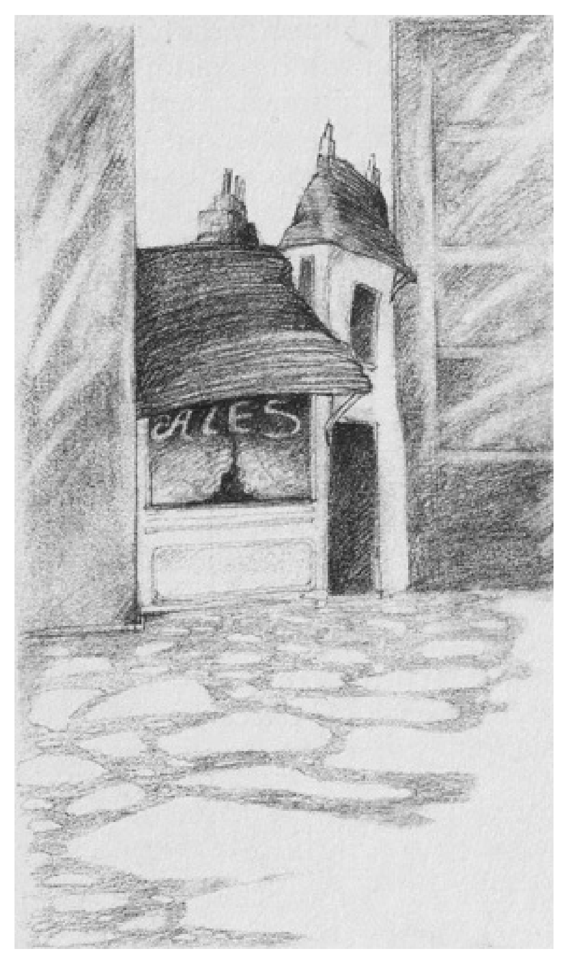
—Es usted una persona de lo más desconcertante —dijo la joven—. ¿Qué es lo que pretende con todo esto?

—Desde luego, molestarla, no —contestó él muy amable—. Sólo enterarme de lo suficiente como para poder ayudarla en el caso de que usted por voluntad propia desee que la ayude.

—¿Pero por qué iba a necesitar su ayuda?

El prosiguió como si meditara en voz alta:

—No me puedo creer que haya venido usted aquí a ver a las *protegées*[65], a unas amigas pobres o cosa por el estilo, pues de lo contrario habría pasado al salón… y tampoco creo que haya venido porque se encontraba indispuesta, pues en tal caso habría hablado con la tabernera, que evidentemente es una persona respetable… Además, no parece en absoluto indispuesta, sino más bien infeliz… Esta avenida es la única calle larga sin bocacalles; y las casas de ambos lados de la acera están cerradas… Lo único que se me ocurre es que viera usted de lejos a alguien con quien no deseaba encontrarse, y entrara por eso en esta taberna, único refugio que existe en este desierto de piedra… No creo que haya sido excesivamente indiscreto por mi parte echarle un vistazo al único hombre que pasó por delante, inmediatamente después de que usted entrara… Y como pensé que él parecía un tipo indeseable… y usted parecía todo lo contrario… me dispuse a ayudarla si él la importunaba; eso es todo. En cuanto a mi amigo, regresará en seguida; desde luego, es prácticamente imposible que averigüe nada recorriendo una calle como ésta… tampoco pensé que lo fuera a conseguir.



—¿Entonces por qué lo mandó a la calle? —exclamó ella, inclinándose hacia delante sin poder evitar sentirse picada por la curiosidad.

Tenía en el rostro ese gesto entre orgulloso y apasionado que suelen tener las pelirrojas, y un perfil romano, como el de María Antonieta[66].

El sacerdote se la quedó mirando fijamente y luego dijo:

—Porque pensé que querría usted decirme algo.

Ella le devolvió la mirada; se había ruborizado y una roja sombra de ira se posó sobre su rostro; luego, a pesar de su preocupación, no pudo evitar que la rabia dominara sus ojos y su boca, y contestó en tono casi desagradable:

—Bueno, pues si tanto empeño tiene en hablar conmigo, a lo mejor está dispuesto a contestar a mi pregunta.

Y tras una pausa añadió:

—Ya he tenido el honor de preguntarle por qué pensaba usted que el hombre llevaba una nariz falsa.

—La cera siempre se pone un poco turbia con un tiempo como éste —contestó el Padre Brown con toda sencillez.

—Pero es una nariz tan *torcida*[67] —replicó la joven pelirroja.

El sacerdote sonrió a su vez, al tiempo que reconocía:

—Yo no diría que es el tipo de nariz que uno lleva por presumir. Me parece que ese hombre la lleva porque su propia nariz es mucho más agraciada.

—Pero ¿por qué? —insistió ella.

—¿Cómo era aquella canción infantil? —comentó distraído el Padre Brown—. «Erase un hombre todo retorcido, que recorrió una milla por un tortuoso camino…» Me imagino que ese hombre ha seguido un camino muy tortuoso… dejándose guiar por su nariz.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho? —preguntó ella con voz trémula.

—No quiero forzarla en absoluto a que me cuente nada —dijo el Padre Brown sin alterarse—. Pero creo que tiene usted más cosas que contarme a mí que las que yo pueda contarle a usted.

La joven se puso en pie de un salto y se quedó inmóvil con los puños cerrados, como dispuesta a salir corriendo; luego fue abriendo las manos lentamente y se volvió a sentar.

—Es usted más misterioso que todos los demás —dijo con acento de desesperación—. Pero me parece que tal vez haya un corazón debajo de su misterio.

—Lo que a todos nos asusta más —dijo el sacerdote en voz baja—, es un laberinto que *no* tenga centro. Por eso el ateísmo no es más que una pesadilla.

—Se lo diré todo —dijo la muchacha con obstinación—, excepto la razón por la que le cuento esto, pues en verdad lo ignoro.

Clavó los ojos en el remendado mantel y prosiguió:

—Da usted la impresión de saber distinguir entre lo que es esnobismo y lo que no lo es; si le digo que procedo de una familia antigua y respetable, comprenderá que lo hago porque es un dato necesario en esta historia; el principal peligro al que me enfrento son los exagerados principios de mi hermano, *noblesse oblige*[68] y ese tipo de cosas. Bueno, me llamo Christabel Carstairs, y mi padre era el conocido coronel Carstairs, del que probablemente habrá oído hablar, el propietario de la famosa Colección Carstairs de monedas romanas. Me resulta imposible describirle a mi padre; lo más que puedo decirle es que también él era como una moneda romana. Era tan atractivo, auténtico, valioso, metálico y de otros tiempos como sus monedas. Se sentía más orgulloso de su colección que de su escudo de armas, que ya es decir. La fuerza de su carácter se puso de manifiesto a la hora de hacer testamento. Tenía dos hijos y una hija. Se peleó con uno de sus hijos, mi hermano Giles, y lo despachó para Australia, asignándole una pequeña renta. Luego hizo testamento y dejó la Colección Carstairs, junto con una renta mucho más pequeña, a mi hermano Arthur. Para mi padre aquello era una recompensa, el mayor honor que le podía otorgar, el reconocimiento de la lealtad y rectitud de Arthur y del éxito logrado por éste en sus estudios de matemáticas y economía en Cambridge[69]. A mí me dejó prácticamente toda su considerable fortuna, y estoy segura de que lo hizo por desprecio.

»Tal vez piense usted que Arthur tendría motivos más que suficientes para quejarse; pero Arthur es igualito que mi padre; aunque de joven tuvo algunos enfrentamientos con él, en cuanto la Colección pasó a su poder, se convirtió en un sacerdote pagano consagrado a su templo. Presa de la misma idolatría

inexorable que su padre había sentido antes que él, identificó las monedillas romanas con el honor de los Carstairs. Actuaba como si las monedas romanas tuvieran que estar protegidas por todas las virtudes romanas. Renunció a los placeres; no se gastaba un céntimo en su propia persona; vivía para la Colección. A veces, por culpa de las monedas, ni siquiera se molestaba en vestirse; se pasaba el día trajinando con paquetitos de papel marrón, que por supuesto nadie más que él podía tocar, enfundado en un viejo batín también marrón; con el batín anudado con un cordón rematado en borlas y esa cara suya, tan delgada, pálida y distinguida, parecía un monje penitente de otros tiempos. Sin embargo, de vez en cuando, se presentaba trajeado como un caballero a la última moda, lo cual ocurría únicamente cuando acudía a las ferias o las tiendas de Londres para añadir alguna pieza a la Colección Carstairs.

»A poca relación que pueda usted tener con la gente joven, no le costará trabajo comprender que todo esto me condujo a un estado de ánimo muy próximo al abatimiento; en el estado de ánimo en el que uno empieza a pensar que ya está bien de romanos. Yo no soy como mi hermano Arthur; me gusta disfrutar de la vida, y cuando me divierto, lo hago de verdad. La afición a la novelería y a todas esas tonterías me viene de la otra rama de la familia, de la que también heredé el cabello pelirrojo. El pobre Giles era igual que yo; y creo que el ambiente de las monedas podría considerarse como un atenuante en su caso, aunque realmente obró mal y casi acaba en la cárcel. Pero se portó peor que yo, como podría usted comprobar con lo que voy a contarle.

»Ahora viene la parte absurda de esta historia. Supongo que un hombre tan inteligente como usted podrá imaginarse la clase de cosas que puede empezar a cambiar la monótona vida de una muchacha indisciplinada de diecisiete años en una posición como la mía. Pero hay tantas cosas mucho más siniestras que esta que me tiene el alma en vilo, que apenas soy capaz de analizar mis propios sentimientos; y cuando pienso en lo sucedido, no sé si ahora lo desprecio considerándolo un simple coqueteo o si lo soporto con el corazón destrozado. En aquella época, vivíamos en una pequeña localidad de la costa en el sur de Gales, y había un capitán jubilado que vivía a unas cuantas casas de la nuestra y que tenía un hijo, unos cinco años mayor que yo, que había sido amigo de Giles antes de que éste partiera para las colonias. Su nombre no viene al caso, pero le diré que se llamaba Philip Hawker, porque no quiero omitir nada. Solíamos ir juntos a pescar camarones y decíamos que estábamos enamorados, y así lo creíamos. Si le digo que tenía el cabello ensortijado y dorado y un perfil como de halcón, también bronceado por el

aire del mar, no es por darle mérito a él, se lo aseguro, sino porque son detalles fundamentales de esta historia y que dieron lugar a una curiosísima coincidencia.

»Una tarde de aquel verano, le prometí a Philip que iría con él a pescar camarones a la playa; mientras aguardaba en el salón la mar de impaciente a que llegara la hora, Arthur anduvo recogiendo unos paquetes de monedas que acababa de comprar y se los llevó de dos en dos a su oscuro gabinete que hacía las veces de museo y que estaba en la parte de atrás de la casa. En cuanto oí que la pesada puerta se cerraba tras él, salí disparada a buscar la red de pescar quisquillas y mi boina escocesa; ya me disponía a marchar cuando vi que a mi hermano se le había olvidado una reluciente moneda sobre el alféizar de la ventana. Era una moneda de bronce y por su color, la curva exacta de la nariz romana y las marcadas líneas de su largo cuello aquella cabeza de César era el retrato casi exacto de Philip Hawker. De repente me acordé de que Giles le había hablado a Philip de una moneda en la que aparecía una efigie que se le parecía muchísimo y que Philip había dicho que le gustaría tenerla. Ya se imaginará usted las ideas tan bobas y alocadas que se me pasaron por la cabeza. Me sentí como si las hadas me hubieran hecho un regalo. Me pareció que si salía corriendo con la moneda y se la daba a Philip como si fuera una especie de alianza primitiva, constituiría un eterno lazo de unión entre los dos; se me ocurrieron todas estas cosas y muchas otras por el estilo. Y luego se abrió ante mí, como un abismo, la terrible, la espantosa realidad de lo que estaba haciendo; sobre todo, la insoportable idea, tan insufrible como un hierro candente, de lo que Arthur pensaría de mí. Una Carstairs ladrona. ¡Y encima ladrona del tesoro de los Carstairs! Estaba segura de que mi hermano me haría quemar como si fuera una bruja si yo hacía semejante cosa. Pero luego, al imaginarme la crueldad fanática de mi hermano, se recrudeció la aversión que le tenía a aquella obsesión suya de viejo anticuario mezquino, avivándose al mismo tiempo mis ansias de juventud y libertad que me llamaban desde la orilla del mar. Fuera de la casa estaban el sol y el viento; y las ramas amarillas de una retama o aulaga del jardín golpearon el cristal de la ventana. Pensé en el oro vivo que me llamaba desde todos los brezales del mundo, y luego en el oro, el bronce y el latón, muertos, sin brillo, de mi hermano, que con el paso del tiempo cada vez tenían más polvo. La fuerza de la naturaleza y la Colección Carstairs se enfrentaban de manera irremediable.

»La naturaleza es más vieja que la Colección Carstairs. Corrí calle abajo hacia la playa con la moneda muy apretada en la mano, sintiendo que se me

venía encima todo el Imperio romano además de todo el árbol genealógico de los Carstairs. No sólo rugía en mis oídos el viejo león argénteo, sino que me perseguían todas las águilas de los césares batiendo las alas por encima de mi cabeza. Y, sin embargo, sentía que mi corazón volaba cada vez más alto, como la cometa de un niño, hasta que llegué a las secas dunas y las húmedas y lisas arenas; Philip, con el agua hasta los tobillos, se había adentrado unos cientos de metros por aquellos bajíos de aguas relucientes. Había una magnífica puesta de sol; y aquella vastísima extensión de aguas bajas que cubrían apenas hasta el tobillo en medio kilómetro, era como un flamígero lago de rubíes. No me atreví a volver la cabeza y mirar a mi alrededor hasta que, después de quitarme los zapatos y las medias, me metí chapoteando hasta donde estaba él, bien lejos de la tierra seca. Estábamos solos dentro de un círculo de agua del mar y arena húmeda; le entregué la cabeza de César.

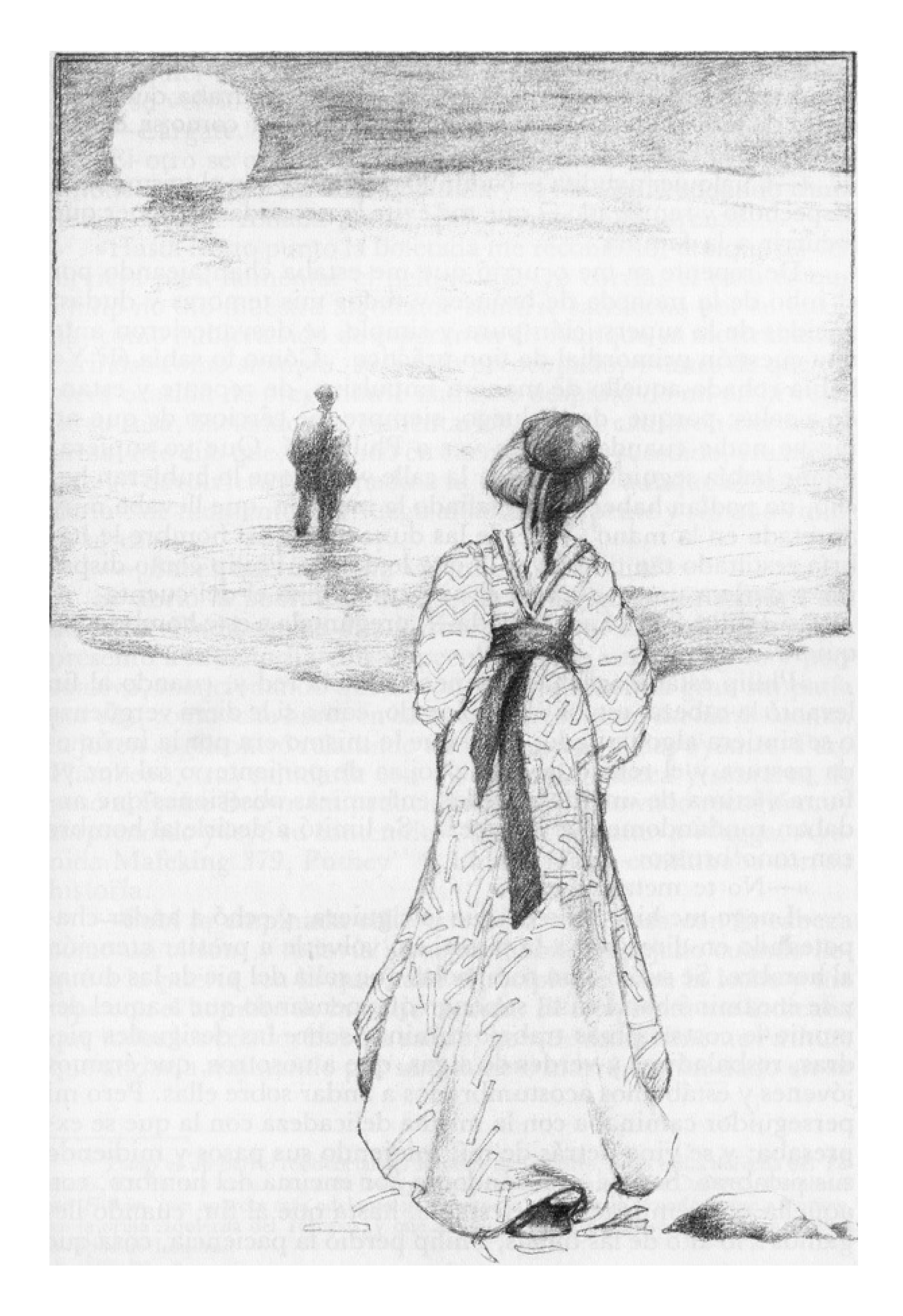
»Y, en aquel mismo momento, tuve la extraña sensación de que desde las lejanas dunas, un hombre me miraba fijamente. Probablemente pensé inmediatamente que los nervios me estaban jugando una mala pasada, pues el hombre era simplemente un puntito oscuro en la distancia y lo único que podía ver era que estaba inmóvil y que tenía la cabeza algo ladeada. No había ninguna prueba lógica y palpable de que me estuviera mirando. Podía estar contemplando un barco o la puesta de sol o las gaviotas, o cualquiera de las personas que había a lo largo de la costa entre él y nosotros. Sin embargo, fuera cual fuera el motivo de mi sobresalto, resultó ser profético; pues mientras lo miraba, echó a andar a paso vivo y en línea recta hacia nosotros, atravesando las arenas húmedas. Cuando se acercó más, vi que era moreno y tenía barba, y llevaba los ojos ocultos tras unas gafas oscuras. Llevaba un traje raído pero decente e iba todo de negro, desde el sombrero de copa negro con el que iba tocado hasta las fuertes botas negras que calzaba, a pesar de las cuales se metió en el mar sin dudarlo un instante y llegó hasta donde yo estaba como si siguiera la trayectoria de una bala.

»No tengo palabras para explicarle la sensación de prodigio y milagro que me embargó cuando lo vi atravesar silenciosamente la barrera entre tierra y agua. Era como si hubiera echado a andar desde un acantilado y siguiera andando por el aire. Era como si una casa hubiera salido arrebatada por los aires o si a un hombre se le hubiera caído la cabeza. A él sólo se le mojaban las botas, pero me daba la sensación de que era un demonio desobedeciendo las leyes de la naturaleza. Si hubiera dudado un instante al borde del agua, se hubiera roto el hechizo. Pero así, me daba la sensación de que tenía los ojos tan clavados en mí que no había visto el océano. Philip estaba de espaldas a

mí, a unos metros de distancia, agachado sobre la red de pescar quisquillas. El desconocido siguió avanzando hasta encontrarse a un par de metros de mí, con el agua a media pierna. Luego dijo con una voz claramente modulada y como si cortase cada sílaba:

»—¿Le importaría darme alguna moneda, de cualquier valor?

»No había nada decididamente anormal en aquel hombre, a excepción de una cosa. Sus gafas oscuras no eran realmente opacas, sino de un azul bastante vulgar, y los ojos que se ocultaban tras ellas se clavaron en mí sin reparo alguno. No se podía decir que llevara su oscura barba verdaderamente larga ni revuelta y, sin embargo, daba la impresión de ser bastante velludo porque la barba le empezaba muy arriba, justo debajo de los pómulos. No tenía el cutis cetrino ni lívido, sino claro y de aspecto juvenil; pero con un tono entre rosa y blanco de cera que, no sé por qué, todavía resultaba más horrible. Y, sin embargo, lo único que resultaba extraño era su nariz; aunque correcta, tenía la punta ligeramente torcida, como si, cuando aún estaba blanda, le hubieran dado un golpecillo de un lado con un martillo de juguete. No podía decirse que aquello fuera una deformidad, pero no puede usted imaginarse lo que significó para mí: ¡una auténtica pesadilla! Verlo allí en las aguas teñidas de crepúsculo me impresionaba como si fuera un diabólico y rugiente monstruo marino surgido de un mar ensangrentado.



No me explico por qué me impresionó tanto aquel detalle de su nariz. Se me figuraba que sería capaz de mover la nariz como si fuera un dedo. Y como si, efectivamente, lo acabara de hacer.

»—Cualquier ayudita —continuó el hombre con el mismo tono sospechoso y remilgado— que me evite la necesidad de tener que recurrir a la familia.

»De repente se me ocurrió que me estaba chantajeando por el robo de la moneda de bronce; y todos mis temores y dudas, nacidos de la superstición pura y simple, se desvanecieron ante una cuestión primordial de tipo práctico. ¿Cómo lo sabía él? Yo había robado aquello de manera impulsiva, de repente y estando a solas; porque, desde luego, siempre me cercioro de que no me ve nadie cuando salgo a ver a Philip así. Que yo supiera, no me había seguido nadie por la calle y, aunque lo hubieran hecho, no podían haber radiografiado la moneda, que llevaba muy apretada en la mano. Y desde las dunas, a aquel hombre le habría resultado tan difícil ver lo que le daba a Philip como disparar y darle a una mosca en el ojo, como hizo el del cuento.

»—Philip —grité acongojada—, pregúntale a este hombre qué quiere.

»Philip estaba agachado remendando la red y, cuando al fin levantó la cabeza, estaba algo colorado, como si le diera vergüenza o se sintiera algo irritado; claro que lo mismo era por la incómoda postura y el reflejo de la luz rojiza de poniente; o tal vez yo fuera víctima de una de aquellas enfermizas obsesiones que andaban rondándome por la cabeza. Se limitó a decirle al hombre con tono brusco:

»—No te metas en esto.

»Luego me hizo seña de que lo siguiera, y echó a andar chapoteando en dirección a la playa, sin volverle a prestar atención al hombre. Se subió a un rompeolas que salía del pie de las dunas y se encaminó hacia casa, supongo que pensando que a aquel demonio le costaría más trabajo caminar sobre las desiguales piedras, resbaladizas y verdes de algas, que a nosotros, que éramos jóvenes y estábamos acostumbrados a andar sobre ellas. Pero mi perseguidor caminaba con la misma delicadeza con la que se expresaba; y se vino detrás de mí, midiendo sus pasos y midiendo sus palabras. Seguía suplicándome por encima del hombro, con aquella voz remilgada y detestable, hasta que al fin, cuando llegamos a lo alto de las dunas, Philip perdió la paciencia, cosa que en cualquier otra ocasión hubiera sucedido mucho antes. De repente se volvió y le dijo:

»—Lárgate. Ahora no puedo hablarte.

»El otro se quedó un momento suspenso y abrió la boca, y entonces Philip le dio una bofetada y el otro salió rodando duna abajo. Vi que rodaba por el suelo, cubierto de arena.

»Hasta cierto punto la bofetada me reconfortó, aunque tal vez sirviera para aumentar el peligro que yo corría; el caso es que Philip no dio muestra alguna de sentirse satisfecho por su hazaña, como hubiera sido de esperar en él. Aunque se mostraba tan cariñoso como siempre, se le veía preocupado; y antes de que tuviera ocasión de preguntarle nada, se despidió de mí en la verja de su casa, haciendo dos comentarios que me causaron cierta sorpresa. Me dijo que, teniendo en cuenta todo lo sucedido, era mejor que yo devolviera la moneda a la Colección; aunque él la guardaría "de momento". Y luego añadió de repente y sin que viniera al caso:

»—¿Sabes que Giles ha vuelto de Australia?

Se abrió la puerta de la taberna y la gigantesca sombra del detective Flambeau se dibujó sobre la mesa. El Padre Brown le presentó a la señorita con su peculiar estilo verbal, ligero y persuasivo, mencionando que la conocía y que sentía gran simpatía por ella, como solía hacer en casos similares; y casi sin darse cuenta, la joven se encontró relatando su aventura ante dos oyentes. Pero Flambeau, tras saludarla con un gesto de cabeza y sentarse, le pasó al Padre Brown un pedacito de papel. Brown lo recogió muy sorprendido y leyó su contenido: "Coche de punto a Wagga, Avenida Mafeking 379, Putney"[70]. La muchacha continuaba con su historia.

—Subí la empinada calle que lleva a mi casa con la cabeza como un ciclón; y todavía no se me había despejado cuando llegué a la puerta, en la que hallé el recipiente para la leche y me topé con el hombre de la nariz torcida. El recipiente me indicaba que todos los criados habían salido; porque naturalmente Arthur, que andaría trajinando por su gabinete marrón enfundado en su batín marrón, ni oía el timbre ni lo contestaba. Así que no había nadie en casa que pudiera ayudarme, excepto mi hermano, cuya ayuda significaría mi ruina. Desesperada, tiré dos chelines a la mano que me tendía aquel monstruo y le dije que volviera al cabo de unos días, cuando me lo hubiera pensado mejor. Se fue algo mohíno, aunque más manso de lo que yo me esperaba (lo mismo le había hecho algún efecto la caída) y me quedé mirando la huella de arena que llevaba en la espalda y cómo se perdía calle abajo saboreando la venganza. Dobló la esquina seis casas más abajo.

»Luego entré en casa, me hice una taza de té, y me puse a darle vueltas al tema. Me senté junto a la ventana de la sala que da al jardín, todavía iluminado por el último resplandor de la tarde. Pero estaba demasiado absorta

en mis pensamientos para fijarme en el césped, ni en las macetas, ni en los arriates de flores. Así que la aparición me sorprendió enormemente, sobre todo porque tardé bastante tiempo en percatarme de su presencia.

»El hombre o monstruo a quien yo había despedido estaba de pie inmóvil en medio del jardín. Bueno, todos hemos leído un montón de cuentos de lívidos fantasmas que se aparecen en la oscuridad; pero aquél era más espantoso que ninguno de los que se pudieran imaginar. Porque, aunque proyectaba una sombra larga, todavía estaba iluminado por la cálida luz del sol. Y porque no había palidez en su rostro, sino ese céreo arrebol que se suele ver en los maniquíes de los barberos. Estaba inmóvil, con la cara vuelta hacia mí; y no tengo palabras para describirles el aspecto tan espantoso que tenía, allí plantado entre los tulipanes y todas aquellas flores de altos tallos y colores chillones, casi como de invernadero. Parecía como si hubiéramos colocado una figura de cera en lugar de una estatua en el centro del jardín.

«Y sin embargo, en cuanto me vio en la ventana, dio media vuelta y salió corriendo del jardín por la puerta de servicio, que estaba abierta de par en par y por la cual, evidentemente, había entrado. Esta nueva muestra de timidez por su parte era tan distinta de la insolencia con que se había metido en el mar, que me sentí algo reconfortada. Se me ocurrió que tal vez tuviera más miedo que yo a enfrentarse a Arthur. Sea como fuere, acabé por serenarme y cené tranquilamente sola, pues estaba terminantemente prohibido molestar a Arthur cuando estaba ordenando el museo, y mis pensamientos, ya algo menos acongojados, volaron hasta Philip y supongo que allí se perdieron. El caso es que me quedé absorta, pero esta vez placenteramente, con la mirada fija en otra ventana que tenía las cortinas descorridas, pero negra como la pizarra pues era ya noche cerrada. Me pareció ver en el exterior del cristal una especie de caracol. Lo miré con más atención y pensé que era el dedo gordo de un hombre, posado sobre la ventana; tenía la forma redondeada de un pulgar. Presa de pánico y al mismo tiempo haciendo acopio de valor, corrí hacia la ventana y luego retrocedí con un grito ahogado que cualquiera menos Arthur hubiera sido capaz de oír.

»Porque aquello no era ni un dedo gordo ni un caracol. Era la punta de una nariz torcida, aplastada contra el cristal; con la presión se había puesto blanca; y el rostro y los ojos que me miraban fijamente al principio resultaban invisibles, pero, luego, se me aparecieron grises como los de un fantasma. No sé cómo fui capaz de cerrar de golpe las contraventanas, subir a mi habitación y encerrarme allí con llave. Pero aun al pasar, casi podría jurar que vi una segunda ventana negra sobre la que se había posado otra especie de caracol.

»Después de todo era preferible ir en busca de Arthur. Si aquel tipo seguía merodeando por los alrededores de la casa como un gato, lo mismo es que tenía intenciones más siniestras que las de chantajearme. Mi hermano podía echarme de casa y maldecirme eternamente, pero desde luego era un caballero y estaría dispuesto a defenderme inmediatamente. Estuve pensándolo unos diez minutos y al fin me resolví a bajar; llamé a la puerta con los nudillos y luego entré: y lo que vi fue muchísimo peor que todo lo anterior.

»La butaca de mi hermano estaba vacía; no cabía duda de que había salido. Pero el hombre de la nariz retorcida estaba allí, esperándolo; había tenido la desfachatez de no quitarse el sombrero y estaba leyendo uno de los libros de mi hermano a la luz de su lámpara. Tenía un gesto sereno y concentrado, pero seguía dando la impresión de que la punta de su nariz era la parte más móvil de su rostro, como si acabase de volverse de izquierda a derecha como la trompa de un elefante. Ya me había parecido bastante odioso cuando me perseguía y me acechaba, pero el hecho de que estuviera allí, absolutamente ajeno a mí, me espantaba todavía más.

»Creo que di un grito muy fuerte y prolongado, pero eso no tiene importancia. Lo que importa es lo que hice a continuación: le di todo el dinero que tenía, incluso una fuerte suma de billetes de banco que, aunque era mía, he de reconocer que no tenía derecho a tocar. Al fin se fue, expresando su sentimiento en palabras grandilocuentes y odiosas; yo me desplomé en una silla, sintiéndome arruinada en todos los sentidos. Y, sin embargo, aquella noche me salvé por pura casualidad. Arthur había tenido que marcharse precipitadamente a Londres, cosa que hacía con cierta frecuencia, en busca de alguna ganga; y regresó tarde pero radiante, pues casi había dejado cerrado el trato de un tesoro que añadiría nuevo resplandor a la Colección de la familia. Estaba tan entusiasmado que a punto estuve de confesarle la susbtracción de tan insignificante joya; pero él no me dejó meter baza en la conversación, tan arrebatado estaba con futuros proyectos. Y por miedo a que no le saliera redonda la jugada, se empeñó en que hiciera inmediatamente el equipaje y me fuera con él a Fulham, donde tenía reservado alojamiento, para estar cerca de la tienda de antigüedades en cuestión. Así que, muy a pesar mío, salí huyendo de mi enemigo en medio de la noche, pero también de Philip…

»Mi hermano se pasaba buena parte del tiempo en el Museo de South Kensington[71], de modo que, para entretenerme un poco, me matriculé en la Escuela de Bellas Artes. Y de allí salía esta tarde cuando vi el horror de los horrores caminando en carne y hueso por esta calle, y el resto es lo que ya ha contado este caballero.

»Sólo he de añadir una cosa. No merezco que nadie me ayude; y no pongo en duda que merezca un castigo, ni me quejo de ello; es justo, y no podía ser de otra manera. Pero lo que me pregunto, y me va a estallar la cabeza a fuerza de darle vueltas al tema, es cómo pudo haber ocurrido. ¿Este castigo es un milagro? ¿Cómo puede haber sabido nadie más que Philip y yo que le di una monedita en medio del mar?

—Es un problema extraordinario —admitió Flambeau.

—No tan extraordinario como su solución —observó el Padre Brown bastante compungido—. Señorita Carstairs, ¿estará usted en casa si la vamos a ver a Fulham dentro de hora y media?

La joven se lo quedó mirando y luego se levantó y se puso los guantes, al tiempo que decía:

—Sí, estaré en casa.

E inmediatamente salió de la taberna.

Aquella noche el detective y el sacerdote iban todavía comentando este asunto cuando se acercaban al edificio de Fulham, una casa de vecindad excesivamente humilde para la familia Carstairs, aunque en ella se alojaran eventualmente.

—Por supuesto, si se considera de manera superficial —decía Flambeau —, lo primero que se le ocurre a uno es pensar en el hermano australiano, que ya tuvo anteriormente problemas, que acaba de regresar inesperadamente y que es el tipo de persona que podría andar compinchado con algún desaprensivo. Pero no me explicó cómo pudo haberse metido en esto, a menos que…

—¿A menos que? —le preguntó su compañero con toda paciencia.

—A menos que el novio de la muchacha ande también metido en ello, y sea el malo del cuento. El australiano sabía que Hawker se había encaprichado con la moneda. Pero no veo cómo iba a saber que Hawker ya la tenía, a menos que éste le hubiera hecho una señal desde el agua, a él o a uno de sus compinches.

—Es cierto —admitió el sacerdote respetuosamente.

—¿Se ha dado usted cuenta de una cosa? —prosiguió Flambeau muy entusiasmado—. El tal Hawker ve que insultan a su amada y, sin embargo, no le da un golpe al otro hasta que llegan a las dunas secas y blandas, donde no le ha de costar salir victorioso de un simulacro de enfrentamiento. Si le hubiera zurrado donde había rocas y agua, podía haber lastimado de verdad a su aliado.

—También eso es cierto —dijo el Padre Brown, asintiendo con la cabeza.

—Y ahora analicemos todo el asunto desde el principio. No tenemos muchos personajes, pero sí tres al menos. En un suicidio, sólo hace falta una persona; en un asesinato, dos; pero en un chantaje, se necesitan por lo menos tres.

—¿Por qué? —preguntó el sacerdote humildemente.

—Bueno, naturalmente —exclamó su amigo—, porque tiene que haber una que tenga algo que ocultar, otra que amenaza con descubrirlo, y al menos una tercera a quien le horrorizaría saber lo que la primera oculta.

El sacerdote se quedó un buen rato rumiando estas palabras y luego dijo:

—Se ha saltado usted un paso lógico. Se necesitan tres personas en teoría. Pero bastan dos en la práctica.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó su compañero.

—¿No le parece a usted posible —preguntó a su vez Brown— que el chantajista amenazase a su víctima con su propia persona? Supongamos que una mujer se hace abstemia absoluta con el fin de asustar a su marido para que éste se sienta obligado a ocultar que él es un asiduo de los bares, y luego le escribe cartas, disimulando la letra, ¡y amenazándole con revelarle esto a su esposa! ¿Por qué no iba a ser posible? Supongamos también que un padre le prohíbe a su hijo que frecuente los juegos de azar, y luego lo vigila disfrazado, y acaba por amenazar al muchacho con revelárselo a su padre, ¡supuestamente tan estricto! Supongamos… pero ya hemos llegado, amigo mío.

—¡Dios mío! —gritó Flambeau—. No querrá decirme que…

Una ágil figura bajó corriendo las escaleras de la casa, dejando ver, bajo la dorada luz de la farola, la inconfundible cabeza que tanto recordaba a la moneda romana.

—La señorita Carstairs —dijo Hawker sin más preámbulos— no quería entrar en la casa hasta que ustedes llegaran.

—Bien —observó Brown en tono confidencial—, ¿no le parece que lo mejor es que se quede en la calle… ya que está usted aquí para cuidarla? Ya ve, me supuse que usted también se lo había supuesto todo.

—Sí —dijo el joven con voz grave—, lo supuse cuando estábamos en la playa y ahora lo sé con certeza. Por eso no le pegué hasta que pudiera caer sobre blando.

Flambeau cogió la llave que le tendía la muchacha y la moneda de mano de Hawker, abrió la puerta, entró con su amigo en la casa vacía y pasaron al recibidor. No había más que una persona. El hombre que el Padre Brown había visto pasar por delante de la taberna se encontraba de pie, de espaldas a

la pared, como acorralado; estaba igual que hacía un rato, aunque se había quitado el abrigo negro y llevaba puesto un batín marrón.

—Hemos venido —le dijo el Padre Brown cortésmente— a devolver esta moneda a su propietario.

Y se la entregó al hombre de la nariz torcida.

Flambeau abrió unos ojos como platos y dijo:

—¿Pero este hombre es un coleccionista de monedas?

—Este hombre es el señor Arthur Carstairs —dijo el sacerdote rotundamente—, y es un coleccionista de monedas un tanto particular.

El hombre se puso tan intensamente lívido que la nariz torcida se destacó sobre su rostro como si fuera un objeto independiente de él y cómico. Sin embargo, logró decir unas palabras con cierta dignidad desesperada:

—Ahora verán que no he perdido todas las cualidades propias de mi familia.

Dio media vuelta y se dirigió a una alcoba interior cerrando la puerta de golpe.

—¡Deténgale! —gritó el Padre Brown echando a correr hacia la puerta y tropezando con una silla.

Flambeau dio un par de tirones y al fin la puerta se abrió. Pero ya era demasiado tarde. En medio de un silencio de muerte, Flambeau atravesó la habitación y telefoneó al médico y a la policía.

En el suelo se veía un frasquito de medicamentos. Encima de la mesa se hallaba tendido el cuerpo del hombre del batín marrón, rodeado de paquetes de papel marrón a medio abrir, y de éstos salían monedas no romanas sino inglesas y modernas.

El sacerdote le mostró a Flambeau la moneda con la cabeza del César que aún tenía en la mano y le dijo:

—Esto es lo único que quedaba de la Colección Carstairs.

Guardó silencio un momento y luego dijo con desusada ternura:

—Su padre le dejó un legado muy cruel, y ya ve usted lo que le costó. Odiaba el dinero romano que le habían dejado y era cada vez más aficionado al dinero auténtico que le habían negado. No sólo fue vendiendo la Colección poco a poco, sino que fue cayendo también poco a poco en las formas más ruines de hacer dinero… llegando incluso a chantajear a su propia familia haciéndose pasar por otro. Chantajeó a su hermano el de Australia por su falta nunca olvidada, por eso cogió el coche a Wagga, en Putney, y chantajeó a su hermana por un robo que sólo él podía haber detectado. Y, a propósito, ésa es la razón por la que la muchacha tuvo aquel presentimiento sobrenatural

cuando lo vio de pie en las dunas. El tipo y el ademán, aunque se vean a gran distancia, suelen recordarnos mejor a una persona que un rostro bien maquillado que veamos de cerca.

Hubo otro silencio.

—Bueno —refunfuñó el detective—, así que este gran numismático y coleccionista de monedas no era más que un vulgar avaro.

—¿Acaso hay mucha diferencia entre uno y otro? —preguntó el Padre Brown en el mismo tono indulgente y poco habitual—. ¿Qué defectos tiene el avaro que no tenga también a menudo el coleccionista? ¿Qué defectos tiene, excepto… no te harás ídolos; no te postrarás ante ellos ni les darás culto, porque yo[72]… pero más vale que bajemos a ver qué tal están esos pobres muchachos.

—Me parece —le contestó Flambleau— que, a pesar de todo, lo más probable es que estén estupendamente.

VII

La peluca roja

El señor Edward Nutt, el activo redactor jefe del *Daily Reformer,* estaba sentado a su mesa, abriendo cartas y corrigiendo galeradas acompañado por el alegre sonido de una máquina de escribir en la que tecleaba enérgicamente una señorita.

Era un hombre robusto, rubio, y estaba en mangas de camisa; se movía con decisión, tenía una boca firme y un tono de voz rotundo; pero sus ojos azules, redondos y un tanto infantiles tenían una expresión perpleja y pensativa en contradicción con lo anteriormente dicho. Y, sin embargo, su expresión tampoco era del todo engañosa. En verdad se podría decir de él, como de muchos periodistas de prestigio, que su emoción más frecuente era la de continuo temor; temor a pleitos por difamación, temor a perder publicidad, temor a las erratas de imprenta, temor al despido.

Su vida era una serie de agobiantes compromisos entre él mismo y el propietario del periódico, un anciano incondicional de los folletines, con tres ideas fijas y equivocadas, y el competentísimo equipo de trabajo del que se había rodeado para llevarle el periódico; algunos de sus miembros eran hombres brillantes y con gran experiencia y, lo que es todavía peor, auténticos partidarios de la línea política del periódico.

Uno de los colaboradores le había escrito la carta que tenía encima de la mesa y, aunque era un hombre decidido, tuvo un momento de duda antes de abrirla. En vez de hacerlo, cogió una tira de pruebas, la recorrió con sus ojos azules y un lápiz también azul, cambió la palabra «adulterio» por la palabra «indecoro» y la palabra «judío» por la palabra «extranjero», tocó un timbre y mandó las galeradas al piso de arriba.

Luego, con mirada profundamente ensimismada, rasgó el sobre con matasellos de Devonshire, remitido por su colaborador más distinguido, y leyó lo siguiente:



«Querido Nutt:

Ya veo que te has metido a fondo con temas de fantasmas y de duques, así que ¿qué te parecería un artículo sobre ese asunto tan extraño de los Eyre de Exmoor, o, como dicen por aquí las viejas, *la oreja del diablo de Eyre?*[73] Como sabrás, el cabeza de familia es el duque de Exmoor; es uno de los pocos aristócratas *tory*[74] de la antigua escuela que aún quedan, un tirano empedernido muy en la línea de lo que nos gusta sacar a relucir en el periódico. Y creo que estoy tras la pista de algo que dará mucho que hablar.

Por supuesto, no creo en la antigua leyenda sobre Jaime I; y lo que es tú, no crees en nada, ni siquiera en el periodismo. La leyenda, como probablemente recordarás, trataba de la cuestión más sucia de toda la historia de Inglaterra: el envenenamiento de Overbury por aquel gato de bruja que fue Frances Howard y el inexplicable terror que obligó al Rey a perdonar a los asesinos. Supuestamente, había mucho de brujería en

todo el asunto; y cuentan que un criado que estaba escuchando por el ojo de la cerradura oyó la verdad en una conversación entre el Rey y Carr; y la oreja con la que lo oyó adquirió un tamaño monstruoso como por arte de magia, de tan horrible como era el secreto. Y aunque luego lo acallaron con tierras y riquezas y lo convirtieron en antepasado de duques, algunos miembros de la familia todavía tienen esa oreja de duende. Bueno, ya sé que no crees en la magia negra; y aunque creyeras en ella, no la incluirías en ningún artículo. Si se produjera un milagro en tu oficina, no tendrías más remedio que echar tierra encima, ahora que tantos obispos son agnósticos. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que hay algo verdaderamente extraño en Exmoor y en su familia; algo que me atrevería a calificar de natural, pero también de bastante anormal. Y supongo que la *oreja* tiene algo que ver con ello, bien como símbolo o alucinación o defecto o algo por el estilo. Según otra leyenda, los monárquicos empezaron a llevar el pelo largo justo después del reinado de Jaime I en solidaridad con el primer lord Exmoor que tenía que llevar melena para disimular la oreja. No cabe duda de que eso es pura imaginación.

La razón por la que te cuento todo esto es la siguiente: me parece que cometemos un error cuando atacamos a los aristócratas sólo por su champán y sus diamantes. La mayoría de la gente suele admirar a los nobles porque disfrutan de la vida, pero creo que cedemos excesivo terreno cuando admitimos que hasta la aristocracia consigue hacer a los aristócratas felices. Te propongo una serie de artículos en los que se ponga de manifiesto lo terrible, inhumano y perfectamente diabólico que es el olor y la atmósfera de algunas de estas grandes mansiones. Hay infinidad de ejemplos; pero no podríamos empezar con uno más adecuado que *La oreja de los Eyre.* A finales de esta semana creo que podré enviarte toda la información al respecto. Atentamente,

Francis Finn.»

El señor Nutt se quedó un momento absorto, contemplando su bota izquierda; luego gritó con una voz fuerte y totalmente neutra en la que cada sílaba tenía el mismo valor:

—Señorita Barlow, voy a dictarle una carta para el señor Finn; haga el favor de tomar nota:

«Querido Finn:

Creo que es una buena idea; tu artículo deberá llegar aquí en el segundo reparto de correo del sábado. Un saludo.

E. Nutt.»

Pronunció esta elaborada epístola de corrido como si fuera una sola palabra y la señorita Barlow la tecleó igualmente como si fuera una sola palabra. Entonces cogió otra prueba y su lápiz azul y sustituyó la palabra «sobrenatural» por la palabra «maravilloso» y el verbo «derribar» por el de «reprimir».

Actividades tan alegres y sanas como éstas mantuvieron ocupado al señor Nutt hasta el sábado siguiente, en el que se hallaba sentado a la misma mesa, dictando a la misma mecanógrafa y utilizando el mismo lápiz azul para corregir la primera entrega de revelaciones del señor Finn. La introducción contenía una serie de fulminantes invectivas contra los perversos secretos de los príncipes y la desesperación existente entre las más altas instancias de este mundo. Si bien el estilo era violento, el texto estaba redactado en un excelente inglés; pero como de costumbre, el redactor jefe había encargado a un colaborador que lo descompusiera encabezando los párrafos con subtítulos más sensacionalistas del tipo de «Damas nobles y venenos», «La oreja misteriosa», «El reducto de los Eyre», y así sucesivamente hasta realizar una infinidad de acertados cambios. Luego venía la leyenda de la *oreja*, ampliada con relación al relato contenido en la primera carta de Finn y, por último, lo esencial de sus más recientes averiguaciones:

«Ya sé que los periodistas tienen por costumbre contar el final de la historia al principio y llamarlo titular. También sé que el periodismo consiste principalmente en decir “muere lord Jones” a gente que no tenía ni idea de que lord Jones estuviera vivo. El corresponsal abajo firmante piensa que todo esto, al igual que otros muchos hábitos de la profesión, es periodismo de mala calidad; y que el *Daily Reformer* debe actuar de manera ejemplar en este campo. Un servidor se propone ofrecerles el relato de los acontecimientos punto por punto, tal y como se produjeron. Utilizará los nombres auténticos de sus protagonistas, que en la mayoría de los casos están dispuestos a confirmar mi testimonio. En cuanto a los titulares, las afirmaciones sensacionalistas… ya vendrán al final.

Caminaba yo en cierta ocasión por un sendero con servidumbre de paso, que atraviesa un manzanal particular y que parece dirigirse al corazón de la sidra de Devonshire[75], cuando de repente llegué a un lugar muy apropiado para aquel entorno. Era una posada alargada y de una sola planta, que en realidad consistía en una casita y dos graneros, con tejado de paja, de esa paja

que parece una melena marrón y gris de tiempos prehistóricos. Pero de la puerta colgaba un rótulo en el que se leía *El Dragón Azul;* y debajo del rótulo había una de esas mesas alargadas y toscas que se solían ver a la puerta de muchas tabernas inglesas, antes de que entre los defensores de la ley seca y los fabricantes de cerveza nos quedáramos sin libertad. Y en aquella mesa estaban sentados tres caballeros que podían haber vivido en el siglo pasado.

Ahora que los conozco bastante mejor, no tengo problema en distinguirlos uno de otro; pero, en aquel momento, me parecieron tres auténticos fantasmas. La figura dominante, por ser mayor en las tres dimensiones y, además, por estar sentada en el centro de uno de los laterales más largos de la mesa, frente a mí, era un hombre alto y grueso, vestido de negro de los pies a la cabeza, de rostro rubicundo, casi apoplético, que mostraba un entrecejo prácticamente sin un pelo y de gesto adusto. Cuando ahora vuelvo a pensar en él, con más detenimiento, no sabría decir exactamente lo que me dio la impresión de que me hallaba ante un personaje de otros tiempos, a no ser que fuera el estilo anticuado de su corbata blanca de clérigo y los profundos pliegues de su entrecejo.

Todavía más difícil resultaba identificar al hombre que ocupaba el extremo derecho de la mesa, el cual, a decir verdad, era una persona de lo más vulgar y corriente, de cabeza redonda, pelo castaño y una nariz igualmente redonda y respingona, vestido también con un traje negro de clérigo, de corte más severo. Sólo cuando me di cuenta de que había dejado a su lado encima de la mesa un gran sombrero de teja comprendí por qué lo había asociado con algo antiguo. Era un sacerdote católico.

Tal vez la tercera persona que se hallaba en el otro extremo de la mesa fuera la que más justificara mi impresión inicial, aunque físicamente era algo más pequeño y su atuendo menos severo. Sus flacos miembros iban cubiertos, aunque sería más acertado decir enfundados, en unas mangas y calzas grises muy ceñidas; su rostro era alargado, cetrino, aquilino, de mejillas hundidas, encerradas en un cuello y un lazo de corbata a la antigua, que le daban un aspecto todavía más saturnino; y su pelo, que tendría que haber sido castaño oscuro, tenía un extraño color rojizo oscuro que, comparado con el color amarillento de su rostro, estaba más cerca del púrpura que del rojo. Aquel color, tan poco llamativo y, sin embargo, tan fuera de lo común, resultaba todavía más sorprendente porque tenía un aspecto artificialmente vigoroso y rizado y lo llevaba en melena. Pero cuando lo analizo con detalle, me siento inclinado a pensar que lo que me dio aquella impresión de estar ante una escena de otros tiempos fue sencillamente ver sobre la mesa un juego de

copas de vino altas y antiguas, un par de limones y dos largas pipas de arcilla[76]. Y tal vez también la misión tan de otra época que me había llevado hasta aquel lugar.

Avezado como estoy en estas lides del periodismo, y hallándome al parecer en una posada, no me fue necesario hacer mucho acopio de valor para sentarme a aquella larga mesa y pedir una jarra de sidra. El hombre grueso vestido de negro parecía estar muy enterado de todo, y especialmente de acontecimientos pasados acaecidos en la comarca; el hombre bajito y también de negro, aunque hablaba mucho menos, me sorprendió por su cultura todavía más amplia. Así que en seguida hicimos buenas migas; pero el tercer hombre, el caballero de los pantalones ceñidos, mantuvo una actitud distante y desdeñosa hasta que saqué a colación el tema del duque de Exmoor y sus antepasados.

Me dio la impresión de que este asunto incomodaba algo a los otros dos hombres; pero el caso es que logró romper el silencio del tercero. Empezó a hablar con palabra mesurada y el acento propio de un caballero muy educado y, dando de vez en cuando una chupada a su larga pipa, se lanzó a narrarme algunas de las historias más espantosas que jamás he oído: me contó que uno de los Eyre, hace mucho tiempo, ahorcó a su propio padre; y que otro mandó que azotaran a su esposa y la arrastraran por todo el pueblo atada a una carreta; y que otro prendió fuego a una iglesia llena de niños, y así sucesivamente.

La verdad es que algunas de las historias no se pueden publicar; estoy pensando, por ejemplo, en la historia de las Monjas Escarlata, en la abominable historia del Perro Moteado, o en lo que sucedió en la cantera. Toda esta sarta de barbaridades fue saliendo de sus finos y delicados labios con palabras remilgadas, al tiempo que saboreaba a traguitos el vino de su alta copa de cristal fino.

Me di cuenta de que el hombre que estaba sentado enfrente de mí intentaba de alguna manera detenerlo. Pero evidentemente sentía hacia el anciano caballero un gran respeto y no se atrevía a interrumpirle bruscamente. Y el curita que estaba sentado al otro extremo de la mesa, aunque al parecer no se sentía tan incómodo, tenía los ojos clavados en la mesa y parecía escuchar aquel relato con gran dolor, con todo el que podía expresar.

—No parece que le tenga usted mucho cariño a la familia Exmoor —le dije al narrador.

Este se me quedó mirando un momento, con un gesto de la boca todavía delicado, aunque se le veían los labios cada vez más blancos y apretados;

luego, deliberadamente, estrelló la pipa y el vaso contra la mesa y se puso en pie: era la encarnación de un perfecto caballero con el enardecido genio de un demonio.

—Estos caballeros le dirán si tengo o no motivos para sentir cariño por ellos. La maldición de los Eyre de antaño ha pesado mucho por estos parajes y ha causado mucho sufrimiento a la gente que aquí vive. Bien saben ellos que nadie la ha padecido tanto como yo.

Y diciendo estas palabras, aplastó con el tacón un trozo de cristal que había caído al suelo, y echó a andar por entre la verde penumbra de los centelleantes manzanos.

—Qué caballero más extraordinario —les comenté a los otros dos—; ¿saben ustedes por casualidad qué fue lo que le hizo la familia Exmoor? ¿Quién es este anciano?

El hombre grueso de negro me miraba con la expresión desconcertada de un toro espantado; al principio ni siquiera pareció haberme entendido. Por fin, contestó:

—¿Pero es que no sabe usted quién es?

Les confirmé mi ignorancia y se hizo otro silencio; entonces el curita, sin levantar la mirada de la mesa, contestó:

—Es el duque de Exmoor.

Entonces, antes de que pudiera ordenar las ideas en mi mente, añadió con el mismo tono sereno, pero con aire de querer dejar las cosas bien claras:

—Este señor es mi amigo, el doctor Mull, bibliotecario del duque. Yo soy Brown.

—Pero si aquél es el duque, ¿cómo es que maldice así a todos sus antepasados? —exclamé yo.

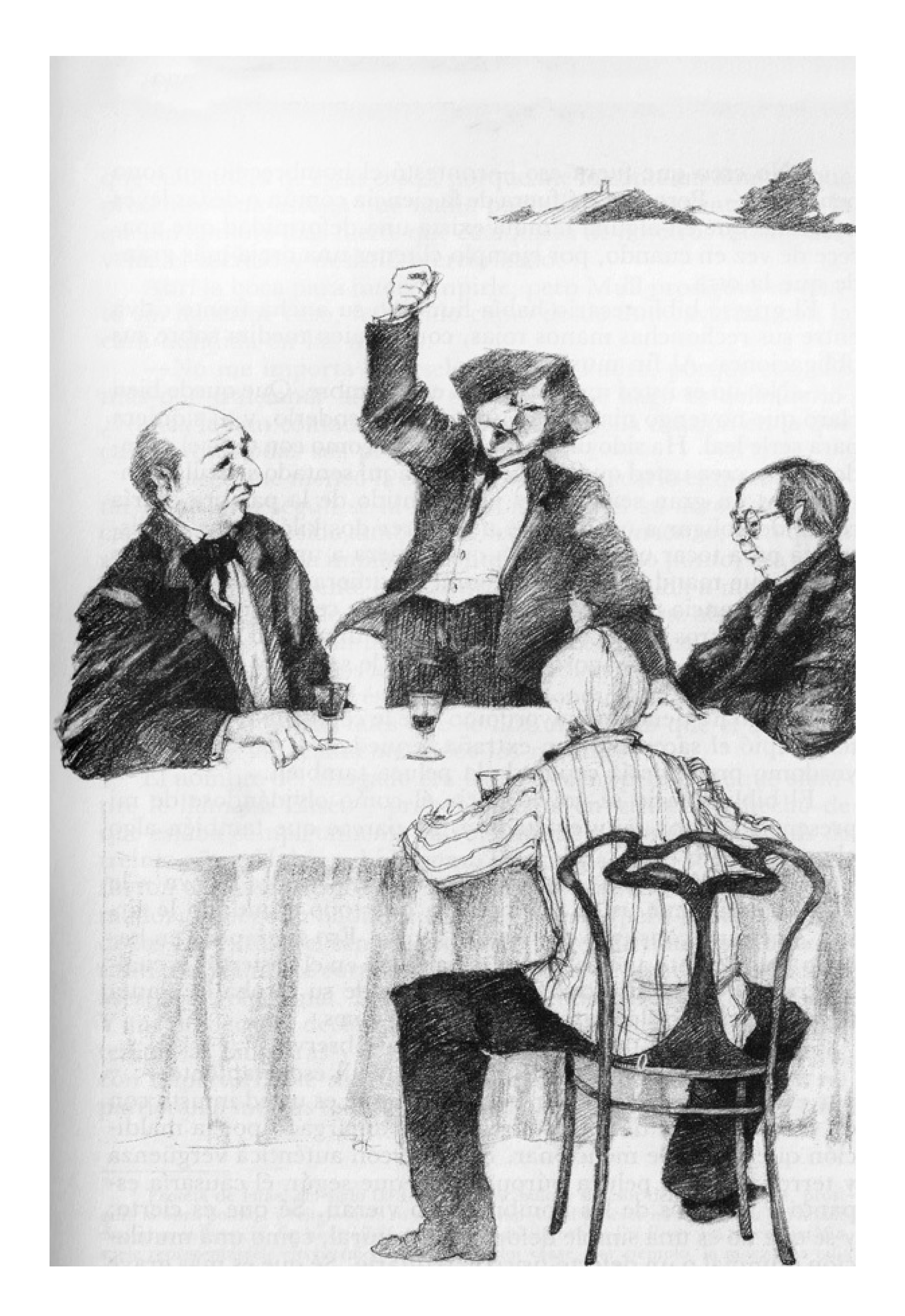
—Al parecer está convencido —contestó el sacerdote llamado Brown—, de que le han echado una maldición.

Después añadió, como sin darle mayor importancia:

—Es la razón por la cual lleva peluca.

Tardé unos instantes en caer en la cuenta de lo que acababa de decir pero al cabo le pregunté:

—¿No se referirá a aquella leyenda sobre la oreja fantástica? He oído hablar de ella, claro, pero desde luego tiene que ser una invención, fruto de la superstición, basada en algún acontecimiento mucho más sencillo. A veces he pensado que podría ser una versión exagerada de uno de esos relatos sobre mutilaciones. En el siglo dieciséis, solían cortarle las orejas a los que habían cometido algún delito.



—No creo que fuera eso —contestó el hombrecillo en tono pensativo—. Pero no está fuera de la ciencia común o de las leyes naturales que en alguna familia exista una deformidad que aparece de vez en cuando, por ejemplo el tener una oreja más grande que la otra.

El grueso bibliotecario había hundido su ancha frente calva entre sus rechonchas manos rojas, como quien medita sobre sus obligaciones. Al fin musitó:

—No, no es usted muy justo con este hombre. Que quede bien claro que no tengo ningún motivo para defenderlo, y ni siquiera para serle leal. Ha sido un tirano conmigo como con todo el mundo. No se crea usted que porque lo vea aquí sentado sencillamente, no es un gran señor en el peor sentido de la palabra. Sería capaz de obligar a un hombre a recorrer dos kilómetros de distancia para tocar una campana que tuviera a un metro de él, lo mismo que mandaría que otro hombre viniera de cinco kilómetros de distancia para alcanzarle una caja de cerillas que estuviera a tres metros de él. Es de los que tiene un criado para que le lleve el bastón, un mayordomo para que le sostenga los anteojos en la ópera…

—Pero no tiene un mayordomo que le cepille la ropa —le interrumpió el sacerdote con extraña sequedad—, porque el mayordomo pretendería cepillarle la peluca también.

El bibliotecario se volvió hacia él como olvidándose de mi presencia; estaba muy exaltado y me parece que también algo alterado por el vino.

—No sé cómo se ha enterado usted de eso, Padre Brown —le dijo—, pero tiene usted razón. Deja que todo el mundo le sirva…, pero no consiente que nadie lo vista. Eso se empeña en hacerlo literalmente a solas, como si estuviera en el desierto. A cualquiera que encuentre cerca de la puerta de su alcoba lo planta de patas en la calle sin más contemplaciones.

—Pues sí que tiene gracia el viejo —observé.

—No, ninguna —replicó el doctor Mull escuetamente—; y por eso precisamente es por lo que digo que es usted injusto con él. Caballeros, el duque está realmente amargado por la maldición que acaba de mencionar. Esconde con auténtica vergüenza y terror bajo esa peluca púrpura algo que según él causaría espanto a los hijos de los hombres si lo vieran. Sé que es cierto; y sé que no es una simple deformidad natural, como una mutilación criminal o un defecto físico hereditario. Sé que es más grave que cualquiera de estas cosas; porque me lo contó un hombre que presenció una escena que nadie podía haberse inventado, en la que un hombre más fuerte que cualquiera de nosotros intentó desvelar el secreto y desistió aterrorizado.

Abrí la boca para interrumpirle, pero Mull prosiguió su relato sin hacerme caso, hablando como desde una caverna, con la cara hundida en las manos.

—No me importa decírselo a usted, Padre, porque con ello más que traicionar al pobre duque lo que hago es defenderlo. ¿Nunca le han contado lo que pasó en aquella ocasión en la que casi perdió todas sus propiedades?

El sacerdote meneó la cabeza y el bibliotecario empezó a contar la historia según se la había contado a él su antecesor en el cargo, que había sido también su benefactor y maestro, y en quien al parecer confiaba implícitamente. Hasta cierto punto, era el relato bastante frecuente de una gran familia venida a menos… el relato de un abogado de familia. Sin embargo, este abogado tuvo la sensatez de engañar honradamente, y con esto está todo dicho. En lugar de utilizar los fondos que le habían confiado, se aprovechó de la falta de interés del duque y condujo a la familia a dificultades económicas tales que se hizo necesario que el duque le dejara manejar realmente todos los recursos.

El nombre del abogado era Isaac Green, pero el duque siempre le llamaba Eliseo[77], probablemente en virtud del hecho de que estaba completamente calvo, aunque no debía tener más de treinta años. Había subido como la espuma, pero sus comienzos fueron un tanto turbios; había empezado siendo «soplón» o informador, y luego se había hecho prestamista; pero como abogado de los Eyre, tuvo el sentido, como les digo, de mantener una actitud técnicamente correcta hasta que se le presentó la ocasión de asestar el golpe final. Dicho golpe se produjo a la hora de cenar. Y mi predecesor decía que nunca se le olvidaría el aspecto que tenían las lámparas y las botellas de vino cuando el abogadito, con imperturbable sonrisa, le propuso al gran señor que se repartieran a medias todas las propiedades. Y lo que sucedió a continuación no carece de importancia; porque el duque, sin pronunciar una sola palabra, estrelló una botella en la calva del abogado con la misma violencia con la que hoy le hemos visto estrellar la copa aquí en el huerto. Dejó una cicatriz triangular en el cráneo del abogado, cuyos ojos se alteraron, aunque no su sonrisa.

Se levantó tambaleándose y le devolvió el golpe con la bajeza propia de las personas de su clase, diciéndole:

—Me alegro de que haya obrado así, porque ahora me puedo quedar con todas las propiedades. La justicia me las otorgará.

Al parecer, Exmoor estaba blanco como la ceniza, pero sus ojos eran dos tizones encendidos:

—La justicia te las concederá, pero no lograrás adueñarte de ellas… ¿Sabes por qué? Porque para mí significaría la ruina y si te atreves a adueñarte de ellas *me quitaré la peluca…* Vamos, desgraciado, todo el mundo puede ver tu cabeza monda y lironda. Pero no hay nadie capaz de seguir viviendo después de haber visto la mía.

Bueno, digan ustedes lo que quieran e interprétenlo como les guste. Pero Mull jura solemnemente que el abogado levantó los puños en gesto desesperado y rabioso y luego salió corriendo de la estancia y no se le volvió a ver jamás por estos parajes; y desde aquel momento a Exmoor se le teme más por sus dotes de brujo que por su condición de terrateniente y magistrado.

El doctor Mull nos hizo este relato con gestos la mar de teatrales y con un apasionamiento que me pareció, cuando menos, no del todo imparcial. A mí no me cabía duda de que probablemente todo el asunto era fruto de la imaginación de un viejo fanfarrón y charlatán. Pero antes de que ponga punto final a esta primera parte de mis averiguaciones, creo que estoy obligado a reconocer que las dos pesquisas que llevo hechas hasta ahora confirman la veracidad del relato del doctor Mull. El viejo boticario del pueblo me contó que en una ocasión, un hombre calvo que llevaba un batín de casa y que dijo llamarse Green, acudió a su establecimiento una noche para que le curase una herida en forma de triángulo que tenía en la frente. Y he leído en las actas judiciales y en viejos periódicos que un tal Green presentó una demanda, cuyo proceso al menos llegó a ponerse en marcha, contra el duque de Exmoor.»

El señor Nutt, del *Daily Reformer,* escribió unas palabras incongruentes en la cabecera del artículo, hizo unas señales misteriosas al pie y al margen del mismo y llamó a la señorita Barlow con su habitual tono de voz fuerte y monótono:

—Voy a dictarle una carta para el señor Finn:

> «Querido Finn:
>
> Tu artículo está bien, pero le meteré algunos titulares; a nuestros lectores no les hará gracia ver a un sacerdote católico implicado en este asunto… ya sabes cómo son los lectores de la clase media. Lo he cambiado como si fuera un tal señor Brown, espiritualista. Un saludo,
>
> E. Nutt.»

Un par de días más tarde, el activo y sensato redactor jefe estaba examinando con sus ojos azules, que cada vez parecían más redondos, la

segunda entrega del relato de intriga en la alta sociedad, cuyo autor era el señor Finn. Comenzaba con estas palabras:

«He hecho un descubrimiento asombroso. Confieso que no tiene nada que ver con lo que esperaba averiguar, y causará un impacto mucho más real en nuestros lectores. Me atrevo a decir, sin el menor atisbo de vanidad, que las palabras que estoy escribiendo se leerán en todos los países de Europa, y desde luego en América y en las colonias. Y, sin embargo, he oído todo lo que les voy a relatar sentado ante esta misma mesa de madera en este mismo huerto de manzanos.

Todo se lo debo al curita Brown; es un hombre extraordinario. El grueso bibliotecario se había levantado de la mesa, tal vez avergonzado por haber hablado demasiado, tal vez preocupado por la irritación con la que se había marchado su misterioso amo: en cualquier caso, siguió pesadamente los pasos del duque y desapareció por entre los árboles. El Padre Brown cogió uno de los limones y estuvo contemplándolo con extraña complacencia.

—¡Qué color tan bonito tienen los limones! —dijo—. Hay una cosa que no me gusta nada de la peluca del duque… es su color.

—Me parece que no le entiendo —le respondí.

—Me atrevería a afirmar que tiene buenas razones para taparse las orejas, como el rey Midas[78] —prosiguió el sacerdote con una sencillez tan simpática que casi resultaba frívola en aquellas circunstancias—. Ya comprendo que es más agradable cubrírselas con pelo que con arandelas de latón u orejeras de cuero. Pero si quiere utilizar pelo, ¿por qué no se pone una peluca que parezca de pelo? Jamás de los jamases ha existido una cabellera de ese color. Parece una nube sobre la que se reflejara el sol poniente en medio del bosque. ¿Por qué no esconde más discretamente la maldición de su familia si en verdad se avergüenza de ella? ¿Quiere que se lo diga? Porque no le da ninguna vergüenza. Está muy orgulloso de la misma.

—Es una peluca muy fea para sentirse orgulloso de ella… y una historia también muy fea.

—Piense usted —replicó aquel curioso hombrecillo— cómo se sentiría usted ante semejante situación. No estoy insinuando que sea usted más esnob[79] o más morboso que cualquiera de nosotros. Pero ¿no le parece a usted que, de algún modo, una auténtica maldición familiar le da a uno cierta categoría? ¿Se sentiría usted avergonzado o más bien un tanto orgulloso si el heredero del crimen del Glamis[80] le considerase a usted su amigo? ¿O si la familia Byron[81] le hubiera confesado a usted, sólo a usted, las perversas aventuras de su estirpe? No juzgue con excesiva dureza a los aristócratas si

demuestran tener la cabeza tan débil como lo serían las nuestras y si hacen gala de un cierto esnobismo respecto a sus propias desventuras.

—¡Santo Cielo! —exclamé—. Tiene usted toda la razón. La familia de mi madre tiene su propia *banshee*[82] y ahora que lo pienso, me ha servido de consuelo en más de un momento de desfallecimiento.

—Y recuerde —prosiguió el sacerdote— el borbotón de sangre y veneno que brotó de sus finos labios en cuanto usted mencionó a sus antepasados. ¿Por qué habría de mostrarle a cualquier desconocido semejante cámara de los horrores a menos que estuviera orgulloso de la misma? No disimula su peluca, ni oculta su sangre, ni la maldición de su familia, ni los crímenes de sus antepasados… *pero…*

El tono de voz del hombrecillo cambió tan de repente, cerró los puños con tanta violencia y sus ojos se pusieron redondos y brillantes como los de una lechuza en estado de vigilia con semejante rapidez que dio la impresión de que se había producido una explosión encima de la mesa.

—Pero —concluyó—, *lo que sí oculta es su aseo personal.*

Yo ya estaba bastante emocionado, pero lo que acabó por ponerme los nervios de punta fue que en aquel mismo instante volvió a aparecer el duque, caminando silenciosamente por entre los centelleantes árboles con tenues pisadas y su melena color crepúsculo; surgió de detrás de la casa acompañado del bibliotecario. Antes de que pudiera oírnos, el Padre Brown añadió sin alterarse:

—¿Por qué oculta ese secreto con la peluca púrpura? Porque no es el tipo de secreto que imaginamos.

El duque se aproximó y volvió a sentarse a la cabecera de la mesa con la dignidad propia de su persona. El bibliotecario, muy apurado, se quedó de pie sobre sus cuartos traseros como si fuera un enorme oso. El duque se dirigió al sacerdote y le dijo muy serio:

—Padre Brown, el doctor Mull me ha comunicado que ha venido usted aquí a presentar una solicitud. Hace tiempo que he dejado de profesar la religión de mis antepasados. Pero en recuerdo de ellos y de la época en que usted y yo nos conocimos, estoy dispuesto a escucharle. Aunque supongo que preferirá hablarme en privado.

Lo que todavía hay de caballeroso en mí hizo que inmediatamente me pusiera en pie. Lo que en mí hay de periodista hizo que no me moviera. Antes de que se me pasara la parálisis, el sacerdote hizo un gesto para que me quedara donde estaba y dijo:

—Si Su Excelencia me permite que haga la petición que pretendo hacerle, o si todavía tengo alguna autoridad para darle un consejo, le recomendaría que estuvieran presentes el mayor número de personas. En toda esta comarca he encontrado cientos de personas, incluso entre mi propio rebaño de feligreses, cuya imaginación está envenenada por la maldición que le ruego a usted que rompa. Ojalá estuviera aquí todo Devonshire para ver cómo lo hace usted.

—¿Cómo hago yo, qué? —preguntó el duque arqueando las cejas.

—Cómo se quita usted la peluca —dijo el Padre Brown.

El duque no movió ni un músculo de su rostro. Pero dirigió al que hacía esta petición una mirada glacial que era la expresión más espantosa que jamás he visto en rostro humano alguno. Me percaté de que las grandes piernas del bibliotecario temblaban como el reflejo de un junco en el agua; y yo no podía apartar de mi pensamiento la sensación de que todos los árboles que nos rodeaban se iban poblando silenciosamente de demonios en lugar de pájaros.

—Le libraré de ello —dijo el duque con voz de compasión nada humana —. Me niego. Si le dejase a usted vislumbrar el más mínimo rastro del horror que tengo que soportar yo solo, caería usted temblando a mis pies y me rogaría que no le enseñase más. Le ahorraré semejante trago. No debe usted pronunciar la primera letra de lo que está escrito en el altar del Dios Desconocido.

—Conozco muy bien al Dios Desconocido —dijo el curita con la grandeza inconsciente de quien está en posesión de una verdad tan grande como una torre de granito—. Conozco su nombre; es Satanás. El verdadero Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Y le digo que dondequiera que haya hombres que se dejen dominar sin más ni más por el misterio, es porque se trata del misterio de la iniquidad. Si el demonio le dice que hay algo tan espantoso que no se puede mirar, mírelo. Y si le dice que hay algo tan terrible que no se puede oír, óigalo. Si cree usted que hay alguna verdad insoportable, sopórtela. Le ruego a Su Excelencia que ponga fin a esta pesadilla aquí y ahora, ante esta mesa.

—Si lo hiciera —prosiguió el duque en voz baja—, usted y todo lo que usted cree, y todo lo que constituye el fundamento de su vida, se tambalearía y perecería. Sólo tendría usted un instante para conocer la Nada inmensa, y luego moriría.

Que la cruz de Cristo se coloque entre mi persona y el mal —dijo el Padre Brown—. Quítese la peluca.

Yo estaba inclinado sobre la mesa, presa de una incontenible emoción; mientras escuchaba un duelo tan extraordinario como aquél, se me pasó por la cabeza una idea y exclamé:

—Su Excelencia, ponga las cartas boca arriba. Quítese la peluca o se la arrancaré yo mismo.

Supongo que corrí el riesgo de que me llevaran ante los tribunales por agresión, pero estoy muy satisfecho de lo que hice. Cuando el duque dijo en aquel mismo tono de voz pétreo «me niego» me abalancé sobre él. Durante tres largos segundos, se debatió entre mis brazos como si el propio infierno hubiera acudido en su ayuda; pero yo le sostuve la cabeza hacia atrás hasta que se le cayó la peluca. He de admitir que, mientras así luchábamos, cerré los ojos cuando vi que se le caía.

Volví a abrirlos cuando oí el grito de Mull, que en aquel momento se encontraba junto al duque. Su cabeza y la mía se inclinaban sobre el pelado cráneo del despelucado duque. Luego el silencio se quebró cuando el bibliotecario exclamó:

—¿Qué significa esto? ¡Pero si este hombre no tiene nada que ocultar! Sus orejas son exactamente iguales que las de cualquiera de nosotros.

—Sí —dijo el Padre Brown—, eso es precisamente lo que tenía que ocultar.

El sacerdote se plantó delante de él, pero curiosamente, ni siquiera echó un vistazo a sus orejas. Clavó los ojos con seriedad casi cómica sobre su frente desnuda y señaló una cicatriz triangular muy antigua pero todavía visible.

—Creo que éste es el señor Green —dijo el sacerdote con toda cortesía—; por lo que se ve, consiguió adueñarse de todas las propiedades.

Y ahora los lectores del *Daily Reformer* me permitirán que les cuente lo que en mi opinión es el hecho más notable de todo este asunto. Esta escena de la transformación que a muchos de ustedes les parecerá tan estrafalaria y efectista como un cuento de *Las mil y una noches,* ha sido desde el principio una acción estrictamente legal y dentro del marco constitucional (excepto mi agresión técnica). El hombre que tiene tan extraña cicatriz y unas orejas normales no es un impostor. Aunque, hasta cierto punto, lleva la peluca de otro hombre y pretende tener la oreja de otro hombre, no ha robado el título nobiliario de otro hombre. Es, en verdad, el único y auténtico duque de Exmoor. Lo que sucedió fue lo siguiente: el duque anterior tenía una ligera malformación en la oreja que era más o menos hereditaria. Ello le causaba un malestar casi patológico. Y es muy probable que lo mencionara como una

especie de maldición durante la violenta escena, que sin duda tuvo lugar, durante la cual golpeó a Green con la botella de vino. Pero el enfrentamiento terminó de manera muy diferente. Green le puso pleito y consiguió las propiedades del noble, el cual, al verse arruinado, se pegó un tiro; murió sin descendencia. Tras un período de tiempo razonable, el maravilloso Gobierno inglés resucitó el título «extinto» de Exmoor y se lo otorgó, como suele suceder, a la persona más importante, la persona que ya era dueña de las propiedades.

Este hombre ha utilizado las antiguas leyendas feudales… es probable que a un *snob* como él le parecieran envidiables y admirables. Y de este modo consiguió que miles de pobres ingleses temblaran ante un misterioso jefe con un destino ancestral y una diadema de estrellas perversas… cuando realmente lo que hacían era temblar ante un golfo que, hace tan sólo doce años, no era más que un picapleitos y un usurero. Creo que éste es un caso muy típico por el que debemos luchar contra nuestra aristocracia tal y como es, y tal y como seguirá siendo hasta que Dios nos envíe hombres de más valía.

El señor Nutt puso el manuscrito encima de la mesa y llamó con desusada urgencia a su secretaria:

—Señorita Barlow, voy a dictarle una carta para el señor Finn; por favor, tome nota:

> «Querido Finn:
>
> Te has vuelto loco; esto no hay por dónde cogerlo. Lo que quería eran historias de vampiros y de los malos tiempos pasados y de aristócratas del bracete de la superstición. Eso es lo que le gusta a la gente. Pero de sobra sabes que los Exmoor nunca nos perdonarían esto. ¡Y figúrate cómo se pondrían los nuestros! Vamos, si el propio sir Simon es amigo íntimo de Exmoor; y el artículo arruinaría al primo de los Eyre que se presenta por nuestro partido en Bradford. Además, bastante berrinche cogió el viejo Soap-Suds[83] cuando vio que no le concedían el título el año pasado; me despediría por telegrama si por culpa de un disparate como éste lo perdiera definitivamente. ¿Y qué me dices de Duffey? Nos está escribiendo unos artículos sensacionales sobre “El talón de los normandos”. ¿Cómo va a poder escribir sobre los normandos si el bueno de Exmoor no es más que un vulgar abogado? Tienes que comprenderlo. Un saludo,
>
> E. Nutt.»

La señorita Barlow se puso a teclear muy entusiasmada y el redactor estrujó el artículo entre sus dedos y lo tiró a la papelera. Pero antes de hacerlo, tachó, automáticamente y por pura deformación profesional, la palabra «Dios» y puso la palabra «circunstancias».

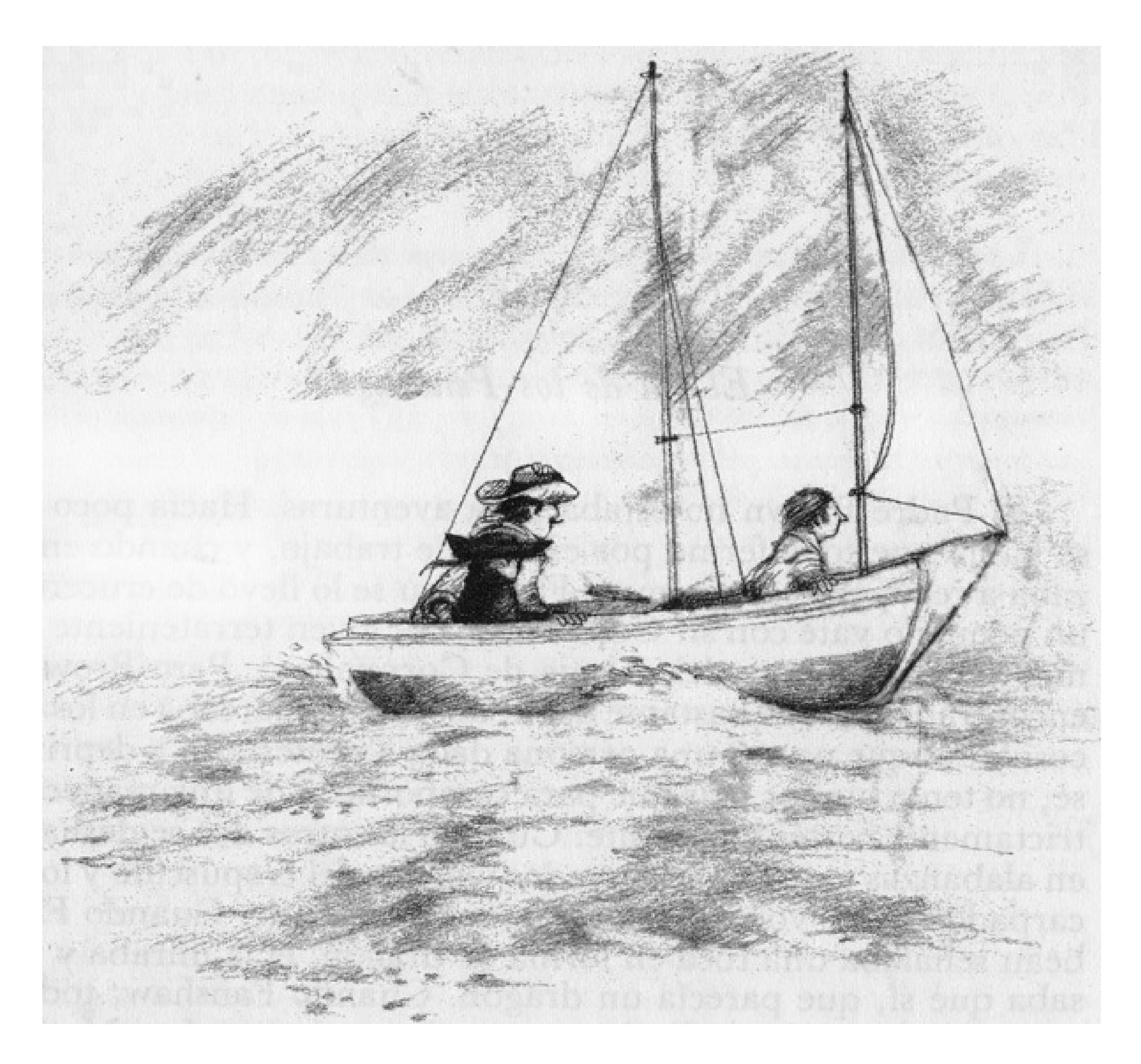
VIII

El fin de los Pendragon

El Padre Brown no estaba para aventuras. Hacía poco que se había puesto enfermo por exceso de trabajo, y cuando empezaba a recuperarse, su amigo Flambeau se lo llevó de crucero en un pequeño yate con sir Cecil Fanshaw, joven terrateniente córnico y gran amante del paisaje de Cornualles[84]. Pero Brown se encontraba todavía bastante débil; además se mareaba en los barcos; y aunque no era una persona dada a protestar o a deprimirse, no tenía humor más que para comportarse de una manera estrictamente cortés y paciente. Cuando los otros dos se deshacían en alabanzas ante los desgarrados violetas del crepúsculo y los escarpados riscos volcánicos, se limitaba a asentir. Cuando Flambeau señalaba una roca en forma de dragón, él la miraba y pensaba que sí, que parecía un dragón. Cuando Fanshaw, todavía más entusiasmado, indicaba una roca que se parecía a Merlin[85], él la miraba y hacía un gesto de asentimiento. Cuando Flambeau le preguntó si no le recordaba aquella puerta rocosa del serpenteante río la puerta del país de las hadas, él dijo:

—Sí.

Oía las cosas más importantes y las más triviales con el mismo ensimismamiento indiferente. Oyó que la costa significaba la muerte para cualquiera que no fuera un avezado marinero; también oyó que el gato del barco se había quedado dormido.



Oyó que Fanshaw no podía encontrar su boquilla por ninguna parte; también oyó al piloto que anunciaba como un oráculo:

—Si hay dos ojos avizor, no hay temor; si un ojo empieza a guiñar, húndese en el mar.

Oyó que Flambeau le decía a Fanshaw que sin duda alguna esto significaba que el piloto debía mantener los dos ojos bien abiertos y alerta. Y oyó que Fanshaw le decía a Flambeau que, curiosamente, no significaba esto: significaba que mientras siguieran viendo dos faros de la costa, uno más cercano y el otro más alejado, pero a la misma altura, se encontraban en la corriente adecuada del canal; pero si una luz quedaba oculta detrás de la otra, es que se iban a estrellar contra las rocas. Oyó que Fanshaw decía que en su tierra abundaban las leyendas y dichos de este tipo; era la cuna de la aventura romántica; incluso defendía esta parte de Cornualles contra Devonshire, alegando que se merecía los laureles de los navegantes de tiempos de la reina Isabel. Según él, comparado con los capitanes que habían salido de aquellas

ensenadas e isletas, Drake[86] era prácticamente un marinero de agua dulce. Oyó que Flambeau se echaba a reír y le preguntaba si es que acaso el atrevido grito de «¡Rumbo Oeste!» sólo significaba que todos los hombres de Devonshire deseaban poder vivir en Cornualles. Oyó que Fanshaw decía que tampoco era para ponerse así; que los capitanes cómicos no sólo habían sido héroes sino que todavía hoy lo seguían siendo: que cerca del lugar donde se encontraban vivía un viejo almirante ya jubilado, con muchas cicatrices ganadas en emocionantes viajes repletos de aventuras; y que dicho almirante había descubierto en su juventud el último archipiélago de ocho islas del Pacífico que se añadiera al mapa del mundo. El tal Cecil Fanshaw era el tipo de persona que habitualmente provoca un entusiasmo primario pero agradable; era un hombre muy joven, rubicundo, de pelo claro y rotundo perfil; tenía el carácter algo fanfarrón propio de un muchacho, junto a una delicadeza de aspecto y color que resultaba casi femenina. Los anchos hombros, las cejas negras y el negro porte a lo mosquetero de Flambeau contrastaban enormemente con él.

Brown oía y veía todas estas nimiedades; pero las oía como oye un hombre cansado una cancioncilla en el ritmo de las ruedas del tren o como ve un hombre enfermo el dibujo repetido del papel de las paredes de su habitación. Nadie puede calcular cuántos cambios de humor se producen durante la convalecencia: pero seguramente la depresión del Padre Brown tenía mucho que ver con su falta de familiaridad con el mar. Porque cuando la desembocadura del río se fue estrechando como el cuello de una botella, y el agua se fue calmando y el aire se hizo tibio y terrestre, dio la impresión de que el sacerdote se despertaba y tomaba conciencia de lo que lo rodeaba, como si fuera un bebé. Esto sucedía poco después de ponerse el sol, momento en el que el aire y el agua están llenos de luz, pero en comparación la tierra y todas las cosas que en ella crecen se ven casi negras. Aquella tarde, sin embargo, había un ambiente algo especial. La atmósfera tenía ese aspecto extraño que presenta a veces, y en el que nos parece que han corrido el cristal ahumado que normalmente se levanta entre nosotros y la Naturaleza; de modo que, en días así, incluso los colores más oscuros resultan más hermosos que los colores vivos en días más nublados. La tierra hollada de las riberas y las oscuras turbas de las charcas no se veían de un tono pardusco, sino umbrío, resplandeciente, y los oscuros bosques mecidos por la brisa no tenían el habitual tono azul indefinido que se pierde en la profundidad o en la distancia, sino que parecían masas de flores de violeta intenso, agitadas por el viento. Esta claridad e intensidad mágicas de los colores resultaba aún más intensa

para los sentidos de Brown, que iban reviviendo poco a poco debido a cierto tinte romántico e incluso secreto que tenían los propios accidentes del paisaje.

El río era todavía lo suficientemente ancho y profundo para un barco de recreo tan pequeño como en el que ellos navegaban; pero las curvas del paisaje que los rodeaba hacían pensar que su lecho se iba cerrando por ambas riberas; daba la impresión de que los bosques intentaban crear, sin acabar de conseguirlo, puentes colgantes con las ramas de los árboles, como si el barco fuera pasando del ambiente romántico de un valle al de una hondonada y luego al supremo misterio de un túnel. Aparte de la simple contemplación de lo que tenía a su alrededor, había poco tema para alimentar la imaginación de Brown que empezaba a despertar; no vio ningún ser humano excepto unos gitanos que caminaban por la ribera del río, cargados de haces de leña y mimbres que habían cortado en el bosque; y una figura que ya no resultaba sorprendente, pero que en aquel lugar tan remoto todavía llamaba la atención: una señora de cabello oscuro, con la cabeza descubierta, y que iba sola remando en una canoa. Si el Padre Brown llegó a fijarse en algunos de estos personajes, no cabe duda de que se olvidó de ellos en la siguiente curva del río, que puso ante sus ojos un objeto singular.

El agua parecía ensancharse y abrirse, y en su superficie se veía incrustada la oscura cuña de un islote en forma de pez y poblado de árboles. A la velocidad a la que se desplazaban, daba la impresión de que la isla avanzaba hacia ellos como un barco; un barco con una proa muy alta o, para ser más exactos, con una chimenea muy alta. En efecto, en el punto que les quedaba más próximo, se veía un extraño edificio, que no se asemejaba a nada que pudieran recordar o relacionar con finalidad alguna. La verdad es que no era excesivamente alto, aunque sí lo era con relación a su base, por lo que sólo podría haberse identificado con una torre. Sin embargo, estaba construido enteramente en madera y de una forma totalmente irregular y exocéntrica. Algunos de los tablones y vigas eran de madera de roble bien seca y de buena calidad; pero otras de aquellas piezas de madera habían sido recientemente cortadas y tenían un aspecto algo tosco; había también tablas de madera de pino blanco, muchas de las cuales habían sido teñidas de negro con brea. Estos listones negros estaban clavados y entrecruzados en diversos ángulos, dándole a aquella estructura un aspecto de lo más desordenado y extraño. Se veían un par de ventanas, pintadas y con cristales emplomados, de estilo antiguo pero bastante recargado. Nuestros viajeros se quedaron mirando el edificio con esa paradójica impresión que tenemos cuando estamos ante algo

que nos recuerda algo, aunque seamos conscientes de que ambas cosas son completamente diferentes.

Incluso cuando se sentía desconcertado, el Padre Brown tenía la suficiente clarividencia como para poder analizar su propio desconcierto. De modo que se encontró reflexionando sobre ello y llegó a la conclusión de que la peculiaridad de lo que tenía delante consistía en tener una forma especial y estar construido con un material incongruente; como si se hiciera un sombrero de hojalata, o una levita de tela escocesa. Estaba convencido de que había visto anteriormente en alguna parte vigas de madera de diferentes tintes dispuestas de aquel mismo modo, pero nunca con aquellas dimensiones arquitectónicas. Al cabo de un momento, echó un vistazo por entre los oscuros árboles, vio todo lo que quería saber y se echó a reír. En un punto en el que las ramas eran menos densas, apareció por un momento una de esas antiguas casas de madera con vigas de madera negra en la fachada, que se encuentran de vez en cuando en Inglaterra, aunque la mayor parte de nosotros las conocemos a través de alguna obra de teatro ambientada en lo que suele llamarse «el viejo Londres» o «la Inglaterra de Shakespeare»[87]. Aunque el sacerdote sólo alcanzó a ver la casa unos segundos, pudo darse cuenta de que, a pesar de su estilo anticuado, se trataba al parecer de una casa de campo confortable y bien cuidada, con arriates de flores a la entrada. Carecía por completo del aspecto abigarrado y absurdo de la torre, la cual daba la impresión de que la habían construido con los materiales sobrantes al levantar la casa.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Flambeau, con la vista todavía clavada en la torre.

Fanshaw tenía los ojos resplandecientes y habló en este tono triunfal:

—¡Ajá! Ya me supongo que jamás habrá visto un lugar como éste; por eso le he traído hasta aquí, amigo mío. Usted verá si exagero cuando le hablo de los marineros de Cornualles. Este lugar pertenece al viejo Pendragon, a quien llamamos el «Almirante», aunque se jubiló antes de alcanzar esta graduación. Para las gentes de Devon, el espíritu de Raleigh y Hawkins[88] vive tan sólo en el recuerdo, pero para los Pendragon es todo muy actual. Si la reina Isabel se levantara de su tumba y llegara hasta este río en su barcaza dorada, la recibiría el «Almirante» en una casa igualita a las casas de su época, con los mismos rincones y ventanas, con los mismos paneles en la pared y la misma vajilla en la mesa. Y se encontraría a un capitán inglés que seguiría hablando apasionadamente de las tierras vírgenes que se podían descubrir navegando en

pequeñas embarcaciones, como si Su Majestad estuviera comiendo con el mismísimo Drake.

—Encontraría una cosa extraña en el jardín —dijo el Padre Brown— que no agradaría a su estética renacentista. La arquitectura civil isabelina es encantadora, dentro de su estilo; pero va contra todos sus principios el descomponerla en torrecillas.

—Y sin embargo —le respondió Fanshaw—, ésta es la parte más romántica e isabelina de todo este asunto. Los Pendragon la construyeron en la época de las guerras contra España; y aunque hubo que hacerle algunos arreglos y prácticamente reconstruirla por otro motivo, siempre se hizo al estilo antiguo. Cuentan que la esposa de sir Peter Pendragon construyó este edificio con la altura que tiene porque desde la parte superior se puede ver el cabo que doblan los navíos para entrar en la desembocadura del río; y ella quería ser la primera que pudiera divisar el barco de su esposo cuando regresase a casa desde el Caribe.

—¿Cuál es ese otro motivo por el cual dice usted que hubo que reconstruirla? —preguntó el Padre Brown.

—Bueno, también sobre esto cuentan una historia muy curiosa —dijo entusiasmado el joven caballero—. Están ustedes en un país en que abundan las leyendas de este tipo. Aquí vivió el rey Arturo y Merlin y las hadas antes que él. Dicen que sir Peter Pendragon, el cual, me temo, tenía algunos de los defectos de los piratas, además de las virtudes de los marineros, traía consigo a tres caballeros españoles en honroso cautiverio, con la intención de darles escolta hasta la corte de la reina Isabel. Pero era un hombre de carácter apasionado y violento y, en determinado momento, surgió un altercado entre él y uno de los españoles al cual agarró por el cuello y, no sé si por accidente o intencionadamente, lo tiró por la borda. El segundo español, que era hermano del primero, desenvainó inmediatamente su espada y se abalanzó sobre Pendragon, y tras un breve pero encarnizado enfrentamiento en el cual ambos recibieron tres heridas en otros tantos minutos, Pendragon atravesó con su espada el cuerpo de su contrincante, acabando de este modo con la vida del segundo español. Por aquel entonces, el barco ya se había adentrado por la desembocadura del río y se hallaba en aguas relativamente poco profundas. El tercer español saltó por la borda, echó a nadar hacia la orilla y al poco tiempo pudo ponerse en pie con el agua hasta la cintura. Entonces se volvió hacia la nave y, levantando ambos brazos hacia el cielo, como un profeta que anunciara las plagas que habría de sufrir una ciudad llena de pecadores, le gritó a Pendragon con voz penetrante y amenazadora que él había logrado

salir con vida, que seguiría vivo y que viviría eternamente; y que generación tras generación, aunque los Pendragon nunca pudieran verlo ni a él ni a nadie de los suyos, tendrían pruebas manifiestas de que tanto él como su venganza seguían estando vivos. Dicho lo cual se sumergió bajo las aguas y no sabemos si se ahogó o si pudo ir buceando un gran trecho, pues jamás volvió a verse ni un solo pelo de su cabeza.

—Allí está otra vez la joven de la canoa —dijo Flambeau sin venir a cuento, pues las mujeres atractivas y jóvenes le distraían de cualquier asunto—. Parece que también a ella le intriga esa extraña torre tanto como a nosotros.

Lo cierto es que la joven de negra melena había dejado que la canoa se deslizara lenta y silenciosamente a lo largo del extraño islote; y tenía la mirada fija en la extraña torre, con gesto de gran curiosidad en su rostro ovalado y de color cetrino.

—Déjese de chicas —dijo Fanshaw impaciente—; lo que sobran son mujeres en el mundo, pero torres como la de Pendragon no se ven a menudo. Como pueden suponer la maldición del español ha dado lugar a un montón de supersticiones y escándalos; y sin duda alguna, como se imaginarán, la credulidad de los campesinos achaca a este motivo cualquier accidente que le suceda a algún miembro de esta familia. Pero lo que es absolutamente cierto es que la torre ha ardido dos o tres veces; y no se puede decir que la familia tenga suerte, pues creo que dos parientes del «Almirante» murieron en sendos naufragios y, al menos uno, según tengo entendido, prácticamente en el mismo lugar en el que sir Peter tiró al español por la borda.

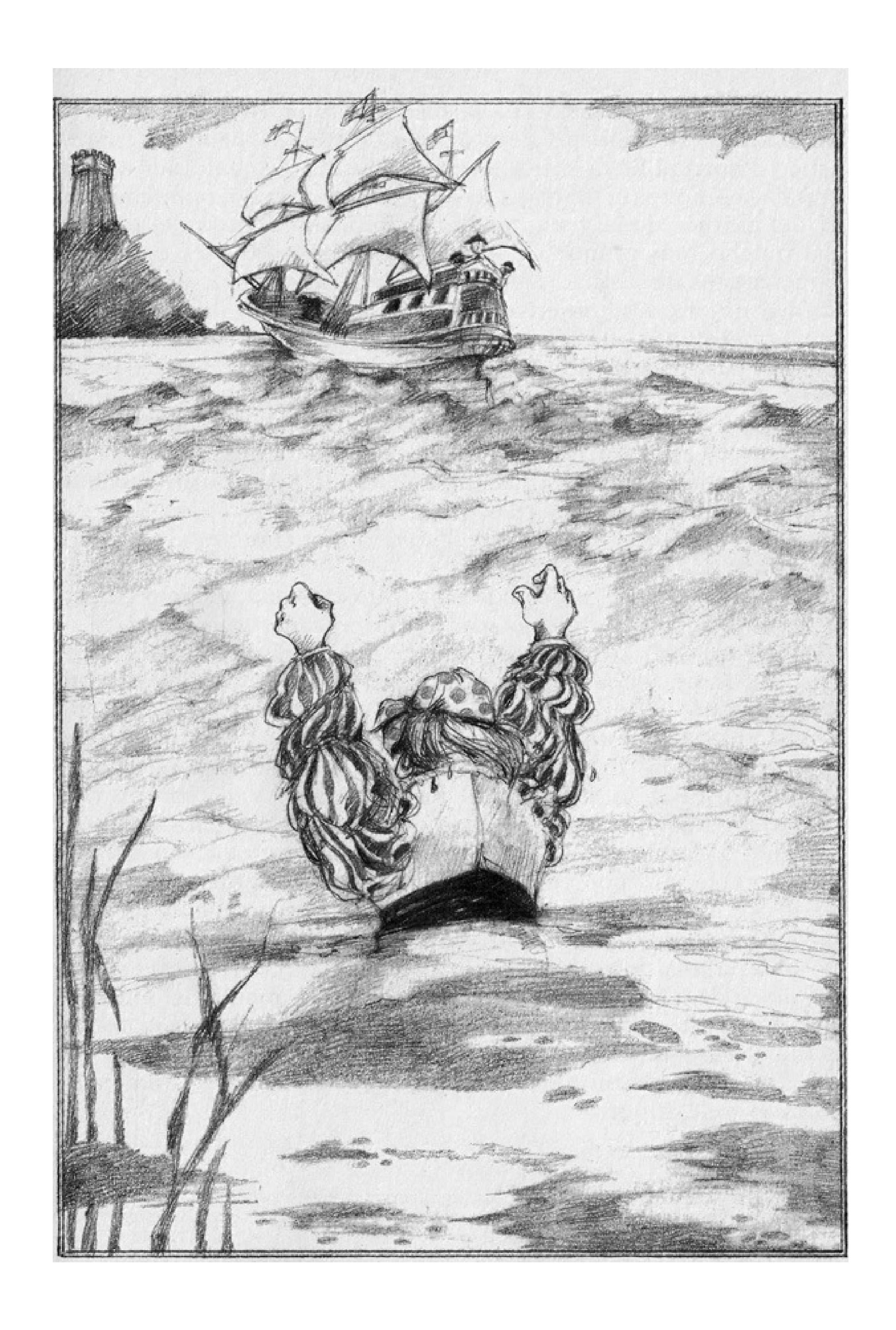
—¡Qué lástima! —exclamó Flambeau—. Ya se va la joven.

—¿Cuándo le contó su amigo el «Almirante» esta historia de su familia? —preguntó el Padre Brown, al tiempo que la joven se alejaba remando sin mostrar la menor intención de ampliar el objeto de su interés de la torre al yate, que Fanshaw ya había situado junto a la isla.

—Hace muchos años —contestó Fanshaw—. Hace ya tiempo que no navega, aunque sigue tan enamorado del mar como siempre. Creo que hay un pacto de familia, o algo por el estilo. Bueno, ya podemos atracar; bajaremos a tierra e iremos a ver al viejo.

Desembarcaron con él en la isla y lo siguieron hasta la torre; el Padre Brown, bien fuera porque se encontraba en tierra firme o porque desde la otra ribera del río había visto algo que le llamó la atención (y que estuvo mirando fijamente durante unos segundos), había recuperado al parecer su natural viveza. Se adentraron por una avenida boscosa bordeada por dos vallas de

tablas agrisadas, como las que se suelen ver en los parques o jardines, y por encima de las cuales las ramas oscuras de los árboles se agitaban como las plumas negras y púrpura que coronan el carruaje fúnebre de un gigante. Al pasar junto a la torre, ésta les pareció aún más incongruente, porque estas entradas suelen estar flanqueadas por dos torres;



y como sólo había una, tuvieron una sensación de desequilibrio. Pero aparte de eso, la avenida tenía el aspecto normal de la entrada a la propiedad de cualquier aristócrata; y como tenía un trazado muy curvo y la casa quedaba fuera del alcance de la vista, les dio la impresión de que el parque era mucho más grande de lo que hubiera podido ser dadas las dimensiones de la isla. Tal vez debido a su cansancio, el Padre Brown no era muy objetivo; el hecho es que casi llegó a pensar que aquel sitio se iba haciendo cada vez más grande, como suele suceder cuando tenemos una pesadilla. En cualquier caso, lo único que caracterizaba su paseo era una monotonía mística, hasta que de repente Fanshaw se detuvo y les indicó algo que sobresalía por encima de la valla gris… Algo que en un principio les pareció el cuerno aprisionado de un animal. Cuando lo miraron con más detenimiento vieron que se trataba de la hoja ligeramente curvada de un arma metálica que brillaba tenuemente bajo la luz crepuscular.

Flambeau, que como todos los franceses había sido soldado, se inclinó sobre ella y dijo con tono de gran sorpresa:

—¡Anda, si es un sable! Y me parece que sé de qué tipo: de peso y curvado, pero más corto que el de caballería; solían utilizarlos en artillería y el…

Mientras pronunciaba estas palabras, la hoja se arrancó de la hendidura que había hecho y volvió a clavarse con un tajo más profundo, rajando de arriba abajo la fisípara[89] valla con un crujido seco. Luego se volvió a arrancar, destelleó un momento por encima de la valla, y la rajó de nuevo de un tajo un poco más allá; forcejeó un poco para poder arrancarse (esfuerzo acompañado por algunas blasfemias en la oscuridad) y se volvió a hundir en la madera que abrió de arriba abajo de un segundo tajo. Luego una patada de endemoniada energía lanzó por el aire el cuadrado de delgada madera que vino a parar en medio del sendero, dejando al descubierto un gran hueco por el que se veía el oscuro ramaje del sotobosque.

Fanshaw se asomó por la oscura abertura y lanzó una exclamación de estupor:

—¡Mi querido «Almirante»! ¿Se dedica usted…, ejem,… se dedica usted a abrir una nueva puerta cada vez que sale a dar un paseo?

La voz que se oía en la oscuridad volvió a lanzar un juramento y luego soltó una alegre carcajada:

—No, la verdad es que tengo que cortar esta valla, que me está estropeando las plantas, y aquí no hay nadie más que yo que pueda hacerlo.

Déjeme que corte otro trozo por la entrada principal y ya salgo a darles la bienvenida.

Y a continuación volvió a empuñar el arma, asestó con ella un par de tajos y desgajó un trozo de madera parecido al anterior, con lo cual la abertura alcanzó unas dimensiones de unos cuatro metros. Luego salió por aquella gran puerta abierta en el bosque y apareció en la luz crepuscular, con una astilla de madera gris clavada en la hoja de la espada.

De momento tuvieron la impresión de que coincidía punto por punto con la descripción que Fanshaw les había dado de un viejo almirante pirata, aunque luego los detalles fueron descomponiéndose en accidentes. Por ejemplo, llevaba un sombrero de ala ancha para protegerse del sol; se había levantado la parte delantera hacia el cielo y se había bajado las laterales cubriéndose completamente las orejas, con lo que el sombrero se le quedaba plantado sobre la frente como una media luna y recordaba el sombrero de tres picos que llevaba Nelson[90]. Llevaba puesta una chaqueta azul marino corriente, con botones de lo más corriente también; pero combinada con unos pantalones de lino blanco, le daba un aspecto algo marinero. Era alto y desgarbado, y caminaba con una especie de bamboleo que no era exactamente el balanceo del marino, pero en cierto modo lo recordaba; y llevaba en la mano un sable corto parecido a un machete marinero, pero el doble de grande. Bajo el puente del sombrero, su aquilino rostro parecía aún más vehemente, sobre todo porque, además de estar perfectamente afeitado, carecía por completo de cejas. Daba casi la impresión de que había perdido todo el vello del rostro a fuerza de llevarlo en proa al abrirse paso por entre un cúmulo de elementos. Tenía los ojos saltones y una mirada penetrante. Su tez era de color extrañamente atractivo, en parte tropical; recordaba vagamente el de una naranja sanguina. Es decir que si bien era rubicundo, tenía también un tono amarillo que no era enfermizo, sino que más bien parecía el resplandor de las manzanas doradas de las Hespérides[91]. El Padre Brown pensó que nunca había visto un tipo que encarnara más adecuadamente todas las leyendas de los países del Sol.

Cuando Fanshaw hubo presentado a sus amigos a su huésped, volvió a tomarle el pelo a este último sobre su manera de destruir la valla y su supuesto ataque de irreverencia. En un primer momento, el «Almirante» intentó esquivar el golpe alegando que era una tarea necesaria aunque enojosa que tenía que realizar en el jardín; pero al fin acabó echándose a reír con ganas, al tiempo que exclamaba con una mezcla de impaciencia y buen humor:

—Bueno, tal vez me entregue a esta tarea con excesivo celo, pero lo cierto es que siento una especie de placer destruyendo cosas. A ustedes les pasaría lo mismo si su único placer consistiera en hacerse a la mar en busca de nuevas islas caníbales y, en cambio, tuvieran que quedarse en este jardín de rocas lleno de barro, en medio de esta especie de estanque rústico. Cuando pienso que logré abrirme paso por más de tres kilómetros de ponzoñosa selva virgen con un viejo machete la mitad de afilado que éste; pero luego recuerdo que tengo que quedarme aquí y dedicarme a hacer astillas, por culpa de un maldito y viejo pacto garabateado en una Biblia de la familia, y entonces yo…

Volvió a alzar la pesada hoja de metal, y esta vez partió de un solo golpe la valla de madera de arriba abajo.

—Así es como me siento —dijo riendo, al tiempo que arrojaba furiosamente la espada a unos cuantos metros camino abajo—; y ahora subamos a casa para que puedan ustedes cenar algo.

Tres lechos circulares de flores, uno de tulipanes rojos, otro de tulipanes amarillos y el tercero de unas flores blancas de aspecto céreo, que ningún visitante conocía y que tomaron por alguna especie exótica, lucían abigarradamente en el semicírculo de césped que se hallaba frente a la casa. Un robusto jardinero muy velludo y de aspecto hosco estaba colgando un pesado rollo de manguera. Los últimos jirones de crepúsculo, que parecían aferrarse a las esquinas de la casa, reflejaban de trecho en trecho los colores de otros lechos de flores más lejanos; y en un claro que había a un lado de la casa y que daba sobre el agua del río, se veía un alto trípode de latón que sostenía un gran telescopio dispuesto en ángulo. En lo alto de la escalera del porche había un pequeño velador pintado de verde, como si alguien acabase de merendar allí. La entrada estaba flanqueada por dos toscas estatuas de piedra con agujeros que representaban los ojos y que al parecer eran ídolos de los mares del Sur; y en la gran viga de roble del dintel de la puerta se veían unas extrañas inscripciones que parecían signos casi bárbaros.

Cuando iban a entrar en la casa, el curita se subió de repente a la mesa y, de pie en ella, se quedó contemplando abiertamente, con las gafas caladas, las inscripciones del dintel. El «Almirante» Pendragon se quedó muy sorprendido, aunque no pareció molestarse especialmente por ello; pero a Fanshaw le hizo tanta gracia ver al sacerdote así, como si fuera un enanito actuando sobre una banqueta, que no pudo evitar soltar la carcajada. Pero el Padre Brown no se daba cuenta ni de la risa del uno, ni de la sorpresa del otro.

Estaba contemplando tres símbolos grabados que, aunque muy desgastados y oscuros, tenían al parecer cierto sentido para él. El primero le recordaba el perfil exterior de una torre o edificio por el estilo, coronado por algo así como unas cintas terminadas en espiral. El segundo era más claro: una antigua galera isabelina sobre decorativas olas, pero interrumpida en el medio por una extraña roca dentada, que tal vez fuera un defecto de la madera, o una representación convencional de que la nave estaba haciendo agua. El tercero representaba el torso de una figura humana que se terminaba en una línea ondulada como las olas; tenía el rostro borroso y sin rasgos, y los brazos muy tiesos levantados en el aire.

—Bueno —murmuró el Padre Brown parpadeando—, aquí está con todo detalle la leyenda del español. Está con los brazos en alto lanzando su maldición en medio del mar; y aquí están las dos maldiciones: el barco que naufraga y la torre de Pendragon incendiada.

Pendragon meneó la cabeza con venerable regocijo y dijo:

—¿Y cuántas otras cosas puede también significar? ¿No sabe usted que esa especie de medio hombre, como el medio león o el medio venado, es bastante común en heráldica? Esa línea que atraviesa el barco también podría ser una línea *partida por palo,* de las que según creo se denominan *dentadas.* Y aunque la tercera cosa no es tan heráldica, lo sería más si supusiéramos que es una torre coronada por laurel, en vez de fuego; y ciertamente es eso lo que parece.

—Pero parece un poco raro que coincida punto por punto con la antigua leyenda —comentó Flambeau.

—Ah —contestó el escéptico viajero—, pero habría que saber hasta qué punto la antigua leyenda puede haber sido inventada a partir de estas antiguas figuras. Además, no es la única leyenda que existe. Nuestro amigo Fanshaw, tan aficionado a este tipo de cosas, les dirá que existen otras tres versiones de este cuento, a cual más horripilante. Una de ellas relata que mi desgraciado antepasado cortó en dos al español; y eso también estaría en consonancia con el dibujo. Otra reconoce a nuestra familia el honor de poseer una torre llena de serpientes, lo cual explicaría aquellas cosillas de retorcidas formas. Y una tercera teoría supone que la línea quebrada del barco es una representación convencional del rayo; pero si se examina un poco más profundamente, este detalle bastaría para demostrar el escaso fundamento de todas estas desafortunadas coincidencias.

—¿Por qué? ¿A qué se refiere? —preguntó Fanshaw.

—Resulta que en los dos o tres naufragios sufridos por miembros de mi familia y de los que yo tengo noticia, no hubo ni rayos ni truenos.

—¡Oh! —exclamó el Padre Brown, que saltó de la mesita al suelo.

Hubo otro silencio en el cual pudieron oír el incesante murmullo del río; entonces Fanshaw, con tono indeciso y tal vez algo decepcionado, preguntó:

—¿Entonces piensa usted que no hay nada de cierto en las historias sobre la torre en llamas?

—Son historias, por supuesto —dijo el «Almirante» encogiéndose de hombros—, aunque no les negaré que algunas de ellas puedan basarse en testimonios tan irrefutables como los que suelen existir en este tipo de cuestiones. Ya sabe usted, un día alguien que regresaba a casa por el bosque vio un incendio por esta zona; o un pastor que cuidaba sus ovejas en las colinas en la otra orilla creyó ver una llama ondeando sobre la torre de los Pendragon. ¡Aunque ya me dirán si esta maldita isla, que es un puro barrizal, es el lugar más adecuado para pensar que aquí se pueda producir un incendio!

—¿Y qué es aquel fuego que se ve allá enfrente? —le interrumpió el Padre Brown con toda cortesía, señalando el bosque de la ribera izquierda.

Este comentario les pilló de sorpresa y Fanshaw, que tenía tanta imaginación, fue el que más tardó en recuperar su aplomo: a lo lejos se veía una fina columna de humo azul que se elevaba en silencio en el último claror de luz crepuscular. Entonces Pendragon volvió a estallar en una burlona carcajada y dijo:

—¡Los gitanos! Llevan cosa de una semana acampados allí. Señores, ya es hora de que pasen a cenar.

Y dio media vuelta como para entrar en la casa.

Pero la ancestral superstición de Fanshaw estaba al acecho y le dijo precipitadamente:

—Pero «Almirante» ¿qué es esa especie de silbido que se oye tan cerca de la isla? Parece fuego.

—Parece lo que en realidad es —dijo el «Almirante» con una carcajada, mientras entraba en casa seguido de sus invitados—; no es más que una canoa que pasa por aquí cerca.

Casi al tiempo que pronunciaba estas palabras, el mayordomo, un hombre enjuto, vestido de negro, con pelo negrísimo y un rostro largo y amarillento, apareció en la puerta y les anunció que la cena estaba servida.

El comedor tenía todo el aspecto náutico de un camarote de barco; pero con un estilo más próximo al de un capitán moderno y no a uno de la época isabelina. Desde luego no faltaban tres machetes antiguos en un trofeo encima

de la chimenea, y un mapa del siglo XVI de color parduzco, con tritones y navecillas dibujados sobre un mar de ondulantes olas. Pero estos objetos resultaban menos llamativos sobre la madera clara de las paredes que las vitrinas repletas de pájaros sudamericanos de exóticos colores, disecados con todo rigor científico; también se veían fantásticas caracolas del Pacífico y diversos instrumentos, de formas tan primitivas y extrañas, que podrían haber servido para que los salvajes mataran a sus enemigos o los cocinaran con ellos. Pero todos aquellos colores exóticos quedaban realzados por el hecho de que, aparte del mayordomo, los dos únicos criados del «Almirante» fueran dos negros, ataviados de forma bastante curiosa con ceñidos uniformes amarillos. La instintiva tendencia del sacerdote a analizar continuamente sus propias impresiones le dijo que el color y los recortados faldones de las casacas de aquellos bípedos le sugería la palabra «canario», y por asociación de ideas se puso a pensar en una expedición por los mares del Sur. Al final de la cena salieron de la sala con sus uniformes amarillos y sus caras negras, dejando sólo en ella el traje negro y la amarilla cara del mayordomo.

—Siento mucho que se tome usted esto tan a la ligera —le dijo Fanshaw a su anfitrión—; la verdad es que le he traído a estos amigos míos con la idea de que le ayudaran, pues saben mucho de estas cosas. ¿De verdad que no cree usted para nada en la historia de su familia?

—No creo en nada —le contestó Pendragon con gran celeridad, mirando de reojo a un pájaro tropical de color carmesí—. Soy un científico.

Para gran sorpresa de Flambeau, su amigo el clérigo, que al parecer ya se había despertado por completo, intervino entonces en la conversación y se puso a hablar con su anfitrión de historia natural, con gran facilidad de palabra y dando prueba de grandes y sorprendentes conocimientos, hasta que sólo quedaron sobre la mesa el postre y las licoreras y hubo desaparecido el último de los criados. Entonces, sin alterar para nada el tono de su voz, dijo:

—Por favor, «Almirante» Pendragon, no tome lo que le voy a decir como una impertinencia. No se lo pregunto por curiosidad, sino para orientación mía y conveniencia de usted. ¿Me equivoco si pienso que no quiere usted hablar de estas cosas delante de su mayordomo?

El «Almirante» alzó los pelados arcos de sus cejas y exclamó:

—Vaya, no sé cómo se ha dado cuenta, pero lo cierto es que no puedo soportar a ese hombre, aunque no tengo motivo alguno para despedir a un criado de la casa. Fanshaw, que tan aficionado es a los cuentos de hadas, diría que es porque se me revuelven las tripas cuando veo a alguien con ese pelo negro tan español.

Flambeau dio un manotazo en la mesa con su grueso puño y gritó:

—¡Diantre! ¡Así es como lo tiene la muchacha esa!

—Espero que todo acabe esta noche —prosiguió el «Almirante», cuando mi sobrino regrese sano y salvo de su travesía. Ya veo que mis palabras les sorprenden, pero las comprenderán cuando les cuente una cosa. Verán ustedes, mi padre tenía dos hijos; yo me quedé soltero, pero mi hermano mayor se casó y tuvo un hijo que se hizo marinero como todos nosotros y que será el que herede todas las propiedades. El caso es que mi padre era un hombre raro; en cierto modo combinaba la superstición de Fanshaw con una buena cantidad del escepticismo que yo tengo y estas dos tendencias siempre se enfrentaban en él; y después de mis primeros viajes, se le metió en la cabeza la idea de que había manera de averiguar si la maldición tenía fundamento o era una paparrucha. Si todos los Pendragon nos hacíamos a la mar sin orden ni concierto, suponía que habría muchas posibilidades de que se produjera alguna catástrofe natural que demostraría cualquier cosa. Pero si emprendíamos viaje uno por uno, por estricto orden de sucesión a la herencia, creía que se podría probar si el destino perseguía a nuestra familia como tal familia. En mi opinión, su plan era una tontería y discutí con mi padre por este motivo; porque yo era un hombre ambicioso, y me dejaron para el final, pues, por orden de sucesión, vengo después de mi propio sobrino.

—Y me temo que su padre y su hermano —dijo el sacerdote muy lentamente— murieron en el mar.

Sí —masculló el «Almirante»; pero por una de esas desdichadas casualidades que dan pábulo a todas las falsas mitologías de la humanidad, ambos murieron en un naufragio. Mi padre, que regresaba a estas costas desde el otro lado del Atlántico, vino a estrellarse en las rocas de Cornualles. El barco de mi hermano se hundió, nadie sabe por qué, regresando de Tasmania. Jamás se encontró su cuerpo. Pero les digo que fue una desgracia natural; además de los Pendragon, murieron muchas otras personas; y los navegantes comentan ambos desastres como algo normal. Pero naturalmente aquí han dado lugar a que salte la chispa en esta selva de supersticiones; y hubo hombres que vieron la torre en llamas por doquier. Por eso les digo que todo volverá a la normalidad en cuanto regrese Walter. Su prometida iba a estar aquí hoy; pero pensé que, si por una casualidad él se retrasaba, la joven se tranquilizaría, así que le cablegrafié diciéndole que no viniera hasta que yo la avisara. Pero es prácticamente seguro que él llegará esta noche, en cualquier momento, y todo acabará disuelto en humo… en humo de tabaco. Pondremos

fin a esa vieja mentira cuando hayamos dado cuenta de una botella de este vino.

—Un vino excelente —dijo el Padre Brown, levantando su copa muy serio—, pero como puede usted observar, soy un bebedor muy inexperto. Le ruego de todo corazón que me perdone.

Y es que había derramado un poquito de vino en el mantel. Bebió y luego posó la copa sobre la mesa, con gesto inalterable; pero había levantado la mano justo en el momento en el que advirtió un rostro que aparecía en el jardín y miraba hacia el interior de la casa, a través de la ventana que había detrás del «Almirante»… era el rostro de una mujer morena, de pelo y ojos sureños, joven pero como una máscara de tragedia.

Tras una pausa, el sacerdote volvió a tomar la palabra con su habitual tono sosegado y dijo:

—«Almirante», ¿querrá hacerme un favor? Déjeme que pase la noche en esa torre suya, junto con mis amigos, si ellos quieren acompañarme. ¿Sabe usted que en mi profesión somos exorcistas casi antes que nada?

Pendragon se puso en pie de un salto y empezó a recorrer a grandes zancadas la habitación, pasando por delante de la ventana, de la que desapareció inmediatamente el rostro.

—Le digo que todo ello es una paparrucha —gritó con resonante violencia—. De una cosa estoy seguro en todo este asunto. Me da igual si me llama ateo. Lo soy —exclamó volviéndose hacia el Padre Brown y mirándolo con cara de espantosa concentración—. Todo este asunto es perfectamente natural. No existe maldición alguna.

El Padre Brown sonrió. Luego dijo:

—En ese caso, no hay motivo para que no pueda dormir en su preciosa casita de vacaciones.

—Es una idea completamente ridícula —replicó el «Almirante» tamborileando con los dedos en el respaldo de la silla.

—Le ruego que me disculpe por todo —dijo el Padre Brown con un tono de absoluta simpatía—, incluso por haber derramado el vino. Pero me parece que no está usted tan convencido de que no arderá la torre como pretende hacernos creer.

El «Almirante» Pendragon volvió a tomar asiento tan de repente como se había levantado; pero se quedó inmóvil y cuando de nuevo empezó a hablar, lo hizo en tono más bajo:

—Si se empeña, allá usted. Pero a lo mejor quien es ateo es *usted,* si es capaz de conservar el juicio en todo este endemoniado asunto.

Unas tres horas más tarde Fanshaw, Flambeau y el sacerdote andaban todavía dando vueltas por el jardín, a oscuras; los dos amigos se iban dando cuenta de que el Padre Brown no tenía la menor intención de marcharse a la cama, ni de dormir en la torre o en la casa.

—Me parece que hay que arrancar algunas malas hierbas en este césped —les dijo con aire soñador—. Si pudiera encontrar una escarda o algo así, yo mismo lo haría.

Echaron a andar detrás de él, medio en broma, medio protestando; pero él les respondió con absoluta solemnidad, explicándoles, con un sermoncillo demencial, que uno siempre puede encontrar en qué entretenerse ayudando a los demás. No encontró la escarda, pero sí una vieja escoba de retama, con la que se puso a barrer enérgicamente las hojas secas que había sobre la hierba.

—Siempre hay alguna cosita que hacer —les dijo con una alegría un tanto simplona—; como dice George Herbert: «Aquel que barre el jardín de un almirante en Cornualles en Tu nombre, Señor, santifica el objeto y la obra»[92]. Y ahora —añadió, tirando de repente la escoba—, vamos a regar las flores.

Con idéntica mezcla de emociones, vieron cómo desenrollaba una considerable cantidad de manguera, al tiempo que decía con aire de sopesar su elección:

—Me parece que será mejor regar los tulipanes rojos antes que los amarillos. Están un poco secos, ¿no creen?

Abrió el grifo de la manguera y el agua brotó recta y sólida como si fuera un largo tubo de acero.

—Tenga cuidado, Sansón[93] —le gritó Flambeau—; pero bueno, si le ha cortado la cabeza al tulipán.

El Padre Brown se quedó mirando la decapitada planta la mar de compungido.

—Se ve que mis riegos son de los que curan o matan —admitió rascándose la cabeza—. Supongo que fue una pena que no encontrara la escarda. ¡Si me vieran ustedes con una escarda en la mano! Y hablando de herramientas, ¿tiene usted ahí ese bastón de estoque que siempre lleva consigo? Muy bien; y sir Cecil que coja la espada que el «Almirante» tiró por ahí junto a la valla. ¡Qué gris se ve todo!

—Es que sube niebla del río —dijo Flambeau sin pestañear.

No había hecho más que pronunciar estas palabras cuando la enorme figura del peludo jardinero apareció sobre una loma algo más arriba, en el

césped cortado en terrazas, y les gritó con voz ronca y blandiendo amenazadoramente un rastrillo:

—Suelte esa manguera; suelte esa manguera y váyase a su…

—Soy la mar de patoso —replicó el reverendo con un hilito de voz—; sabe usted, derramé un poco de vino durante la cena.

Dio media vuelta para disculparse, volviéndose hacia el jardinero con la manguera abierta a toda presión. Al jardinero le cayó el frío chorro de agua en plena cara, como si fuera un bombazo; se tambaleó, resbaló y cayó al suelo con las botas por el aire.

—¡Qué horror! —dijo el Padre Brown, mirando a su alrededor como si estuviera sorprendido—. ¡Vaya, ahora le he dado a un hombre!

Se quedó un momento parado, con la cabeza tendida hacia delante como si intentara ver u oír algo; y luego echó a andar a paso ligero hacia la torre, arrastrando la manguera. La torre estaba muy cerca, pero su silueta aparecía extrañamente desdibujada. El sacerdote comentó:

—Esa niebla del río huele a ron.

—Dios mío, ya lo creo —exclamó Fanshaw, que se había puesto muy pálido—. No querrá usted decir que…

—Lo que quiero decir —repuso el Padre Brown— es que uno de los pronósticos científicos del «Almirante» se va a cumplir esta noche. La historia va a acabar en humo.

Y al tiempo que pronunciaba estas palabras, una hermosísima luz de un rojo sonrosado floreció como una rosa gigantesca; pero acompañada por una serie de crujidos y chisporroteos que más parecían carcajadas de diablos.

—¡Ay Señor! ¿Qué es esto? —gritó sir Cecil Fanshaw.

—La señal de la torre en llamas —dijo el Padre Brown, dirigiendo el chorro de la manguera con toda su fuerza hacia el centro de la mancha roja.

—¡Fue una suerte que no nos hubiéramos ido a la cama! —profirió Fanshaw—. Supongo que no se extenderá hasta la casa.

—Recuerde usted que esta mañana cortaron la valla de madera que podía haberse prendido —dijo pausadamente el sacerdote.

Flambeau echó un relampagueante vistazo a su amigo, pero Fanshaw se limitó a comentar en tono ausente:

—Bueno, en cualquier caso no puede matar a nadie.

—Esta torre es muy particular —observó el Padre Brown—; cuando se trata de matar a alguien, siempre mata a gente que se encuentra en otro lugar.

En aquel mismo instante, la monstruosa figura del jardinero con su luenga barba apareció de nuevo en lo alto del terraplén, recortada sobre el fondo del

cielo, haciendo señas a otros de que lo siguieran; pero esta vez no empuñaba un rastrillo, sino un machete. Detrás de él venían los dos negros, blandiendo los curvados machetes antiguos que estaban colgados en el trofeo. Pero a la luz de aquel sangriento resplandor rojizo, con sus negros rostros y su amarilla indumentaria, parecían dos diablos cargados con instrumentos de tortura. Detrás de ellos, en la oscuridad del jardín, una lejana voz les daba tajantes órdenes. Cuando el sacerdote oyó la voz, se le mudó el semblante.

Pero no perdió el dominio de su persona; y no perdió ni un segundo de vista las llamas que al principio se habían propagado, aunque en aquel momento parecía que empezaban a reducirse, silbando aguijoneadas por la larga lanza plateada de agua. No levantó el dedo de la boquilla de la manguera, para no errar su objetivo, y no atendió a ninguna otra cosa, percibiendo sólo por lo que oía, o por lo que acertaba a ver por el rabillo del ojo, los emocionantes incidentes que comenzaron a desarrollarse en el jardín de la isla. A sus amigos, les dio dos escuetas instrucciones. La una fue:

—Sean quienes sean esos tipos, tienen ustedes que derribarlos y amordazarlos; hay unas cuerdas junto a esos haces de leña. Me quieren quitar la manguera.

La otra fue:

—En cuanto tengan ocasión, denle una voz a la chica de la canoa; está en aquella orilla con los gitanos. Pregúntenle si puede hacerse con unos calderos y subirlos hasta aquí llenos de agua.

Luego cerró la boca y siguió regando la nueva flor roja tan implacablemente como había regado el tulipán rojo.

Ni siquiera una vez se volvió para contemplar el extraño duelo que se llevó a cabo entre los enemigos y los defensores del misterioso fuego. Le pareció que la isla se estremecía cuando Flambeau se enfrentó al enorme jardinero; se imaginó sencillamente que todo daba vueltas a su alrededor mientras peleaban. Oyó la pesada caída; y el sofocado grito de triunfo de su amigo cuando éste se abalanzó sobre el primer negro; y los gritos de los dos negros cuando Flambeau y Fanshaw procedieron a amarrarlos. La enorme fuerza de Flambeau inclinaba sobradamente la balanza a su favor en aquella lucha, sobre todo teniendo en cuenta que el cuarto hombre estaba todavía cerca de la casa, y era sólo una sombra y una voz. Oyó igualmente el sonido de los remos de una canoa, que quebraban la superficie del agua; la voz de una joven que daba órdenes; la voz de los gitanos que le contestaban y se acercaban; el ruido de los cubos que se hundían vacíos en la corriente del agua y se llenaban con un gorgoteo; y por último el sonido de muchos pies

alrededor del fuego. Pero todo ello le importaba menos que el hecho de que la roja hendidura, que unos momentos antes había aumentado de tamaño, hubiera de nuevo disminuido ligeramente.

Luego se oyó un grito que casi le hizo volver la cabeza. Flambeau y Fanshaw, con la ayuda de algunos gitanos, habían salido corriendo hacia el lugar donde se encontraba el misterioso hombre, cerca de la casa; y desde la otra punta del jardín, oyó el grito de horror y asombro del francés. Grito al que respondió el eco de un alarido que no parecía humano, cuando el hombre, librándose de sus perseguidores, echó a correr por el jardín. Al menos tres veces recorrió la isla, en loca carrera que más tenía de persecución de un lunático, tanto por los gritos del perseguido como por las sogas que llevaban sus perseguidores; pero que era todavía más horrible porque, en cierto modo, recordaba los juegos de los niños corriendo por un jardín. Luego, cuando se vio acosado por ambos flancos, el hombre saltó desde un terraplén y se lanzó al agua, desapareciendo bajo la oscura corriente del río.

—Me temo que ya no puedan ustedes hacer nada —dijo el Padre Brown con tono de frío dolor—. Se habrá estrellado contra las rocas, donde hizo que acabaran otros. Bien sabía cómo utilizar la leyenda de su familia.

—Vamos, no nos hable en parábolas —gritó impaciente Flambeau—. ¿No puede usted expresarse en palabras sencillas de una sílaba?

—Sí —respondió Brown, sin perder de vista la manguera—. «Si hay dos ojos avizor, no hay temor; si un ojo empieza a guiñar, húndese en el mar.»

El fuego seguía silbando y chisporroteando, como si lo estuvieran estrangulando; tenía cada vez menores dimensiones, reducido por la fuerza de la manguera y de los cubos, pero el Padre Brown siguió hablando sin quitarle el ojo de encima:

—Si ya hubiera amanecido, le habría pedido a esta señorita que observara con ese telescopio la desembocadura de la ría. Porque lo mismo divisaba algo que le interesa mucho: la señal del barco, o al señor Walter Pendragon, que regresa a casa, y quién sabe si hasta la señal del medio hombre, porque aunque sin duda alguna ya se encuentra a salvo, tal vez se haya decidido a vadear hasta la isla. A punto estuvo de producirse un naufragio; y no hubiera salido con vida de él, de no ser porque esta señorita sospechó, y con muy buen criterio, del viejo «Almirante» y vino a vigilarlo. Pero no hablemos del viejo «Almirante». Baste con decir que, cuando esta torre empezaba a arder, por la inclinación que tiene y su madera resinosa, producía un resplandor que se veía en el horizonte, confundiéndolo con la luz gemela del faro de la costa.

—Y así es cómo murieron el padre y el hermano —intervino Flambeau—. El malvado tío de las leyendas casi consigue quedarse con toda la herencia.

El Padre Brown no respondió; la verdad es que no volvió a abrir la boca, salvo para pronunciar algunas frases de cortesía, hasta que los tres volvieron a encontrarse, sanos y salvos, alrededor de una caja de habanos en el camarote del yate. Se cercioró de que el frustrado incendio se había extinguido por completo; pero luego se negó a quedarse en la isla, aunque llegó a oír al joven Pendragon que subía del río, escoltado por una entusiasta muchedumbre; y si hubiera sentido algún tipo de curiosidad romántica, habría podido recibir el testimonio de gratitud, tanto del hombre del barco como de la muchacha de la canoa. Pero volvía a sentirse amodorrado y sólo se sobresaltó en una ocasión, cuando Flambeau le dijo bruscamente que se había chamuscado los pantalones con ceniza del puro.

—No es ceniza del puro —dijo el sacerdote en tono cansino—. Eso es del fuego, pero no me creen ustedes porque están fumando puros. Así es cómo empecé a sospechar de lo del mapa.

—¿Se refiere usted al mapa que tenía Pendragon de las islas del Pacífico? —le preguntó Fanshaw.

—Se creyeron ustedes que era un mapa de las islas del Pacífico —respondió el Padre Brown—. Coge uno una pluma y un fósil, junto con un pedacito de coral, y todo el mundo se cree que es un espécimen. Coge uno la misma pluma con un lazo y una flor artificial, y todo el mundo se cree que es un adorno para el sombrero de una dama. Coge uno la misma pluma, la pone junto a un tintero, un libro y un montón de cuartillas, y la mayoría de la gente jurará que ha visto un cálamo. Del mismo modo, vieron ustedes aquel mapa entre pájaros tropicales y caracolas, y pensaron que estaban ante un mapa de las islas del Pacífico. Pero era el mapa de este río.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Fanshaw.

—Vi la roca que, según usted, parecía un dragón, y la que le recuerda a Merlin, y…

—Parece que vio usted un montón de cosas cuando veníamos hacia aquí —exclamó Fanshaw—. Y nosotros que creíamos que casi no se daba cuenta de nada.

—Estaba mareado —dijo el Padre Brown con toda sencillez—. Me sentía fatal. Pero que uno se sienta fatal no significa que sea incapaz de ver lo que tiene a su alrededor.

Y volvió a cerrar los ojos.

—¿Cree usted que la mayoría de las personas hubieran sido capaces de ver todo eso? —le preguntó Flambeau.

No recibió respuesta alguna: el Padre Brown se había quedado dormido.

IX

El dios de los gongos

Era una de esas tardes de principios del invierno, frías y vacías, en las que la luz del día es más plateada que dorada, y más color peltre[94] que plata. Y si resultaba monótona y aburrida en cientos de desoladas oficinas y bostezantes salas de estar, todavía lo era más a lo largo de la costa de Essex[95], donde la monotonía resultaba más inhumana porque a grandísimos intervalos se veía rota por una farola que parecía menos civilizada que un árbol, o por un árbol que parecía más feo que una farola. Había caído una ligera capa de nieve que se había derretido a franjas, y que más que plata parecía plomo en aquellos lugares en que aún permanecía, fijada por el sello del hielo; no había vuelto a nevar, así que una cinta de nieve vieja corría a orillas de la costa, como remedando la pálida cinta de la espuma.

La línea del mar aparecía helada en la misma intensidad de su azul violáceo, como la vena de un dedo congelado. A muchos kilómetros a la redonda, se mirase donde se mirase, no se veía alma viviente, excepto dos peatones que caminaban a paso ligero, aunque uno de ellos tenía las piernas más largas y daba zancadas más grandes que el otro.

No parecía ni el momento ni el lugar más adecuado para estar de vacaciones, pero el Padre Brown no tenía muchas ocasiones de tomarse vacaciones, y tenía que aprovechar la oportunidad cuando se le presentaba; y siempre que podía, prefería tomárselas en compañía de su viejo amigo Flambeau, ex delincuente y ex detective. Al sacerdote se le había antojado visitar su antigua parroquia de Gobhole, y caminaba a lo largo de la costa, en dirección Noreste.

Después de recorrer otros tres kilómetros aproximadamente, se encontraron con que la línea de la costa comenzaba a reforzarse mediante un dique, formando una especie de paseo marítimo; las feas farolas eran menos escasas y más ornamentales, aunque igual de feas. Medio kilómetro más

adelante, el padre Brown se quedó muy sorprendido al ver en primer lugar una serie de pequeños laberintos de macetas sin flores, cubiertas por plantas bajas, planas, de colores apagados, que más que un jardín parecía un pavimento de mosaico, entre débiles y sinuosos senderos salpicados de bancos con sinuosos respaldos. Todo aquello le recordaba vagamente el ambiente de determinados lugares de veraneo que no le resultaban especialmente atractivos; y al echar un vistazo a lo largo del paseo marítimo, vio algo que le ratificó en su primera impresión. En la distancia gris el gran quiosco de la música, propio de una estación balnearia, se alzaba como una gigantesca seta con seis patas.

—Me imagino —comentó el Padre Brown, subiéndose el cuello del abrigo y apretándose la bufanda de lana que llevaba alrededor del cuello— que estamos acercándonos a un centro de atracciones.

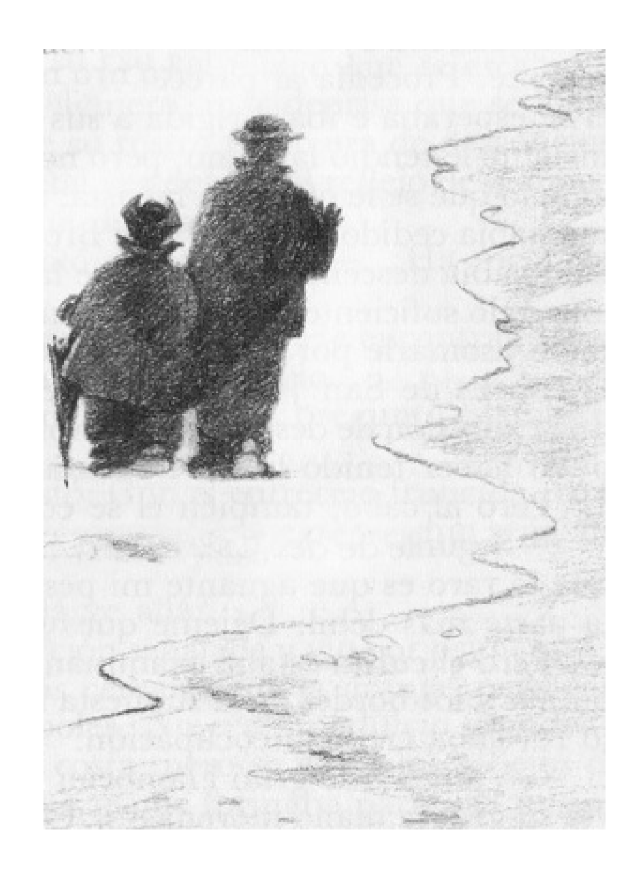
—Me temo que se trata de un centro de atracciones que atrae a muy poquitas personas —le respondió Flambeau—. Se empeñan en dar vida a estos lugares en invierno, pero con escaso éxito, excepto en sitios como Brighton**[96]** y los de más solera. Me parece que esto es Seawood… el experimento de lord Pooley; trajo a los Cantantes Sicilianos en Navidad, y se comenta mucho que quieren celebrar aquí uno de los más importantes combates de boxeo. Pero más valía que tiraran toda esta basura al mar; es más aburrido que un vagón de ferrocarril perdido en medio del campo.

Llegaron hasta el gran templete de la música, y el sacerdote alzó la vista observándolo con una curiosidad un tanto extraña, con la cabeza algo ladeada, como si fuera un pájaro. Se trataba de una construcción de lo más vulgar y corriente para este tipo de actividades: una cúpula achatada o baldaquín, con abundancia de dorados, sostenida por seis esbeltos pilares de madera pintada, y todo ello elevado como metro y medio por encima del paseo marítimo sobre una plataforma redonda como un tambor. Pero la nieve le daba un aspecto fantasmagórico que, combinado con la artificiosidad que tenía el oro, evocó en la mente de Flambeau, al igual que en la de su amigo, el recuerdo de algo que no acababa de identificar, pero que le sonaba a artístico y remoto.

—Ya lo tengo —dijo al cabo—. Es japonés. Es como una de esas caprichosas láminas japonesas, en las que la nieve que corona una cumbre parece azúcar, y el oro de las pagodas vulgar oropel. Es exactamente igual que un templo pagano miniatura.

—Sí —dijo el Padre Brown—. Vamos a echarle un vistazo al dios.

Y con una agilidad que nadie hubiera podido imaginar en él, se encaramó en la elevada plataforma.



—Muy bien —dijo Flambeau echándose a reír.

Y al instante su robusta silueta se destacó sobre la frágil elevación.

Aunque la diferencia de altura no era demasiado grande, al contemplar desde lo alto del templete aquellas yermas llanuras, tenía uno la sensación de que se podían ver extensiones inmensas de mar y tierra. Tierra adentro, los pequeños jardines invernales se desvanecían formando un bosquecillo gris e indefinido; más allá, a lo lejos, se divisaban los alargados graneros de una granja aislada; y detrás de ellos, nada más que las enormes llanuras de East Anglia. Hacia el mar, no se veía ningún velamen, ni señal de vida alguna, a excepción de unas gaviotas: pero incluso éstas parecían unos copos de nieve rezagados, y más que volar, daba la impresión de que flotaban.

Flambeau oyó una exclamación a sus espaldas y se volvió de repente. Procedía al parecer de un punto más bajo que lo que él se esperaba e iba dirigida a sus talones, y no a su cabeza. Al instante le tendió la mano, pero no pudo reprimir una carcajada ante lo que se le ofreció a la vista. Por algún motivo, la plataforma había cedido bajo el Padre Brown, y el infortunado hombrecillo había descendido a nivel de la calle. Era lo suficientemente alto, o lo suficientemente bajo, como para que sólo la cabeza pudiera asomarle por el agujero abierto en la madera rota, como la cabeza de San Juan Bautista en la bandeja[97]. Su cara tenía una expresión de desconcierto, probablemente semejante a la que pudo haber tenido la del Bautista.

Pero al cabo, también él se echó a reír.

—Seguro que la madera está podrida —dijo Flambeau—. Aunque lo raro es que aguante mi peso, y usted se haya colado por la parte más débil. Déjeme que le ayude a salir de ahí.

Pero el curita estaba examinando con gran curiosidad las esquinas y los bordes de la supuesta madera podrida, y su entrecejo revelaba cierta preocupación.

—Vamos —le gritó Flambeau impaciente, tendiéndole todavía su gruesa mano morena—. ¿O es que no piensa salir de ahí?

El sacerdote sostenía una astilla de la madera partida entre el índice y el pulgar, y no contestó de momento. Al fin dijo con aire pensativo.

—¿Que si pienso salir de aquí? Claro que no. Lo que voy a hacer es entrar.

Y penetró en la oscuridad bajo el suelo de madera con tanta rapidez que se le cayó el gran sombrero de teja que quedó encima de las tablas sin cabeza de clérigo que lo sostuviera.

Flambeau volvió a echar un vistazo a la extensión de tierra y de mar, y tampoco esta vez pudo ver otra cosa que mares tan glaciales como la nieve, y superficies nevadas tan lisas como el mar.

Detrás de él se oía un ruido como de algo que se escabulle, y el curita salió gateando del agujero, más deprisa que se había metido en él. La expresión de su rostro ya no era de desconcierto, sino de gran resolución y, tal vez debido al reflejo de la nieve, se le veía algo más pálido que de costumbre.

—¿Qué pasa? —le preguntó su alto amigo—. ¿Ha encontrado usted al dios del templo?

—No —le respondió el Padre Brown—. He encontrado algo que a veces era más importante. El sacrificio.

—¿Qué diablos me está diciendo? —le preguntó Flambeau bastante alarmado.

El Padre Brown no contestó. Con el entrecejo fruncido, contemplaba el paisaje; de repente extendió la mano y dijo señalando con el índice:

—¿Qué es esa casa que se ve allá?

Flambeau miró en la dirección señalada y vio por primera vez las esquinas de una casa, más cercana que la granja, pero casi oculta por una cortina de árboles. No era un edificio grande, y estaba bastante alejado de la costa; pero se veían los reflejos de algún adorno, y ello hacía pensar que formaba parte del mismo esquema decorativo que el templete de la música, los jardincillos y los bancos de hierro de sinuosos respaldos, tan propios de una estación balnearia.

El Padre Brown se bajó de un salto del quiosco, seguido de su amigo; tomaron la dirección indicada, por un camino flanqueado de árboles, y llegaron a un hotel pequeño, de aspecto ostentoso, de los que tanto abundan en las pequeñas ciudades turísticas —el típico hostal anexo al bar, más que un hotel con bar abierto al público. Casi toda la fachada principal estaba cubierta con escayola dorada y falsos espejos, y entre aquel paisaje gris y los grises

árboles, que parecían brujas, su calidad de baratija adquiría un aspecto espectral por su propia melancolía. Ambos tuvieron la vaga sensación de que si en semejante hospedería les ofrecían algo de comer o de beber, sería un jamón de cartón piedra o una jarra vacía, como los de las pantomimas[98].

Sin embargo, en este aspecto al menos no se cumplieron completamente sus presentimientos. Al irse acercando al lugar, vieron delante del restaurante, que estaba al parecer cerrado, uno de los bancos de hierro con sinuoso respaldo que había también en los jardines; sólo que éste era mucho más largo, casi de la misma longitud que la fachada. Es de suponer que lo hubieran colocado allí para que los huéspedes se pudieran sentar a contemplar el mar, pero con aquel tiempo a nadie se le iba a ocurrir semejante cosa.

Y, sin embargo, justo delante de uno de los extremos del banco de hierro había un pequeño velador, y encima de éste media botella de Chablis[99] y un platito con almendras y uvas pasas. Detrás la mesa y sentado en el banco, estaba un joven moreno, con la cabeza descubierta y la vista clavada en el mar, en un estado de sorprendente inmovilidad.

Aunque cuando estaban a cuatro metros de él podían haberlo tomado por una figura de cera, cuando llegaron a tres metros de distancia pegó un salto como si fuera el muñeco de una caja de sorpresas y les dijo en tono cortés, pero no servil:

—¿Quieren entrar, caballeros? En este momento no hay ningún empleado, pero yo les puedo preparar alguna cosita.

—Muchas gracias —dijo Flambeau—. ¿Así que es usted el propietario?

—Sí —respondió el hombre moreno, perdiendo algo de la rigidez de su porte—. Mis camareros son todos italianos, saben ustedes, y pensé que estaba justificado que quisieran ver cómo un paisano le ganaba al negro, suponiendo que le gane. ¿Saben que por fin se va a celebrar el gran combate entre Malvoli y Ned el Negro?

—Lo siento pero tenemos mucha prisa y no podemos hacer uso de su hospitalidad —intervino el Padre Brown—. Sin embargo, estoy seguro de que a mi amigo le gustaría tomarse una copita de jerez, para matar el frío y brindar por el éxito del campeón latino.

Flambeau no sabía a qué venía lo del jerez, pero no se opuso en absoluto. Lo único que dijo, muy amablemente, fue:

—¡Ah! Muchísimas gracias.

—Jerez, señor… claro que sí —dijo el mesonero, volviéndose hacia el hotel—. Me perdonarán si les hago perder unos minutos. Ya les dije que no está ninguno de los empleados.

Y se dirigió hacia las negras y cerradas ventanas de la oscura posada.

—¡Bah! No importa —intervino Flambeau.

Pero el hombre se volvió hacia él para decirle en tono tranquilizador:

—Tengo las llaves. Sé muy bien por dónde ando aunque vaya a oscuras.

—No quería que… —comenzó a decir el Padre Brown.

Le interrumpió el alarido de una voz humana que brotó de las entrañas del deshabitado hotel. Pronunció un nombre extranjero con un grito inaudible, y el propietario del hotel se dirigió hacia el punto de donde surgió el grito con más celeridad que la que había demostrado para servir el jerez de Flambeau. Como quedó inmediatamente probado, el propietario no les había dicho hasta entonces, ni les dijo después, ni más ni menos que la pura verdad. Pero Flambeau y el Padre Brown reconocieron posteriormente muchas veces que, en todas sus aventuras (a menudo tan extraordinarias), jamás habían sentido que se les helara la sangre en las venas como se les heló en aquella ocasión, al oír aquel vozarrón de ogro que retumbaba inesperadamente en una posada silenciosa y vacía.

—¡El cocinero! —gritó agobiado el propietario—. Me había olvidado del cocinero. Va a salir en seguida. ¿Jerez, señor?

—Y desde luego, apareció en la puerta un gran bulto blanco, con gorro y delantal también blancos, como suelen llevar los cocineros, pero reforzados innecesariamente por una cara negra. Flambeau había oído decir muchas veces que los negros son buenos cocineros. Pero había algo en el contraste entre color y casta que hizo que aumentara la sorpresa de Flambeau, surgida en primer lugar al ver que era el propietario el que respondía a la llamada del cocinero, y no el cocinero a la llamada del propietario. Aunque también se le ocurrió que los grandes *chefs* tienen fama de arrogantes; y, además, su mesonero llegaba con el jerez y eso era lo más importante.

—Me pregunto por qué habrá tan poca gente por la zona de la playa, cuando por fin se va a celebrar este gran combate —dijo el Padre Brown—. Sólo encontramos a un hombre en varios kilómetros.

—Vienen desde el otro extremo de la ciudad, sabe usted… de la estación, que está a más de cuatro kilómetros de aquí. Lo único que les interesa es ver el combate, y sólo se quedan una noche en los hoteles. Claro que el tiempo no está como para tomar el sol en la playa.

—Ni en el banco —dijo Flambeau señalando el velador de fuera.

—Tengo que estar en mi puesto de observación —respondió el hombre imperturbable.

Era un tipo tranquilo, de facciones correctas y tez cetrina; su traje oscuro no tenía nada de particular, excepto que llevaba la corbata negra muy subida, como si fuera la pechera de un clérigo, y sujeta por un alfiler de oro adornado con una cabeza grotesca. Tampoco su rostro tenía nada especial, excepto algo que probablemente era un tic nervioso, la costumbre de abrir un ojo menos que el otro, con lo cual daba la impresión de que el otro era más grande, o tal vez artificial.

El silencio que se produjo a continuación se quebró cuando el mesonero les dijo en voz baja:

—¿Dónde dicen que encontraron a ese hombre?

—Lo curioso es que lo encontramos cerca de aquí —respondió el sacerdote—, justo al lado del templete de la música.

Flambeau que se había ido a sentar al banco de hierro para terminarse el jerez, dejó la copa encima de la mesa y se puso en pie, mirando a su amigo la mar de sorprendido. Abrió la boca dispuesto a hablar, y luego la volvió a cerrar.

—Muy curioso, sí —repitió el hombre moreno en tono pensativo—. ¿Cómo era?

—No había mucha luz cuando lo vi —comenzó a decir el Padre Brown—, pero era…

Mientras pronunciaba estas palabras, se puso de nuevo de manifiesto que el posadero había dicho la pura verdad. Lo de que el cocinero iba a salir en seguida se cumplió al pie de la letra, pues apareció el cocinero poniéndose los guantes mientras ellos hablaban.

Pero tenía un aspecto muy diferente de la confusa masa de blanco y negro que había aparecido un instante en el quicio de la puerta. Iba de punta en blanco, a la última moda, de los pies a la cabeza. Llevaba un sombrero de copa algo ladeado sobre su ancha cabeza negra… un sombrero del tipo que el ingenio de los franceses bautizaron con el nombre de ocho espejos. Pero hasta cierto punto, el hombre negro se parecía al sombrero negro. Ni qué decir tiene que llevaba polainas blancas y una camisa blanca debajo del chaleco. La flor roja que lucía en el ojal apuntaba agresivamente, como si hubiera brotado de repente allí. Y la manera de llevar el bastón en una mano y el cigarro puro en la otra le daban cierto aspecto…, un aspecto que siempre debemos recordar cuando hablamos de prejuicios raciales: algo que está entre la inocencia y la insolencia…, el paso del pastel[100]. Flambeau se quedó mirando al sacerdote mientras se alejaba y a continuación dijo:

—A veces no me extraña que los linchen.

—A mí no me extraña nada ninguna obra del maligno. Pero como le decía —prosiguió, mientras el negro, poniéndose ostentosamente los guantes amarillos, se dirigía a paso ligero hacia el centro turístico, con un curioso aspecto de personaje de *Music-hall*[101], recortándose sobre el paisaje helado y gris—, como le decía, no puedo describirle a aquel hombre con toda exactitud; pero tenía abundantes mostachos a la antigua usanza, oscuros o teñidos, como los que se ven en las fotos de los banqueros extranjeros, y llevaba alrededor del cuello una larga bufanda morada que al andar revoloteaba en el aire. La llevaba sujeta al cuello como las niñeras sujetan los chupetes de los niños, con un imperdible. Sólo que él —añadió el sacerdote contemplando el mar con gesto plácido— no llevaba imperdible.

El hombre que estaba sentado en el largo banco de hierro también contemplaba plácidamente el mar. Ahora que lo veía inmóvil, Flambeau estaba convencido de que tenía de nacimiento un ojo más grande que el otro. Tenía los dos muy abiertos, y le daba la sensación de que el izquierdo se hacía cada vez más grande según miraba a lo lejos.

—Era un alfiler de oro alargado, con una cabeza de mono o cosa por el estilo —prosiguió el clérigo—, y lo llevaba sujeto de una manera muy rara… llevaba unos quevedos y un gran…

El hombre, inmóvil, seguía contemplando el mar, y los ojos de su cabeza podían haber pertenecido a dos hombres distintos. Luego hizo un movimiento de cegadora velocidad.

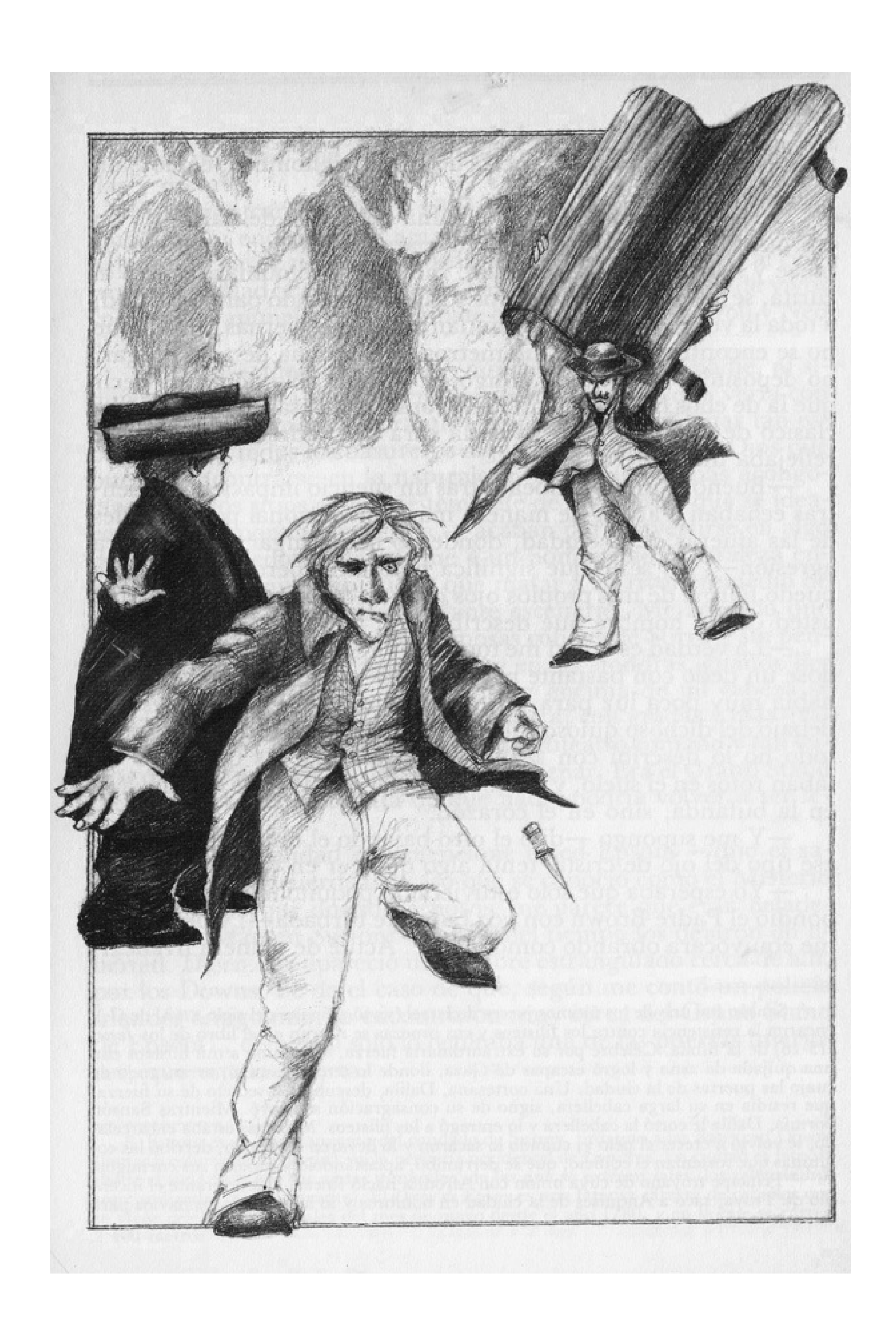
El Padre Brown le daba la espalda y en aquel instante a punto estuvo de caer muerto de bruces. Flambeau no tenía arma alguna, pero sus gruesas manos morenas reposaban sobre el extremo del largo banco de hierro. De repente sus hombros cambiaron de posición, y levantó aquel enorme objeto por encima de su cabeza, como el hacha de un verdugo a punto de caer sobre su víctima. Sólo por la altura que tenía aquel objeto, al sostenerlo en vertical, le daba el aspecto de una larga escala de hierro con la que invitaban a los hombres a trepar hasta las estrellas. Pero además, la larga sombra del hombre, bajo la luz igualadora del crepúsculo, parecía la de un gigante que blandiera la Torre Eiffel. Fue el estupor que le causó dicha sombra, antes de oír el golpetazo del banco de hierro, lo que hizo que el desconocido se asustara y tratara de escabullirse, refugiándose en la posada y dejando la reluciente daga plana exactamente donde se le había caído.

—Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente —gritó Flambeau, al tiempo que tiraba con furiosa indiferencia el enorme banco a la playa.

Cogió al curita por el codo y se lo llevó corriendo por un buen trecho de jardín posterior, gris y yermo, al fondo del cual había una cancela cerrada. Flambeau se apoyó un instante contra ella, con violento silencio, y luego dijo:

—Está cerrada con llave.

Mientras pronunciaba estas palabras, cayó una hoja negra de uno de los abetos ornamentales, rozándole el ala del sombrero. Esto lo asustó más que la breve y lejana detonación que se había oído unos segundos antes. Después se oyó otra lejana detonación y la puerta que intentaba abrir se estremeció bajo la bala que se incrustó en ella. Una vez más, los hombros de Flambeau se dilataron y cambiaron de forma repentinamente.



De un golpe saltaron tres bisagras y un candado, y nuestro amigo se encontró en un sendero vacío, con la cancela del jardín al hombro, como Sansón con las puertas de Gaza[102].

Luego tiró la cancela por encima del muro del jardín, y en ese mismo momento un tercer disparo levantó un remolino de nieve y barro detrás de su talón. Sin más ceremonias, agarró al curita, se lo subió a los hombros y salió zumbando para Seawood, a toda la velocidad que le permitían sus largas piernas. Hasta que no se encontraron a tres kilómetros de distancia de aquel lugar, no depositó a su menudo amigo en el suelo. No podemos decir que la de ellos fuera una huida honorable, a pesar del precedente clásico de Anquises[103], pero en la cara del Padre Brown sólo se reflejaba una abierta sonrisa.

—Bueno —dijo Flambeau, tras un silencio impaciente, mientras echaban a andar de manera más convencional por las calles de las afueras de la ciudad, donde no había lugar a temer otra agresión—, no sé lo que significa todo esto, pero supongo que puedo fiarme de mis propios ojos cuando digo que jamás se topó usted con el hombre que describió con tanto detalle.

—La verdad es que sí me topé con él —dijo Brown, mordiéndose un dedo con bastante nerviosismo—. Sí que lo vi. Aunque había muy poca luz para verlo con todo detalle, porque estaba debajo del dichoso quiosquillo. Pero he de admitir que a pesar de todo no lo describí con tanto detalle, porque los quevedos estaban rotos en el suelo, y no llevaba el largo alfiler de oro clavado en la bufanda, sino en el corazón.

—Y me supongo —dijo el otro bajando el tono de voz— que ese tipo del ojo de cristal tenía algo que ver en todo ese asunto.

—Yo esperaba que sólo estuviera un poquito implicado —respondió el Padre Brown con voz bastante turbada—, y puede que me equivocara obrando como lo hice. Actué de manera irreflexiva. Pero me temo que todo este asunto tenga raíces muy profundas y oscuras.

Príncipe troyano de cuya unión con Afrodita nació Eneas. Este, durante el incendio de Troya, saco a Anquises de la ciudad en hombros y lo llevó hasta los navios para salvarle la vida.

Siguieron caminando en silencio por algunas calles. Habían empezado a encender las amarillas farolas bajo la fría luz azul del crepúsculo, y no cabía duda de que se iban acercando al centro de la ciudad. Por las paredes habían pegado carteles de vivos colores que anunciaban el combate de boxeo entre Malvoli y Ned el Negro.

—Vaya —dijo Flambeau—, nunca he matado a nadie, ni siquiera cuando era un delincuente, pero casi diría que vería con gusto que alguien cometiera un asesinato en aquel lugar tan espantoso. De todos los basureros dejados de la mano de Dios que puedan encontrarse en la naturaleza, creo que los más acongojantes son los sitios como ese templete de la música, que se idearon para proporcionar alegría, y acaban por convertirse en algo desolador. Puedo imaginar que a un hombre de naturaleza enfermiza se le ocurra que tiene que matar a su rival en medio de la soledad y la ironía de semejante escenario. Me acuerdo que una vez iba de paseo por las hermosas colinas de Surrey, sin pensar en otra cosa que en las aulagas y en las alondras, cuando llegué a un ancho círculo de tierra; por encima de mi cabeza se levantaba una enorme y muda estructura, con gradas y más gradas de asientos, tan grande como un anfiteatro romano y tan vacío como un archivador de cartas sin estrenar. Era el Grand Stand de Epsom[104]. Me di cuenta de que nadie podría volver a ser feliz allí.

—Qué casualidad que mencione usted Epsom —dijo el sacerdote—. ¿Se acuerda del caso que se conoció como el Misterio de Sutton, porque dos sospechosos, me parece que eran heladeros, que vivían en Sutton? Al cabo del tiempo los dejaron en libertad. Dicen que apareció un hombre estrangulado cerca de allí, por los Downs. Se da el caso de que, según me contó un policía irlandés amigo mío, lo encontraron muy cerca del Grand Stand de Epsom… de hecho sólo lo ocultaba una de las puertas inferiores, que estaba abierta.

—Qué curioso —asintió Flambeau—. Aunque no hace sino confirmar mi opinión de que esos lugares de diversión resultan terriblemente solitarios fuera de temporada, porque si no, a ese hombre no le hubieran asesinado allí.

—No estoy tan seguro de que… —comenzó a decir Brown y luego se calló.

—¿No está tan seguro de que lo hubieran asesinado? —preguntó su compañero.

—No estoy tan seguro de que lo hubieran asesinado fuera de temporada —respondió sencillamente el curita—. ¿No le parece a usted que hay algo raro en esta soledad, Flambeau? ¿Está usted seguro de que un asesino con dos dedos de frente querría siempre estar en un lugar solitario? En muy raras ocasiones se encuentra uno *completamente* solo. Y excepto en ese caso, cuanto más solo está, más probabilidad tiene de que lo vean. No; creo que tiene que haber otro… Vaya, pero si estamos delante del pabellón o palacio, o lo que sea.

Habían llegado a una plazoleta, profundamente iluminada, cuyo principal edificio aparecía alegre de oropeles, chillón de carteles, flanqueados por dos fotografías gigantes de Malvoli y Ned el Negro.

—¡Anda! —exclamó Flambeau la mar de sorprendido—. No sabía yo que el pugilismo fuera su más reciente afición. ¿Va a entrar a ver el combate?

—No creo que vaya a celebrarse combate alguno —replicó el Padre Brown.

Recorrieron rápidamente las antesalas y las salas interiores; cruzaron la sala donde se iba a desarrollar el enfrentamiento, cubierta de arriba abajo por asientos y palcos, y con una plataforma elevada y acordonada, pero el clérigo ni miró a su alrededor ni se detuvo, hasta que llegaron a donde se encontraba un empleado sentado tras una mesa que había junto a una puerta en la que se veía una placa que decía «Dirección». Entonces se detuvo y le dijo que quería ver a lord Pooley.

El empleado le comentó que su señoría estaba muy ocupado, porque el combate estaba a punto de comenzar, pero el Padre Brown tenía una enorme resistencia para insistir sin perder la paciencia, ante la cual la mente de los burócratas no suele tener capacidad de reacción.

Al cabo de unos momentos, el asombrado Flambeau se encontraba en presencia de un hombre que estaba todavía gritándole órdenes a otro hombre que se disponía a salir de la habitación.

—Ten cuidado con las cuerdas, ya sabes, después del cuarto… ¡Vaya, me gustaría saber qué se le ocurre a usted!

Lord Pooley era un caballero y, como la mayoría de los pocos que quedamos de nuestra raza, tenía muchas preocupaciones… sobre todo económicas. Tenía el pelo medio gris y medio rubio, los ojos enfebrecidos y una nariz aguileña quemada por el hielo.

—Nada más que una palabra —dijo el Padre Brown—. He venido para evitar que maten a un hombre.

Lord Pooley se levantó de la silla como empujado por un resorte y gritó:

—¡Que el demonio me lleve si tengo que seguir aguantando esto! ¡Ustedes y sus comités, y los párrocos y las peticiones! ¿O es que acaso no había párrocos años atrás cuando combatían sin guantes? Ahora lo hacen con guantes de reglamento y no hay la más mínima posibilidad de que ninguno de los dos boxeadores muera.

—No me refería a los boxeadores —dijo el curita.

—¡Vaya, vaya, vaya! —contestó el aristócrata con un deje de humor glacial—. ¿Y quién es el que va a morir? ¿El árbitro?

—No sé quién va a morir —replicó el Padre Brown con gesto ensimismado—. Si lo supiera no tendría necesidad de aguarles la fiesta. Me limitaría a indicarle que huyera. Jamás me opuse a los combates deportivos. Pero el caso es que he de pedirle a usted que anuncie que, de momento, el combate queda suspendido.

—¿Y qué más? —inquirió el caballero en tono burlón y con ojos febriles —. ¿Y qué va a contarles usted a esas dos mil personas que han acudido a ver el espectáculo?

—Les diré que sólo quedaran mil novecientos noventa y nueve vivas cuando haya concluido —le contestó el Padre Brown.

Lord Pooley miró a Flambeau y le dijo:

—¿Su amigo está loco?

—Ni muchísimo menos —le contestó el otro.

—Y además hay otro problema mayor —prosiguió Pooley con aire de inquietud—. Ha venido un grupo de italianos a apoyar a Malvoli… unos tipos salvajes y morenísimos de no sé qué país. Ya sabe usted cómo son esas razas mediterráneas. Mando recado de que se anula el combate y se me echan encima Malvoli y su clan de corsos.

—Señor, se trata de un asunto de vida o muerte —dijo el sacerdote—. Toque el timbre. Mande recado. Y ya verá usted si es Malvoli el que contesta.

El aristócrata tocó el timbre que tenía encima de la mesa con extraño gesto de renovada curiosidad y le dijo al empleado que casi inmediatamente apareció en el quicio de la puerta:

—Dentro de un momento tengo que anunciar algo muy serio al público. Mientras tanto, hágame el favor de decirle a los dos campeones que no queda más remedio que aplazar el combate.

El empleado se quedó unos segundos parado, como si hubiera visto a un demonio, y luego desapareció.

—¿En qué se basa usted para afirmar lo que me ha dicho? —preguntó bruscamente lord Pooley—. ¿A quién ha consultado usted?

—Consulté un quiosco de la música —respondió el Padre Brown rascándose la cabeza—. No, me equivoco; también consulté un libro. Lo compré en un puesto en Londres… y, además, muy barato.

Sacó del bolsillo un libro pequeño, grueso, encuadernado en piel, y Flambeau, que miraba por encima del hombro del sacerdote, pudo ver que se trataba de un libro antiguo de viajes y tenía una página con la esquina doblada.

—«La única forma bajo la cual el vudú…» —prosiguió el Padre Brown leyendo en voz alta.

—¿Bajo la cual, qué? —preguntó su señoría.

—«Bajo la cual el vudú —repitió el lector, casi con deleite— se encuentra ampliamente organizado fuera de Jamaica es bajo la forma que se conoce como el Mono, o el Dios de los Gongos, muy poderosa en diversas regiones de los dos continentes americanos, especialmente entre mestizos, muchos de los cuales tienen exactamente el mismo aspecto que los hombres blancos. La diferencia entre ésta y la mayoría de las demás formas de culto al diablo y sacrificio humano es que, en ésta, no se derrama físicamente sangre sobre el altar, sino mediante una especie de asesinato entre la multitud. Se golpean los gongos con ensordecedor estruendo al tiempo que se abren las puertas del santuario, y se desvela al dios-mono; con gran éxtasis, la congregación allí reunida clava los ojos en él. Pero tras…»

Se abrió de golpe la puerta de la habitación y en el quicio de la misma apareció el negro elegantemente vestido, con los ojos desorbitados y el sombrero de seda todavía insolentemente ladeado sobre la cabeza.

—¡Eh! —gritó mostrando sus dientes de simio—. ¿Qué pasa? ¡Eh! ¡Eh! Le roban el premio a un caballero de color… era pan comido… y todo por salvarle la jeta al italiano ese…

—No hemos hecho más que aplazar el encuentro —dijo el aristócrata sin alterarse—. Aguarde un momento y en seguida se lo explico.

—¿Y usted quién es para…? —gritó Ned el Negro perdiendo el control.

—Me llamo Pooley —replicó el otro en tono glacial y muy seguro de sí mismo—. Soy el secretario de esta organización, y le aconsejo que salga de esta habitación inmediatamente.

—¿Y el tío ese quién es? —preguntó el campeón negro señalando desdeñosamente al sacerdote.

—Me llamo Brown —le contestó éste—. Y le recomiendo que salga inmediatamente de este país.

El aspirante al título se le quedó mirando unos segundos y luego, con gran sorpresa de Flambeau y de los demás, retrocedió y salió de la habitación dando un portazo.

—Bueno —dijo el Padre Brown, frotándose su ceniciento pelo—, ¿qué les parece Leonardo da Vinci?[105] Bonita cabeza italiana.

—Mire —le dijo lord Pooley—, he asumido una gran responsabilidad, fiándome tan sólo de su palabra. Creo que me debe usted una explicación.

—Tiene usted razón, excelencia —contestó Brown—. Y será cosa de pocas palabras.

Guardó el librito de piel en el bolsillo de su abrigo.

—Creo que ya sabemos todo lo que este libro puede decirnos, pero más vale que lo consulte para comprobar que estoy en lo cierto. Ese negro que acaba de marcharse es uno de los hombres más peligrosos del mundo, pues tiene el cerebro de un europeo y los instintos de un caníbal. Ha convertido lo que entre las tribus bárbaras de donde él procede era pura y simple carnicería en una sociedad secreta, moderna y científica, de asesinos. No sabe que yo lo sé y tampoco que puedo demostrarlo.

Se produjo un silencio, y luego el hombrecillo prosiguió:

—Pero si quiero asesinar a alguien, ¿les parece que el mejor plan sería apañármelas para estar a solas con mi víctima?

Los ojos de lord Pooley perdieron un brillo glacial cuando los clavó en el curita. Luego dijo escuetamente:

—Si *quiere* matar a alguien, le recomiendo que así lo haga.

El padre Brown meneó la cabeza, como si fuera un avezado asesino y luego replicó con un suspiro:

—Eso mismo decía Flambeau. Pero reflexionen un momento. Cuanto más convencido está un hombre de que se encuentra a solas, menos seguro puede estar de que así sea. Estará rodeado de grandes espacios vacíos, pero por eso mismo es más fácil que lo vean. ¿No han visto ustedes un labrador desde cualquier loma, o un pastor desde cualquier valle? Y cuántas veces vamos por un acantilado y vemos un hombre paseando por la playa. Y nos enteramos de que ha matado un cangrejo y sin embargo no lo reconoceríamos aunque fuera un acreedor nuestro. ¡No, no, no! Para un asesino inteligente, como podríamos serlo cualquiera de nosotros, el plan de intentar que nadie le vea no es nada práctico.

—¿Y qué otro plan hay?

—Únicamente uno —dijo el sacerdote—. Conseguir que todo el mundo esté mirando otra cosa. Estrangulan a un hombre junto al gran estadio de Epsom. Si usted comete el crimen cuando el estadio está vacío, cualquiera puede verlo… un vagabundo tumbado bajo un seto, un motorista que va por una colina. Pero si el estadio está abarrotado y el público vociferando porque el favorito va en cabeza… o va perdiendo, ¿quién va a fijarse en usted? Retuerce una bufanda y tira el cuerpo detrás de una puerta en cosa de un segundo… siempre y cuando lo haga en *ese determinado segundo.* Y naturalmente eso es lo que sucedió con aquel pobrecillo que estaba debajo del

quiosco de la música —añadió dirigiéndose a Flambeau—. Lo dejaron caer por el agujero (no era un agujero accidental) en cualquier momento apasionante del espectáculo, cuando el arco de algún notable violinista o la voz de algún famoso cantante atacaba los primeros acordes o llegaba a un punto culminante. Y, por supuesto, esta noche, cuando cayera en el ring y quedara fuera de combate uno de los contrincantes, no sería la única persona que caería. Estas son las mañas que Ned el Negro ha aprendido de su antiguo Dios de los Gongos.

—Y a propósito, Malvoli… —comenzó a decir Pooley.

—Malvoli no tiene nada que ver en todo este asunto —dijo el sacerdote —. Es muy posible que tenga a algunos italianos de su parte, pero estos amigos nuestros no son italianos. Son ochavones y mestizos africanos más o menos mezclados; lo malo es que nosotros, los ingleses, nos creemos que todos los extranjeros son iguales, siempre que sean morenos y sucios. Y lo malo también es —añadió con una sonrisa— que los ingleses se niegan a reconocer la diferencia que existe entre el carácter moral, producto de mi religión, y el que surge del vudú.

La temporada primaveral había vuelto a resplandecer sobre Seawood, abarrotando su playa de familias, de patines, de predicadores ambulantes y juglares negros, antes de que los dos amigos pudieran volver a la ciudad y mucho antes de que hubiera amainado la campaña para acabar con tan extraña sociedad secreta. Pero con cada uno de ellos que caía, desaparecía el secreto de sus fines. El hombre del hotel apareció muerto, flotando en el mar, como las algas; tenía el ojo derecho cerrado y en paz, pero el izquierdo lo tenía abiertísimo y brillaba como un espejo a la luz de la luna. A Ned el Negro le habían dado alcance a un par de kilómetros de distancia, y había matado a tres policías golpeándolos con el puño izquierdo. El cuarto policía se quedó paralizado por la sorpresa… qué digo, por el dolor… y el negro logró huir. Pero ello fue suficiente para que toda la prensa inglesa echara las campanas al vuelo y durante un par de meses el principal objetivo del Imperio Británico fue evitar que el cabrón del negro (cabrón en los dos sentidos de la palabra) **[106]** se escapara por algún puerto inglés. Cualquier persona que tuviera el más remoto parecido con él se veía sometida a interminables interrogatorios, obligada a refregarse la cara antes de subir a bordo, como si cualquier tez blanca fuera simulada como una máscara de maquillaje. Todos los negros de Inglaterra tuvieron que acatar regulaciones especiales y presentarse ante la policía; los barcos que zarpaban de puerto preferían llevar a bordo a un basilisco antes que a un negro. Pues había llegado a conocimiento de la gente

lo temible, poderosa y silenciosa que era la fuerza de aquella salvaje sociedad secreta, y para cuando Flambeau y el Padre Brown pudieron volver a encontrarse apoyados en el parapeto del paseo marítimo, en el mes de abril, el Hombre Negro[107] había venido a significar en Inglaterra casi lo mismo que antaño significara en Escocia.

—Seguro que todavía está en Inglaterra —comentó Flambeau—, y encima bien escondido. Si se hubiera blanqueado la cara, lo habrían descubierto en cualquier puerto.

—Sí, pero es que es un hombre muy inteligente —le dijo el Padre Brown como disculpándolo—. Estoy convencido de que no se le ocurriría blanquearse la cara.

—¿No? ¿Pues entonces qué iba a hacer?

—Yo creo —dijo el Padre Brown— que oscurecérsela. Flambeau se quedó inmóvil, apoyado en el parapeto; luego se echó a reír y dijo:

—¡Pero bueno, hombre!

El padre Brown, también apoyado, inmóvil en el parapeto, señaló escuetamente con el índice a los negros que, con la cara cubierta de pintura, cantaban en la playa.

X

La ensalada del coronel Cray

El Padre Brown iba caminando hacia su casa después de la misa una mañana fantasmagóricamente blanca… una de esas mañanas en las que el propio elemento de la luz se aparece como algo misterioso y nuevo. De trecho en trecho, los árboles se recortaban cada vez con mayor intensidad por entre la neblina, como si los hubiesen dibujado, primero con tiza gris y luego con carboncillo. Y a intervalos todavía más distantes, surgían las casas, en las quebradas líneas limítrofes de las afueras de la ciudad; sus siluetas eran cada vez más nítidas, y acabó por reconocer muchas de ellas, en las que vivía gente que había conocido superficialmente, y muchas más, cuyos habitantes conocía de nombre. Pero todas las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto; los habitantes de aquel barrio no eran de los que suelen estar levantados a esas horas, y mucho menos por ese motivo. Pero justo cuando pasaba bajo la sombra de un bonito chalet con balcones corridos y un hermoso y cuidado jardín, oyó un ruido que hizo que se detuviera casi involuntariamente. Era el inconfundible sonido del disparo de una pistola o carabina, o de un arma de fuego corta; pero no fue eso lo que más le sorprendió. Al primer estampido le siguieron inmediatamente una serie de ruidos más débiles… fue contándolos, eran aproximadamente seis. Supuso que sería el eco; pero lo raro era que el eco no se parecía para nada al sonido original. No tenía ningún parecido con nada que pudiera recordar; las tres cosas que más se le parecían era el ruido que hacen los sifones de agua de soda, uno de los muchos ruidos que hace un animal, y el que hace una persona cuando intenta reprimir la risa. Pero ninguna de estas cosas parecía estar relacionada con el caso.

Dentro del Padre Brown había en realidad dos personalidades. Una era la de un hombre de acción, humilde como una prímula y puntual como un reloj, que cumplía con sus pequeñas obligaciones sin que se le ocurriera ni por lo más remoto alterar el orden de las mismas. Y la otra era la de un hombre de

reflexión, mucho más sencillo pero mucho más fuerte, al que no era fácil detener y cuyo pensamiento (en el único sentido inteligente de esta expresión) era el propio de un librepensador. No podía evitar, aunque fuera de manera inconsciente, plantearse todas las preguntas que uno podía plantearse y contestarse a todas las que supiera contestar; y todo esto lo hacía con la misma naturalidad con que respiraba o con que circulaba la sangre en sus venas. Pero conscientemente nunca actuaba fuera de la esfera de su propio deber; y en este caso siempre ponía adecuadamente a prueba estas dos actividades. Se disponía a reemprender su caminata con paso cansado bajo la débil luz del amanecer, diciéndose para sus adentros que aquello no era asunto suyo, aunque dándole instintivamente vueltas y más vueltas en la cabeza a dos docenas de teorías capaces de explicar aquellos extraños ruidos.



En ese momento el grisáceo horizonte se tiñó de plata y la luz de la mañana le permitió darse cuenta de que la casa junto a la cual se había detenido pertenecía a un comandante anglo-indio llamado Putnam; y el comandante tenía un cocinero maltés que era feligrés suyo. También comenzó a recordar que los disparos de pistola son a veces cosas serias, que pueden tener consecuencias que caían legítimamente dentro del ámbito de su incumbencia. Así que dio media vuelta, abrió la verja del jardín y se dirigió hacia la puerta principal de la casa.

Anexo a una de las paredes laterales de la casa se veía una especie de cobertizo bajo; era, según descubrió posteriormente, un gran basurero. Por detrás de él apareció una figura, al principio una mera sombra en la bruma, que se agachaba como si buscase algo. Cuando se acercó a ella, tomó cuerpo, y por cierto que extraordinariamente sólido. El comandante Putman era un hombre calvo, con un cuello como un toro, bajo y muy robusto, con uno de esos rostros algo apopléjicos que suelen tener las personas que, durante un amplio período de tiempo, intentan combinar el clima original con los lujos occidentales. Pero en su cara había una expresión de buen humor, e incluso en aquel momento, aunque evidentemente tuviera un gesto extraño e inquisitivo, mostraba una especie de mueca inocente. Llevaba echado hacia atrás un gran sombrero de hoja de palma, que sugería un halo que, desde luego, no pegaba en absoluto con aquella cara, y no llevaba puesto más que un pijama chillón de rayas rojas y amarillas, que, aunque de cálidos colorines, en aquella fría mañana tenía que resultar de muy poco abrigo. No cabía duda de que había salido de casa apresuradamente, y al sacerdote no le extrañó que le gritase sin más preámbulo:

—¿Ha oído usted ese ruido?

—Sí —respondió el Padre Brown—; pensé que era mejor que me asomase por si había pasado algo.

El comandante se lo quedó mirando con una expresión bastante extraña en sus ojillos semejantes a dos grosellas silvestres y luego le preguntó:

—¿Qué le parece a usted que era ese ruido?

Sonaba como un disparo o algo por el estilo —contestó el otro, con un tono de duda en la voz—; pero tenía una especie de eco singular.

El comandante seguía contemplándolo tan tranquilo, pero con ojos saltones, cuando de repente se abrió la puerta principal, lanzando un chorro de luz de gas en la neblina que comenzaba a disipar; y otro personaje en pijama salió tambaleándose al jardín. Era un tipo mucho más alto, delgado y atlético; su pijama, aunque también tropical, resultaba relativamente más discreto, pues era blanco con rayas de color amarillo limón pálido. El hombre estaba ojeroso, pero era guapo y estaba mucho más moreno que el otro; tenía un perfil aquilino y unos ojos bastante hundidos, además de un aspecto algo singular debido al contraste entre el pelo, negro como el carbón, y un bigote mucho más claro. Todo esto lo fue analizando el Padre Brown en detalle con más calma. De momento sólo se fijó en una cosa: el hombre llevaba un revólver en la mano.

—¡Cray! —exclamó el comandante mirándolo fijamente—. ¿Ha sido usted el que ha disparado?

—Claro que sí —contestó el hombre de pelo negro muy acalorado—; y lo mismo hubiera hecho usted en mi lugar. Si lo persiguieran los diablos y casi…

El comandante le interrumpió bruscamente diciéndole:

—Este es mi amigo el Padre Brown.

Luego se volvió hacia el Padre Brown y le dijo:

—No sé si conoce usted al coronel Cray, de la Artillería Real.

—He oído hablar de él, por supuesto —dijo el sacerdote con tono inocente —. ¿Le dio usted… le dio usted a algo?

—Me pareció que sí —contestó Cray muy serio.

—¿Y se… —preguntó el comandante Putnam bajando el tono de voz—, y se cayó, o gritó, o algo por el estilo?

El coronel Cray se quedó mirando a su anfitrión con la mirada fija y el gesto desconcertado y luego dijo:

—Le diré exactamente lo que hizo. Estornudó.

El Padre Brown hizo un gesto de llevarse la mano a la cabeza, como quien recuerda el nombre de alguien. Se había dado cuenta de que aquel ruido no era ni el de un sifón ni el gruñido de un perro.

—Bueno —soltó el coronel estupefacto—, jamás oí de nadie que reaccionara ante un disparo estornudando.

—Tampoco yo —dijo el Padre Brown en voz baja—. Menos mal que no le soltó toda una salva de artillería, o hubiera pillado un buen resfriado.

Calló un momento, la mar de perplejo, y luego dijo:

—¿Era un ladrón?

—Vamos dentro —dijo bruscamente el comandante Putnam, dirigiéndose hacia la casa.

En el interior de la vivienda se observaba ese paradójico as- pecto que suele verse a tan temprana hora de la mañana: las habitaciones resultaban más luminosas que el cielo que se veía en el exterior, incluso después de que el comandante hubiera apagado una lámpara de gas en el vestíbulo. Al Padre Brown le sorprendió ver que la mesa estaba perfectamente dispuesta como para un banquete, con las servilletas en sus servilleteros, y las copas, de seis formas distintas e innecesarias, colocadas delante de cada plato. No hubiera sido raro encontrarse, a aquella hora de la mañana, los restos de un banquete de la noche anterior, pero sí lo era ver la mesa ya preparada, siendo como era tan temprano.

El Padre Brown se quedó un momento en el vestíbulo, sin saber a dónde dirigirse, y entonces el comandante Putnam pasó a toda velocidad por delante de él y, recorrió con mirada furiosa toda la longitud de la mesa. Al fin abrió la boca y soltó jadeando de rabia:

—¡Toda la plata ha desaparecido! Se llevaron los cubiertos de pescado. Se llevaron el servicio de mesa. Hasta la jarrita antigua de la crema se han llevado. Padre Brown, ahora sí que puedo contestar a su pregunta de si se trataba de un ladrón.

—Esto no es más que una cortina de humo —dijo Cray tercamente—. Sé mejor que usted la razón por la que la gente la tiene tomada con esta casa; sé mejor que usted la razón por la que…

El comandante le dio unos golpecitos en el hombro, con un gesto muy parecido al que se suele usar para tranquilizar a un niño enfermo, y luego dijo:

—Era un ladrón. No cabe duda de que era un ladrón.

—Un ladrón muy acatarrado —observó el Padre Brown—; eso puede ayudarle a localizarlo entre el vecindario.

El comandante meneó la cabeza con gesto sombrío y dijo:

—Me temo que a estas alturas ya va a ser muy difícil localizarlo.

Luego, viendo que su amigo, muy intranquilo, se dirigía con el revólver en la mano hacia la puerta que daba al jardín, añadió con voz ronca y en tono confidencial:

—No creo que deba avisar a la policía, porque me parece que mi amigo ha abusado un poco de las balas, y no está en muy buenos términos con la ley. Ha vivido en lugares muy incivilizados; le diré, con toda franqueza, que a veces pienso que se imagina cosas.

—Creo recordar que una vez me dijo usted que está convencido de que lo persigue una sociedad secreta india —dijo el Padre Brown.

El comandante Putnam hizo un gesto afirmativo con la cabeza, aunque al mismo tiempo se encogió de hombros, y luego dijo:

—Más vale que salgamos y vayamos a reunirnos con él. No me gustaría que se produjeran más… digamos más estornudos.

Salieron a la luz de la mañana, entonces ya teñida por los resplandores del sol, y vieron la alta silueta del coronel Cray casi doblada por la mitad, examinando con toda atención el estado de la gravilla y del césped. Mientras el comandante se dirigía a paso lento hacia él, el sacerdote se encaminó, también sin apresurarse, hacia la parte posterior de la casa, saliendo por la otra esquina hasta ir a parar a un par de metros de distancia del basurero adosado a la pared.

Se quedó durante un minuto y medio contemplando tan deprimente artefacto; luego se acercó al mismo, levantó la tapa y metió la cabeza dentro. Al hacerlo, se levantó polvo y suciedad; pero fuera lo que fuera lo que atrajo la atención del Padre Brown, le tenía sin cuidado su propio aspecto. Estuvo así durante un considerable período de tiempo, como absorto en misteriosas oraciones. Luego sacó la cabeza del basurero; llevaba el pelo manchado de ceniza, pero echó a andar sin darse cuenta de ello.

Para cuando llegó a la puerta que daba al jardín, se encontró con un grupo de personas capaz de disipar cualquier aspecto morboso, del mismo modo que los rayos del sol habían disipado la bruma. Desde luego, no se trataba de un espectáculo racionalmente tranquilizador, sino rotundamente cómico, como compuesto por un puñado de personajes de Dickens[108]. El comandante Putnam había logrado entrar en casa y enfundarse una camisa y unos pantalones como Dios manda, con una ancha faja carmesí a la cintura; por encima se había puesto una chaqueta ligera; con esta indumentaria normal, su alegre y rubicundo rostro parecía rebosar de cordialidad trivial. Hablaba con un tono realmente enfático, pero es que se dirigía a su cocinero… el aceitunado maltes, cuyo enjuto y amarillento rostro, de gesto cansado, formaba singular contraste con su uniforme y gorro, de nívea blancura. Y no era de extrañar que el cocinero estuviera agotado, pues la cocina era el principal *hobby* del comandante, que era uno de esos aficionados que siempre saben más que los profesionales. A la única persona que le consentía que juzgara la calidad de una tortilla era a su amigo Cray… y como Brown se acordaba de esto, se volvió para ver dónde estaba el otro oficial. A la luz del día junto a personas vestidas de calle y de aspecto normal, el coronel ofrecía un aspecto de lo más chocante. Aquel hombre, que era alto y elegante, y llevaba todavía la indumentaria nocturna y el negro pelo revuelto, andaba a gatas por el jardín, buscando las huellas del ladrón; y de vez en cuando aporreaba el suelo con la mano, furioso al parecer por no poder dar con él. Al verlo a cuatro patas, el sacerdote alzó las cejas con gesto entristecido y entonces se percató de que lo de «imaginarse cosas» podría ser un eufemismo.

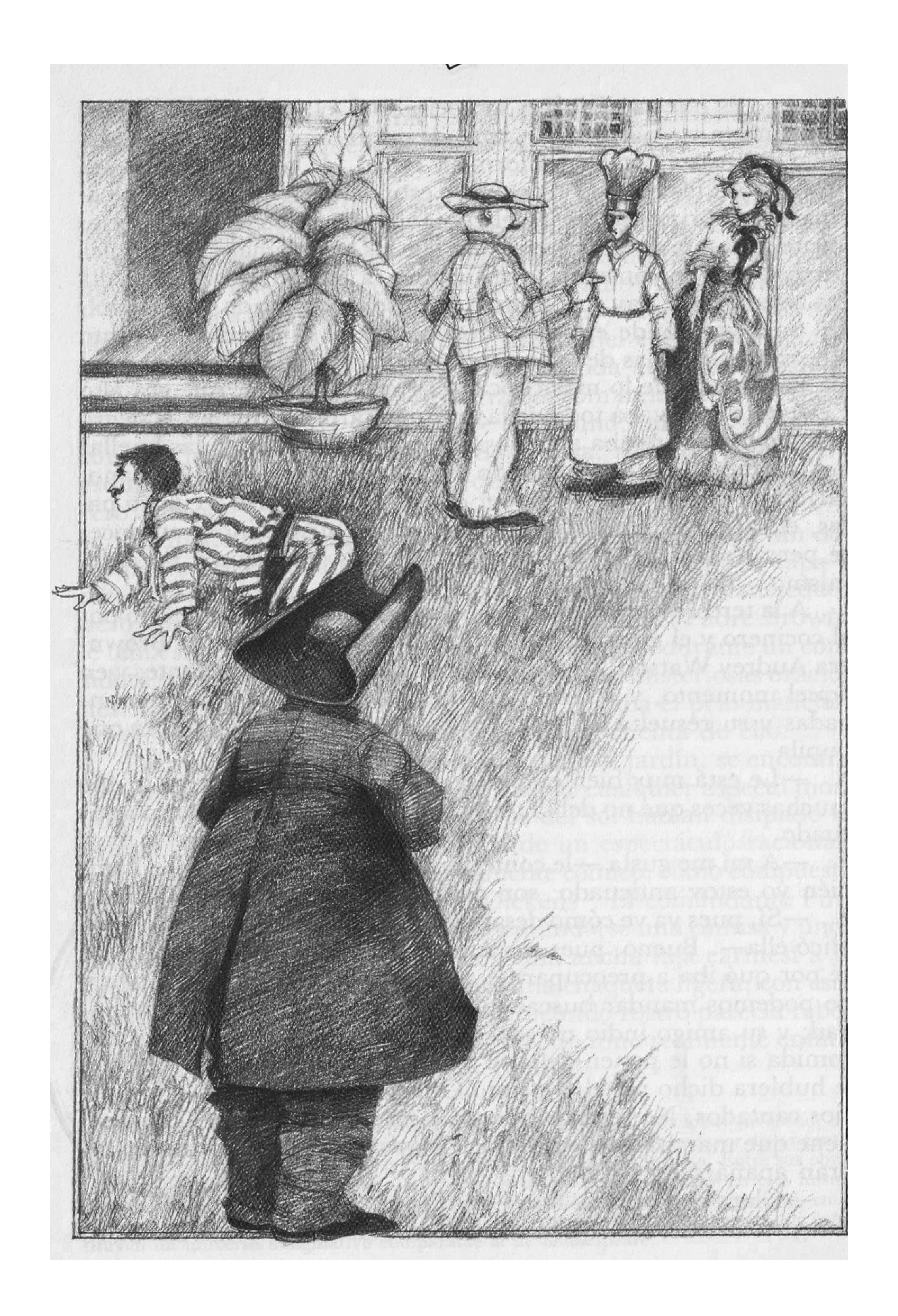
A la tercera persona que se hallaba en el grupo compuesto por el cocinero y el gastrónomo también la conocía el Padre Brown; era Audrey Watson, pupila y ama de llaves del comandante; y en aquel momento, y a juzgar por el delantal, las mangas remangadas y su resuelta actitud, era mucho más ama de llaves que pupila.

—Le está muy bien empleado —decía la mujer—; ya le dije muchas veces que no debía tener aquel servicio de mesa tan anticuado.

—A mí me gusta —le contestó Putnam sin alterarse—. También yo estoy anticuado; son piezas que van muy bien juntas.

—Sí, pues ya ve cómo desaparecen también todas juntas —replicó ella—. Bueno, pues si a usted no le preocupa el ladrón, no sé por qué iba a preocuparme a mí el almuerzo. Es domingo y no podemos mandar buscar vinagre y las demás cosas a la ciudad; y su amigo indio no sabe saborear lo que usted llama una comida si no le ponen delante un montón de picante. Ojalá no le hubiera dicho usted al primo Oliver que me llevara o los oficios cantados. No terminan hasta las doce y media, y el coronel tiene que marcharse a esa hora. Estoy convencida de que no sabrán apañárselas solos.

—Claro que sí, hija mía —le dijo el comandante, mirándola con gesto afectuoso—. Marco tiene todas las salsas;



y más de cuatro veces nos las hemos arreglado para salir a solas de situaciones bien apuradas, como tú bien sabes. Y, además, buena falta te hace que te distraigas un poco, Audrey; no vas a ejercer de ama de casa todas las horas del día; de sobra sé yo cuánto te gusta la música.

—Lo que me gusta es ir a la iglesia —contestó ella con un gesto de severidad en la mirada.

Era una de esas hermosas mujeres que nunca pierden su hermosura, porque su belleza no consiste en un gesto o en una tonalidad de color, sino en la estructura de su cabeza y de sus rasgos. Aunque todavía no había alcanzado la madurez y su cabello castaño rojizo tenía una abundancia ticianesca**[109]**, tanto por su color como por la forma de su peinado, había en su boca y alrededor de sus ojos un gesto que parecía indicar que algún pesar la consumía, como el viento acaba por corroer las aristas de un templo griego. Desde luego la pequeña contrariedad doméstica a la que en aquel momento se refería de manera tan contundente, resultaba más cómica que trágica. De lo que se desprendía de la conversación, el Padre Brown sacó en consecuencia que Cray, el otro *gourmet***[110]**, tenía que marcharse antes de lo que normalmente era la hora de comer; y que Putnam, su anfitrión, que no estaba dispuesto a prescindir de su banquete de despedida con su viejo compañero de aventuras, había dispuesto que se sirviera un *dejeuner***[111]** especial, que se comería en el transcurso de la mañana, mientras Audrey y otras personas más serias iban a los oficios religiosos de la mañana. Asistía a ellos acompañada de un pariente y viejo amigo suyo, el doctor Oliver Oman, el cual, aunque hombre de ciencia un tanto recalcitrante, era un enamorado de la música y estaba dispuesto incluso a ir a la iglesia, con tal de disfrutar de ella. Ninguno de estos factores parecía justificar la tragedia que se leía en el rostro de la señorita Watson; y por su instinto semiinconsciente, el Padre Brown volvió de nuevo la vista a donde estaba aquel supuesto chiflado hurgando por la hierba.

Se dirigió hacia aquel lugar y, cuando pasó por delante de él, la cabeza de pelo negro y revuelto se levantó de repente, como si le sorprendiera verlo todavía allí. Y la verdad es que el Padre Brown, por razones que sólo él conocía, había permanecido en aquel lugar mucho más tiempo que lo que exigía la cortesía; o incluso, por decirlo de manera más directa, que lo que ésta permitía.

—¡Vaya! —gritó Cray mirándolo con rabia—. Pensará usted que estoy loco, como piensan todos los demás.

—Pues sí, reconozco que me he planteado esta posibilidad —le respondió el hombrecillo sin perder la compostura—. Pero me inclino a creer que no lo

está.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —gritó Cray ferozmente.

—Los que están verdaderamente locos —le explicó el Padre Brown— siempre fomentan su propia enfermedad. Nunca luchan contra ella. Pero usted está empeñado en encontrar huellas del ladrón, aunque no las hay. Lucha usted contra ello. Desea lo que ningún loco desearía nunca.

—¿A qué se refiere?

—Desea que se demuestre que está usted equivocado —dijo Brown.

Mientras el sacerdote pronunciaba estas palabras. Cray se había puesto en pie tambaleándose y miraba al Padre Brown con agitados ojos. Luego exclamó:

—¡Diablos, ahora sí que ha dicho la verdad! Se empeñan en decirme que el tipo sólo andaba detrás de la plata… ¡qué más hubiera querido yo que creérmelo! y *ella* ha estado sermoneándome —añadió indicando a Audrey con un gesto de su enmarañada cabeza, aunque su interlocutor no necesitaba esta explicación—, ha estado sermoneándome y diciéndome que soy muy cruel por haber disparado contra un pobre e indefenso ladronzuelo, y que les tengo la guerra declarada a los pobres indefensos nativos. Pues años atrás también yo era una persona bondadosa… tanto como lo es Putnam.

Hizo una pequeña pausa y luego prosiguió:

—Mire, a usted no lo conozco, pero le voy a contar toda la historia y luego me dirá lo que piensa. El viejo Putnam y yo nos hicimos amigos porque éramos compañeros de rancho; pero, por una serie de accidentes en la frontera afgana, a mí me ascendieron mucho antes que a la mayoría de los otros; pero a los dos nos licenciaron temporalmente y nos mandaron para casa. Yo me hice novio de Audrey allá; hicimos el viaje de vuelta todos juntos. Pero en el viaje sucedieron algunas cosas y, como resultado de las mismas, Putnam quiere que se rompa el compromiso, y hasta la propia Audrey va aplazando la boda… bien sé yo por qué. Sé lo que dicen de mí. Y usted también lo sabe.

»Bueno, ahora le voy a relatar los hechos. El último día que pasamos en una ciudad india, le pregunté a Putnam dónde podría conseguir unos puros de Triquinópolis[112]; me indicó un lugar situado enfrente de la casa donde él se hospedaba. Luego me enteré de que me había dado la dirección correcta, pero «enfrente» puede ser una palabra peligrosa cuando una casa decente está situada frente a cinco a seis sórdidas viviendas; lo más seguro es que me equivocara. La puerta se abrió con dificultad; dentro estaba todo oscuro; me di la vuelta y la puerta se cerró tras de mí, con gran chirriar de innumerables cerrojos. No me quedaba más remedio que seguir avanzando, cosa que hice,

recorriendo toda una serie de pasillos negros como boca de lobo. Luego llegué a unas escaleras y después a una puerta falsa, cerrada con un cerrojo de forja oriental muy complicado según deduje al tacto, pero que al cabo conseguí abrir. Al otro lado estaba también todo en tinieblas, aunque algo atenuadas por un ligero resplandor verdoso procedente de una serie de lamparillas que había más abajo, y que dejaban vislumbrar el borde inferior de una inmensa y vacía pieza de arquitectura. Justo delante de mí se levantaba algo que parecía una montaña. He de reconocer que casi tuve que darme de narices con la gran plataforma de piedra sobre la que había salido para darme cuenta de que se trataba de un ídolo. Y por si fuera poco, un ídolo de espaldas a mí.

»De lo que acertaba a ver, comprendí que se trataba de una forma vagamente humana, a juzgar por su cabeza, pequeña y cuadrada, y sobre todo por algo así como un rabo o miembro adicional que tenía en la parte de atrás, erguido y señalando, como un dedo enorme y repugnante, un símbolo grabado en el centro del inmenso lomo de piedra. A la luz de la tenue claridad, había comenzado, bastante horrorizado, a descifrar el jeroglífico cuando sucedió una cosa todavía más espantosa. Se abrió silenciosamente una puerta que había en la pared del templo, detrás de mí, y salió un hombre, de tez oscura y ataviado con traje negro. Tenía la sonrisa esculpida en el rostro, de cobriza carne y dientes de marfil; pero creo que lo que más repulsivo me resultaba era que iba vestido a la europea. Supongo que no me hubiera sorprendido ver sacerdotes con túnicas o desnudos faquires. Pero aquello era como si la perversidad se hubiera adueñado de la tierra. Cosa que pude comprobar sin tardanza.

»—Si sólo hubiera visto las patas del Mono —me dijo sin más preámbulos y sin dejar de sonreír—, te habríamos tratado con toda delicadeza… nos habríamos limitado a torturarte y matarte. Si hubieras visto la cara del Mono, también habríamos sido muy moderados, muy tolerantes… te habríamos torturado y perdonado la vida. Pero como has visto la cola del Mono, pronunciaremos contra ti la más severa de las sentencias. Esta es… Estás libre.

»En cuanto hubo pronunciado estas palabras, oí cómo se abría automáticamente el complicado cerrojo de hierro que tanto trabajo me había costado abrir; y luego, allá abajo, al fondo de los oscuros pasadizos que había recorrido, oí cómo se corrían las cerraduras de la pesada puerta de la calle.

»—No pretendas implorar piedad; estás libre —dijo el hombre de la sonrisa—. De ahora en adelante, podrá matarte un cabello como si fuera una

espada, y una bocanada de aire podrá morderte como si fuera una víbora; te atacarán armas que surgirán de la nada; y morirás muchas veces.

»Y tras pronunciar estas palabras, se esfumó por la pared que tenía detrás y yo salí a la calle.

Cray hizo una pausa; el Padre Brown, como quien no quiere la cosa, se sentó en el césped y se puso a arrancar margaritas. Al poco rato el militar prosiguió:

—Naturalmente, Putnam, haciendo gala de su famoso sentido común, restó importancia a mis temores; fue en aquella época cuando empezó a poner en duda mi equilibrio mental. Pues bien, le contaré a usted ahora, de la manera más breve posible, las tres cosas que sucedieron desde entonces; y ya me dirá usted luego cuál de los dos tiene razón.

»La primera sucedió en una aldea india en las inmediaciones de la jungla, pero situada a cientos de kilómetros de distancia del templo, o ciudad, o tipo de tribus y costumbres en donde me habían echado la maldición. Me desperté en medio de una noche oscurísima y estaba tendido, sin pensar en nada en particular, cuando sentí el cosquilleo de algo muy fino, como si fuera un hilo o un pelo, que me recorría el cuello. Me eché hacia atrás, con el fin de evitarlo, y entonces recordé las palabras oídas en el templo. Pero cuando me levanté y busqué luces y un espejo, vi que la raya que me cruzaba el cuello era una raya de sangre.

»La segunda sucedió poco tiempo después en una posada de Port Said[113] cuando regresábamos juntos a casa. Era un local entre hostería y tienda de baratijas; y aunque no hubiera allí nada que, ni por lo más remoto, hiciera alusión al culto del Mono, cabe dentro de lo posible que algunas de sus imágenes o talismanes pudieran hallarse en semejante lugar. De lo que no cabe duda alguna es de que la maldición seguía vigente. De nuevo me desperté en medio de la noche con la sensación de que, y no se lo puedo decir con una expresión más fría ni más literal, de que me estaba echando el aliento una víbora. La vida se me escapaba en un soplo; me golpeé la cabeza contra la pared, hasta que di con ella contra una ventana y fui a caer, más que salté, al jardín que había debajo. El pobre de Putnam, que en la ocasión anterior había dicho que me habría hecho el arañazo por casualidad, no tuvo más remedio que tomarse en serio el hecho de encontrarme al amanecer, medio inconsciente y tumbado en la hierba. Pero me temo que lo que en realidad se tomó en serio fue mi estado mental, y no lo que le conté.

»La tercera sucedió en Malta[114]. Allí nos hospedamos en una fortaleza; nuestros dormitorios daban sobre el mar, que casi llegaba hasta el alféizar de

nuestas ventanas, aunque nos separaba del mismo una pared exterior, lisa y desnuda como el mar. También me desperté, pero en aquella ocasión no estaba oscuro. Me dirigí hacia la ventana y vi la luna llena; podría haber divisado un pájaro posado sobre las desnudas almenas, o una vela en el horizonte. Pero lo que vi fue una especie de palo o rama que giraba en círculos, sin apoyarse en nada, por el cielo vacío. Se dirigió volando directamente hasta mi ventana y machacó la lámpara que había junto a la almohada de la que me acababa de levantar. Era una de esas extrañas mazas de guerra que utilizan algunas tribus orientales. Pero no la había manejado ninguna mano humana.

Ciudad de Egipto, a la entrada del canal de Suez. Es obra de la Compañía del canal (1860) y puerto de aprovisionamiento (de fuel-oil), de escala, de tránsito e incluso de pesca.

El Padre Brown tiró una cadeneta de margaritas que había estado tejiendo, y se puso en pie con mirada pensativa. Luego le preguntó:

—¿Tiene el comandante Putnam alguno de esos objetos orientales, ídolos, armas y cosas por el estilo, que pudieran darnos una pista?

—Muchísimos, pero no creo que nos sean de utilidad —replicó Cray—; no obstante, vayamos a su gabinete.

Al entrar en la casa, pasaron por delante de la señorita Watson, que se estaba abotonando los guantes para ir a la iglesia, y oyeron la voz de Putnam, que en el piso de abajo estaba dándole al cocinero una conferencia sobre asuntos culinarios. En la sala que hacía las veces de gabinete y colección de objetos curiosos del comandante, se encontraron inesperadamente con un tercer individuo, personaje vestido de calle y tocado con sombrero de copa, enfrascado en la lectura de un libro que estaba abierto sobre la mesa de fumar… libro que soltó como si le hubieran pillado en falta, antes de volverse hacia ellos.

Cray se lo presentó con palabras relativamente corteses, diciendo que era el doctor Ornan, pero mostrando un gesto tal de antipatía en su rostro que Brown se percató que los dos hombres, con conocimiento de Audrey o sin él, eran rivales. Y la verdad es que el sacerdote sentía cierta tendencia a ponerse de parte del coronel. La verdad es que el doctor Ornan era un caballero impecablemente vestido, bien parecido, aunque de tez algo excesivamente oscura para ser asiático. Pero el Padre Brown tuvo que autorreprenderse para sus adentros, diciéndose que uno debe ser caritativo incluso con aquellos que se ponen fijador en la perilla, tienen manos pequeñitas y enguantadas, y hablan con voz perfectamente modulada.

Al parecer a Cray le irritaba sobremanera ver el librito de oraciones en las manos de Oman, calzadas de guantes oscuros.

—No sabía que le interesasen esos temas —le dijo con cierto tono descortés.

Oman esbozó una sonrisa exenta de provocación y dijo, posando la mano sobre el grueso libro que acababa de dejar caer sobre la mesa:

—Esto es más bien un diccionario de pócimas y cosas por el estilo, ya lo sé. Pero es demasiado grande para llevármelo a la iglesia.

Luego cerró el grueso libro y de nuevo se percibió en el ambiente un ligero tono de prisa e incomodidad.

—Supongo —dijo el sacerdote que, al parecer, estaba deseando cambiar de tema— que todas esas lanzas y demás son de la India.

—Son de todas las partes del mundo —le respondió el doctor—. Putnam es soldado viejo, y ha estado en México y Australia y, que yo sepa, también en las islas de los Caníbales.

—Espero que no fuera en las islas de los Caníbales donde aprendió sus artes culinarias —dijo Brown, recorriendo con la mirada las ollas y otros extraños utensilios que había en la pared.

En aquel momento el personaje que era tema de su conversación irrumpió en la sala, con una sonrisa en su cara de langosta.

—Vamos Cray —exclamó—. El almuerzo está a punto y repican las campanas para aquellos que se disponen a ir a la iglesia.

Cray subió a su habitación a cambiarse de ropa; el doctor Ornan y la señorita Watson se dirigieron calle abajo, con gran solemnidad, acompañados por otros feligreses; pero el Padre Brown se dio cuenta de que el médico volvía un par de veces la vista atrás, mirando con atención la casa; e incluso se volvió atrás desde la esquina, para volver a mirarla.

El sacerdote estaba sorprendidísimo.

—No puede haber estado revolviendo en el basurero —musitó—. No con esa ropa. A menos que hubiera venido antes.

En lo tocante a otras personas, el Padre Brown solía ser tan delicado como un barómetro; pero aquel día daba la impresión de que tenía la misma delicadeza que un rinoceronte. Bajo ninguna regla social, ni estricta ni implícita, resultaba admisible que se encontrara presente cuando los dos amigos anglo-indios se disponían a almorzar; pero allí se quedó, dominando la situación con un montón de anécdotas divertidas, pero absolutamente innecesarias. Y resultaba todavía más extraño porque no quiso probar el almuerzo. Uno tras otro, fueron apareciendo sobre la mesa los más exquisitos

y equilibrados *kedgerees* de *currys*[115] acompañados por los correspondientes vinos, pero él repetía invariablemente que era uno de sus días de ayuno, y se limitaba a mordisquear un pedazo de pan; luego mojó los labios en una copa de agua fría y no se la bebió. Sin embargo charlaba por los codos.

—Ahora les diré lo que voy a hacer —exclamó—. ¡Les preparare una ensalada! ¡Yo no puedo probarla, pero la preparo como los propios ángeles! Veo que tienen ahí una lechuga.

—Desgraciadamente es lo único que tenemos —respondió afablemente el comandante—. Recuerde que tanto la mostaza como el aceite, el vinagre y todo lo demás desaparecieron junto con el servicio de mesa y el ladrón.

—Ya lo sé —respondió el Padre Brown con cierta vaguedad—. Siempre me temí que ocurriera una cosa así. Y por eso llevo siempre un servicio encima. Es que me encantan las ensaladas.

Y ante la gran sorpresa de los dos hombres, sacó un pimentero del bolsillo del chaleco y lo dejó encima de la mesa.

—Y digo yo que ¿para qué querría el ladrón la mostaza? —prosiguió, sacando un tarrito de mostaza de otro bolsillo—. Supongo que para hacer una cataplasma de mostaza. ¿Y el vinagre? —dijo sacando dicho condimento—. Aunque me parece que hay un remedio con papel de estraza y vinagre. En cuanto al aceite, creo recordar que lo llevo en el bolsillo…

Por un momento se desvaneció su locuacidad pues, al levantar la vista, vio algo que nadie más vio… la negra figura del doctor Ornan de pie en medio del soleado césped, mirando fijamente lo que sucedía dentro de la habitación. Pero antes de que pudiera recuperarse, ya estaba metiendo baza Cray.

—Es usted un fuera de serie —dijo con la mirada fija—. Tengo que ir a oír sus sermones, si son tan divertidos como sus costumbres.

Su voz se alteró, y se recostó en el respaldo de la silla.

—Bueno, también hay sermones en un servicio de mesa —dijo el Padre Brown muy serio—. ¿No han oído ustedes hablar de la fe, que es como un grano de mostaza o de la caridad, que unge como el aceite? En cuanto al vinagre, ¿puede algún soldado olvidar a aquel otro soldado solitario que, cuando las tinieblas cubrieron el sol…?

El coronel Cray se inclinó hacia adelante y se agarró al mantel.

El Padre Brown, que aliñaba la ensalada, echó dos cucharadas de mostaza en el vaso de agua que tenía a su lado; luego se puso de pie y dijo en un tono de voz diferente, sorprendentemente fuerte:

—¡Bébase esto!

Al mismo tiempo, el doctor, que permanecía inmóvil en el jardín, echó a correr y, abriendo de golpe una ventana, gritó:

—¿Me necesita? ¿Lo han envenenado?

—Poco ha faltado —dijo el Padre Brown, esbozando una sonrisa, pues el emético[116] había surtido un efecto inmediato. Cray estaba tumbado en una hamaca, casi sin aliento pero vivo.

El comandante Putnam se había levantado precipitadamente, con la cara congestionada, al tiempo que gritaba con voz ronca:

—¡Un crimen! ¡Voy a avisar a la policía!

El sacerdote oyó cómo agarraba el sombrero de hoja de palma que estaba colgado en el perchero y salía precipitadamente por la puerta principal; oyó el portazo de la verja del jardín. Pero se quedó en pie, con la mirada clavada en Cray; al cabo de un rato, dijo en voz baja:

—Ahora no quiero hablarle mucho; pero hay algo que deseo que sepa. Nadie le ha echado maldición alguna. El templo del Mono fue una simple coincidencia, o formaba parte de toda esta trama; y se trataba de algo tramado por un hombre blanco. No hay más que un arma que hace brotar la sangre sólo con que se pase por la piel como si fuera una pluma: una hoja de afeitar manejada por un hombre blanco. No hay más que una manera de conseguir que una habitación se llene de veneno invisible y mortal: dejando abierta la espita del gas… crimen propio de un hombre blanco. Y no hay más que un tipo de maza que, lanzada desde una ventana, pueda dar media vuelta en el aire y regresar hasta la ventana de al lado: el bumerán[117] australiano. En el gabinete del comandante puede usted ver varios.

Tras decir estas palabras, salió de la casa y se detuvo un momento a hablar con el doctor. Al poco tiempo, Audrey Watson entró corriendo en la casa y se arrodilló junto a la butaca de Cray. El Padre Brown no alcanzaba a oír lo que decían, pero en sus rostros se reflejaban la sorpresa, no la infelicidad. El médico y el sacerdote se dirigieron caminando lentamente hacia la verja del jardín.

—Me imagino que también el comandante estaba enamorado de ella —dijo el curita con un suspiro.

Y cuando vio que el otro asentía con la cabeza, añadió:

—Ha sido usted muy generoso, doctor. Se portó usted admirablemente. ¿Qué fue lo que provocó sus sospechas?

—Un detalle insignificante —respondió Ornan—, pero que me tuvo intranquilo en la iglesia, hasta que regresé y pude comprobar que todo estaba bajo control. El libro que estaba encima de la mesa era una obra sobre

venenos; y estaba abierto en una página en la que se hablaba de cierto veneno indio, que aunque mortal y difícil de identificar en el cuerpo de la víctima, podía contrarrestarse muy fácilmente utilizando los eméticos más corrientes. Supongo que el comandante lo leyó en el último momento y…

—Y recordó que había eméticos en el servicio de mesa —dijo el Padre Brown—. Exactamente. Tiró el servicio al basurero… donde yo lo encontré, junto con el resto de la plata… que no era más que una cortina de humo para simular el robo. Pero si se fija usted en el pimentero que dejé encima de la mesa, verá que tiene un agujero. Justamente en el punto en el que dio el tiro de Cray, sacudiendo la pimienta y provocando el estornudo del asesino.

Se produjo un silencio. Luego el doctor Ornan dijo con tono sombrío:

—El comandante tarda mucho en avisar a la policía.

—O la policía en dar con el comandante —dijo el sacerdote—. Bueno, adiós.

XI

El extraño crimen de John Boulnois

El señor Calhoun Kidd era un caballero muy joven con un rostro muy avejentado, un rostro consumido por su propia ansiedad, enmarcado por una melena de un negro azulado y una corbata de pajarita negra. Era el enviado en Inglaterra del inmenso diario norteamericano *El Sol Occidental* —también conocido en tono humorístico como «Amanecer del Ocaso». Con esto se aludía a una importante declaración periodística (que se atribuía al propio señor Kidd), según la cual «el sol podría levantarse por el Oeste si los ciudadanos norteamericanos se empeñaran en ello». Sin embargo, aquellos que se burlan del periodismo norteamericano desde el punto de vista de unas tradiciones relativamente más maduras, suelen olvidar cierta paradoja que en parte lo redime. Y es que, mientras el periodismo de Estados Unidos permite una vulgaridad de pantomima[118] que resultaría intolerable para el gusto inglés, es al mismo tiempo capaz de entusiasmarse con importantísimos problemas intelectuales que ignoran, o mejor dicho, que son incapaces de tratar, los periódicos ingleses.

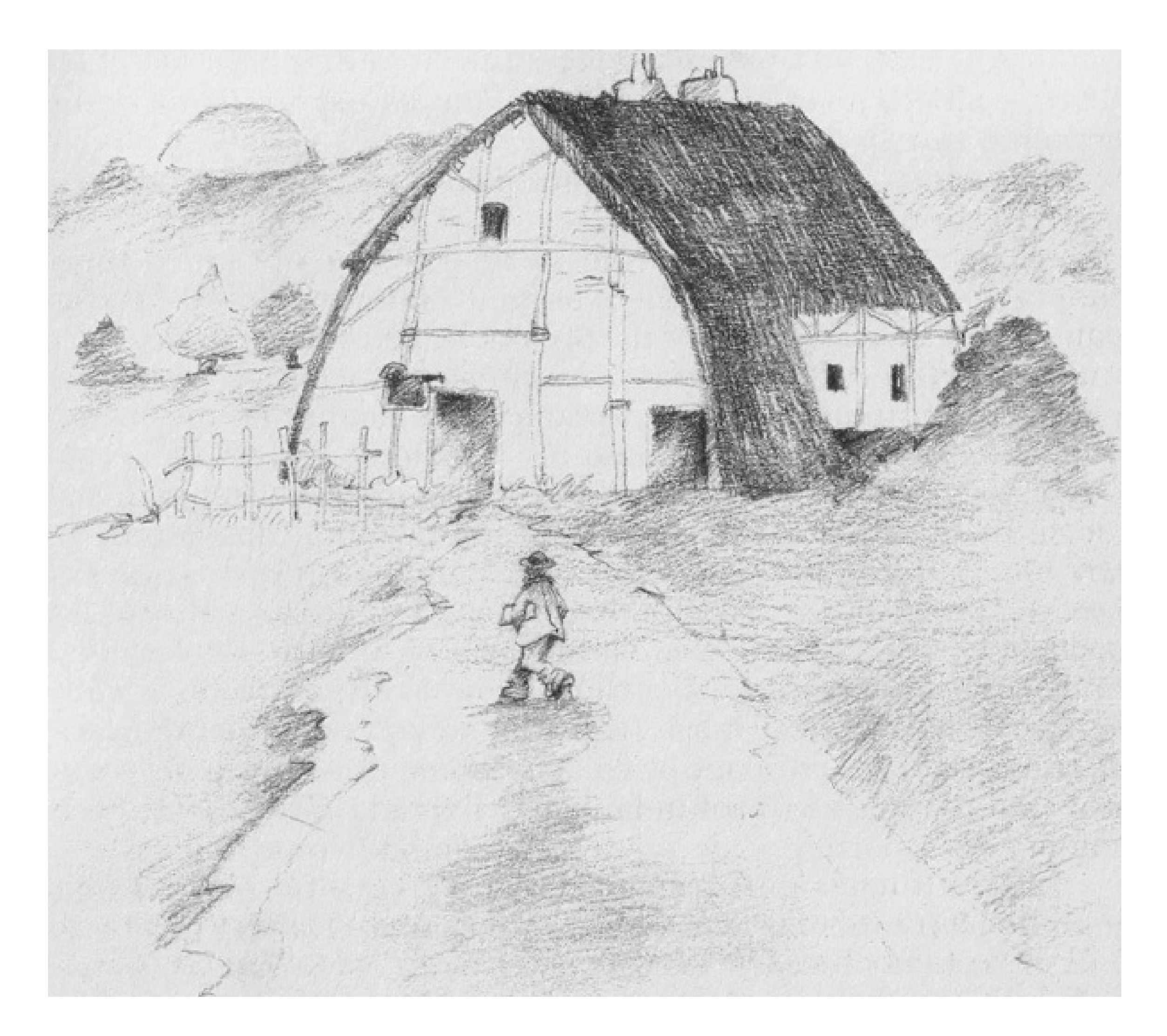
El Sol estaba lleno de cuestiones de máxima seriedad tratadas de la manera más ridícula. En sus páginas aparecía William James junto a Weary Willie[119] y las pragmatistas alternaban con las pugilistas en su larga procesión de retratos.

Y así fue como, cuando un discreto personaje de Oxford, de nombre John Boulnois, escribió en una revista de escasísima difusión llamada *Boletín Trimestral de Filosofía Natural* una serie de artículos sobre los supuestos puntos débiles de la evolución darwiniana, no halló eco alguno en ningún rincón de los periódicos ingleses; y eso que la teoría de Boulnois (que era la de un universo relativamente estacionario visitado ocasionalmente por convulsiones de cambio) había tenido cierta aceptación en Oxford, llegando incluso a bautizarla con el nombre de «Catastrofismo». Pero muchos

periódicos norteamericanos aceptaron el reto como un gran acontecimiento; y *El Sol* lanzó en sus páginas la sombra del señor Boulnois a tamaño gigante. Por esa paradoja que antes mencionábamos, algunos artículos, escritos apasionadamente y con cierto mérito intelectual, aparecían con titulares que podían haber estado redactados por un maníaco analfabeto; titulares tales como «Darwin muerde el polvo: El crítico Boulnois sostiene que se lo salta todo a la torera»… o «Hay que ser catastrofista, dice el pensador Boulnois». Y al señor Calhoun Kidd, de *El Sol Occidental*, le ordenaron que fuera, con su corbata de pajarita y su lúgubre rostro, hasta la casita de las afueras de Oxford en la que vivía el pensador Boulnois, felizmente ajeno a semejante denominación.

El infortunado filósofo había accedido, no sin cierta sorpresa, a recibir al entrevistador, en hora previamente concertada a las nueve de la noche. Los últimos rayos de aquel ocaso estival envolvían Cumnor y las colinas boscosas; el romántico yanqui estaba lleno de dudas sobre el camino que debía seguir y lleno de preguntas sobre las cosas que lo rodeaban; así que, cuando vio que la puerta de una auténtica posada feudal, *Las armas de Champion*, estaba abierta, entró dispuesto a hacer unas cuantas preguntas.

Al llegar al mostrador del bar tocó el timbre y tuvo que aguardar un poquito hasta que alguien respondió a su llamada. La única persona que se hallaba presente en el bar era un hombre delgado, con espesa cabellera rojiza y un traje amplio y de aspecto descuidado, que bebía un whisky muy malo pero fumaba un puro excelente. El whisky, por supuesto, era de la casa; el puro seguramente se lo habían traído de Londres. Su cínico *négligé*[120] era completamente opuesto al sobrio y acicalado atuendo del joven americano;



pero había algo en el lápiz y el cuaderno que tenía abierto sobre la mesa, y tal vez en la expresión alerta de sus azules ojos, que indujo a Kidd a pensar, y no se equivocaba, que se hallaba ante un hermano periodista.

—¿Me haría usted el favor —le dijo Kidd, con la cortesía propia de su país— de indicarme dónde está Grey Cottage, la casa donde, según tengo entendido, vive el señor Boulnois?

—Está a unos metros de aquí, bajando por esta calle —le contestó el pelirrojo, quitándose el puro de la boca—; voy a pasar por delante dentro de un momento, pero yo sigo hasta Pendragon Park, porque no quiero perderme el espectáculo.

—¿Qué es Pendragon Park? —preguntó Calhoun Kidd.

—La finca de sir Claude Champion… ¿No ha venido usted a ver eso? —preguntó el otro periodista alzando los ojos—. Es usted periodista, ¿no?

—He venido a ver al señor Boulnois —dijo Kidd.

—¡Ah! Pues yo he venido a ver a la señora Boulnois —replicó el otro—. Pero no la voy a encontrar en casa —y soltó una desagradable carcajada.

—¿Le interesa a usted el Catastrofismo? —le preguntó el yanqui con curiosidad.

—Me interesan las catástrofes; y aquí se van a producir unas cuantas —replicó su compañero en tono compungido—. Mi trabajo es un trabajo sucio, y no pretendo disimularlo.

Y diciendo estas palabras, escupió en el suelo; sin embargo, y a pesar de aquel gesto, uno podía darse cuenta de que aquel hombre se había educado como un caballero.

El periodista norteamericano lo examinó más detenidamente. Su pálido rostro tenía una expresión disoluta, que prometía terribles pasiones todavía reprimidas; pero era un rostro que expresaba inteligencia y sensibilidad; su ropa era tosca y descuidada, pero llevaba un buen anillo de sello en uno de sus largos y finos dedos. Su nombre, que surgió en el transcurso de la conversación, era James Dalroy; era hijo de un terrateniente irlandés que se había arruinado, y colaboraba en una revista del corazón que despreciaba profundamente, llamada *Gente Elegante*, en calidad de reportero y de algo tan incómodo como espía.

Lamento tener que decir que *Gente Elegante* no tenía el más mínimo interés por las teorías de Boulnois sobre Darwin que tanto apreciaban las cabezas y los corazones de *El Sol Occidental.* Al parecer, Dalroy había venido a meter las narices en un escándalo que podría terminar en una sentencia de divorcio, pero que, de momento, se ventilaba entre Grey Cottage y Pendragon Park.

Los lectores de *El Sol Occidental* conocían perfectamente a sir Claude Champion, lo mismo que conocían al señor Boulnois, y al Papa y al campeón del Derby; pero la idea de conocerlo en su aspecto más íntimo le habría parecido a Kidd igualmente incongruente. Había oído decir de sir Claude Champion (y lo había escrito, pretendiendo que lo conocía personalmente,) que era «uno de los diez hombres más ricos e inteligentes de Inglaterra»; y un gran deportista que participaba en regatas en todo el mundo; y un gran viajero, autor de libros sobre el Himalaya, y un político que barría en las elecciones con un deslumbrante estilo de *tory*[121] demócrata, así como un gran amante del arte, la música, la literatura y sobre todo del teatro. La verdad era que sir Claude era una persona de talento, y no sólo para los ojos americanos. Había algo de príncipe del Renacimiento en su omnívora cultura e incansable publicidad; era un aficionado no sólo extraordinario sino además apasionado. En él no había ni rastro de la frivolidad del anticuario que suele evocar en nosotros la palabra «diletante»[122],

Aquel impecable perfil de halcón, de ojo negro como un tizón, que tantas veces había sido fotografiado para *Gente Elegante* y *El Sol Occidental*, daba a todo el mundo la impresión de ser un hombre devorado por la ambición como si fuera por el fuego o incluso por la enfermedad. Pero aunque Kidd sabía muchas cosas acerca de sir Claude —incluso bastantes más que las que se debían saber— jamás se le hubiera ocurrido ni por lo más remoto conectar a aquel aristócrata tan distinguido con el recién descubrimiento fundador del Catastrofismo, ni suponerse que sir Claude Champion y John Boulnois pudieran ser amigos íntimos. Y, sin embargo, según las palabras de Dalroy, lo eran. Ambos habían sido compañeros inseparables en la escuela y en el colegio, y, aunque sus destinos sociales habían sido muy diferentes, porque Champion era un caballero distinguido y casi un millonario, en tanto que Boulnois era un modesto académico y, hasta fechas muy recientes, prácticamente desconocido, siguieron manteniendo muy estrecho contacto. De hecho, la casa de Boulnois estaba situada justo a las puertas de Pendragon Park.

Pero lo que no estaba nada claro era que ambos pudieran seguir siendo amigos. Hacía un par de años que Boulnois se había casado con una actriz hermosa y que gozaba de cierto éxito, a la que él amaba a su modo, tímido y monótono; y la proximidad de su casa con la de los Champion había dado a aquella frívola celebridad oportunidad de comportarse de un modo que sólo podía provocar emociones algo deshonestas y no exentas de dolor. Sir Claude había sabido utilizar a la perfección las artes de la notoriedad, y parecía complacerse exageradamente haciendo desmesuradas ostentaciones en una intriga que no le honraba en absoluto. Los criados de Pendragon llevaban continuamente ramos de flores a la señora Boulnois, ante cuya casa se detenían continuamente coches de caballos y automóviles que pasaban a recogerla; y en los jardines se celebraban continuamente fiestas y bailes de disfraces en los que el barón exhibía a la señora Boulnois como si se tratase de elegir a la Reina del Amor y la Belleza en un concurso. Aquella tarde elegida por el señor Kidd para que le explicasen la teoría del Catastrofismo, era la que sir Claude Champion había elegido también para ofrecer una representación al aire libre de *Romeo y Julieta*[123] en la que él haría el papel de Romeo ante una Julieta cuyo nombre no es necesario decir.

—No creo que lleguemos al final sin que se produzca un enfrentamiento —dijo el joven pelirrojo poniéndose en pie y sacudiéndose la ropa. Puede que el bueno de Boulnois haya llegado a un acuerdo, o puede que no se dé cuenta

de lo que está pasando. Pero si no se da cuenta es que es muy duro de mollera; vamos, que no ve más allá de sus narices. Me cuesta creerlo.

—Es un hombre que posee una gran capacidad intelectual —dijo Calhoun Kidd con voz profunda.

—Sí —contestó Dalroy—, pero ni siquiera un hombre de gran capacidad intelectual puede estar tan ciego. ¿Se va usted ya? Yo también me marcho dentro de un momento.

Pero Calhoun Kidd se terminó su batido de leche y subió a paso decidido hasta Grey Cottage, mientras su cínico informador se acababa el whisky y el puro. Se habían desvanecido las últimas luces del día; el cielo estaba oscuro, de un gris verdoso, como pizarra, tachonado de vez en cuando por una estrella, pero más claro por la parte izquierda por la que prometía aparecer la luna.

El Grey Cottage, que se encontraba como si dijéramos atrincherado en un cuadro de seto alto y espinoso, estaba tan cerca de los pinos y las verjas de Pendragon Park que, de momento, Kidd lo confundió con la casita del guarda. Sin embargo, al leer el nombre que estaba escrito en la pequeña puerta de madera del jardín y al comprobar en su reloj de pulsera que era la hora que el «pensador» había concertado para la entrevista, entró y llamó a la puerta principal. Ya una vez dentro del jardín, pudo percatarse de que la casa, aunque sin grandes pretensiones, era mucho más grande y lujosa de lo que a simple vista parecía y, desde luego, no tenía nada que ver con una casita de guarda. Tenía una perrera y una colmena, símbolo de la vida tradicional inglesa rural; en aquel momento, la luna surgía por encima de un frondoso huerto de perales; el perro que salió de la perrera tenía un aspecto de lo más respetable y muy pocas ganas de ladrar; y el anciano criado que abrió la puerta iba vestido con sencillez y dijo con escasas palabras pero con ademanes dignos:

—El señor Boulnois me ha pedido que le disculpe, señor, pues se ha visto obligado a salir inesperadamente.

—Pero si tenía una cita con él —dijo el entrevistador elevando el tono de voz—. ¿Sabe usted adonde ha ido?

—A Pendragon Park, señor —dijo el criado en tono algo tétrico, comenzando a cerrar la puerta.

Kidd parecía algo sorprendido.

—¿Fue con la señora… con el resto de la gente? —preguntó en tono indeciso.

—No, señor —dijo el hombre brevemente—, salió después de los demás y se fue solo.

Y cerró la puerta de golpe aunque con ademán de no haber cumplido con su deber.

El norteamericano, curiosa mezcla de atrevimiento y delicadeza, estaba molesto. Por su parte tenía muchas ganas de sacudirlos a todos y enseñarles lo que era el respeto al trabajo; que se enteraran el viejo y venerable perro y el anciano mayordomo, de canoso pelo y melancólico rostro, con su pechera prehistórica, y la vieja y amodorrada luna, y sobre todo el viejo filósofo, de cabeza de chorlito, incapaz de mantener un compromiso.

—Pues si así es como se porta, bien empleado le estará si pierde el purísimo afecto de su esposa —dijo el señor Calhoun Kidd—. Aunque tal vez haya ido a montar bronca. Y en ese caso, no puede faltar en el lugar de los hechos un hombre de *El Sol Occidental.*

Así que dio la vuelta a la esquina, cruzó la verja que estaba abierta y recorrió con paso firme la larga avenida flanqueada de pinos negros que apuntaba en abrupta perspectiva hacia los jardines interiores de Pendragon Park. Los árboles eran tan grandes y estaban tan ordenados como las plumas de un coche fúnebre; todavía se veían pocas estrellas. Kidd era un hombre de asociaciones naturales, más literarias que directas; se le pasó por la imaginación repetidamente la palabra *Ravenswood*[124]. En parte se la recordaba el color de los pinos, negros como ala de cuervo; pero en parte también se la sugería un ambiente indescriptible, muy similar al descrito en la gran tragedia de Scott; el olor a algo que había muerto en el siglo XVIII; el olor a la humedad putrefacta de los jardines y a urnas rotas, a cosas que se han deteriorado y que nunca se repararán; a algo que resulta irremediablemente triste porque es extrañamente irreal.

Mientras subía por aquel pulcro sendero negro trágicamente artificial, se detuvo sobresaltado en más de una ocasión, creyendo que oía pasos delante de él; pero ante él no se veía otra cosa más que las oscuras paredes gemelas de pino y la franja de cielo cuajado de estrellas por encima de los árboles. Al principio pensó que eran imaginaciones suyas o que debía de haberse confundido con el eco de sus propios pasos. Pero a medida que avanzaba, estaba cada vez más convencido, pues algo de razón le quedaba, de que realmente otros pies hollaban el camino por delante de los suyos. Pensó vagamente en fantasmas y, con gran sorpresa por su parte, se dio cuenta de que en seguida le vino a la mente la imagen de un fantasma local adecuado, un fantasma con cara de Pierrot pero vestido a cuadros blancos y negros. El

vértice del triángulo de cielo azul oscuro era cada vez más brillante y azul, pero todavía no se había dado cuenta de que esto se debía a que se iba acercando a las luces de la gran mansión y al jardín. Lo único que percibió fue que el ambiente se iba intensificando; y que en la tristeza había más violencia y misterio… más… dudó buscando la palabra adecuada y luego dijo soltando una carcajada… Catastrofismo.

Más pinos, más senderos pasaron junto a él, y luego se detuvo absolutamente inmóvil, como si estuviera hechizado. Es inútil decir que se sintió como si estuviera inmerso en un sueño; pero esta vez estaba convencido de que se había metido en un libro. Porque nosotros los seres humanos estamos acostumbrados a cosas inadecuadas; estamos familiarizados con el estruendo de lo incongruente; y somos capaces de dormirnos arrullados por ese sonido. Cuando sucede algo adecuado, nos despertamos como sintiendo la punzada de un coro perfecto. Sucedió algo que podría haber sucedido en aquel mismo lugar en algún cuento olvidado.

Sobre el negro bosque de pinos apareció volando por delante de la luna el resplandor de una espada desnuda… una hoja delgada y centelleante como las que se habrían utilizado antaño en muchos injustos duelos en aquel antiguo parque. Fue a caer al camino a bastante distancia de él y allí se quedó brillando como una aguja gigantesca. Kidd echó a correr como una liebre y se agachó para examinarla. Vista de cerca, resultaba excesivamente llamativa: las piedras preciosas del pomo y de la vaina, grandes y rojas, parecían artificiales, pero había otras gotas rojas en la hoja que no eran nada artificiales.

Volvió despavorido la cabeza hacia el lugar de donde procedía el resplandeciente proyectil y vio que en aquel punto la oscura fachada de abetos y pinos estaba atravesada por un camino pequeño que la cortaba en ángulo recto; se adentró por él y fue a salir a la casa, delante de cuya fachada, larga y muy iluminada, se veía un lago y varias fuentes. Sin embargo, no se detuvo a contemplarlos, pues había otra cosa que atraía su atención.

Por encima de él, en el ángulo formado por el terraplén de césped del jardín, en bancadas, se veía una de esas pequeñas y pintorescas sorpresas que suelen encontrarse en las obras antiguas de jardinería; se trataba de una especie de montículo o cúpula de hierba, cual gigantesca topera, rodeado y coronado por tres hileras concéntricas de rosales, con un reloj de sol en el punto más elevado y central. Kidd podía ver el dedo del reloj señalando al cielo, como la aleta dorsal de un tiburón, y el vano resplandor de la luna rezagada junto a aquel inútil reloj. Pero vio algo que también se había

quedado rezagado allí durante un frenético momento… la figura de un hombre.

Aunque no lo vio más que durante un segundo, y a pesar de su atuendo, increíblemente estrafalario, pues iba vestido de los pies a la cabeza de riguroso carmesí, con destellos de oro, le bastó un rayo de luna para reconocer al personaje. Aquel rostro tan pálido que miraba desafiante al cielo, perfectamente afeitado y de una juventud tan poco natural, como un Byron[125] de nariz romana, aquellos rizos negros ya algo entrecanos… había visto miles de retratos de sir Claude Champion. La violenta figura roja se tambaleó un momento apoyándose en el reloj de sol y luego cayó rodando terraplén abajo hasta quedar tendida a los pies del norteamericano, moviendo ligeramente un brazo. Un chillón adorno de oro de pacotilla que llevaba en el brazo le recordó inmediatamente a Kidd el *Romeo y Julieta*-, no cabía duda de que aquel atuendo formaba parte de la representación. Pero había una larga mancha roja que recorría el terraplén por el que había caído el hombre… y aquello no tenía nada que ver con la función. Lo habían apuñalado.

El señor Calhoun Kidd se puso a pegar voces. De nuevo le pareció oír unas pisadas fantasmales, y se sobresaltó al ver junto a él a otro personaje. Lo reconoció y, sin embargo, se llenó de espanto. El disoluto joven que se había presentado como Dalroy tenía un aspecto espantosamente tranquilo; si Boulnois no era capaz de mantener las entrevistas que había concertado, daba la siniestra impresión de que Dalroy era capaz de mantener las entrevistas que no había concertado; enmarcado por su roja cabellera, el pálido rostro de Dalroy resultaba no blanco, sino verdoso.

Aquella morbosa impresión fue sin duda la causa de que Kidd gritara, de manera brutal e irrazonable:

—¿Ha hecho usted esto, monstruo?

James Dalroy esbozó su desagradable sonrisa; pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, el personaje que estaba en el suelo hizo otro movimiento con el brazo, señalando vagamente el lugar donde había caído la espada; luego gimió y por fin pudo pronunciar unas palabras:

—Boulnois… he dicho Boulnois… Boulnois lo hizo… celos de mí… tenía celos, tenía, tenía…

Kidd se agachó para poder oírlo mejor, y logró entender estas palabras;

—Boulnois… con mi propia espada… la tiró…

La mano volvió a señalar la espada, y luego cayó con un golpe seco y quedó inerte. En Kidd brotó desde lo más profundo de su ser todo el acre humor que confiere una extraña sal a la seriedad de su raza.

—Oiga —dijo en tono tajante y autoritario—, vaya a buscar a un médico. Este hombre está muerto.

—Y supongo que también a un cura —dijo Dalroy en tono indescifrable —. Todos estos Champion son papistas.

El americano se arrodilló junto al cuerpo yacente, le palpó el pecho, le levantó la cabeza e hizo un último esfuerzo por reanimarlo; pero antes de que el otro periodista volviera a aparecer con un médico y un cura, ya estaba dispuesto a anunciar que habían llegado tarde.

—¿Usted también llegó tarde? —le preguntó el médico, un hombre robusto y de aspecto saludable, con bigote y patillas convencionales y una mirada viva que clavó en Kidd con gesto interrogativo.

—Hasta cierto punto —contestó con mucha parsimonia el representante de *El Sol*—. Llegué tarde para salvar al hombre, pero creo que a tiempo de oír algo importante; oí cómo el muerto denunciaba al asesino.

—¿Y quién fue el asesino? —preguntó el médico frunciendo el entrecejo.

—Boulnois —dijo Calhoun Kidd dejando escapar un silbido.

El médico lo volvió a mirar con el ceño muy fruncido, pero no le contradijo. Luego el sacerdote, un tipo más bajo que estaba en segundo plano, dijo con voz pausada:

—Tengo entendido que el señor Boulnois no iba a venir a Pendragon Park esta noche.

—Pues por lo que a eso se refiere —dijo el yanqui en tono inflexible—, también me encuentro en situación de explicarle un par de cosas a este antiguo país. Sí, señor, John Boulnois iba a quedarse en casa esta noche; había concertado una cita conmigo en su casa. Pero John Boulnois cambió de idea; John Boulnois salió de su casa inesperadamente y solo y vino a este maldito parque hace cosa de una hora. Me lo contó su mayordomo. Creo que tenemos lo que la omnisapiente policía llama una clave… ¿les han avisado?

—Sí —dijo el médico—, pero todavía no hemos alarmado a nadie más.

—¿Lo sabe ya la señora Boulnois? —preguntó James Dalroy.

Y de nuevo Kidd se dio cuenta de que sentía un deseo irracional de darle un puñetazo en su burlona boca.

—A ella no se lo he dicho —contestó el médico de mal humor—, pero ahí viene la policía.

El curita se había adentrado por la avenida principal, y en ese momento regresaba con la espada caída, que parecía ridículamente grande y teatral comparada con su regordeta figura, al mismo tiempo eclesiástica y vulgar.

—Antes de que llegue la policía —les dijo como disculpándose—, ¿tiene luz alguno de ustedes?

El periodista yanqui sacó una linterna del bolsillo y el sacerdote la acercó a la parte central de la hoja que examinó con toda atención. Luego, sin echarle un vistazo ni a la punta ni al pomo, le entregó al médico aquella larga arma, diciéndole con un breve suspiro:

—Lo siento, pero creo que aquí no hago nada útil. Les deseo buenas noches caballeros.

Y subió por la avenida en dirección a la casa con las manos cruzadas en la espalda y su gruesa cabeza inclinada, sumido en profunda meditación.

El resto del grupo se dirigió apresuradamente hacia las puertas del parque, en donde ya estaban un inspector y dos alguaciles interrogando al guarda. Pero el curita caminaba cada vez más lentamente bajo el sombrío claustro de pinos y, por último, se detuvo en la escalinata de la casa. Era la manera de reconocer en silencio otra presencia también silenciosa; pues hacia él avanzaba un personaje que habría satisfecho hasta las exigencias de Calhoum Kidd cuando pensaba en un fantasma encantador y aristocrático. Se trataba de una mujer joven, con un vestido de seda plateada estilo Renacimiento; llevaba una larga melena dorada recogida en dos resplandecientes trenzas, que enmarcaban un rostro tan exageradamente pálido que se hubiera dicho que era criselefantino… es decir hecho, como algunas estatuas griegas antiguas, de marfil y oro. Pero tenía unos ojos muy vivos y su voz, aunque grave, tenía un tono tranquilo.

—¿Es usted el Padre Brown? —le dijo.

—¿Y usted la señora Boulnois? —le contestó el otro muy serio.

Luego la miró e inmediatamente dijo:

—Ya veo que sabe lo de sir Claude.

—¿Cómo sabe usted que lo sé? —preguntó ella sin alterarse.

Él no le contestó a esta pregunta, sino que le hizo otra:

—¿Ha visto usted a su marido?

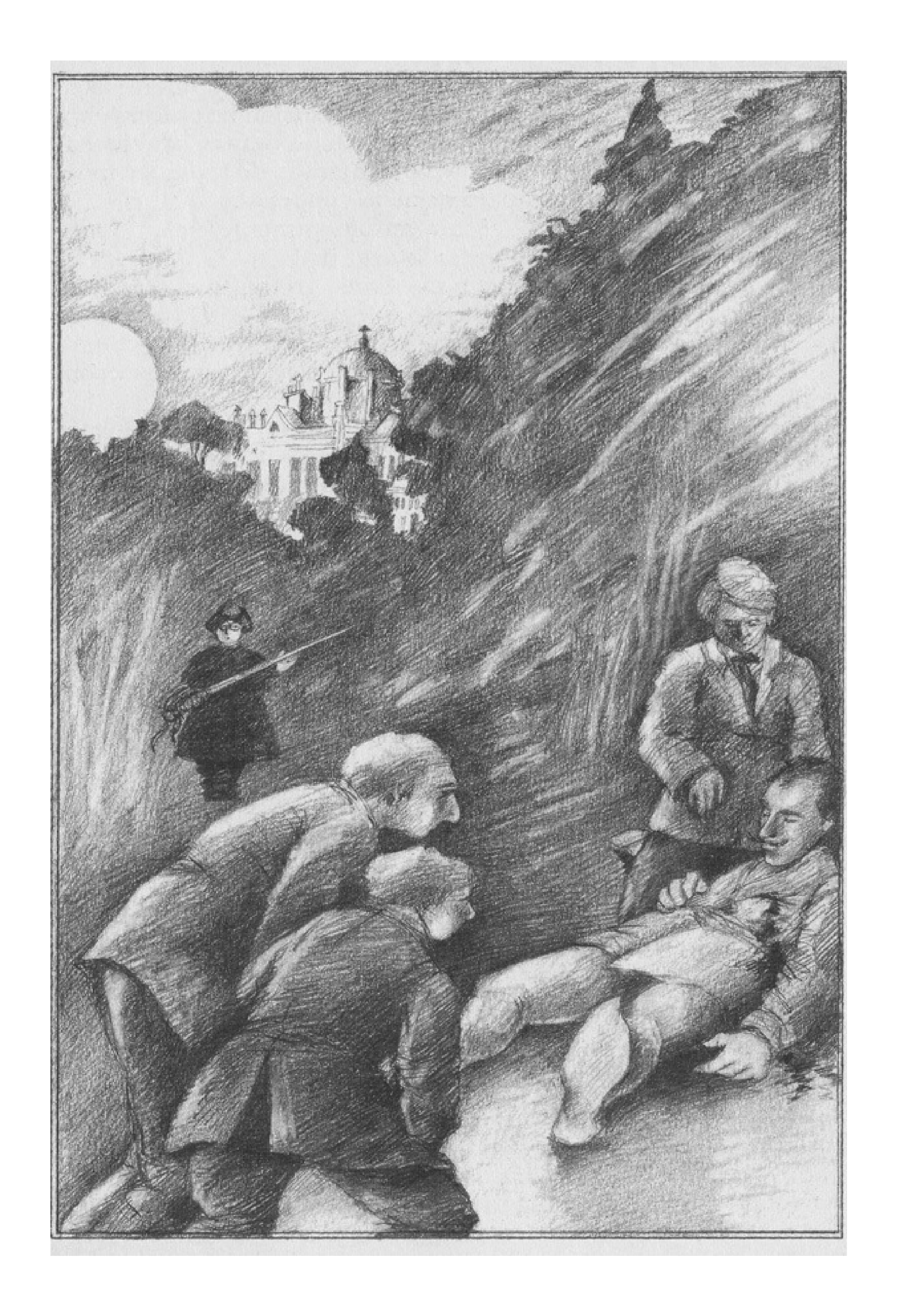
—Mi marido está en casa —dijo ella—. No tiene nada que ver con todo esto.

Tampoco entonces hizo él ningún comentario, la mujer se le acercó con una expresión extrañamente intensa en el rostro.

—¿Quiere que le diga otra cosa? —le dijo con una sonrisa algo asustada —. No creo que lo hiciera y *usted* tampoco lo cree.

El Padre Brown se lo quedó mirando durante un buen rato muy serio y, luego, asintió con la cabeza, todavía mucho más serio.

—Padre Brown —dijo la dama—, voy a contarle todo lo que sé, pero antes tiene usted que hacerme un favor.



¿Quiere usted decirme *por qué* no ha llegado usted a la conclusión de que el pobre John sea culpable, como han hecho todos los demás? Puede hablarme con toda libertad. Yo… estoy enterada de todas las murmuraciones y sé que las apariencias le condenan.

El Padre Brown parecía estar verdaderamente en un apuro y se pasó la mano por la frente. Luego dijo:

—Dos detalles. Al menos, uno es muy trivial, y el otro muy impreciso. Pero con todo y con eso, no encajan con el hecho de que el señor Boulnois fuera el asesino.

Volvió su redondo e inexpresivo rostro hacia las estrellas y continuó en tono ausente.

—Empezaremos por la idea imprecisa. Yo doy mucho valor a las ideas imprecisas. Lo que más me convence son todas esas cosas que «no constituyen pruebas». Creo que la imposibilidad moral es la mayor de todas las imposibilidades. Conozco a su marido sólo superficialmente, pero creo que este crimen suyo, concebido en términos generales, es algo muy parecido a una imposibilidad moral. Por favor, no piense que con esto quiero decir que Boulnois no sea capaz de ser tan perverso. Todos podemos ser perversos… si nos empeñamos en ello. Podemos dirigir nuestros deseos morales; pero por lo general somos incapaces de cambiar nuestros gustos instintivos y nuestra manera de hacer las cosas. Boulnois es capaz de cometer un asesinato, pero no este asesinato. No se le ocurriría desenvainar la espada de Romeo de su romántica funda, ni sacrificar a su enemigo sobre el reloj de sol como si fuera una especie de altar; ni dejar su cuerpo tirado entre las rosas; ni arrojar la espada a los pinos. Si Boulnois matara a alguien, lo haría de una forma sosegada y sin gracia, del mismo modo que haría cualquier otra cosa dudosa, como tomarse el décimo vaso de oporto o leer a un licencioso poeta griego. No, el ambiente romántico no es propio de Boulnois, sino más bien de Champion.

—¡Ah! —dijo ella mirándolo con ojos como diamantes.

—Y la cosa trivial es la siguiente —dijo Brown—. Había huellas en la espada. Las huellas permanecen visibles durante bastante tiempo si han quedado marcadas en una superficie pulida como el cristal o el acero. Estas se habían marcado sobre una superficie pulida. Se veían hacia la mitad de la hoja de la espada. No tengo ni la más remota idea de quién las dejó, pero ¿por qué iba a sostener alguien una espada por la mitad de la hoja? la espada es larga, pero la longitud es una ventaja cuando se arremete contra un enemigo. Al

menos contra la mayor parte de los enemigos. Todos los enemigos menos uno.

—¿Menos uno? —repitió ella.

—Existe sólo un enemigo —dijo el Padre Brown— al que es más fácil matar con un puñal que con una espada.

—Ya lo sé —dijo la mujer—. Uno mismo.

Se produjo un prolongado silencio, y luego el sacerdote dijo en voz baja pero en tono cortante:

—O sea que tengo razón. Sir Claude se mató a sí mismo.

—Sí —dijo ella con el rostro como el mármol—. Yo lo vi.

—¿Murió porque la amaba? —le preguntó el Padre Brown. Una expresión de lo más inesperada cruzó como un relámpago el rostro de la dama; no tenía nada que ver ni con la piedad, ni con la modestia, ni con el remordimiento, ni con ningún sentimiento que su compañero hubiera podido suponer. Su voz de repente adquirió un tono potente y pleno cuando le dijo:

—No creo que yo le importara un comino. Odiaba a mi marido.

—¿Por qué? —preguntó el otro, dejando de mirar al cielo y volviendo su redondo rostro a la dama.

—Odiaba a mi marido porque… es una cosa tan rara que casi no tengo palabras para describirla… porque…

—¿Por qué? —dijo Brown con toda paciencia.

—Porque mi marido era incapaz de odiarle a él.

El Padre Brown se limitó a asentir con la cabeza como si todavía estuviera escuchando; se diferenciaba de la mayoría de los detectives reales y de ficción en un pequeño detalle… nunca simulaba que no había comprendido cuando comprendía perfectamente bien.

La señora Boulnois se volvió a acercar a él con el mismo fervor contenido que le confería la seguridad y le dijo:

—Mi marido es un gran hombre. Sir Claude Champion no era un gran hombre: era un hombre famoso y tenía éxito. Mi marido nunca ha sido famoso ni ha tenido éxito; y le aseguro solemnemente que jamás se le ha pasado por la cabeza pretender serlo. No piensa llegar a ser famoso por sus ideas como tampoco lo sería por fumar puros. A este respecto tiene una especie de pasmosa ingenuidad. Es como un chiquillo. Seguía queriendo a Champion como cuando estaban en el colegio; lo admiraba como admira uno los trucos que nos hace un mago durante la sobremesa. Pero no le pasaba por la imaginación la idea de *envidiar* a Champion. *Y Champion quería que lo envidiasen.* Se trastornó y se suicidó sólo por este motivo.

—Sí —dijo el Padre Brown—, creo que ya voy entendiéndolo.

—Pero ¿no lo ve? —exclamó ella—. Es lo que pretendía con todo este montaje… Lo tenía pensado todo de antemano. Champion metió a John en una casita a la puerta de su mansión, como si fuera un subalterno… para que él se *sintiera* fracasado. Pero no lo consiguió. Estas cosas le tienen sin cuidado… como si fuera un león distraído. Champion se presentaba en casa cuando John estaba completamente sin arreglar o comiendo en la intimidad, y traía un regalo deslumbrante o le comunicaba algún acontecimiento o expedición que hacía su visita comparable a la de Harun al-Rasid[126], y John aceptaba o rechazaba la proposición de manera amistosa, escuchándolo como si dijéramos con un solo oído, como un escolar indolente al que le da igual lo que diga su compañero. Al cabo de cinco años de esta táctica John seguía exactamente igual; y sir Claude Champion se convirtió en un monomaniaco.

—Y Amán les habló de cómo el rey lo había engrandecido y les dijo —recitó el Padre Brown—: «pero todo esto no me satisface mientras siga viendo al judío Mardoqueo sentado a la puerta de palacio»[127].

—El problema surgió —prosiguió la señora Boulnois— cuando convencí a John para que me dejara copias de algunas de sus teorías que mandé a una revista. Empezaron a suscitar algún interés, sobre todo en América, y un periódico quiso hacerle una entrevista. Cuando Champion, al que entrevistaban prácticamente todos los días, se enteró de esta miguita de éxito alcanzado por su inconsciente rival, saltó el último eslabón que contenía su diabólico odio. Comenzó entonces a levantar un insensato asedio alrededor de mi amor y mi honor que ha sido la comidilla de toda la comarca. Me preguntará usted por qué permití yo semejantes atenciones descabelladas. Le contestaré que no podía haberlas evitado a menos que le diera explicaciones a mi marido, y hay cosas que el alma no puede hacer, del mismo modo que el cuerpo no puede volar. Nadie podía haberle dado una explicación a mi marido. Nadie se la puede dar ahora. Si fuera usted a verlo y le dijera sin rodeos: «Champion le está robando a su esposa», pensaría que le estaba gastando una broma algo vulgar; que no podía tratarse nada más que de una broma… En su gran cerebro no hay ni una sola rendija por donde podría introducirse semejante idea. Bueno, el caso es que John pensaba venir a vernos actuar esta noche, pero justo cuando nos disponíamos a salir de casa, dijo que no iba; prefería quedarse leyendo un libro que le apetecía y fumándose un puro. Se lo comuniqué a sir Claude y esto fue un golpe mortal para él. El monomaniaco de repente fue presa de la desesperación. Se pegó una puñalada gritando como un demonio que Boulnois lo estaba asesinando;

yace allí en el jardín, muerto a causa de su propia envidia por no poder provocar envidia; y John está sentado en el comedor leyendo un libro.

Se produjo otro silencio y luego el curita dijo:

—Señora Boulnois, en todo este relato tan real existe sólo un punto débil. Su marido no está sentado en el comedor leyendo un libro. El periodista norteamericano me contó que había estado en su casa y que el mayordomo le dijo que el señor Boulnois había decidido ir a Pendragon Park.

Los resplandecientes ojos de la dama se abrieron con un brillo casi eléctrico, que más bien reflejaba sorpresa que confusión o temor.

—¡Pero, bueno! ¿Qué me está usted diciendo? —exclamó—. Todos los criados salieron a ver la función. ¡Y no tenemos mayordomo, gracias a Dios!

El Padre Brown dio un respingo y media vuelta como una absurda perinola.

—¿Cómo, cómo? —gritó como galvanizado y recuperando de nuevo las energías—. Vamos a ver… digo yo… ¿lograré que me escuche su marido si voy a su casa?

—Bueno, los criados ya habrán regresado —dijo ella en tono pensativo.

—¡Claro, claro! —asintió el clérigo en tono enérgico.

Y echó a andar a toda velocidad hacia las puertas del parque. Sólo una vez se volvió para decir:

—Más vale que dé en seguida con ese yanqui o «El crimen de John Boulnois» aparecerá en grandes titulares en toda la República.

—No lo entiende usted —dijo la señora Boulnois—. A él le daría igual. No creo que piense que América sea un lugar realmente interesante.

Cuando el Padre Brown llegó a la casa de la colmena y el perro adormilado, una doncella menuda y pulcra lo condujo hasta el comedor en donde Boulnois estaba sentado leyendo junto a una lámpara, exactamente como lo había descrito su esposa. Al alcance de la mano, tenía una botella de oporto y una copa; y cuando el sacerdote entró en la habitación, advirtió la larga punta de ceniza en la cabeza del puro.

«Lleva aquí por lo menos media hora», pensó el Padre Brown. De hecho, daba la impresión de que estaba allí sentado desde que había terminado de cenar.

—No se levante, señor Boulnois —dijo el sacerdote con su habitual tono agradable y prosaico—. No voy a interrumpirle más que un momento. Siento molestarle cuando está sumido en estudios científicos.

—Nada de eso —dijo Boulnois—; estaba leyendo *El pulgar ensangrentado.*

Lo dijo sin sonreír ni fruncir el entrecejo, y su visitante percibió en aquel hombre una indiferencia profunda y viril que su esposa había denominado grandeza. Dejó sobre la mesa un horripilante relato de detectives sin darse siquiera cuenta de lo incongruente que resultaba hacer algún comentario humorístico sobre el tema. John Boulnois era un hombre corpulento, de movimientos lentos, con una cabeza maciza, en parte canosa y en parte calva, fornido, de rasgos toscos. Llevaba un *smoking* muy anticuado y algo ajado, con una pechera estrecha, de forma triangular, se la había puesto aquella noche con la idea de ir a ver a su esposa interpretando el papel de Julieta.

—No voy a tenerle mucho rato apartado de *El pulgar ensangrentado* ni de ningún otro asunto catastrófico —dijo el Padre Brown esbozando una sonrisa —. Sólo vine a hacerle unas preguntas sobre el crimen que ha cometido usted esta noche.

Boulnois se lo quedó mirando fijamente, pero una línea roja comenzó a aparecer sobre su amplia frente; y por primera vez dio muestras de sentirse algo incómodo.

—Sé que ha sido un extraño crimen —asintió Brown en voz baja—. Tal vez más extraño que un asesinato… para usted. Los pecados veniales resultan a veces más difíciles de confesar que los mortales… por eso tiene tanta importancia el confesarlos. Su crimen lo comete cualquier anfitriona elegante seis veces por semana: pero a usted se le queda pegado en la lengua como si fuera una atrocidad sin nombre.

—Se siente uno como si fuera tonto de remate —dijo el filósofo pronunciando lentamente las palabras.

—Ya lo sé —asintió el otro—, pero a veces hay que elegir entre ser un condenado imbécil o ser un condenado.

—No soy capaz de autoanalizarme con todo rigor —prosiguió Boulnois —, pero sentado en esta butaca, con una novela, me sentía tan a gusto como un escolar en vacaciones. Me daba una sensación de seguridad, de eternidad… me resulta difícil comunicárselo… tenía los puros al alcance de la mano… las cerillas al alcance de la mano… me faltaban cuatro capítulos de *El pulgar…* era un estado no solamente de paz, sino de absoluta plenitud. Y entonces sonó el timbre y estuve durante todo un minuto, larguísimo y mortal, pensando que no iba a ser capaz de levantarme de la butaca… Que no iba a ser capaz literalmente de levantarme, ni física ni mentalmente. Por fin lo hice como quien levanta el mundo, porque sabía que todos los criados habían salido. Abrí la puerta principal y me topé con un hombrecillo con la boca abierta, dispuesto a hablar, y con un cuaderno en la mano dispuesto a escribir.

Me acordé del entrevistador yanqui del cual me había olvidado. Iba peinado con raya al medio, y le aseguro que el asesinato se me…

—Lo comprendo —dijo el Padre Brown—, lo he visto.

—No cometí un asesinato —continuó el catastrofista sin alterar el tono de voz—, sólo perjurio. Le dije que me había marchado a Pendragon Park y le di con la puerta en las narices. Ese es mi crimen, Padre Brown, y no sé qué castigo me impondrá por él.

—No le impondré ningún castigo —dijo el clérigo recogiendo su pesado sombrero y su paraguas con gesto divertido—, sino todo lo contrario. Vine aquí para librarle del pequeño castigo que de otro modo se le habría impuesto por su pequeño delito.

—¿Y cuál es ese pequeño castigo del que afortunadamente me he librado? —preguntó Boulnois con una sonrisa.

—La horca —respondió el Padre Brown.

XII

El cuento de hadas del Padre Brown

La pintoresca ciudad y estado de Heiligwaldenstein era uno de esos reinos de juguete que todavía existen en determinadas zonas del Imperio germánico. Sometido a la hegemonía prusiana en época relativamente tardía de la historia —apenas cincuenta años antes de aquel hermoso día estival en el que Flambeau y el Padre Brown se encontraban sentados en sus jardines y bebiendo cerveza. Allí nadie recordaba ni guerras ni ajusticiamientos violentos desde tiempos inmemoriales, como pronto se verá. Pero si uno miraba simplemente a su alrededor, no podía evitar la sensación de que se encontrara ante algo infantil, cosa que por otra parte constituye el aspecto más encantador de Alemania —esas monarquías paternales, como de pantomima[128], en las que da la impresión de que el Rey es un personaje tan familiar como un cocinero. Los soldados alemanes, apostados junto a numerosísimas garitas, recordaban extrañamente a los juguetes alemanes, y las recortadas almenas del castillo, doradas por los rayos del sol, más bien parecían relucientes oropeles. El tiempo estaba espléndido. El cielo era de un azul tan prusia como si fuera de Potsdam[129], aunque tenía un tono más intenso y deslumbrante, como el que saca un niño pintando con una caja de pinturas de tres perras gordas. Incluso las líneas grises de los árboles tenían un aspecto tierno, pues las yemas que apuntaban en sus ramas eran todavía de color rosa, y se recortaban sobre el azul intenso formando un dibujo que parecía trazado por infantiles manos.

A pesar de su prosaico aspecto y su manera de enfrentarse a la vida, por lo general con un gran sentido práctico, el Padre Brown no carecía de cierta vena romántica, aunque solía guardarse sus ensoñaciones para sus adentros, como muchos niños. Aquel día, inmerso en los vivos y alegres colores y el ambiente heráldico de semejante ciudad, tuvo la sensación de que se había introducido en un cuento de hadas. El formidable bastón de estoque que

Flambeau empuñaba invariablemente cuando caminaba, y que ahora estaba colocado verticalmente junto a su alta jarra de Münich, le produjo un placer infantil. Qué digo, en su ensoñadora irresponsabilidad, llegó incluso a encontrarse contemplando ensimismado el tosco y nudoso puño de su viejo paraguas, que le recordaba vagamente la cachiporra de un ogro en algunas ilustraciones de un cuento infantil. Pero nunca llegó a redactar ninguna obra de ficción, a menos que consideremos como tal el siguiente relato:

—Me gustaría saber si uno podría tener una auténtica aventura en un lugar como éste, si realmente se empeña uno en ello —comentó el sacerdote—. Es un escenario perfecto, pero tengo siempre la sensación de que lucharían contra uno con sables de cartón piedra, en lugar de usar horribles espadas de verdad.

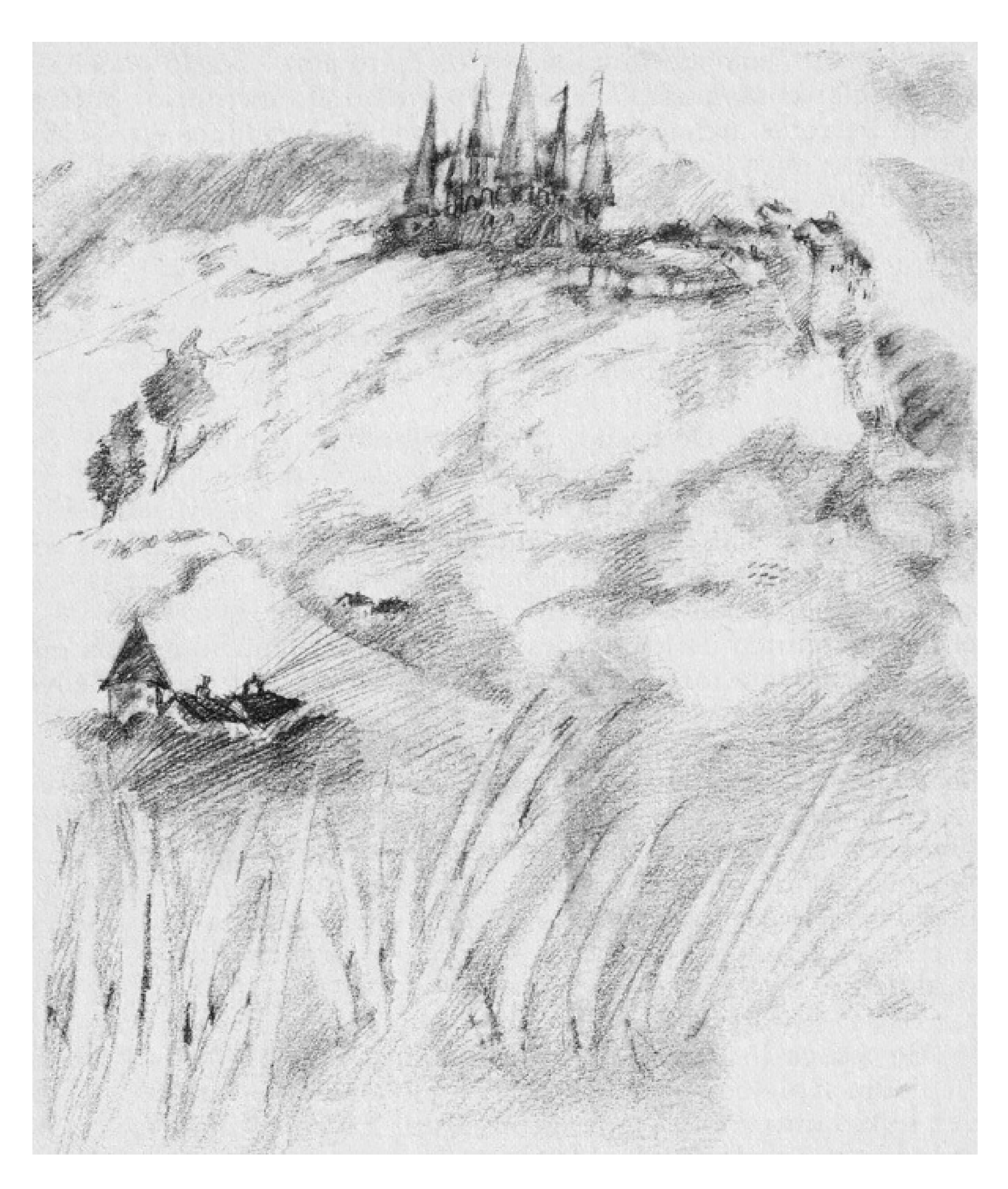
—Está usted muy equivocado —le respondió su amigo—. En este lugar, no sólo luchan con espadas sino que matan sin ellas. Y aún hay cosas peores.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere usted? —preguntó en seguida el Padre Brown.

—Sencillamente a esto —replicó el otro—. Este es el único lugar en Europa en el que mataron a un hombre sin disparar un tiro.

—¿Cómo lo mataron? ¿Con un arco y una flecha? —preguntó el Padre Brown algo extrañado.

—No, de un balazo en la cabeza —replicó Flambeau—. ¿No ha oído hablar del finado príncipe de este lugar? Fue uno de los grandes enigmas policíacos de hace unos veinte años. Por supuesto recordará que este lugar fue anexionado por la fuerza en la época en que Bismarck[130] puso en marcha sus primeros planes de consolidación… por la fuerza, pero nada fácilmente. El Imperio, o lo que pretendía serlo, envió al príncipe Otto de Grossenmark para que defendiera los intereses imperiales como gobernador de aquel territorio.



Vimos su retrato allá en el museo: un caballero anciano pero muy apuesto, siempre y cuando hubiese tenido pelo y cejas y no hubiese estado arrugado como una pasa; pero tenía muchísimas preocupaciones, como le explicaré dentro de un minuto. Era un soldado destacado y de éxito pero, por lo general, no tuvo las cosas nada fáciles en este pequeño territorio. Sufrió varias derrotas luchando contra los famosos hermanos Arnhold, tres guerrilleros nacionalistas a los que Swinburne[131] dedicó un poema que usted recordará:

Lobos con pelo de armiño,

cuervos coronados y reyes.
Cosas que abundan como sabandijas,
los tres resistirán contra ellas.

O algo parecido. De hecho, cabe preguntarse si la ocupación se hubiera consolidado de no haber renunciado uno de los tres hermanos, Paul, de forma despreciable pero firme, a seguir luchando contra aquellas cosas, garantizando, al entregar las armas de la insurrección, el derrocamiento de ésta y su propio ascenso al cargo de chambelán del príncipe Otto. Después de ello, Ludwing, el más auténtico de los héroes de Swinburne, murió espada en mano durante la toma de la ciudad; en cuanto el tercero, Heinrich, que sin ser un traidor siempre había sido dócil e incluso tímido comparado con sus activos hermanos, se retiró a una especie de ermita, se convirtió a un quietismo cristiano que casi rayaba en el cuaquerismo**[132]**, y nunca más volvió a mezclarse con los hombres, excepto para hacer entrega prácticamente de todos sus bienes a los pobres. Dicen que no hace aún demasiado tiempo, podía vérsele por los alrededores, con una capa negra, casi ciego, el pelo despeinado y blanco, pero con un rostro de una asombrosa dulzura.

—Ya sé —dijo el Padre Brown—; pude verlo en cierta ocasión.

Su amigo lo miró algo sorprendido y le dijo:

—No sabía que hubiera estado usted aquí anteriormente. Tal vez sepa tanto como yo de este asunto. En cualquier caso, ésta es la historia de los Arnhold, y ése fue el último superviviente de los tres, y de todos los hombres que participaron en aquel drama.

—¿Quiere usted decir que también el príncipe murió hace tiempo?

—Murió —contestó Flambeau—, y eso es todo lo que podemos decir. Debe usted comprender que al final de su vida, los nervios le empezaron a jugar malas pasadas, como les suele ocurrir a los tiranos. Multiplicó la guardia diurna y nocturna habitual que rodeaba el castillo, hasta que llegó un momento en que parecía que había en la ciudad más garitas de centinelas que casas, y a todo aquél que resultaba sospechoso lo fusilaban sin piedad. Él vivía prácticamente en una habitación de reducidas dimensiones en el mismísimo centro de un enorme laberinto compuesto por las demás estancias, y llegó incluso a mandar que levantaran otra especie de cabina central o armario, recubierto interiormente de acero, que era como una caja fuerte o un navío de guerra. Hay quien dice que, además, debajo del suelo de éste, había un agujero secreto, apenas del tamaño de su cuerpo, con lo cual, empeñado como estaba en evitar el irse a la tumba, acababa por encerrarse por voluntad propia en un lugar que se le parecía bastante. Pero incluso fue más allá. Se

suponía que el pueblo había sido desarmado desde que se sofocara la rebelión, pero Otto se empeñó entonces, con una insistencia que no suele darse en muchos gobiernos, en llevar a cabo al pie de la letra un desarme absoluto. Este se llevó a cabo de manera extraordinariamente concienzuda y severa, mediante un cuerpo perfectamente organizado de oficiales cubriendo un área limitada y conocida; y, en la medida en que la fuerza y la ciencia humanas pueden estar seguras de una cosa, el príncipe Otto quedó convencido de que nadie podía introducir ni siquiera una pistola de juguete en Heiligwaldenstein.

—La ciencia humana puede estar absolutamente segura de este tipo de cosas —dijo el Padre Brown, sin desviar la mirada de las yemas rojas de las ramas por encima de su cabeza— aunque sólo sea por lo difícil que resulta hacer una definición y las connotaciones que ésta tiene. ¿Que es un *arma?* Se ha asesinado a gente con objetos domésticos de lo más inofensivos; desde luego, con teteras y probablemente con cubreteteras. Por otra parte, si le enseñase usted un revólver a un británico de tiempos remotos, dudo que supiera que aquello era un arma… hasta que le disparasen con él, por supuesto. Tal vez alguien logró introducir un arma de fuego tan moderna que no tenía aspecto de arma de fuego. Lo mismo parecía un dedal o cosa por el estilo. ¿Era la bala de algún tipo especial?

—No, que yo sepa —respondió Flambeau—, pero mi información es fragmentaria y sólo me la ha proporcionado mi viejo amigo Grimm. Era un brillante detective del servicio alemán, e intentó detenerme; pero en vez de eso, fui yo quien le detuve a él, y tuvimos ocasión de mantener muy interesantes conversaciones. Su misión aquí consistía en vigilar al príncipe Otto, pero olvidé preguntarle sobre la bala. Según Grimm, lo que sucedió fue lo siguiente.

Se detuvo un momento para beberse de un trago la mayor parte de la jarra de cerveza negra, y luego prosiguió:

—Al parecer, la noche de autos, se esperaba que el príncipe apareciera en una de las estancias exteriores, pues tenía que recibir a cierto número de personas que realmente deseaba ver. Eran expertos geólogos que habían acudido a investigar el antiguo tema de la supuesta existencia de oro en las rocas de esta región, gracias a la cual, según se decía, la pequeña ciudad-estado llevaba mucho tiempo manteniendo su crédito y gozando de capacidad de negociación con sus vecinos, incluso bajo el incesante bombardeo de ejércitos más poderosos que el suyo. Hasta aquel momento, ni siquiera las investigaciones más exhaustivas habían logrado. ..

—Habían logrado descubrir una pistola de juguete —dijo el Padre Brown con una sonrisa—. ¿Y qué hay del hermano traidor? ¿No le facilitó ninguna información al príncipe?

—Siempre sostuvo que no sabía nada —replicó Flambeau—, que era el único secreto que sus hermanos no le habían revelado. Lo único que se puede decir es que esto quedó hasta cierto punto confirmado, a juzgar por algunas palabras sueltas que el gran Ludwig pronunció en el momento de morir cuando, mirando a Heinrich pero señalando a Paul, dijo: «No le habéis dicho *a él…*» y poco después perdió el habla. En cualquier caso, la comisión de distinguidos geólogos y mineralogistas procedentes de París y Berlín estaban presentes, vestidos de gran gala, pues no hay gente tan aficionada a colgarse todas las condecoraciones como los científicos… como sabe cualquiera que haya asistido a una recepción de gala en la Royal Society[133]. Fue una reunión brillante; pero se prolongó hasta muy tarde y poco a poco el chambelán (ya ha visto usted su retrato: un hombre de cejas negras, mirada seria y una sonrisa indescifrable) el chambelán, repitió, descubrió que no faltaba nada excepto el propio príncipe. Mandó que buscasen por todos los *salons*[134] exteriores; pero luego, recordando los ataques de terror que solían acometer a aquel hombre, se precipitó hacia la cámara interior. También ésta estaba vacía, pero la torrecilla o cabina de acero erigida en el centro de la misma estaba cerrada y costó bastante trabajo abrirla. Cuando por fin lo consiguieron, descubrieron que también estaba vacía. Entonces descendió al agujero que había en el suelo, que parecía más profundo y más semejante a una tumba que nunca (esto según me contó él, naturalmente). Y mientras bajaba, oyó griterío y tumulto en las salas y pasillos exteriores.

»Al principio era un estruendo y agitación lejanos producidos por algo inconcebible más allá de la muchedumbre, incluso más allá del castillo. Luego se oyó como un clamor sin palabras, sorprendentemente próximo y suficientemente fuerte para que resultara comprensible si una palabra no sofocara a la otra. Luego se oyeron palabras de espantosa claridad, cada vez más cercanas y, al fin, un hombre entró corriendo en la habitación y soltó la noticia con toda la brevedad con que se suelen decir estas cosas.

»—Otto, príncipe de Heiligwaldenstein y Grossenmark yacía a la luz del crepúsculo, sobre el rocío de los bosques que había detrás del castillo, con los brazos en cruz y el rostro vuelto hacia la luna. La sangre todavía le latía en la sien y en la mandíbula que tenía destrozada, pero esa era la única parte de su cuerpo que aún se movía. Iba ataviado con su uniforme blanco y amarillo, como para recibir a sus invitados, aunque se le había desatado la banda o fajín

que estaba tirado y arrugado junto al cuerpo. Antes de que pudieran ponerlo en pie, había muerto. Pero muerto o vivo, era un misterio… ¿Cómo se encontraba desarmado y solo en aquel húmedo bosque un hombre que siempre vivía escondido en la más recóndita estancia?

—¿Quién encontró su cuerpo? —preguntó el Padre Brown.

—Una muchacha que servía en la corte, de nombre Hedwig von no-se-qué —replicó su amigo— que había ido al bosque a coger flores silvestres.

—¿Y las cogió? —preguntó el sacerdote mirando con aire distraído el velo de ramas que tenía por encima de su cabeza.

—Sí —replicó Flambeau—. Me acuerdo muy bien que el chambelán, o el viejo Grimm o no sé quién dijo que, cuando acudieron a su llamada, resultaba horrible ver a la joven con un ramo de primaverales flores inclinada sobre aquella masa informe y ensangrentada. Sin embargo, lo esencial del caso es que murió antes de que llegaran en su ayuda, e inevitablemente era preciso comunicar la noticia en palacio. Provocó una consternación mayor incluso que la que es natural en cualquier corte cuando es derrocado un potentado. Las visitas extranjeras, en particular los expertos en minas, así como muchos oficiales prusianos de alto rango, estaban profundamente conmocionados y llenos de dudas, pues pronto se empezó a poner de manifiesto que aquel acontecimiento estaba mucho más relacionado con el hallazgo del tesoro que lo que la gente se había podido imaginar. A los expertos y oficiales les habían prometido grandes premios o ventajas internacionales, y hubo quien llegó a decir que las estancias secretas del príncipe y la fuerte protección militar se debían menos a que temiera al populacho que a la realización de investigaciones particulares sobre…

—¿Las flores tenían los tallos largos? —preguntó el Padre Brown.

Flambeau se le quedó mirando con los ojos como platos y luego dijo:

—¡Qué raro es usted! Eso es exactamente lo que dijo el viejo Grimm. Dijo que lo más feo de todo aquel asunto, en su opinión, más feo que la sangre y la bala, era el hecho de que las flores tuvieran los tallos muy cortos, que las hubieran cortado casi a la altura de la cabeza.

—Claro —prosiguió el cura—, cuando una joven coge *verdaderamente* flores, las corta con el rabo muy largo. Si lo que hizo fue cortar las flores justo por debajo de la cabeza, como hacen los niños, da la impresión de que… —y dejó la frase en el aire.

—¿De qué? —preguntó el otro.

—De que a lo mejor las arrancó en un momento de gran nerviosismo y para que le sirvieran de disculpa por encontrarse allí después de… bueno,

después de estar allí.

—Ya sé lo que insinúa —dijo Flambeau en tono compungido—. Pero esa y todas las demás sospechas tienen un punto débil… Falta el arma. Como bien dice usted, le podrían haber matado con montones de cosas, incluso con su sable militar; pero lo que tenemos que explicar no es cómo lo mataron, sino cómo le dispararon un tiro. Y resulta que no sabemos cómo fue. A la chica la registraron de arriba abajo; pues la verdad es que era un poco sospechosa, aunque fuera sobrina y pupila del viejo y malvado chambelán, Paul Arnhold. Pero era muy romántica y se sospechaba que compartía el viejo entusiasmo revolucionario de su familia. Sin embargo, por romántico que uno sea, no hay manera de imaginarse que una bala perfore el cerebro o la mandíbula de un hombre sin la intervención de un revólver o pistola. Y allí no había pistola alguna aunque se hubieran producido dos tiros. Así que usted verá, amigo mío.

—¿Cómo sabe usted que se produjeron dos tiros? —preguntó el curita.

—En su cabeza sólo había una bala —contestó su compañero—, pero encontraron un agujero de bala en el fajín.

De repente, la despejada frente del Padre Brown se arrugó y preguntó:

—¿Encontraron la otra bala?

Flambeau tuvo un pequeño sobresalto y dijo:

—Me parece que no.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Brown frunciendo cada vez más el entrecejo con inusitada concentración de curiosidad—. Pensará que soy un maleducado, pero déjeme que medite un momento.

—Muy bien —dijo Flambeau echándose a reír, dispuesto a terminar su cerveza.

Una ligera brisa meneaba las florecidas ramas de los árboles, lanzando por el cielo nubecillas rosas y blancas que hacían más intenso el azul del cielo y más delicado todo aquel escenario de color. Se diría que eran querubines que regresaban volando dispuestos a entrar por las ventanas de una guardería infantil que hubiera en los cielos. La torre más antigua del castillo, la Torre del Dragón, se erguía con una forma tan grotesca como la jarra de la cerveza, pero igualmente acogedora. Por detrás de la torre, se veía el trémulo resplandor del bosque en el que había aparecido el hombre muerto.

—¿Y qué fue de la tal Hedwig? —preguntó el sacerdote.

—Se casó con el general Schwartz —dijo Flambeau—. Seguro que habrá oído usted hablar de su carrera, un tanto romántica. Ya era un militar distinguido antes de sus éxitos en Sadowa y Gravelotte[135]; de hecho,

ascendió a oficial desde las filas, cosa muy poco frecuente entre los alemanes…

El Padre Brown se enderezó de repente en su silla.

—¡Ascendió a oficial desde las filas! —exclamó poniendo los labios como para silbar— ¡Vaya, vaya! ¡Vaya una historia más rara! Y vaya una manera más rara de matar a un hombre; aunque me imagino que era la única posible. Pero pensar que alguien puede alentar el odio con tanta paciencia…

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el otro—. ¿Cómo mataron al hombre?

—Le mataron con el fajín —dijo Brown midiendo sus palabras.

Y luego, viendo que Flambeau protestaba, añadió:

—Sí, sí, ya sé lo de la bala. A lo mejor sería más adecuado decir que murió porque tenía fajín. Ya sé que no es lo mismo que decir que tenía una enfermedad.

—Supongo —dijo Flambeau— que tiene usted alguna teoría en la cabeza, pero no sé cómo va a poder prescindir de la bala. Ya le dije antes que podían haberlo estrangulado, pero resulta que le pegaron un tiro. ¿Quién lo hizo? ¿Con qué?

—Le pegaron un tiro siguiendo sus propias instrucciones.

—¿Quiere usted decir que se suicidó?

—No he dicho que fuera por voluntad propia —replicó el Padre Brown—. He dicho que fue siguiendo sus propias instrucciones.

—Bueno, cuénteme su teoría.

Las nubecillas rosas, que parecían caramelo hilado, se habían elevado hasta coronar las torrecillas del castillo de oropel y parecía que los deditos rosas de las florecidas ramas de los árboles se abrían y se alargaban para llegar hasta ellas; el cielo azul empezó a adquirir un tinte violeta y crepuscular cuando el Padre Brown volvió a tomar inesperadamente la palabra:

—Era una noche espantosa, en la que las ramas de los árboles chorreaban agua de lluvia y las gotas de rocío iban formando charcos cuando el príncipe Otto de Grossenmark salió apresuradamente de una puerta lateral del castillo y se adentró a paso ligero por el bosque. Uno de los innumerables centinelas lo saludó, pero él no se dio ni cuenta. La verdad es que pretendía pasar desapercibido y se alegró cuando los grandes árboles, grises y relucientes por el agua de lluvia, se lo tragaron como si se hundiera en una ciénaga. Había elegido deliberadamente el lado menos frecuentado de su palacio, pero con todo y con eso estaba más frecuentado de lo que hubiera deseado. Pero al menos no había la posibilidad de que lo persiguieran de manera oficial o

diplomática, pues había salido inesperadamente. Todos los diplomáticos de etiqueta que había dejado atrás eran gente de escasa importancia. De repente se dio cuenta de que podía prescindir de ellos.

»Su gran pasión no era el noble temor de la muerte sino el extraño amor al oro. Por aquella leyenda del oro, había dejado Grossenmark e invadido Heiligwaldenstein. Por esta razón, única y exclusivamente, había comprado al traidor y asesinado al héroe. Por ella había interrogado interminablemente al falso chambelán hasta llegar a la conclusión de que, con respecto a su ignorancia, el renegado decía verdaderamente toda la verdad. Por esta razón, y muy a pesar suyo, había pagado y prometido dinero con la esperanza de obtener sumas mayores. Y por esta razón había salido a hurtadillas de palacio, como un ladrón, aquella noche lluviosa, pues se le había ocurrido otra manera de conseguir su más codiciado deseo, y conseguirlo a muy buen precio.

»Lejos de allí, al final del empinado sendero montañoso por el que se encaminaba, entre las enhiestas rocas que flanquean las crestas que dominan la ciudad, se encontraba la ermita, poco más que una cueva rodeada de espinos, en la que el tercero de los famosos hermanos llevaba muchos años retirado del mundo. El príncipe Otto pensaba que el ermitaño no tendría motivo alguno para negarse a entregar el oro. Hacía muchos años que sabía dónde estaba escondido, y jamás se había molestado en irlo a buscar, ni siquiera antes de que sus creencias ascéticas le apartaran de los bienes y placeres de este mundo. Es cierto que había sido enemigo suyo, pero ahora su credo le obligaba a no tener enemigos. Probablemente, haciendo alguna concesión a su causa y apelando a sus principios, conseguiría sacarle el secreto de dónde se escondía el dinero. Otto no era cobarde a pesar de la red de precauciones militares que había montado y, en cualquier caso su avaricia era superior a su miedo. Y tampoco es que hubiera mucho que temer. Como estaba seguro de que en todo el principado no había un arma en manos privadas, podía estar cien veces más seguro de que no había absolutamente ninguna en la pequeña ermita del cuáquero en la colina en la que vivía a base de hierbas, en compañía de dos criados rústicos, sin haber oído en años ninguna otra voz humana. El príncipe Otto contempló con siniestra sonrisa los deslumbrantes laberintos cuadrados de la ciudad iluminada a sus pies. Pues hasta donde alcanzaba la vista, los rifles de sus amigos estaban cargados y no había ni una pizca de pólvora para sus enemigos. Los rifles estaban apostados incluso tan cerca de aquel sendero montañoso que con sólo pegar un grito, los soldados subirían corriendo monte arriba, amén de que las patrullas vigilaban con regularidad tanto el bosque como la montaña; y había rifles a lo lejos, en

los oscuros bosques empequeñecidos por la distancia, al otro lado del río, de modo que ningún enemigo podía introducirse en la ciudad dando un rodeo. Y había rifles alrededor de palacio en la puerta occidental y en la puerta oriental, y en la puerta norte y en la puerta sur, y a lo largo de las cuatro fachadas entre las cuatro puertas. Podía sentirse seguro.

»Y más seguro se sintió cuando coronó la cresta y descubrió lo desnudo que era el nido de su antiguo enemigo. Lo halló sobre una pequeña plataforma rocosa que terminaba abruptamente en tres esquinas de un precipicio. Detrás se veía la cueva negra, disimulada con espinos verdes, tan baja que costaba trabajo creer que un hombre pudiera entrar en ella. Delante estaba la roca cortada a pico y el panorama amplio pero brumoso del valle. Sobre la pequeña plataforma rocosa se veía un antiguo facistol o atril que crujía bajo el peso de una enorme Biblia alemana. El bronce o latón tenía un tono verdoso producido por los devastadores vientos de aquel encumbrado lugar, y Otto pensó inmediatamente que, aunque hubieran tenido armas, ya se les habrían oxidado. Había dejado de llover, y la luna, que salía por detrás de las crestas y riscos, extendía su blanco sudario.

»De pie, detrás del atril y mirando hacia el valle se hallaba un hombre muy viejo, con una túnica negra que le caía en vertical como los acantilados que lo rodeaban, pero su blanca cabellera y su frágil voz parecían estremecerse al viento. No cabía duda de que leía la lección diaria que formaba parte de sus ejercicios cotidianos:

»—Confían en sus caballos…

»—Señor —dijo el príncipe de Heiligwaldenstein con una cortesía poco habitual en él—, ¿haríais el favor de escucharme un momento?

»—… y en sus carros —prosiguió el hombre con voz débil—; pero nosotros confiaremos en el nombre del Señor de las Huestes…

»Sus últimas palabras resultaban inaudibles, pero cerró el libro con gesto reverente y, como estaba casi ciego, extendió la mano a tientas y se agarró al atril. Inmediatamente los dos criados salieron de la minúscula boca de la cueva y lo ayudaron a sostenerse. También ellos iban vestidos con túnicas negras, pero no tenían el cabello de plata helada ni los refinados rasgos escarchados del ermitaño. Eran aldeanos croatas o magiares con grandes rostros de toscos rasgos y parpadeantes ojillos. Por primera vez, el príncipe se sintió turbado, pero su valor y su sentido diplomático no le abandonaron.

»—Creo que no hemos vuelto a vernos —dijo—, desde aquella terrible salva de artillería en la que murió vuestro pobre hermano.

»—Todos mis hermanos murieron —dijo el anciano con los ojos clavados en el valle.

«Luego volvió un instante hacia Otto sus delicados y marchitos rasgos y el revuelto cabello que le caía sobre las cejas como carámbanos de hielo y añadió:

»—Ya véis, yo también estoy muerto.

»—Espero que comprendáis —dijo el príncipe controlándose hasta adoptar un tono casi conciliador— que no he venido aquí a perseguiros, como mero fantasma de aquellos grandes enfrentamientos. No discutiremos quién tenía razón y quién no la tenía, pero al menos había una cuestión en la que nunca nos equivocamos porque vosotros siempre teníais razón. Se diga lo que se diga sobre las ideas de vuestra familia, a nadie se le puede ocurrir pensar que os movía el amor al oro; habéis puesto de manifiesto, por encima de cualquier duda, que…

«El anciano de túnica negra había estado mirándolo con sus húmedos ojos azules y una expresión de sabiduría en el rostro, pero cuando oyó la palabra “oro”, extendió la mano como pretendiendo detener algo y volvió el rostro hacia las montañas.

»—Ha hablado de oro —dijo—. Ha hablado de cosas ilícitas. Impedidle que hable.

«Otto tenía un defecto que es propio del carácter y las tradiciones prusianas, que consiste en considerar el éxito no como un incidente, sino como una cualidad. Se imaginaba que él y los suyos estaban perpetuamente conquistando a pueblos que estaban perpetuamente siendo conquistados. Por ello, no estaba familiarizado con el sentimiento de sorpresa y no supo reaccionar ante el siguiente movimiento que lo pilló completamente desprevenido. Había abierto la boca para contestar al ermitaño cuando le detuvieron la boca y le sofocaron las palabras con una mordaza fuerte y sedosa que le pusieron alrededor de la cabeza a modo de torniquete. Pasaron por lo menos cuarenta segundos antes de que pudiera darse cuenta de lo que habían hecho los dos criados húngaros, y de que lo habían hecho con su propio fajín militar.

»El anciano se dirigió nuevamente con vacilante paso hasta la Biblia colocada encima del atril de bronce, pasó varias hojas con una paciencia que resultaba bastante espantosa, hasta que llegó a la *Epístola de Santiago* y luego empezó a leer:

»—Pues lo mismo la lengua, pequeña como órgano[136]…

»El tono de voz del ermitaño hizo que el príncipe diera bruscamente media vuelta y echara a correr por el sendero montañoso por el que había subido. Llegó a mitad de camino de los jardines de palacio antes de que intentara arrancarse el extraño pañuelo que le ceñía el cuello y las mandíbulas. Lo intentó repetidamente, pero le resultó imposible; los hombres que lo habían amordazado conocían perfectamente la diferencia entre lo que es capaz de hacer un hombre que tiene las manos atadas detrás de la espalda y lo que es capaz de hacer cuando las tiene atadas detrás de la cabeza. Tenía las piernas libres y podía brincar como un antílope de las montañas, tenía los brazos libres y podía hacer cualquier gesto o señal, pero era incapaz de hablar. Un diablo mudo se había metido dentro de él.

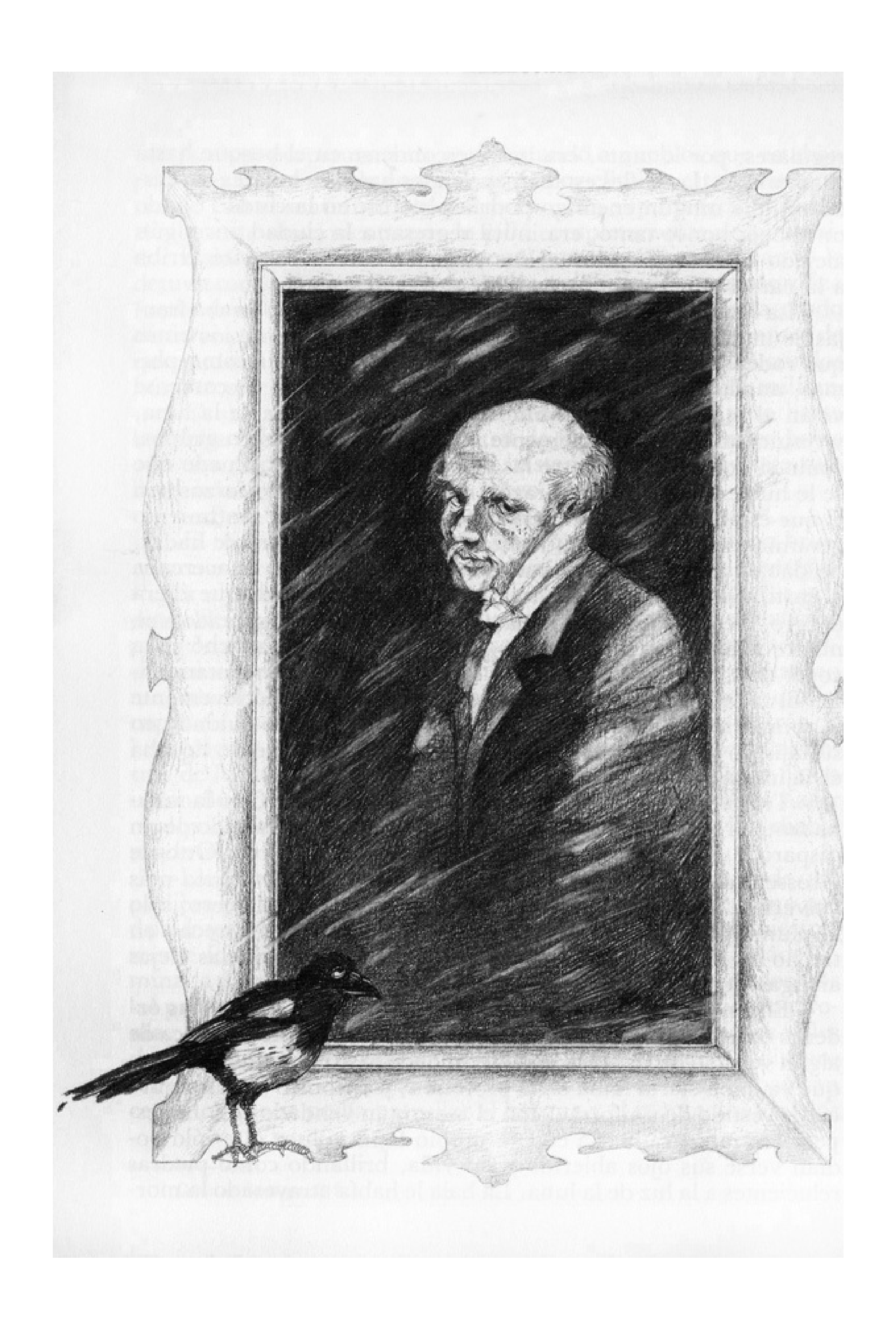
»Llegó hasta los bosques que rodeaban el castillo antes de que pudiera percatarse de lo que significaba su mudez y de cómo podría interpretarse. Una vez más, volvió a contemplar siniestramente los deslumbrantes laberintos cuadrados de la ciudad iluminada a sus pies, pero ya no sonreía. Repetía para sus adentros las palabras que había pronunciado anteriormente con asesina ironía. Hasta donde alcanzaba la vista, se podían divisar los rifles de sus amigos, cada uno de los cuales le mataría de un disparo si era incapaz de contestar al santo y seña. Los rifles estaban tan cercanos que se podía patrullar el bosque y el monte a intervalos regulares; por lo tanto, era inútil esconderse en el bosque hasta el amanecer. Los rifles estaban apostados hasta en lugares tan distantes que ningún enemigo podría penetrar en la ciudad dando un rodeo; por lo tanto, era inútil regresar a la ciudad por algún alejado camino. Si gritaba, sus soldados subirían monte arriba a la carrera. Pero era incapaz de gritar.

»La luna resplandecía con plateada luz y el cielo mostraba franjas de intenso azul oscuro entre las manchas negras de los pinos que rodeaban el castillo. Las flores, anchas y suaves como plumas, nunca hasta entonces había advertido este tipo de cosas, se veían al mismo tiempo luminosas y pálidas a la luz de la luna, y resultaban indescifrablemente fantásticas apiñadas en grupos, como si gotearan por entre las raíces de los árboles. Puede que se le hubiera trastocado la razón debido al cautiverio forzoso en el que estaba sumido, pero en aquel bosque tuvo un sentimiento genuinamente alemán: el de estar viviendo un cuento de hadas. Se daba cuenta, con la mitad de su mente, de que se acercaba al castillo de un ogro…, aunque se habían olvidado de que él era el ogro. Recordó que en alguna ocasión le habían preguntado a su madre si había osos en el viejo parque de casa. Se agachó para coger una flor, como si fuera un amuleto contra el encantamiento. El tallo era más duro

de lo que esperaba y crujió levemente al romperse. Mientras trataba de colocarla con todo cuidado en su fajín, oyó el “¿Quién vive?”. Luego recordó que no llevaba el fajín en el lugar correspondiente.

»Trató de gritar, pero no emitió ningún sonido. Oyó la amenazante pregunta por segunda vez; entonces sonó el silbido de un disparo y se detuvo de repente tras sentir el impacto. Otto de Grossenmark yacía en paz entre árboles mágicos, y nunca más volvería a hacer daño a nadie, ni con el oro ni con el acero; sólo la pluma plateada de la luna señalaba y dibujaba de trecho en trecho los galones y condecoraciones de su uniforme, o las viejas arrugas de su frente. Que Dios se apiade de su alma.

»El centinela que había disparado, siguiendo las estrictas órdenes de la guarnición, echó a correr impulsivamente en busca de algún vestigio de su presa. Era un soldado raso llamado Schwartz, que ya tenía cierta fama en la profesión; y encontró a un hombre calvo vestido de uniforme, con el rostro tan vendado con una especie de máscara hecha con su propio fajín militar que sólo podían verse sus ojos abiertos y sin vida, brillando como piedras relucientes a la luz de la luna.



La bala le había atravesado la mordaza y se había alojado en la mandíbula; por eso había un agujero en el fajín aunque sólo habían disparado una vez. Si bien no actuó correctamente, el joven Schwartz no pudo evitar arrancarle la misteriosa máscara de seda y tirarla sobre la yerba; entonces se dio cuenta de quién era su víctima.

»No podemos decir con certeza lo que sucedió a continuación. Aunque me inclinó a creer que efectivamente se desarrolló un cuento de hadas en aquel bosquecillo, a pesar de que la ocasión fuera espantosa. Probablemente no sabremos nunca si la señorita que se llamaba Hedwig conocía anteriormente al soldado que salvó y con el que posteriormente se casó o si llegó de casualidad al lugar del accidente y se hicieron amigos a partir de aquel momento. Pero podemos imaginar que la tal Hedwig era una heroína y merecía casarse con un hombre que llegó a convertirse en héroe. Actuó con gran osadía y sensatez. Convenció al centinela para que regresase a su puesto, desde el que no había manera de relacionarlo con aquel desastre; era uno de los más leales y disciplinados centinelas de los cincuenta que había por los alrededores. Ella permaneció junto al cadáver y dio la voz de alarma. Y no hubo manera de relacionarla tampoco a ella con la catástrofe, puesto que ni tenía ni podía haber tenido arma alguna.

»Bueno —dijo el Padre Brown, poniéndose en pie muy satisfecho—, espero que sean muy felices.

—¿Adónde va usted ahora? —le preguntó su amigo.

—A echarle otro vistazo al retrato del chambelán, al Arnhold que traicionó a sus hermanos —contestó el sacerdote—. Me pregunto qué papel… me pregunto si un hombre es menos traidor cuando traiciona dos veces.

Y se quedó un buen rato meditando delante del retrato de un hombre de pelo blanco, cejas negras y una sonrisa sonrosada y como pintada que parecía contradecir la negra amenaza que se leía en sus ojos.

Apéndice

Introducción

G. K., como le llamaba su familia, G. K. Chesterton, era un caballero gordo de aire bondadoso con falsos aditamentos feroces: grandes bigotazos y cabellera de león. O quizá —imitando las paradojas verbales que él tanto usaba— de aire feroz con falsos aditamentos bondadosos: lentes de abuelo, sombrero de disfraz medieval y sonrisa de duende. Escribió algunos libros de filosóficas aventuras o de aventuradas y aventureras filosofías. Este libro, concretamente, es el segundo de su más famoso protagonista. Un detective francamente poco habitual, aunque las muchas ediciones y algunos rostros cinematográficos y televisivos le hayan convertido en un personaje popular del siglo XX. De los actores que interpretaron al Padre Brown para la pantalla —Kenneth More y Heinz Ruhmann entre otros— es sin duda Alec Guinness el más célebre hasta la fecha.

Obsesiva afición por la paradoja

Las novelas (los cuentos, para ser más exactos, pues su estructura es siempre la de un volumen de relatos independientes aunque repitan cura-detective y en ocasiones detective-ayudante, que fue ladrón), las narraciones del Padre Brown, conjugan varios de los asuntos más característicos de la producción literaria de G. K.: su insistente y verdaderamente obsesiva afición por la paradoja, entre ellas la convicción de que el mundo no es como parece, y por supuesto la demostración sucesiva de ello. Ambas cosas, el juego y la falsa apariencia, son consustanciales de un tipo de literatura criminal.

Filosófico divertimento

El crimen es otra de las aficiones Chestertonianas, en un sentido deportivo, por supuesto, como divertimento de salón. Travesura ésta que parece frívola, pero que en el caso de nuestro amigo G. K. está llena de filosofía sobre la vida, la muerte, el diablo y Dios. En cuanto al barroquismo verbal, a la riqueza y exotismo de las palabras y de los escenarios por donde sucede la acción, estos relatos son tan buen ejemplo como cualquiera de estos libros

más *serios* de su autor, suponiendo que las aventuras del Padre Brown no lo sean. O que G. K., tan bromista siempre, escribiera *en serio* alguna vez.

La admiración de Borges

G. K. Chesterton fue muy conocido en España durante su vida, antes de nuestra guerra civil, cuando la liberalidad de pensamiento no discriminaba a los católicos. Luego, en nuestra postguerra, fue muy traducido por otras razones nada liberales: Entonces, la apertura intelectual se ejercía con algunos autores *especialmente por ser católicos.* En los últimos años de amplia permisividad y ninguna censura ideológica, se ha decretado a Chesterton pasado de moda. Sin duda, por ser católico y un tanto reaccionario. Esperamos que el tiempo coloque las cosas en su justo lugar: el de G. K. es el de un escritor tan personal e inteligente como para merecer la atención sin atender a parciales simpatías o fobias ideológicas. Como Jorge Luis Borges, por ejemplo, que fue gran admirador suyo y que tanto hizo por rescatarlo del olvido o el anatema intelectual. Dijo Borges sobre G. K.: «…los católicos exaltan a Chesterton, los librepensadores lo niegan. Como todo escritor que profesa un credo, Chesterton es juzgado por él, es reprobado o aclamado por él. Su caso es parecido al de Kipling, a quien siempre lo juzgan en función del Imperio Británico… (pero)… Chesterton es de aquellos venturosos que pueden prescindir de la aprobación de la crítica y aún, a veces, de la aprobación del lector, pues el agrado que nos proporciona su trato es irresistible y constante.»

Leer este libro de extrañas aventuras es, pues, grato para el lector inteligente y sin prejuicios. Sobre todas las cosas apuntadas, y sobre bastantes otras, nos extenderemos más adelante.

Una evocación personal

Una evocación personal sobre G. K. y su Padre Brown: la traducción del primer párrafo del primer capítulo de su primer libro[137] significó para quien esto escribe el primer contacto escolar serio con la lengua inglesa. Fue duro: la prosa de Chesterton es juguetona y, por lo tanto, difícil para cualquier traductor. Quizá colaboró en aquella dureza un profesor tan frío y cruel que merecía pertenecer al libro entre los villanos peores de sus relatos. Pero, a pesar de todo, recuerdo aquella amorosa lucha con el texto original de G. K. como un «trato irresistible», por volver a citar a Borges. Quizá colabore en la parte buena del recuerdo que aquellos eran años para añorar toda la vida. Y que el colegio donde enseñaba el odioso profesor sigue siendo —a pesar del odioso profesor— uno de los elementos más queridos de mi pasado[138].

La época

Etapa postvictoriana

G. K. Chesterton nació en Londres en 1874. Murió sesenta y dos años después. Su juventud pertenece, pues, a los últimos años de la dilatada época victoriana; su madurez y primera vejez (no llegó, propiamente, a ser un anciano) vieron diferentes crisis de partidos y gobiernos con varios monarcas sucesores de la longeva Reina Victoria: Eduardo VII, Jorge V, el brevísimo Eduardo VIII (el famoso duque de Windsor que abdicó por amor) y Jorge VI, que accedió al trono el año que termina la vida de nuestro G. K.

En esta segunda etapa, la que podríamos llamar post- victoriana, Chesterton vivió, pues, diferentes crisis políticas internas, entre ellas el recrudecimiento de la cuestión irlandesa, hoy sin resolver, y nada menos que una guerra mundial: la primera, de 1914 a 1918.

«Entreguerras»

El período siguiente de la historia occidental se llama ya en los libros «época de entreguerras». O sea, nuestro autor, si no llegó a la segunda, vivió de lleno una tensión post y prebélica, en la cual tuvieron protagonismo ciertos cambios en el mapa europeo, y las convulsiones sociales que cada país considerase características, pero que marcan, en general, el cambio en la Europa de entonces. Asunto también hoy todavía sin resolver.

En Inglaterra las huelgas fueron muy importantes y marcarían la evolución dramática de las clases sociales que caracterizan a ese período de dos décadas: la de los veinte y la de los años 30. Los restos más o menos melancólicos del victorianismo, machacados por una guerra y la implantación de la nueva Europa, al borde de la guerra siguiente.

La tradición y lo nuevo

Ideológicamente, son los años del comunismo y de los primeros brotes de los socialismos europeos, a los que no pudo sustraerse la vieja Inglaterra, por muy aislada que pretendiera seguir en su ancestral retraimiento insular. Los ingleses, además (Chesterton entre ellos, ya lo contaremos), gustaban ya de viajar. Aunque nuestro inglés, el que protagoniza este trabajo nuestro de aproximación, fuera crítico en toda su vida y obra con la Inglaterra que se debatía entre estas dos épocas, él también se debatió entre la tradición y lo recién llegado. Siempre pretendió ser comprensivo, y los comunistas, por ejemplo, tan lejos de su ideología, o los que el *stablishment* consideraría malos, no son los culpables de sus relatos detectivescos, aunque se sospeche de ellos. Pero la parte victoriana *tira* mucho, aunque no para G. K. en su aspecto puritano y reprimido. Chesterton amaba a Dickens y a Stevenson, que fueron fustigado- res de aquella sociedad, o se marginaron de ella. Amaba la

tradición, en el mejor de los sentidos: el paisaje, las bellas casas antiguas y los viejos buenos sentimientos, a la manera de Mr. Pickwick y de su propio padre, que tenía algunas cosas en común con el personaje de Dickens. Pero temía que alguna parte del *Progreso* dañase irremediablemente sectores frágiles e irreemplazables de la *tradición.* A muchos escritores *reaccionarios* les ha pasado lo mismo. Algunos de los más sensibles incluso han tenido razón.

Otros escritores

Otros escritores postvictorianos que compartieron esta época de entreguerras con G. K. fueron el solemne Thomas Hardy, que cincelaba sus novelas con la fuerza con que trabajó también la piedra, oficio y afición que heredó de su padre; Joseph Conrad, el misterioso poeta del mar y el destino humano; Arthur Conan Doyle, cuyo héroe Sherlock Holmes hubiera sido rebatido por el Padre Brown, que ridiculiza el racionalismo deductivo con la admisión de la casualidad y del sentido común; James M. Barrie, el pequeño creador de un héroe de su estatura: *Peter Pan-*, y Kipling, el hombre de las tierras vírgenes. Y Galsworthy, el concienzudo inventor de la familia Forsyte. No debemos olvidar a *Saki*, autor de algunos de los cuentos más divertidos o más estremecedores de su época. Y citemos a las exquisitas Virginia Woolf y Katherine Mansfield. Y al excelente Evelyn Waugh, no menos dickensiano que el propio Chesterton. Viajeros como W. Somerset Mangham, polemistas y dramaturgos como George Bernard Shaw, amigo-enemigo de G. K., cuyas discusiones públicas fueron famosas en la época… La lista podría seguir sin bajar demasiado el nivel. Pero debemos ir a G. K., que es el nuestro. Bastan los ejemplos reseñados para demostrar que Inglaterra no había perdido con los nuevos tiempos su excelente capacidad de producir magníficos escritores.

El autor

Gilbert Keith Chesterton nació, dijimos, en Londres en 1874. Su padre era agente inmobiliario. G. K. se educó en la religión anglicana, estudió en la Slade School of Art y la pintura fue su primera gran afición.

Periodismo y bautizo

Durante sus primeros años profesionales estuvo dedicado al periodismo. Nunca abandonaría este oficio y algunos piensan que en él desarrolló su trabajo más brillante. En la literatura comenzó como poeta, *The -wild and knight* (1900), y su primera novela, cuatro años después, fue *The Napoleon of Nothing Hill*, una parábola social en tono satírico. Se convirtió al catolicismo en 1922, cuando ya lo había defendido en novelas, artículos, conferencias y ensayos desde mucho antes. Conviene subrayar que, sin olvidar el innegable

lado conservador de su pensamiento, ser católico militante en Inglaterra era entonces casi una forma de rebeldía. Paradoja intrínseca a la personalidad de Chesterton, que hizo de la contradicción un juego filosófico tanto de estilo literario como de vida.

Chesterton murió en 1936, el año en que su país —como otros más— decidió que la guerra española era *un asunto interno* en el que no se debía intervenir. Poco antes había él viajado a España, y habla de ello en el volumen de su *Autobiografía*, que se publicó inmediatamente después de su muerte[139].

Su peculiar autobiografía

Sobre esta *Autobiografía*, que apareció póstumamente, puede uno pensar que quizá no fuera la redacción definitiva. Un empeño tal, llamado tan solemnemente, compromete aparentemente a un mayor rigor cronológico e informativo. Puede que se aprovechase editorialmente un proyecto. Chesterton repasa en ella personas y personajes, evoca recuerdos, hace metáforas de algunos sucesos, pinta de misterio y encanto sus propios pensamientos… Nos cuenta pocas cosas y sin dar una fecha, pero lo hace extensamente y de forma tan caprichosa como poética. No son unas memorias rigurosas, pero no hay muchas razones, de todas formas, conociendo a su autor y protagonista, para dudar de que ésta fuese la que él consideraba su *Autobiografía*, aunque parezca un cuento de hadas, a ratos una conferencia o, en ocasiones, una leve disquisición filosófica. A G. K. siempre le gustó llevar la contraria, y si este libro no corresponde al modelo habitual del género, no está tan lejos de lo que podría esperarse de él.

Algunas cosas, no todas

Leyéndola nos enteramos de algunas cosas, en cualquier caso: sabemos que «el capitán Chesterton», uno de sus antepasados, se hizo célebre como reformador de prisiones, que era amigo de Dickens y tenía algo de personaje de Dickens. Claro que —dice textualmente— «había muchos personajes de Dickens en tiempos de Dickens». Incluso los hubo después, porque G. K. nos confiesa que su padre —entrañable personaje llamado «mister» por sus amigos— «podía haber recordado mucho a Mr. Pickwick, a no ser porque siempre usó barba y no fue calvo nunca».

El jardín de de la infancia

Nos enteramos, también, en esta singular *Autobiografía*, de que el primer recuerdo de su niñez que selecciona el hombre ya provecto es la figurilla de cartón de un teatro de juguete. Fue feliz en su infancia, oscurecida sólo por la sombra de una hermana muerta, a la que no podía nadie

nombrar. Le gustaba ser bueno y que le recompensaran por ello. Stevenson dijo —en verso— «cada día, si he sido bueno, me dan una naranja después de la comida». G. K. recuerda el poema y evoca su infancia también como un jardín[140].

El extraño país

Habla en estas peculiares memorias de *Fleet Street* y el mundo del periodismo, del nacionalismo y Nothing Hill (que inspiró su primera novela), de todos los crímenes que cometió en el papel, de los cuentos no escritos, «casi todos mejores que los escritos…». Y de su afición por los viajes. Eso sí —dice— «…el país más extraño que he visitado es Inglaterra; pero la visité a una edad muy temprana y se me contagió un poco su extrañeza». País tan raro —Inglaterra y el propio Chesterton— donde un hombre puede levantar la tapa de una alcantarilla y ver debajo las estrellas. Ese es el mundo de sus relatos y leyendo estas *Memorias* parece que fue el mundo que él vivió[141].

Los Chestertons

Los Chestertons es el título de un libro biográfico escrito en 1941 por la esposa de Cecil, hermano menor de G. K., escritora y periodista que intenta aquí rellenar lagunas biográficas y ordenar datos que G. K. *descuidó* en su *Autobiografía*[142]. Referidos fundamentalmente a la alegre juventud y a la vida con su hermano, el rival y compañero insustituible para el juego de las polémicas. La discusión por la discusión entre los dos Chesterton animó y desesperó a los amigos en muchas veladas de su existencia. «La leyenda familiar —nos cuenta Mrs. Cecil Chesterton— incluía la historia de una discusión que duró dieciocho horas y treinta minutos.»

Los Chestertons añade a la *Autobiografía* un capítulo que G. K. no pudo incluir, aunque hubiese querido: su muerte.

El buen vino

«El buen vino de Dios creado para alivio del corazón humano… —según la esposa de Cecil—, la alegría del buen vino tinto» con que los católicos anglosajones como Hilaire Belloc o Bruce Marshall[143] expresan el gozo del catolicismo frente a la tristeza de los protestantes…, ese licor no iba precisamente al espíritu de G. K., sino a su hígado. «Y fue su hígado, envenenado, enfermo, atrofiado, el que le mató», nos dice su cuñada. Nosotros podríamos añadir que el corazón de un hombre' cuya obesidad le impedía entrar en los *taxis*, y que no cabía en la butaca de un teatro, no debía estar en mejores condiciones que el hígado empapado en «alegría católica».

Escribe textualmente Mrs. Cecil Chesterton:

La muerte

de G. K.

«Gilbert murió en junio de 1936, después de una corta enfermedad, durante la cual estuvo casi siempre sin conocimiento. Los amigos y parientes supieron lo que estaba sucediendo, pero el gran público, que reclamaba sus charlas por radio, que seguía al Padre Brown en sus aventuras, y que leía y releía sus ensayos y poemas, ése no supo que G. K. se estaba muriendo (el instinto protector de la esposa trató de esconderlo y de esconderse ella misma…) …En consecuencia, la noticia de la muerte de G. K. Chesterton fue un choque terrible para las multitudes de las que el gran hombre fue siempre casi amigo personal… Gilbert no dejó quien pudiera ocupar su lugar… Queda como un solitario caballero andante, que en su viaje fue huésped de todas las tabernas de hospitalario ingenio y alegre camaradería.»

La obra

En la Bibliografía, ya aparecida antes en esta colección[144], podemos repasar la obra narrativa y los textos biográficos que dedicó a novelistas, poetas y santos.

Ensayos, biografías, versos

También G. K. fue ensayista, historiador y crítico. Escribió sobre la literatura victoriana y compuso una *Pequeña historia de Inglaterra* quizá demasiado parcial. *Ortodoxia* y *Herejes* son sus dos contribuciones más importantes a la reflexión religiosa, además de las vidas de San Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino.

Entre los autores admirados acerca de cuyas existencias y obras escribió podemos destacar los ensayos biográficos sobre Robert Louis Stevenson, Charles Dickens, Liev Tolstói y George Bernard Shaw. Algunos fueron sus maestros, otros fueron sus respetados rivales filosóficos o dialécticos.

Chesterton fue poeta, ya dijimos antes que así comenzó su carrera literaria. Y parece ser que así la terminó. Mrs. Cecil Chesterton nos cuenta también en el libro citado que durante sus últimos años, en la reclusión final de su vida «…decían que ya no escribía nada en verso, sin embargo me leyó el principio de un encantador poema lírico titulado “La llave dorada”. Pero el *gong* del almuerzo sonó y nunca oí el final, ni tampoco vi el poema impreso. Posiblemente el tiempo de la comida truncó el ímpetu»[145].

La luz sobre la escena

Chesterton amó apasionadamente el teatro, como Dickens, y asistió e incluso intervino —también como Dickens— a representaciones familiares en que se adaptaban obras suyas. Concretamente su cuñada hizo una versión de su célebre y divertida novela *El hombre que fue jueves,* que encantó a G.K. Pero, como

Dickens también, no fue nunca un célebre autor teatral. Dada su gordura ni siquiera pudo ser en sus años finales un espectador frecuente.

Nos ha llegado una obrita teatral de Chesterton, que trata de una de sus obsesiones, la magia, el ilusionismo, la prestidigitación. Se titula *El mago,* y en ella hay duques, sacerdotes, un mago por supuesto, y ese tipo de mujer joven, inquieta, ansiosa y soñadora tan característica de todas sus obras. La comedia trata de milagros, de que los cuentos de hadas pueden ser reales, y se parece mucho a sus relatos cortos**[146]**.

Debemos decir que todos sus relatos, especialmente los cortos, parecen teatro. Y no por su construcción, sino por su atmósfera, su puesta en escena, su colorido. G. K. cuida los decorados de su prosa, sitúa sus narraciones como en un cuadro o en un escenario. Esa es parte importante de su magia verbal. Y se debe a su gran afición por el teatro y por la pintura.

El color de la palabra

El color de la palabra es material vivo en manos del prestidigitador G. K. No es lo mismo si la cruz no es *azul.* La cinta de la mañana es *de plata,* el reflejo del mar *verde…* Las salas de consulta del doctor Hood están «inundadas de luz por unas amplias vidrieras que recogían la visión del mar del Norte como la prolongación de un muro exterior de mármol *azulino*». Las citas son de *El candor del Padre Brown* y de *La sabiduría…* Si leemos las anotaciones de la pieza teatral *El mago* nos encontraremos con «oscuro y lluvioso crepúsculo… luz roja que inunda el fondo… el traje negro del mago… la luz irreal del jardín…». Cualquier texto de Chesterton nos asalta con un baño colorista, barroco, teatral, en que los personajes parecen a punto de intervenir en el decorado que realizó un pintor. G. K. dibujó a veces, e incluso ilustró, textos de algunos colegas. Nuestra ya amiga Mrs. Cecil Chesterton dice que «Gilbert empleaba la palabra como un pigmento y coloreaba sus frases como las mayúsculas policromas de un misal». Con esta iluminación, sus fantásticas historias adquieren una fascinación que —con la paradoja y el juego de ocultaciones— constituyen la médula de su estilo literario. Si en el argumento o el concepto lo que puede interesar más al autor es, quizá, un mensaje filosófico siempre que resulte divertido, lo que más encanta al lector es la riqueza de la frase descriptiva, aunque sea aislada, independiente de la trama.

G. K. opina sobre G. K.

En uno de los capítulos finales de la *Autobiografía* dice Chesterton de su obra: «Fuera de toda vanidad o falsa modestia… mi verdadero juicio acerca de mi labor es que he echado a perder, en mi tiempo, buen número de ideas excelentes… Creo que *The Napoleon of Notting Hill* era un

libro que merecía la pena escribir; pero no estoy seguro de que haya sido nunca escrito. Creo que una arlequinada como *The flying Inn* (La hostería volante) era un tema lleno de promesas, pero dudo que haya cumplido esa promesa… Creo que el relato titulado *The Ball and the Cross* tenía un tema excelente…[147], pero dudo que se le haya sacado partido comparándolo con el que se le podía sacar… Entre otras muchas razones abyectas, que me han impedido ser un verdadero novelista, existe el hecho de que he sido siempre, y probablemente lo seré, ante todo, un periodista.»

¿Nivolista?

Sería un crimen por nuestra parte no añadir que si Chesterton no fue un *verdadero* novelista sí fue un novelista *singular*. O quizá un *nivolista*[148]. Eso se proclamaba Unamuno frente a los que decían que no era un novelista al uso. Unamuno y Chesterton tenían, además, bastantes puntos en común: preocupación por el Bien y el Mal y, sobre todo, ese gusto casi neurótico por discutir, reflexionar y narrar a base de paradojas.

Impedido, pues, tal crimen, puntualizado lo anterior, hablemos de otro crimen, el que es centro de un género: la novela policíaca. Y de lo que Chesterton significa en ese género.

Sobre el crimen

Hablarán otros, más autorizados. El propio Chesterton el primero.

G. K. Chesterton-. «El *roman policier* debiera parecerse más al cuento corto que a la novela, salvo excepciones muy dignas… la novela policíaca es un drama de caretas y no de caras… Hasta llegar al último capítulo, el autor no puede contar ninguna de las cosas más interesantes de los personajes principales. Es un baile de máscaras, en donde todos se disfrazan… Y no existe el verdadero interés personal hasta que el reloj da las doce… Por eso opino que lo mejor es que el primer capítulo sea también el último.»

Ellery Queen[149]: «De entre la “docena dorada”, los doce relatos detectivescos mejores que se han escrito, elegidos por doce hombres y mujeres críticos, autores, editores, libreros y aficionados en general, obtuvieron tres votos: *El hombre invisible* , de G. K. Chesterton, en primer lugar…»[150].

Y no consignamos los siguientes para seguir con nuestras citas.

Julian Symons[151]*:* «Las novelas cortas de tema detectivescos escritas por G. K. Chesterton eran tan agudas, paradójicas y románticas como las novelas, poemas, críticas literarias y artículos periodísticos que manaban de su

pluma… Sus *thrillers* singularísimos casi siempre presentan una ingeniosa paradoja sobre la condición de la sociedad o la naturaleza del hombre…

»…Los cuentos de Chesterton son, sin embargo, una dieta demasiado nutritiva como ración de todos los días. De una sola sentada se pueden leer dos o tres, pero no seis o siete…

Yo también, como Symons, he experimentado la indigestión de platos tan bien condimentados. Recomiendo dosificarlos. Las historias del Padre Brown no pueden leerse sino poco a poco. Nunca como una novela, aunque aparezcan juntas en forma de libro.

¿Quién es el Padre Brown?

Y hablemos ya, para despedirnos, del Padre Brown, héroe arquetípico, detective nada convencional, de las más famosas historias detectivescas de G. K.

Nadie sabe nada, o casi nada, del Padre Brown, aparte de su aspecto físico insignificante, su sombrero clerical —la *teja,* cuya sombra puede sugerir los cuernos del diablo, y que, como se dice en *La sabiduría…* era un objeto muy poco visto en Inglaterra— y su paraguas. Sabemos, claro, en cuanto actúa, lo listo que es y cómo desmonta con imaginación, sentido común y su gran conocimiento del corazón humano, cualquier teoría matemática montada por cualquier criminalista de la escuela de Sherlock Holmes. Pero ¿sabe alguien si en su pasado tuvo amores, si fue alguna otra cosa antes que cura, dónde y cómo empezó a ejercer de detective aficionado… cuál fue su pueblo natal…? No, no lo sabemos. Chesterton lo hizo aterrizar en el primer relato del primer libro como caído del cielo. Y quizá vino de allí.

¿Vino del cielo?

A pesar de su aspecto tan absolutamente terrenal, el Padre Brown es un ángel. Descubre a los criminales con afán de convertirlos, no de entregarlos. Y prefiere salvar a un inocente que denunciar a un culpable. Uno de los mayores criminales de Europa, el ladrón Flambeau, *rey de los apaches,* abandonará la brillante carrera delictiva a instancias de este párroco pueblerino. Y en el capítulo VI del primer libro es ya detective aficionado. Más adelante pondrá despacho oficial como investigador privado. Se convierte en el mejor amigo del Padre Brown, que fue su cazador, su padrino espiritual, su salvador y su maestro. Y en el segundo libro, *La sabiduría del Padre Brown,* aparece en el capítulo III integrado ya a las aventuras de su Holmes con soltura, en calidad de atlético Watson, curado por completo de su borrascoso pasado.

Chesterton adoraba el relato criminal, pero era el culpable lo que le interesaba más. En todas sus obras hay culpas y fascinación por ellas[152].

Antecedentes

No fue G. K. Chesterton el primer autor policíaco que dio a un sacerdote el papel protagonista de investigador criminal: Fortuné de Boisgobey (1824-1891), hábil imitador de Gaboriau[153], escribió relatos policíacos situados en la entraña del pueblo parisino. Comerciantes, modistillas, estudiantes de la gran ciudad, confían sus misterios a personas corrientes, no a detectives profesionales. Así aparece M. Jean, un viejo párroco, que soluciona un drama criminal.

Otro cura, el padre John O'Connor, párroco de St. Cuthbert en Bradford, inspiró a G. K. Pero en este caso no se trata de un personaje literario. Existió John O'Connor y fue él quien bautizó a Chesterton. Su mayor gloria fue, quizá, la de haber servido de modelo para el Padre Brown. El modelo también usaba teja, paraguas y envolvía sus paquetes con papel de embalaje. Lo demás lo puso G. K. y dedicó a ello cinco libros, cinco colecciones de relatos:

Los libros del Padre Brown

The Innocence of Father Brown (El candor del Padre Brow, 1911) es la primera. Le siguieron: *The Wisdom* (La sabiduría, 1914), *The Incredulity* (La incredulidad, 1926), *The Secret* (El secreto, 1927) y *The Scandal* (El escándalo, 1935). Con ellos, el alegre poeta, vividor y filósofo que fue G. K. Chesterton había regalado a la literatura de intriga y deducción —y a todos sus millones de aficionados— una de las figuras más originales y entrañables.

Como el propio cura se despide en el último cuento de este libro que hemos editado, podríamos decir a todos al terminar:

«Bien, supongo que son ustedes felices.»

Sí, los amigos Brown y Chesterton nos han ayudado a ello.

Juan TÉBAR

Bibliografía

Con «s. a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Novelas	
1904	*The Napoleon of Notting Hill*.	*El Napoleón de Notting Hill* (1941).
1905	*The Club of Queer Trades*.	*El club de los negocios raros* (1942).
1908	*The Man who was Thursday: a nightmare*.	*El hombre que fue jueves* (1922).
1909	*The Ball and the Cross*.	*La esfera y la cruz* (1940).
1911	*The Innocence of Father Brown*. —Contiene: *The Blue Cross, The Secret Garden, The Queer Feet, The Flying Stars, The Invisible Man, The Honour of Israel Cow, The wrong shape. The Sins of Prince Saradine, The Hammer of Cod, The Eye of Apollo, The Sign of the Broken Sword, The Three Tools of Death*.	*El candor del Padre Brown* (1921). —Contiene: La cruz azul, El jardín secreto, Las pisadas misteriosas, Las estrellas errantes, El hombre invisible, El honor de Israel Gow, La forma equívoca, Los pecados del Príncipe Saradine, El martillo de Dios, El ojo de Apolo, La muestra de la espada rota, Los tres instrumentos de la muerte.
1912	*Manalive*.	*El hombre eterno* (1930).
1914	*The Flying Inn*.	*La hostería volante* (1942).
1914	*The Wisdom of Father Brown*. —Contiene: *The Absence of Mr. Class, The Paradise of Thieves, The Duel of Dr. Hirsch, The Man in the Passage, The Mistake of the Machine, The Head of Caesar, The Purple Wig, The Perishing of the Pendragons, The God of the Gongs, The Salad of Colonel Gray, The Strange Crime of John Boulnois, The Fairy Tale of Father Brown*.	*La sabiduría del Padre Brown* (1936). —Contiene: La ausencia de Mr. Copa, El paraíso de los bandidos, El duelo del Dr. Hirsch, El hombre del pasaje, El error de la máquina, La cabeza del César, La peluca roja, El fin de los Pendragon, El dios de los gongos, La ensalada del Coronel Cray, El extraño crimen de John Boulnois, El cuento de hadas del Padre Brown.
1922	*The Man who Knew Too Much and Other Stories*.	*El hombre que sabía demasiado y otras historias* (1944).
1925	*Tales of the Long Bow*.	*Cuentos del arco largo* (s. a.)*.
1926	*The Incredulity of Father Brown*. —Contiene: *The Resurrection of Father Brown, The Arrow of Heaven, The Oracle of the Dog, The Miracle of Moon Crescent, The Curse of the Golden Cross,*	*La incredulidad del Padre Brown* (s. a.)*. —Contiene: La resurrección del Padre Brown, La saeta del Cielo, El oráculo del perro, El milagro de la «Media Luna», La maldición de la cruz dorada,

	The Dagger with Wings, The Doom of the Darnaways, The Ghost of Gideon Wise.	El puñal alado, El sino de los Darnaway, El espectro de Gideon Wise.
1927	*The Return of Don Quixote*.	*El regreso de Don Quijote* (1927).
1927	*The Secret of Father Brown*. —Contiene: *The Secret of Father Brown, The Mirror of the Magistrate, The Man with Two Beards, The Song of the Flying Fish, The Actor and the Alibi, The Vanishing of Vaudrey, The Worst Crime in the World, The Red Moon of Meru, The Chief Mourner of Marne, The Secret of Flambeau*.	*El secreto del Padre Brown* (1943). —Contiene: El secreto del Padre Brown, El espejo del magistrado, El hombre de las dos barbas, La canción del pez volador, La actriz y su doble, La desaparición de Vaudrey, El mayor crimen del mundo, La luna roja de Meru, La penitencia de Marne, El secreto de Flambeau.
1928	*The Sword of Wood: a story*.	La espada de madera: una historia.
1929	*The Poet and the Lunatics: episodes in the life of Gabriel Gale*.	*El poeta y los lunáticos: episodios de la vida de Gabriel Gale* (1952).
1930	*Four Faultless Felons*.	*Cuatro granujas sin tacha* (1932).
1935	*The Scandal of Father Brown*. —Contiene: *The Scandal of Father Brown, The Quick One, The Blast of the Book, The Green Man, The Pursuit of Mr. Blue, The Crime of the Communist, The Point of a Pin, The Insoluble Problem. The Vampire of the Village*.	*El escándalo del Padre Brown* (1942). —Contiene: El escándalo del Padre Brown, El rápido, La ráfaga del libro, El hombre verde, La persecución de Mr. Blue, El crimen del comunista, La punta del alfiler, El problema insoluble, El vampiro de la aldea.
1936	*The Paradoxes of Mr. Pond (Short Stories)*.	*Las paradojas de Mr. Pond* (1940).
	Biografías	
1902	*Thomas Carlyle*. —Con J. E. H. Williams.	Thomas Carlyle.
1902	*Robert Louis Stevenson*. —Con W. R. Nicoll.	Robert Louis Stevenson.
1903	*Leo Tolstoy*. —Con C. H. Perris y E. Garnett.	León Tolstoi.
1903	*Charles Dickens*. —Con F. G. Kitton.	*Vida de Dickens* (1943).
1903	*Robert Browning*.	*Robert Browning* (1943).
1903	*Tennyson*. —Con R. Garnett.	Tennyson.
1903	*Thackeray*. —Con L. Melville.	Thackeray.
1904	*G. F. Watts*.	G. F. Watts.
1910	*George Bernard Shaw*.	*George Bernard Shaw* (s. a.)*.
1910	*William Blake*.	William Blake.
1917	*Lord Kitchener*.	Lord Kitchener.
1923	*St. Francis of Assisi*.	*San Francisco de Asís* (1944).
1925	*William Cobbett*.	*William Cobbett* (1943).
1932	*Chaucer*.	*Chaucer* (1933).
1933	*St. Thomas Aquinas*.	*Santo Tomás de Aquino* (1934).

1936	*Autobiography*.	*Autobiografía* (1939).

Notas

[1] Ciudad costera del norte de Yorkshire, Inglaterra, que a partir del siglo XVIII y sobre todo a mediados del siglo XIX se convirtió en un importante centro de veraneo al que acudía la clase media-alta. <<

[2] *Geoffrey Chaucer* (ca. 1340-ca. 1400), poeta inglés, soldado y diplomático. Es autor, entre otras obras, de los famosos *Cuentos de Canterbury*, inspirados en el *Decameron* de Boccaccio. En cuanto a Percy Bysshe *Shelley* (1792-1822), otro de los poetas ingleses clásicos, es principalmente conocido por su *Prometeo liberado*, tragedia alegórica sobre el tema de la libertad; *Los Cenci*, obra en cinco actos sobre el trágico final de esta familia italiana del siglo XVI, y sus hermosos poemas líricos: *Oda al viento, Oda a una alondra*, *Oda a Napóles*. <<

[3] Los famosos jardines botánicos a orilla del Támesis, probablemente los más originales e interesantes de Europa, con invernaderos, un palacio de cristal y una serie de monumentos de distintos estilos que evocan la actividad del hombre a lo largo de los siglos. <<

[4] Colección de cuentos persas. El rey de Persia, convencido de la infidelidad de su esposa, la estrangula y decide tomar cada noche una nueva esposa a la que al amanecer hará ejecutar. La hija de su visir, Sahrazad, empieza a contarle al rey un cuento con tal habilidad que al amanecer el rey decide posponer la ejecución para poder oír el final de la historia. Y así, noche tras noche, se repite la misma escena hasta que al cabo de mil y una narraciones el rey desiste de su propósito inicial. <<

[5] Hombre que viste según la moda elegante. <<

[6] Conjunto de barrios residenciales al oeste de Londres (Belgravia, Mayfair, Bloomsbury, Kensington), en los que abundan las plazas y parques de estilo georgiano y que constituyen una zona residencial aristocrática. <<

[7] Espíritu o demonio que, según creencias supersticiosas, tiene relaciones sexuales con una mujer bajo la apariencia de varón. **<<**

[8] Mítico pulpo marino de enorme tamaño que, según la leyenda, aparece a veces junto a las costas de Noruega. <<

[9] William Henry Davenport (1814-1877) y su hermano Ira Eratus (1839-1911) fueron notables prestidigitadores norteamericanos que lograron una extraordinaria habilidad en ciertos trucos. <<

[10] Tenemos aquí un juego de palabras irreproducible en castellano, y que da título al relato. Cuando el protagonista se dedica a hacer juegos malabares con las copas, va contando: One, two, missed a glass: («Una, dos, fallé —o se me escapó— una copa.») Missed a glass suena prácticamente igual que Mister Glass («Señor Copa»), De ahí la confusión de la señorita MacNab, que creía que su prometido hablaba con otra persona. <<

[11] Dante Alighieri (1265-1321), poeta italiano, autor de la Divina Comedia. Efectivamente, existe un retrato de él en el *Codex Riccardianus* de la Biblioteca Riccardi de Florencia en el que se le representa de perfil, con una magnífica nariz aguileña. <<

[12] Condado histórico de Gran Bretaña, formado en la Edad Media de la metrópoli religiosa y militar de York, en el centro norte de Inglaterra. <<

[13] Cierto tejido de lana o mezcla y de dos o más colores que se utiliza para la confección de abrigos y chaquetas *sport*. **<<**

[14] *Margate* es una ciudad costera en el condado de Kent, muy próxima a Londres, donde tradicionalmente acudían los londinenses de escasos medios económicos, muy endomingados, a pasar al menos un día de vacación en la playa. Simboliza toda la vulgaridad del turismo barato. Esta misma vulgaridad viene reforzada por la grafía Arry (en vez de Harry, diminutivo de Henry), que corresponde a la pronunciación cockney. El *cockney* es el habitante de los barrios bajos londinenses y el nombre con el que se designa su argot, del que es típico no pronunciar la «h» aspirada, o pronunciarla cuando no se debe. <<

[15] Guglielmo *Marconi* (1874-1937), físico e inventor italiano, premio Nobel de Física en 1909, que ya en 1895 realizó las primeras pruebas de transmisión inalámbrica con ondas hertzianas. Gabriele *D'Annunzio* (1863-1938), escritor italiano, refinado y sensual novelista, poeta y dramaturgo, cuya obra ha ejercido gran influencia sobre la literatura italiana del siglo XX. El *futurismo* es un movimiento artístico, fundamentalmente italiano, aunque también ruso, que se presenta como una protesta contra toda tradición cultural y una exaltación de la vida moderna: máquinas, velocidad, guerra, dinamismo. Su punto de partida es el *Manifiesto futurista*, publicado en 1909 en París por el poeta italiano Marinetti. <<

[16] Robín de los Bosques, legendario héroe inglés, de origen noble, cuyas hazañas se sitúan entre el siglo XII y XV, robaba a los ricos, protegía a los débiles y socorría a los pobres. Simboliza la resistencia de los sajones a la conquista normanda. Véase *Las alegres aventuras de Robin Hood*, de Howard Pyle, publicado en esta misma Colección. <<

[17] Napoleón Bonaparte (1769-1821). Militar de carrera, fue nombrado general en jefe del ejército de Italia, realizó la famosa expedición a Egipto y en 1799 estableció el Consulado en Francia. En 1804 fue nombrado emperador, extendiendo su dominio por toda Europa, hasta que, tras una serie de derrotas, fue vencido definitivamente en Waterloo (1815), depuesto y desterrado a la isla de Santa Elena. <<

[18] «Asiento» o «banqueta». (En francés en el original.) <<

[19] *Snowdon* es un macizo montañoso de Gran Bretaña, en la parte septentrional del País de Gales, *Glencoe* es un valle del noroeste de Escocia, al sur de Fort William. *Kent* es un condado del suroeste de Inglaterra, famoso por sus huertas y frutales, denominado el «jardín de Inglaterra». <<

[20] Véase la nota 3 del capítulo I. Beachy Head es un cabo de la costa sur de Inglaterra, sobre el Canal de la Mancha, en las inmediaciones de Brighton. En todas las comparaciones lo que el autor pretende hacernos ver es que se encuentran en un lugar al mismo tiempo agreste y fértil, coronado de rocas y cubierto de vegetación. <<

[21] Ilión o Pérgamo, antigua capital de la Tróade, sobre una colina entre el Helesponto y el valle del Escamandro. Según la leyenda griega, Troya fue sitiada durante diez años porque el príncipe troyano Paris había raptado a Helena, la esposa de Menelao, rey de Esparta. Finalmente, triunfó la astucia de los griegos, que se introdujeron en la ciudad ocultos en el vientre de un caballo de madera y destruyeron Troya. Homero cantó un episodio de esta lucha en la *Ilíada*. **<<**

[22] Marco Porcio Catón, llamado de Útica (95-46 a. de C.), bisnieto de Catón el Viejo, republicano y tradicionalista, se suicidó al conocer el triunfo de César. <<

[23] Célebre avenida de París. <<

[24] «Adiós.» (En francés en el original.) <<

[25] «A las armas, ciudadanos.» «A las huelgas, ciudadanos.» (En francés en el original.) <<

[26] Miembro de una secta protestante fundada en Inglaterra en el siglo XVII por George Fox (1624-1691) bajo el nombre de Sociedad de los amigos y trasplantada a Norteamérica por William Penn (1644-1718). Los cuáqueros dicen recibir directamente la inspiración del Espíritu Santo, no admiten ningún sacramento, rechazan el juramento y el servicio militar y no reconocen ninguna jerarquía. <<

[27] Charles *Darwin* (1809-1882), naturalista inglés, creador de la teoría de la evolución de las especies. Liev Nikoláievich *Tosltói* (1828-1910), novelista ruso, autor de *Guerra y paz, Ana Karenina, Resurrección*, etc. Un fondo de idealismo religioso y humanitario imprime carácter a sus obras, en las que se manifiesta como gran pensador y gran artista. <<

[28] Partidario del chovinismo (de Nicolas Chauvin, soldado entusiasta del Primer Imperio Francés), que defiende un patriotismo o nacionalismo exclusivo, despreciando de forma sistemática todo lo extranjero y admirando incondicionalmente todo lo nacional. <<

[29] Alfred Dreyfus, oficial francés (1859-1935), de origen judío que, debido a todos los prejuicios sociales y raciales de sus colegas del Estado Mayor General del ejército, fue protagonista involuntario de uno de los escándalos de la vida política francesa entre 1894 y 1914. El oficial judío fue juzgado por alta traición y deportado a pesar de los testimonios contradictorios sobre su culpabilidad; el asunto, que trascendió a la opinión pública, dividió a ésta entre dreyfusistas (Liga de los derechos del hombre), que pedían justicia y libertad, y antidreyfusistas (Liga de la patria francesa), antisemitas que ponían el prestigio del ejército por encima de todo. Al final, y tras un largo proceso, Dreyfus fue declarado inocente y rehabilitado. <<

[30] Camille Desmoulins (1760-1794), abogado, publicista y político francés, que ya en 1788 anunció la llegada de la revolución que habría de producirse al año siguiente. Desempeñó un papel importante en la lucha contra el Antiguo Régimen, a pesar de lo cual cayó en desgracia y fue condenado a muerte en 1794. <<

[31] Fortaleza del siglo XIV en París, habilitada desde el siglo XVIII como cárcel de presos políticos. Fue tomada y destruida por el pueblo el 24 de julio de 1789, en los inicios de la Revolución Francesa. La fecha pasó a ser fiesta nacional de Francia. <<

[32] Georges *Clémenceau* (1841-1929), político francés apodado el «Tigre» por su carácter acerado y mordaz. Paúl *Déroulède* (1846-1914), escritor y político francés, cofundador de la Liga de los patriotas. Escribió los *Cantos del soldado* (1872) y estuvo desterrado en España. <<

[33] La familia *Cenci*, descendiente de Crescencio, fue famosa, entre otras cosas, porque dos de sus miembros fueron antipapas (Bonifacio VI y Juan XVI); otros dieron muerte a los papas Benedicto VII y Juan XIV; otro más, Francesco, arruinado por sus excesos, secuestra en 1595 a su hija Beatriz y a su segunda esposa Lucrecia en el castillo de L’Aquila. Beatriz, de acuerdo con su madrastra y con su hermano Giacomo, asesina a su padre, siendo los tres condenados a muerte por ello (véase la nota 2 del capítulo I). Los Borja o *Borgia* son una familia de noble linaje catalán, algunos de cuyos miembros emigraron a Italia en el siglo XV, entre ellos Alfonso, que llegó a ser papa con el nombre de Calixto III, y Rodrigo, también papa con el nombre de Alejandro VI; en torno a dos hijos naturales de éste, César y Lucrecia, se ha forjado una leyenda de crímenes no siempre comprobada. <<

[34] «Sobre el terreno», es decir, en este caso «en el campo de duelo». (En francés en el original.) <<

[35] «Chiquillo.» (En francés en el original.) <<

[36] Henry James (1843-1916), novelista británico de origen norteamericano, autor de *Otra vuelta de tuerca* (en esta misma Colección), *Los embajadores, Daisy Miller*, etc. <<

[37] «Caballero.» (En francés en el original.) **<<**

[38] El *Apolo* es uno de los teatros más antiguos de Londres, todavía en funcionamiento. Se encuentra situado en Shaftesbury Avenue. El *Adelphi* es un conjunto de edificios construidos por los famosos arquitectos Robert y James Adams a finales del siglo xviii; la antigua Adelphi Terrace es una calle muy corta sobre los jardines que bordean el Tá- mesis a la altura de la Aguja de Cleopatra; también existe un teatro llamado Adelphi, situado en el Strand, cerca de la calle Bedford, en esta misma zona londinense. <<

[39] William Shakespeare (1564-1616), poeta y genial dramaturgo inglés, autor, entre otras muchas obras, de *El sueño de una noche de verano*, *Las alegres comadres de Windsor*, *Enrique V*, *Julio César*, *Hamlet*, *Macbeth* y *Romeo y Julieta*. Trató asuntos muy diversos y creó personajes variadísimos e imperecederos, mostrando igual maestría en el terreno de la política que en el de la pasión, la fantasía o la vida corriente. Lo mismo alcanza cumbres de emoción trágica que traza escenas y tipos llenos de comicidad. <<

[40] Véase la nota 2 del capítulo I. El cuento del molinero es una escabrosa historia sobre un marido y un amante engañados. <<

[41] Sir Max Beerbohm (1872-1956), caricaturista, ensayista y crítico dramático británico. Sus mejores caricaturas están reunidas en *Caricatures of twentyfive gentleman* (Caricaturas de veinticinco caballeros), 1896, *The poet's corner* (El rincón de los poetas). 1904 y *Fifty caricatures* (Cincuenta caricaturas), 1913. <<

[42] Matemático griego que vivió en el siglo III a. de C. en Alejandría. Se le relaciona con la escuela matemática del Museo. Su obra fundamental, *Elementos de geometría*, es una vasta síntesis, en trece libros, de la geometría clásica griega. Los cuatro primeros libros están consagrados a la geometría plana. <<

[43] Véase la nota 4 del capítulo I. <<

[44] Comedia fantástica de William Shakespeare (véase la nota 39 de este mismo capítulo), de hermosa ambientación poética: un bosque de ensueño poblado de silfos y hadas. La situación sentimental de varias parejas de enamorados —Lisandro y Hernia se aman, Demetrio ama a Hernia, Elena ama a Demetrio sin ser correspondida y el rey Oberón ha tenido una disputa con la reina Titania— se ve complicada por la acción del duende Puck, que vierte sobre los párpados de los enamorados el jugo de una flor encantada: Lisandro amará a Elena, Elena seguirá amando a Demetrio, la reina Titania se enamorará del rústico Bottom, quien, por obra de encantamiento, tendrá cabeza de asno. Pero al fin todo se soluciona felizmente. (Véase *Cuentos basados en el teatro de Shakespeare* de Charles y Mary Lamb, en esta misma Colección.) **<<**

[45] *Teseo*, héroe griego, hijo de Egeo, rey de Atenas. Dio muerte al Minotauro de Creta y salió del laberinto gracias al hilo que le dio Ariadne. Después de una de sus expediciones, regresó con la amazona Antíope, a la que abandonó posteriormente por Fedra. Esto motivó que las Amazonas, con su reina *Hipólita* al frente, invadieran Atenas. Micenas fue la antigua capital de Grecia, en el noreste del Peloponeso, y el centro de la última fase de la cultura cretense, que llega a su apogeo hacia 1400 a. de C. <<

[46] Raza canina de cabeza grande y hocico corto, mediano pero vigoroso, y de presa. <<

[47] La catedral de Westminster (que no hay que confundir con la abadía del mismo nombre), situada en Ashley Place, al sur de Victoria Street, es la catedral católica romana de Londres. Es un hermoso edificio de piedra y ladrillo, construido entre 1895 y 1903 en estilo neobizantino. <<

[48] *Charing Cross* y *Strand* son dos calles londinenses en las inmediaciones de la estación de Charing Cross, en el centro turístico de la ciudad (museos, teatros, etc). <<

[49] Abreviatura de «King's Council», prominente grupo de abogados elegidos como Consejo de la corona británica. <<

[50] «Azotacalles o paseante en cortes; persona desocupada.» (En francés en el original.) <<

[51] En la Iglesia anglicana, el arzobispo de Canterbury es considerado como «primado»; tiene además un escaño en el Palacio Lambeth de Londres, donde cada diez años se celebra la reunión de los obispos de la Iglesia anglicana. <<

[52] Argumentación en la que se hace ver como verdadero algo que es falso. En el original inglés dice *jesuitry*, es decir, «jesuiterías», en el sentido de procedimiento en el que hay disimulo o hipocresía, defectos que se suelen achacar a los miembros de la Compañía de Jesús, orden religiosa fundada por San Ignacio de Loyola en 1534. <<

[53] El Temple, en Fleet Street, era originalmente una casa de los caballeros templarios, que en el siglo Xiv se convirtió en la Escuela de Derecho que todavía es. Posee unos bonitos jardines abiertos al público, en los cuales, según relata Shakespeare en su obra *Enrique VI*, se cogieron las rosas blancas y rojas que simbolizaron las casas de Lancaster y de York, denominándose la guerra que enfrentó a estos dos partidos Guerra de las Dos Rosas. <<

[54] En alemán, Matterhorn, una de las cumbres más elevadas de los Alpes Peninos, de 4.478 m de altitud, en la frontera italosuiza, entre Zermatt y Valt. <<

[55] William Harvey (1578-1657), médico inglés que descubrió la circulación de la sangre. <<

[56] «Debutantes», «señoritas que se presentan en sociedad en un baile de gala». (En francés en el original.) <<

[57] Véase la nota 51 del capítulo IV. <<

[58] *Hannover Square* es una plaza situada entre Bond Street y Regent Street, al sur de Oxford Street. La iglesia de San Jorge, del siglo XVIII, tiene un pórtico de estilo clásico. En ella se celebra un gran número de bodas de la aristocracia. <<

[59] En inglés, halcón se dice *falcon*, primeras letras del apellido Falconroy. <<

[60] En sentido propio, *déshabillé* significa «en bata de casa», o literalmente «desvestido». *Habillé*, por el contrario, significa en una de sus acepciones «vestido de etiqueta». Chesterton hace aquí una alusión irónica al atuendo de los personajes, tan lejos de la etiqueta propia de una cena de gala. (En francés en el original.) <<

[61] *Brompton* y *Kensington* son dos barrios al oeste de Londres. En Kensington se encuentra el Albert Memorial, el Instituto Imperial, el Museo de Historia Natural y el Museo de Victoria y Albert, originalmente denominado Museo de South Kensington, fundado como Museo de Artes Decorativas. <<

[62] Condado del sur de Inglaterra, entre la zona suburbana del norte de Londres y el río Stour. Es una llanura arcillosa, de suelo duro, en la que abunda la ganadería y los cultivos de huerta y frutales. La costa es baja y con profundos estuarios. <<

[63] *Sela*, «la Peña» en hebreo, designa una vieja fortaleza de Edom conquistada por Amasias, rey de Judá (2 *Reyes*, 14,7; cf 2 *Crónicas*, 25,12). En sus oráculos contra los edomitas la mencionan los profetas *Jeremías* (49,16) y *Abdías* (v. 3), pero no el libro de los *Salmos*. **<<**

[64] *Ale*, en inglés, significa «cerveza». <<

[65] «Proteidas.» (En francés en el original.) <<

[66] María Antonieta (1755-1793), reina de Francia. Decimoquinta hija de la emperatriz María Teresa de Austria y del emperador Francisco I. Casada con el delfín de Francia, Luis, más tarde Luis XVI, sufrió la misma suerte que su marido tras la Revolución, siendo guillotinada en 1793. Existe un hermoso retrato de ella en Versalles por Mme. Vigée-Lebrun. <<

[67] La joven dice: *It’s such a crooked nose* («Es una nariz tan torcida»). El Padre Brown sonríe porque recuerda la canción infantil: *There was a crooked man, / and he went a crooked mile, / He found a crooked sixpence / Beside a crooked stile. / He bought a crooked cat, / Which caught a crooked mouse, / And they lived all together / In a little crooked house,* que se podría traducir por: «Erase un hombre todo torcido, / que recorrió una milla por un tortuoso camino, / encontró un real falso / al pie de una valla medio caída. / Compró un gato jorobado, / que cazó a un ratón zambo. / Y todos vivían juntos / en una casita destartalada.» Hemos tenido que usar una serie de palabras para traducir crooked, que en inglés significa torcido, retorcido, tortuoso, tanto en sentido propio como figurado. <<

[68] «Nobleza obliga.» (En francés en el original.) **<<**

[69] Se refiere a la prestigiosa universidad de esta ciudad de Gran Bretaña, que fue fundada en el siglo XIII, y que, junto con Oxford, constituye el centro de la vida intelectual inglesa. <<

[70] *Putney* es un barrio residencial del suroeste de Londres, en la orilla derecha del Támesis. En Putney toman la salida las regatas de las universidades de Oxford y Cambridge. *Fulham*, que aparece más adelante en el texto, es otro barrio situado frente a Putney, en la orilla izquierda del Támesis, y que antiguamente fue residencia de verano de los obispos de Londres. <<

[71] Véase la nota 61 de este mismo capítulo. <<

[72] *Éxodo* 20, 4-5. <<

[73] En todo este capítulo el autor juega con cuatro palabras de grafía y pronunciación bastante parecidas, que le facilitan a Francis Finn unos titulares muy atractivos para sus artículos: ear, que significa «oreja» (y que hace referencia a la supuesta maldición de la aristocrática familia); *Eyre*, apellido de esta familia; eyrie, que significa «aguilera, reducto o mansión», y *eerie*, «misterioso, extraño, horripilante». Lamentablemente, en español no tenemos la posibilidad de utilizar este mismo recurso. <<

[74] Perteneciente al partido que en Gran Bretaña, desde finales del siglo XVII hasta principios del XIX, defendió la tradición monárquica y anglicana; en la actualidad, se aplica al partido conservador y a los miembros del mismo. <<

[75] Condado del suroeste de Inglaterra, entre el canal de la Mancha y el de Bristol, poco industrializado, y que vive fundamentalmente de la agricultura, la pesca y el turismo. <<

[76] Con estos objetos, el autor evoca la imagen de un clásico bodegón del siglo XVII, género en el que los holandeses son maestros indiscutibles por su virtuosismo al pintar al óleo la transparencia del cristal, el reflejo de los dorados, la jugosidad de las frutas, etc **<<**

[77] Profeta de Israel del siglo IX a. de C. Discípulo y sucesor del profeta Elias, prosiguió la obra política y religiosa de su maestro, aunque al parecer no tuvo ni su personalidad ni su influencia. Su biografía fue incorporada al libro de los *Reyes*. En la iconografía, suele representársele efectivamente desmelenado; véase, por ejemplo, la magnífica talla de la sillería del coro de la catedral de Toledo por Alonso Berruguete. **<<**

[78] Rey de los frigios (*c*. 715-676 a. de C.) y personaje central de diversas leyendas. Según una de ellas, Apolo le hizo crecer orejas de asno, enfurecido porque Midas había declarado, sin que fuera interpelado, que la sentencia de Tmolos en el juicio entre Pan y Apolo, que declaraba a éste último vencedor, era injusta. <<

[79] Persona que siente admiración infundada por todas las cosas que están de moda. <<

[80] Glamis es el nombre de un castillo y un pueblo del condado escocés de Angus, del que era gobernador el monarca escocés Macbeth, en torno al cual existe una sangrienta historia que inspiró a William Shakespeare su famosa tragedia *Macbeth*. <<

[81] Noble familia inglesa de la que destaca George Gordon, Lord Byron (1788-1824), poeta romántico y exaltado, individualista y anárquico, que escandalizo a la alta sociedad londinense. Viajó por Europa, fijó su residencia en Venecia y murió en Missolonghi, luchando a favor de la independencia griega contra los turcos. Entre sus obras citaremos *El Corsario, Childe Harold, Marino Faliero, Don Juan.* **<<**

[82] En el folklore irlandés y escocés, hada maligna que anuncia la muerte. <<

[83] Al principio de este cuento se describe al propietario del periódico como aficionado incondicional de los folletines (en inglés *soap-boilers,* equivalentes de los modernos «culebrones»), y que solían estar patrocinados por fabricantes de jabones y detergentes. Por eso, en esta última carta, Nut alude a su jefe llamándole Soap-Suds, es decir, «Espuma de jabón». <<

[84] Región peninsular y condado de Gran Bretaña en el extremo suroeste de Inglaterra, de costas acantiladas e interior ondulado. Tiene su idioma propio: el córnico, que es un dialecto celta emparentado con el galés y el bretón. <<

[85] El mago Merlin, personaje de las leyendas célticas y del ciclo del rey Artús o Arturo, que en las tradiciones antiguas aparece como un guerrero y un bardo auxiliar de Artús en las luchas de éste contra los sajones. Desde fines del siglo XII, la figura de Merlin, profeta y mago, se incorpora a las leyendas artúricas del Graal, difundiéndose su fama por toda Europa. <<

[86] Sir Francis *Drake (c.* 1540-1596), marino inglés nacido en Devonshire, que muy joven entró al servicio de sir John *Hawkins* (1532-1595), otro pirata y almirante inglés también nacido en Devonshire. Ambos llevaron a cabo varias empresas contra España, respaldados por la reina Isabel, a pesar de hallarse en paz ambos países. En 1588, Drake, nombrado vicealmirante, dirigió una de las divisiones de la armada inglesa aue se enfrentó a la Armada Invencible. Sitió La Coruña, defendida heroicamente por María Pita. En 1594, junto con Hawkins, intentó inútilmente tomar una de las islas Canarias y después Puerto Rico. Hawkins murió en la empresa y Drake durante la travesía de regreso a Europa. En cuanto al tercer ilustre marino citado más adelante en el texto, sir Walter *Raleigh* (1552-1618), oriundo de Devonshire como los dos anteriores, también organizó una expedición contra los dominios españoles en América, además de descubrir y colonizar Virginia. En la corte, su atractivo personal le grangeó los favores de la reina Isabel, aunque posteriormente cayó en desgracia y fue decapitado por orden de Jacobo I, instigado por el embajador español Gondomar. <<

[87] Se refiere al estilo Tudor, estilo arquitectónico muy en boga entre 1485 y 1600, durante el reinado de la dinastía que le dio su nombre. En la construcción de casas, se caracteriza por la estructura alargada y baja, en torno a un patio central, cubiertas muy pendientes, ventanas gemelas, largas galerías, y profusa talla interior, especialmente en las balaustradas. Los edificios religiosos del período eran del estilo considerado prolongación del gótico peninsular, caracterizado por sus líneas verticales y sus complicados abovedados. <<

[88] Véase la nota 86 de este mismo capítulo. <<

[89] Se dice fisíparo o escisíparo de los organismos que se reproducen por división en dos o más segmentos similares. Aquí el autor está personalizando el arma, que se arranca a sí misma y se vuelve a clavar en la madera, como si no la moviera mano humana, y dotando asimismo de vida propia a la valla, capaz de reproducirse como un organismo vivo. <<

[90] Horatio Nelson (1758-1805). Almirante inglés que derrotó a la flota francesa en Abukir (1798) y a la franco-española en Trafalgar, donde fue mortalmente herido (1805). <<

[91] Tres ninfas, hijas de Atlas y de su sobrina Hésperis. Busiris, rey de Egipto, ordenó que fuesen raptadas, así como sus rebaños. Heracles (Hércules) las rescató y las devolvió a su padre, el cual, en recompensa, le enseñó la ciencia de la astronomía. Las Hespérides cuidan, ayudadas por Ladon, un dragón de cien cabezas, el jardín cuyos árboles producían las maravillosas manzanas de oro que Gea regalara a Hera con motivo de la boda de ésta. Pero Heracles vence al dragón, roba las manzanas y alcanza de este modo la inmortalidad. <<

[92] George Herbert (1593-1633), poeta galés que cantó únicamente el amor de Dios. Autor «metafísico» cercano a Donne y a los madrigalistas (él mismo tocaba el laúd), evocó en *The Temple* (El Templo) el conflicto de la lasitud espiritual y de la alegría. Por supuesto, el Padre Brown se inventa la cita, incluyendo la referencia a su situación en ese momento dentro de un verso de Herbert. <<

[93] Véase la nota 102 del capítulo X. <<

[94] Aleación de cinc, estaño y plomo. <<

[95] Véase la nota 62 del capítulo VI. <<

[96] Ciudad inglesa, en Sussex oriental, en el canal de la Mancha. Tiene una playa de ocho kilómetros de longitud y dista de Londres unos cien kilómetros; por ello se convirtió, ya en el siglo pasado, en la principal estación balnearia de las islas Británicas. Hoy es, además, una ciudad de congresos y centro de oficinas; cuenta con una moderna universidad, muy abierta a cualquier idea innovadora, y es una de las ciudades donde se organiza el mayor número de cursos de inglés para extranjeros. <<

[97] Sanjuan Bautista, hijo de Zacarías e Isabel, contemporáneo de Jesús, es llamado el Precursor. Bautizó a Jesús, proclamándolo como el Mesías que aguardaba el pueblo judío. Herodes lo mandó encarcelar y posteriormente decapitar, a petición de Salomé, aleccionada por su madre Herodias. La figura de Sanjuan ha sido constante motivo de inspiración para los artistas, tanto si se le representa de niño *(San Juanito),* jugando con el'niño Jesús, como de adulto, penitente en el desierto. Pero el aspecto más atractivo (desde el punto de vista estético) de este personaje es sin duda su decapitación, tras la seductora danza de la hermosa Salomé ante Herodes. Recordemos simplemente como botón de muestra la admirable *Salomé con la cabeza del Bautista* de Tiziano, que se encuentra en nuestro Museo del Prado, y en el que la cabeza del Bautista aparece sobre una bandeja plateada que sostiene con los brazos en alto la bellísima Salomé. <<

[98] Representación teatral en la que la palabra se sustituye por gestos. Nace en Roma como consecuencia del mimo, que gozaba de gran popularidad; el coro cantaba el texto, mientras los actores representaban la acción sin pronunciar una palabra. A lo largo de los siglos pasó por diversas etapas; así, en los siglos XVII y XVIII, la pantomima era un ballet mitológico que se representaba con la cara cubierta por una máscara. En el siglo XX y en Gran Bretaña, esta palabra designa cierto tipo de comedia musical que se representa en Navidad y en la que suelen intervenir Arlequín y Colombina, los populares personajes de la Comedia del Arte. <<

[99] Municipio de Francia, en el departamento del Yonne, a orillas del río Serein, que ha dado nombre a un vino blanco, seco y ligero, procedente de esa región vitivinícola, la más importante de la Baja Borgoña. <<

[100] Se refiere a un concurso practicado por los negros americanos, en inglés *cakewalk*, en el que compiten parejas: aquella que camina con más gracia o mejor estilo «se lleva el pastel». <<

[101] Espectáculo mezcla de teatro, circo y concierto. <<

[102] Sansón fue uno de los últimos jueces de Israel (vivió a finales del siglo XII a. de C.); encarna la resistencia contra los filisteos y sus proezas se narran en el libro de los *Jueces* (13-16) de la Biblia. Célebre por su extraordinaria fuerza, exterminó a mil filisteos con una quijada de asno y logró escapar de Gaza, donde lo tenían cautivo, arrancando de cuajo las puertas de la ciudad. Una cortesana, Dalila, descubrió el secreto de su fuerza, que residía en su larga cabellera, signo de su consagración a Yahvé. Mientras Sansón dormía, Dalila le cortó la cabellera y lo entregó a los filisteos. Mientras estaba encarcelado, le volvió a crecer el pelo y, cuando lo sacaron y lo llevaron al templo, derribó las columnas que sostenían el edificio, que se derrumbó, aplastándolo junto con sus enemigos. <<

[103] Príncipe troyano de cuya unión con Afrodita nació Eneas. Este, durante el incendio de Troya, saco a Anquises de la ciudad en hombros y lo llevó hasta los navíos para salvarle la vida. <<

[104] Epsom es un ayuntamiento del condado de Surrey, próximo a las Banstead Downs (lomas o colinas de Banstead), en la periferia occidental de Londres. La ciudad es famosa desde el siglo XVII por sus aguas minerales, de las que se extraen sales (las sales de Epsom, utilizadas como purgante). El *Derby de Epsom* es una famosa carrera de caballos que se viene celebrando a finales del mes de mayo desde el año 1780, y en la que se corren 2.400 metros. <<

[105] Leonardo da Vinci (1452-1519). Pintor italiano cuya obra como científico (Geometría, Mecánica, Anatomía, etc.), ingeniero (máquinas bélicas, voladoras, edificios, etc.), filósofo y artista significa una actitud nueva ante la Naturaleza, basada en la experiencia personal. <<

[106] La palabra *buck*, en inglés, carece de las connotaciones de su equivalente en español, por lo cual Chesterton puede utilizarla sin que cause estridencia. En su primera acepción significa «macho» de determinados animales, y particularmente «macho cabrío». Se aplica también este término, en sentido coloquial, a un indio joven nativo de Sudamérica, o a un joven negro o aborigen. <<

[107] En Escocia, el Hombre Negro *(Black Man)* es el equivalente de nuestro hombre del saco, con el que se asusta a los niños para que sean buenos. Aquí no hemos podido poner «hombre del saco» porque entonces se perdería la alusión al temido Hombre Negro del cuento. <<

[108] Charles Dickens (1812-1870), insigne novelista inglés. Su infancia y juventud, llenas de pobreza y amargura, le llevaron a escribir con sano realismo en favor de las gentes humildes, satirizando costumbres e instituciones de la época victoriana. Entre sus obras más destacadas cabría citar *Oliver Twist, Canción de Navidad* (publicados en esta misma Colección), *Los papeles postumos del Club Pickwick, David Copperfield, Grandes esperanzas,* etc... Dickens es el incomparable creador de una galería de personajes y de ambientes que constituyen un universo imaginativo comparable al de Shakespeare. <<

[109] Es proverbial la belleza de las mujeres venecianas del siglo XVI, de doradas carnes y abundante cabellera castaño rojiza (que teñían con alheña) que tan hermosamente pintaron Tiziano, Tintoretto y Veronés. Para comprobarlo, basta con dar una vuelta por las salas consagradas a estos artistas en el Museo del Prado y detenerse por ejemplo ante la *Venus y Adonis* o la *Salomé con la cabeza del Bautista* de Tiziano (véase la nota 4 del capítulo IX, pág. 178), el delicioso *Moisés salvado de las aguas del Nilo,* de Veronés, o la *Dama que descubre el seno,* de Tintoretto. **<<**

[110] «Gastrónomo», «sibarita». (En francés en el original.) <<

[111] «Almuerzo. » (En francés en el original.) <<

[112] Nombre de un distrito y ciudad, cuyo nombre también es Tiruchchirappalli, en el estado de Tamil Nadu (antiguamente perteneciente a la Presidencia de Madras), en el sur de la India. Los cigarros puros de esta zona también se conocen con el nombre de triquis. <<

[113] Ciudad de Egipto, a la entrada del canal de Suez. Es obra de la Compañía del canal (1860) y puerto de aprovisionamiento (de fuel-oil), de escala, de tránsito e incluso de pesca. <<

[114] Grupo de cinco islas en el Mediterráneo, a 90 km al sur de Sicilia, cuya capital es La Valetta. Antigua colonia fenicia, luego romana, árabe y normanda, siguió la suerte de Sicilia, cuya lengua y costumbres asimiló. El emperador Carlos V la cedió a los caballeros de San Juan (Orden de Malta); en 1798 fue conquistada por Napoleón y en 1800 ocupada por los ingleses, que la mantuvieron como colonia británica hasta su independencia en 1964. <<

[115] El *kedgeree* es un plato indio a base de arroz hervido con legumbres, cebollas, huevos, mantequilla y condimentos, entre los cuales se encuentra el *curry*, especia compuesta por jengibre, clavo, azafrán, cilantro, etc., que puede ser más o menos picante. <<

[116] Vomitivo. <<

[117] Arma curva, de madera, de los indígenas australianos, que gracias a una rotación vuelve a manos del lanzador. Mide de 0,4 a 1 m. <<

[118] Véase la nota 98 del capítulo IX. <<

[119] *William James* (1842-1910) fue un filósofo y psicólogo norteamericano, notable defensor del pragmatismo. Realizó numerosas investigaciones fisiológicas encaminadas a demostrar la relación de dependencia entre los fenómenos psíquicos y el sistema nervioso. Era hermano del novelista Henry James (véase la nota 36 del capítulo III). En cuanto a *Weary Willie* (Guille Cansado) y su compañero *Tired Tim* (Tim Agotado), son dos famosos personajes de un tebeo norteamericano llamado *Illustrated Chips*. Por extensión, se ha denominado *Weary Willie* a un personaje de poca categoría, a un vagabundo. <<

[120] «Atuendo descuidado.» (En francés en el original.) <<

[121] Véase la nota 74 del capítulo VII. <<

[122] Aficionado, apasionado por un arte, aplicado generalmente a la música. <<

[123] Drama de Shakespeare basado en los infortunados amores de dos jóvenes pertenecientes a familias rivales de Verona, los Montesco y los Capuleto. Véase la nota 39 del capítulo IV. <<

[124] *Ravenswood* significa, literalmente, «bosque de los cuervos». Es también el nombre de Edgar, señor de Ravenswood, protagonista de *La novia de Lammermoor,* famosa novela de sir Walter Scott (1771-1832), escritor escocés autor de numerosas novelas históricas como *Ivanhoe* y *El enano negro* (publicadas en esta misma Colección) o *Qintin Durward.* En *La novia de Lammermoor* narra el trágico fin de. dos enamorados, Lucía y Edgar, resultado de la rivalidad entre sus familias; se desarrolla en Escocia, en el siglo XVII. Tras sufrir una serie de adversidades, Lucía enloquece y muere y Edgar perece al hundirse en arenas movedizas. <<

[125] Véase la nota 81 del capítulo VII. <<

[126] Quinto califa abasida de Bagdad y el más célebre de todos ellos (766-809), fue contemporáneo de Carlomagno, enviándole embajadores y presentes a la corte de Aquisgrán. Es el protagonista de muchas narraciones de *Las mil y una noches*, en las que aparece como príncipe culto y recto, preocupado por el bien de su pueblo. Véase la nota 4 del capítulo 1. <<

[127] Libro de *Ester*, 11-13. <<

[128] Véase la nota 98 del capítulo IX. <<

[129] El *azul prusia* es un color azul verdoso intenso, compuesta a base de ferrocianuro férrico, que fue descubierto en Prusia en el año 1704. *Potsdam* es una ciudad del norte de Alemania, en Brandeburgo, al suroeste de Berlín, en la que se halla el palacio de Sans- Souci, antigua residencia de los reyes de Prusia. De ahí el chiste que hace el autor sobre el carácter auténticamente prusiano del azul. **<<**

[130] Otto, príncipe de Bismarck (1815-1898), estadista alemán, creador de la unidad alemana. <<

[131] Algernon Charles Swinburne (1837-1909), poeta inglés, esteticista, irreligioso y sensual. Influido por los parnasianos y prerrafaelistas, escribe de un modo refinado y musical. Entre sus obras cabe citar *Poemas y baladas y Cantos antes del alba.* <<

[132] Doctrina que profesan los cuáqueros (véase la nota 26 del capítulo III)..
<<

[133] El nombre completo es *Royal Society of London for the Improvement of Natural Knowledge* (Real Sociedad londinense para el fomento del conocimiento natural). Fundada hacia 1660, es la más antigua de las sociedades científicas británicas y una de las más antiguas de Europa. Muchos de sus miembros (Cook, Faraday, Newton, Wallis, Einstein) han sido científicos de renombre universal. <<

[134] «Salones.» (En francés en el original.) <<

[135] *Sadowa* es una ciudad de Checoslovaquia, en Bohemia Oriental, en la que el 3 de julio de 1866 el ejército prusiano derrotó a las tropas austríacas en la guerra que enfrentaba a ambas naciones. En *Gravelotte*, pequeño pueblo al oeste de Metz, tuvo lugar el 18 de agosto de 1870 el enfrentamiento entre las filas alemanas al mando del general Moltke y el ejército francés dirigido por el mariscal Bazaine, que quedó asediado en Metz. Al tratar de liberarlo infructuosamente el mariscal MacMahon, fue derrotado en la famosa batalla de Sedan. <<

[136] Carta de Santiago, 3-5. <<

[137] *El candor del Padre Brown.* Número 17 de esta misma Colección. En traducción de Alfonso Reyes, con notas de Emilio Pascual y Apéndice de Juan José Millas. <<

[138] Pido perdón una vez más por contar cosas de mi vida en introducciones y apéndices que, se supone, deben pretender fundamentalmente la mejor información sobre libros, épocas y autores. Pero no lo puedo remediar. Además, siempre se ha debatido mi afición lectora entre el interés por los datos y su frialdad. Valga como excusa de mi personalismo el afán de calentar esos datos. <<

[139] Edición castellana traducida —y prolongada— por Antonio Marichalar. Espasa Calpe. Argentina, 1947. Plaza y Janes. Barcelona, 1967. <<

[140] Robert Louis Stevenson: *A Child’s Garden of Verses* (El jardín de los versos de un niño, 1885). Hay una preciosa edición que conmemora el centenario de la primera edición original: Aurum Press, 1985. Ilustrado por Annie Owen. No conocemos traducción española de este precioso libro. **<<**

[141] El extraño argumento citado pertenece al impresionante relato de Chesterton *La calle furiosa* (Un mal sueño), incluido en *Tremendous Trifles (Enormes Minucias*, edición castellana de Saturnino Calleja. Traducción de Rafael Calleja. Sin fecha). **<<**

[142] *Los Chestertons (The Chestertons,* 1941. Por Mrs. Cecil Chesterton. Edición castellana en La Nave. Sin fecha. Traducción de Miguel Rivera). Por supuesto, G. K. no *descuidó,* sino que no quiso revelar muchas cosas, intimidades amorosas por ejemplo. Mrs. Cecil nos revela algo más, pero tampoco se excede. Todos eran ingleses… <<

[143] *Hilaire Belloc* (1870-1953). Ensayista, historiador, novelista y poeta. Propagandista católico, como Chesterton. Ambos fueron grandes amigos. G. K. le admiró mucho. Hoy, la fama de su amigo —y sus méritos— le han eclipsado. *Bruce Marshall,* el otro autor citado, escribió varias novelas de las llamadas «católicas», que alcanzaron cierta popularidad en los años 40 y 50, como *A cada uno un denario, El milagro del padre Malaquías,* etc. *El mundo, la carne y el padre Smith* fue la más conocida, y se llevó al cine. **<<**

[144] Nos referimos al ya citado número 17 de esta misma Colección, donde se iniciaban las aventuras del Padre Brown con su más famoso título, *El candor*... <<

[145] Este poema o intento de poema glosaba, sin duda, al hombrecillo de cartón con una llave dorada que G. K. reconoce como su primer recuerdo fuerte de la infancia. Era una figurilla en el teatro de juguete construido por su padre. G. K. hizo emblemática esta imagen, según nos cuenta —ya lo citamos — en su *Autohiografía*. <<

[146] *Magic*, edición castellana en 1956. Traducida por Elena Ivulich. Ediciones Losange, Buenos Aires. La edición reseña una representación en Buenos Aires en 1951. <<

[147] Traducido como *La esfera y la cruz* por M. Azaña para Biblioteca Nueva, 1930. Destacamos esta edición por la importancia de su traductor, no precisamente correligionario de Chesterton. Y porque es una de las mejores obras de su autor. Hay otra edición en el n.° 125 de la antigua colección Austral, Espasa-Calpe. <<

[148] *Llámenla ustedes nivola si no es una novela,* dijo más o menos Unamuno ante ciertas reacciones que produjo su ¿nivola, novela? *Niebla*. El término hizo fortuna y llegó a hablarse de *nivolismo.* <<

[149] Ellery Queen es el seudónimo común de los escritores policíacos Frederic Dannay (1905) y Manfred B. Lee (1905-1971), primos y coautores de una famosa serie cuyo protagonista también se llama Ellery Queen. Teorizaron y criticaron sobre el género en un brillante libro titulado en castellano *En el salón de los Queen* (1957 edición original, 1963 edición en Plaza y Janés, traducido por Alfredo Crespo). **<<**

[150] *El hombre invisible* es el capítulo V de *El candor del Padre Brown,* y sin duda uno de los mejores relatos de toda la serie. No contamos su argumento, lo que sería imperdonable tratándose de una narración policíaca, pero invitamos apasionadamente a su lectura. <<

[151] Julian Symons nació en Londres en 1912. Desde 1974 dirige la colección policíaca de la prestigiosa editorial Penguin. Autor también de excelentes novelas detectivescas, ha sido periodista *y* poeta, como su compatriota G. K. También como Chesterton ha escrito brillantes ensayos sobre Dickens. <<

[152] Nos dice Symons en *Historia del relato policial (Bloody Murder from the detective story to the crime novel: A History,* 1972. Ed. castellana en 1982, Editorial Bruguera. Traducción de Roser Verdaguer) que no sólo los cuentos del Padre Brown son las únicas aportaciones de G. K. a la literatura detectivesca. Según él —y compartimos totalmente su opinión— podrían calificarse también de de- tectivescas *El club de los negocios raros, El hombre que sabía demasiado* y *Cuatro granujas sin tacha.* Todas traducidas al castellano, incluidas en los cuatro tomos de *Obras Completas* de Plaza y Janés. <<

[153] Emile Gaboriau nació en París en 1832 y murió en 1875. Autor especializado en el folletín policíaco, tan famoso como Gastón Leroux, su personaje más célebre es Lecoq, un ex delincuente reconciliado con la ley. En la línea de Vidocq —un ex criminal auténtico que se hizo famosísimo contando sus supuestas aventuras entre 1828 y 1857— y anticipándose al Flambeau de Chesterton, francés también para no perder la tradición. **<<**